

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
ESCUELA DE COMUNICACIÓN SOCIAL

ERRANTES
Formas y esencias de la indigencia en Caracas
(Reportaje Interpretativo)

Trabajo de Licenciatura
para optar al título de
Licenciado en Comunicación Social

Autor: Ricardo Andrade
Tutora: Moraima Guanipa

Octubre, 2008

Agradecimientos

A mi abuela Otilde, madre de madres, por darme techo, hogar y casa en esta metrópoli de errantes. Por ser mi amiga y compañera, por tanto amor y paciencia, por estar pendiente de cada detalle. A mi mamá, Isis, artífice de mi existencia, incansable y amorosa. Porque sin su risa, sin su estímulo y ejemplo nada en mi mundo sería realizable. A mi hermano Luis Miguel, cuyo ejemplo de nobleza he de seguir por siempre, sin llegar a alcanzarlo nunca. A mi papá, Luis Orlando, por su apoyo incondicional, sabiduría y buenos consejos. A Teresa, mi otra madre, de sabrosos afectos, y a Enio, mi pícaro hermanito.

A Jennifer, por su amor infinito y ayuda decisiva. Por no cansarse de demostrarme que todo es posible si uno lo desea intensamente, y si tiene algo de suerte.

A Moraima Guanipa, mi tutora, por haber sembrado en mí el amor por este oficio, que no es sino el arte de la palabra al servicio público.

A mis tíos, especialmente a Francis, Mel, Miguel Ángel y Alfredo, y a mis primos, especialmente Marialcira, José Miguel y Tomás Andrés, que vivieron conmigo cada instante de este último quinquenio. A la señora Carmen, por su ternura y buena sazón. A Teo, otra madre, y a Michi, mi prima que es mi hermana. A mis amigos de esta Escuela, ejemplares compañeros de batallas agradables. A mis amigos de mi tierra, los del bochinche consistente.

A los funcionarios abiertos, por colaborar con las causas justas. A los herméticos, porque con su silencio dijeron suficiente.

A quienes viven en la calle, por abrir sus corazones.

A Caracas, por terminar aceptándome en su seno turbulento.

A Barquisimeto, por la nostalgia de volver.

A todos, ¡Gracias por creer en mí!

*A los errantes que,
desde la calle,
como pueden,
¡nos reflejan!*

ÍNDICE

| | |
|--|-----------|
| Introducción | 10 |
| Capítulo I | |
| Ciudad de errantes | 17 |
| Dura y compleja | 19 |
| Indigencia y metrópoli | 20 |
| | |
| Capítulo II | |
| Las estructuras | 32 |
| Exclusión, pobreza y desigualdad | 32 |
| Los malabares laborales | 38 |
| (In)Seguridad Social | 40 |
| Conflictos consanguíneos | 42 |
| Sangre sin duelo | 51 |
| Estigmas ambulantes | 53 |
| Chivos insomnes y expiatorios | 59 |
| Héroes de azul | 61 |
| | |
| Capítulo III | |
| Los desmadrados | 67 |
| La urgencia | 67 |
| Te quedarás solito cuando yo me muera | 69 |
| Matrisocialidad e indigencia | 75 |
| Cultura de la pobreza | 78 |
| Narcisismo y recolección. | 80 |
| El mendigo y el príncipe | 82 |
| | |
| Capítulo IV | |
| Psicología de la errancia | 86 |
| Marginalidad y abandono | 86 |

| | |
|---|------------|
| Despatologizando la circunstancia | 87 |
| Las máscaras del miedo | 89 |
| Enemigos invisibles | 106 |
| Con la cabeza para abajo y los pies para arriba | 112 |
| | |
| Capítulo V | |
| Los que se ocupan | 124 |
| Evolución política | 125 |
| Pacientes | 127 |
| La conciencia de enfermedad | 130 |
| Prevención y apoyo técnico | 134 |
| Brumas del mar o la “tapa del frasco” | 138 |
| Semi-Techo | 139 |
| Etapas y fases | 141 |
| Bien balanceados | 146 |
| La gran nodriza débil | 148 |
| El motor del amor | 150 |
| Abordaje capital | 153 |
| El paraíso negado | 157 |
| La Caridad Cristiana | 164 |
| Grano de Arena | 169 |
| Labor de vértigo | 173 |
| | |
| Capítulo VI | |
| Callejón con poca luz | 176 |
| Meta-crítica | 176 |
| Luz y crucigrama | 181 |
| | |
| Referencias | 187 |
| Glosario | 196 |

Advertencia al lector:

Todo lo que sigue es narrativización de la vivencia.
La realidad, como fin y principio del periodismo,
ha inspirado y posibilitado este reportaje,
por lo que la obtención de datos y testimonios
ha seguido el mayor rigor posible.
Lo que sigue es constatable y verificable.
Solamente se han alterado los nombres
de los indigentes que decidieron
contar sus historias,
a fin de no comprometerlos demasiado,
es decir, de protegerlos
de nuestra propia violencia.

Que cada palabra lleve lo que dice.
Que sea como el temblor que la sostiene.
Que se mantenga como un latido.

No he de proferir adornada falsedad ni poner tinta dudosa ni añadir
brillos a lo que es.
Esto me obliga a oírme. Pero estamos aquí para decir verdad.
Seamos reales.
Quiero exactitudes aterradoras.
Tiemblo cuando creo que me falsifico. Debo llevar en peso mis
palabras. Me poseen tanto como yo a ellas.

Si no veo bien, dime tú, tú que me conoces, mi mentira, señálame
la impostura, restriégame la estafa.
Te lo agradeceré, en serio.
Enloquezco por corresponderme.
Sé mi ojo, espérame en la noche y divísame, escrútame, sacúdeme.

“Ars poética” de Rafael Cadenas (1977)

“Creo que he evitado los dos peligros más comunes
en el estudio de los pobres, a saber,
la sentimentalización excesiva
y la brutalización”.
Oscar Lewis (1961)

ERRANTES
Formas y esencias de la indigencia en Caracas
(Reportaje Interpretativo)

Autor: Ricardo Andrade
Tutora: Moraima Guanipa

RESUMEN

Este es un reportaje que busca explicar la indigencia en Caracas y comprobar su significativa complejidad, mediante la revisión de los múltiples contextos y dimensiones en que se mueve el problema. La indigencia no es una realidad homogénea, por lo que no tiene una única causa, ni única manifestación. Sobre este punto de partida, *Errantes* recoge las reflexiones de sociólogos antropólogos, economistas, psicólogos, urbanistas y trabajadores sociales para fijar la atención en las diversas variables que influyen en el fenómeno. Asimismo, recoge las declaraciones, datos, cifras y explicaciones de funcionarios del Estado que dirigen instituciones que trabajan en la solución y mitigación de la indigencia, para explorar qué se está diseñando y ejecutando para buscar una salida. Por otra parte, el reportaje capta testimonios de los propios indigentes, los sujetos y objetos del fenómeno, cuyas historias de vida dan cuenta de la esencia y las formas concretas de esa abstracción llamada indigencia, en medio de una ciudad como Caracas, una prototípica metrópoli latinoamericana, signada por el caos, la desestructuración y el abandono.

De esa manera, el reportaje se aproxima a una definición del fenómeno y luego se pasea por la dimensión estructural y socioeconómica del problema, específicamente sobre la pobreza, la exclusión, la marginación, el desempleo y la violencia. Posteriormente, continúa su recorrido por las variables culturales, en las que la matrisocialidad, el machismo y el populismo son elementos fundamentales. Luego se revisa lo concerniente al componente psicológico (individual y social) del fenómeno, con especial énfasis en la fármacodependencia, el alcoholismo y trastornos mentales. En seguida se abordan las variables sociopolíticas y las políticas públicas que el Estado ha desarrollado para poner freno al fenómeno. Igualmente, se toca el tema de los aportes de las organizaciones no gubernamentales. Todo para comprobar la complejidad del fenómeno, con miras a sus posibles soluciones.

Palabras clave: Indigencia – indigente – Caracas – pobreza – miseria – historias de vida

ERRANTES
Formas y esencias de la indigencia en Caracas
(Reportaje Interpretativo)

Autor: Ricardo Andrade
Tutora: Moraima Guanipa

ABSTRACT

This feature looks for to explain the homelessness in Caracas and to verify its significant complexity, by means of the revision of multiple contexts and dimensions in which the problem moves. Homelessness is not a homogenous reality, that is why it does not have a unique cause, nor unique manifestation. On this departure point, *Errantes* picks up the reflections of sociologists, anthropologists, economists, psychologists, city planners and social workers, in order to determine the attention to the diverse variables that influence in the phenomenon. Also, it picks up the declarations, data, numbers and explanations of civil servants of the State who direct institutions that work in the solution and mitigation of homelessness, to explore what they're designing and executeing for an exit. On the other hand, this feature catches own testimonies of homeless people, the subjects and objects of the phenomenon, whose lifestories give to account of the essence and the concrete forms of that abstraction called homelessness, in the middle of a city like Caracas, a prototype Latin American metropolis, characterized by chaos, dismantling and abandonment.

In that way, the feature comes near to a definition of the phenomenon and then it takes a walk by the structural and socioeconomic dimension of the problem, specifically on the poverty, the exclusion, the marginalization, unemployment and the violence. Later, it continues its route by the cultural variables, in which the *matrisocialidad*, the masculinity and populism are fundamental elements. Immediately after, this article reviews about the psychological component (individual and social) of the phenomenon, with emphasis in drogadiction, alcoholism and mental upheavals. Next the sociopolitical variables and the public policies are approached that the State has developed to put brake to the phenomenon. Also, the contributions of the non-governmental organizations is touched. Everything to verify the complexity of the phenomenon, with a view to its possible solutions.

Key words: Homelessness - homeless - Caracas - poverty - misery – lifestories

Introducción

En medio del caos están los que no se cansan de errar por las calles, por las plazas, con un ritmo propio. Van de un sitio a otro, a veces solos, con una bolsa a cuestas. Se acuestan en las aceras, con las cabezas refugiadas en cápsulas hechas de cajas de cartón. Se hacen camas con las mismas cajas, se arropan con periódicos y, si no hay cartones, no hay otra opción que contactar el suelo hirviente de los días o, preferiblemente, el suelo helado de las noches y madrugadas.

Esos errantes van por la ciudad, sobreviviendo una y otra vez. Algunos van recogiendo objetos útiles para resolver las crisis más inmediatas, casi siempre los desechos del resto de la sociedad, los objetos que para el resto no sirven, para estos errantes de la calle, pueden significar la más grande satisfacción del momento: quizá la comida del día, un recipiente, un nuevo medio para transportar sus pocas pertenencias. Deambulan en medio de la multitud. Son vistos y no son vistos.

Para otros, la mejor alternativa es procurar, con la mano extendida, que las almas de la ciudad se conduelan cuando pasan caminando; o pedir de carro en carro, en las tupidas avenidas. Unos pocos logran condolencia, otros sólo lástima, y a algunos se les cae la mano, o acaban por verse reflejados en los veraces espejos de los vidrios ahumados, mientras la luz del semáforo cambia de color. Son vistos y no son vistos.

Otros se resisten a pedir limosna y prefieren rebuscarse y ganarse la existencia a cambio de trabajo y servicio, sea reciclando desechos sólidos –metales y cartones-, barriendo calles, arrancando malezas, lavando carros, ayudándolos a entrar o a salir en puestos de estacionamiento. Son vistos y no son vistos.

Otros combinan todas las estrategias posibles con tal de ver el sol al día siguiente, por instinto, tal vez. Algunos peatones les dedican uno que otro saludo, pero por lo general, la gente que pasa no repara en ellos porque los considera insignificantes, o evita cualquier encuentro porque los encuentra peligrosos y amenazantes.

Estos errantes no son otros que los indigentes de la metrópoli, esas personas que viven en la intemperie, sucias de hollín, olorosas a tragedia, vestidas con harapos y retazos curtidos por la misma mugre de que los demás ciudadanos se despojan cuando llega a sus casas, grandes o pequeñas, bajo las duchas. Sobre el aspecto y el olor recaen todos los estigmas y temores que alimentan una relación casi siempre tensa, cuando

existe, entre el indigente y el resto de la sociedad: ciudadanos regulares y autoridades que, por la razón que sea, preferirían no presenciar el espectáculo de sus miserias.

Son muchos los estigmas y prejuicios que buena parte de la población –incluso algunos que se ocupan- tiene con respecto al indigente. Este reportaje interpretativo se propuso, desde un principio, ofrecer una visión algo más cercana de la realidad, una imagen de *lo que es*, capaz de trascender la imagen de *lo que se ve*. Por eso, este reportaje parte de la hipótesis de que la indigencia es compleja y heterogénea, en tanto tiene multiplicidad de causas concretas y particulares, por lo cual es irreductible a una espontaneidad de quienes no supieron aprovechar sus oportunidades, porque eligieron la senda *fácil* del alcohol, la droga y la holgazanería. En ese sentido, se procura detectar las causas de la indigencia como fenómeno, es decir como manifestación perceptible de una realidad empírica, con ayuda de las voces propias.

Una de las primeras resoluciones del reportaje es que se emplean las palabras “indigente” e “indigencia” con la intención de llegar a darle forma. Se ha visto, especialmente en los sectores preocupados por resolver el problema, una tendencia a evitar la utilización de esos vocablos, casi prohibidos en ministerios e instituciones afines a las acciones contentivas del fenómeno. Se han sustituido por las locuciones “situación de calle” y “personas en situación de calle”, y el discurso oficial venezolano ha decidido suplantar “indigentes” por “nómadas”, término, sin duda, menos suficiente, porque, ciertamente, los indigentes son nómadas en la medida en que van de un lugar a otro, pero también son otras cosas que quedan ocultas en ese sutil término. La situación de calle (el acto de vivir en la calle) es indiscutible dentro de la indigencia, y sirve para especificarla, pero no siempre para reemplazarla.

Indigencia viene del vocablo latín *indigentia* y es, en esencia, un término económico que da cuenta de una realidad material, un estado de carestía en el que no se tiene dinero –o se tiene poco- ni posesiones –o pocas-. Un estado de necesidad, deficiencias y ausencias extremas. El término ya lo empleaba Santo Tomás de Aquino, en sus reflexiones sobre economía, como una escala que cuantificaba la necesidad de la demanda. En 1873, José Piernas Hurtado, catedrático de Economía Política y Hacienda Pública en las universidades de Oviedo, Zaragoza y Madrid, publicó un *Vocabulario* de nomenclatura y de los principales conceptos de la economía política, y ahí incluye una definición contrastiva de indigencia: “Falta de bienes económicos. Se distingue de la *pobreza*, en que ésta sólo dice escasez de recursos y se diferencia de la *miseria*, porque ésta tiene un carácter más absoluto y permanente”. Es decir, la indigencia entendida

como una situación más aguda que la pobreza y menos intensa que la miseria, en cuanto a que es una carencia material que, sin embargo, no es absoluta ni permanente. De hecho, Piernas Hurtado define la miseria como la consecuencia de una indigencia prolongada, lo cual dice de la estrecha relación ambos conceptos.

La Real Academia Española define indigencia como “falta de medios para alimentarse, para vestirse, etc”. Entonces, queda entendido que, desde el punto de vista léxico-semántico, la indigencia es una carencia material y, dentro de ese etcétera está la carencia de un bien económico fundamental, que es *la vivienda* en el plano material -el techo y los bloques que refugian al cuerpo-, y *la casa* en el plano simbólico -el lugar de la familia, íntimo y propicio para el sueño y la ensoñación-. Esto se conecta con lo que es llamado “situación de calle” porque la indigencia, en efecto, está asociada a la vida en la calle, a la gente que vive y duerme en el espacio público porque no tiene otro lugar adónde ir, o sea, la carencia de una estructura que lo ampare, la carencia de techo y de familia.

La connotación peyorativa de las palabras *indigencia* e *indigente* puede explicarse, primero, por la propia actitud despectiva ante la situación y los individuos que la viven y, segundo pero no menos importante, por una cuestión morfológica y fonética con implicaciones, lógicamente, semánticas. Hay una tendencia a creer que el término *indigente* equivale a *in-gente*, como una referencia al que no es gente, al que no digno de ser humano. La imagen del indigente sí coincide con ese estigma de que quien vive en esas condiciones no es un humano como los demás, mucho menos un ciudadano como los demás, es decir, un salvaje, un animal y, en el caso más extremo, una plaga que hay que exterminar. Pero la palabra indigente, en verdad, no pone en cuestionamiento la integridad humana de nadie; en cambio, revela una condición dura y compleja, cuya existencia es, cuando menos, incómoda.

El buen periodismo implica deslastrarse de prejuicios, y este reportaje procura proyectar ese deslastre, en aras de una visión del fenómeno más acorde con las complejidades de la realidad. Por eso acá se utilizan las palabras “indigente” e “indigencia” y también “situación de calle”, porque se parte del principio de llamar a las cosas por su nombre y no esconderlas detrás de eufemismos donde luego no se puedan hallar y, menos aún, solucionar.

La indigencia es, ante todo, un problema humano. Esos seres que, por unas u otras razones, carecen de vivienda y sustento, son humanos. Detrás de los harapos hay hombres, mujeres y niños que pueden soñar -o no- con una vida mejor, que cometen

errores y aciertos, que sufren y se alegran, que lloran y sonríen. Detrás de los datos duros, las personas en situación de calle son historias de vida que van errando. Son personas, complejas como todas, con hijos, padres, familias, amigos y a la vez sin hijos, sin padres, sin familias y sin amigos. Detrás de la gente que vive entre las desatenciones de la calle, hay hechos, situaciones e historias que merecen ser abordadas, contadas y leídas, tomando en cuenta, por supuesto, otras variables que se interrelacionan con el desarrollo de esas tramas humanas y la consideración de las esencias y de las formas. ¿Quién era ese ser humano antes de dormir en cartones y pedir dinero en el semáforo? ¿Cómo llegó a ese estado? ¿Cómo vive ahora? ¿Qué piensa en sus reflexiones? ¿Cómo se comprende la indigencia en su amplitud y complejidad?

Vivir en la calle es una dura experiencia y un acercamiento inigualable – excesivo, tal vez- a la realidad social. Las personas que tienen la calle como hábitat y no como espacio transitorio tienen mucho qué contar. Esas historias constituirán el eje vertebrador del reportaje, puesto que aportarán claves que conduzcan a cierto grado de comprensión del fenómeno, cuestión condicionante para su propia resolución. El reportaje busca darle lectura hermenéutica a las experiencias de vida de los indigentes, para el acercamiento a las esencias que están dentro, debajo y detrás de la indigencia, y las formas en que se manifiesta.

A continuación se verán las historias de vida de siete indigentes: tres entrevistados en plena vida en la calle –Catalina de Miranda, Juan Hernán Gómez y Miguel Castillo-, y cuatro inscritos en alguna institución de atención –Manuel Patiño, Raúl Cárdenas, Olga Durán, César Martínez-. Esas historias de vida constituyen el hilo narrativo del reportaje en correspondencia con los ejes temáticos de cada capítulo. Aunque tienen una forma de presentación más liberada de rigores, no tienen un desarrollo autónomo, sino que acompañan la exposición de las otras fuentes. No obstante, para separar las estructuras esencialmente narrativas de las esencialmente expositivo-descriptivas se han utilizado tres asteriscos que, lejos de ser barreras entre una cosa y otra, constituyen puentes que comunican perspectivas, reflexiones y vivencias. Es pertinente indicar que se ha trabajado exclusivamente con adultos, porque el caso de los niños, niñas y adolescentes en situación de calle tiene distintas implicaciones y, de hecho, constituye otro problema en sí mismo, vinculado, claro está, a la indigencia de adultos, pero con características distintivas y dificultades jurídicas que le son particulares.

Ahondar en las causas de la indigencia de adultos en la metrópoli venezolana, de cómo estas personas llegan a ese destino, observar sus errancias, indagar sobre las variables económicas, culturales, psicológicas, sociales y políticas que rodean al problema, y superar la descripción para perfilar la interpretación de las disertaciones, explicaciones e historias de vida, son los propósitos de este reportaje

Además de la investigación bibliográfica y hemerográfica, como en todo trabajo periodístico, la entrevista es una metodología fundamental, por medio de la cual se capturan las reflexiones de expertos académicos y de funcionarios públicos para la construcción de los contextos y dimensiones en los que se mueve el problema. Asimismo, la entrevista periodística toma prestados algunos elementos de la técnica cualitativa de las historias de vida, no con el rigor científico del etnógrafo, pero sí con la intención de darle forma concreta a las abstracciones de teóricas de ese *otro* aparente que vive en la indigencia. Son los testimonios de los indigentes los que articulan el reportaje. Son esas voces que han sido ordenadas y, en ese sentido, mediadas por el periodista. Este reportaje no tiene la pretensión de ser un trabajo objetivo, por cuanto intenta ahondar en las personalidades de los indigentes –en relación con los planteamientos de académicos, investigadores y funcionarios–, en sus maneras de ver el mundo, para ayudar a construir una imagen más nítida acerca de quiénes son los indigentes y qué tienen que decir.

La hipótesis de la investigación, si podríamos sintetizarla, equivaldría a la idea de que la indigencia es un problema más complejo, heterogéneo y multicausal de lo que puede suponerse; que tiene diversas manifestaciones y que está relacionado a las propias particularidades y experiencias vitales de cada persona. La indigencia no admite generalizaciones.

Caracas es una metrópoli latinoamericana signada por un evidente colapso en los servicios públicos; cinturones de miseria aposentados en sus cerros, en amargo contraste con las colinas de lujo y modernidad que, amablemente, también muestra la ciudad; rasgos de una deficiente planificación urbana; buhonerismo; inseguridad ciudadana, violencia y un sin fin de elementos que, juntos, componen la unidad caótica de la flamante capital venezolana, espacio de contrastes y miserias tropicales, en la que se inscribe la indigencia con signos dramáticos.

Este problema no es nuevo, pero ha ganado terreno en la realidad social de la Venezuela contemporánea de los últimos diez años, y en especial en la ciudad capital, aunado a un franco deterioro de la calidad de vida de sus habitantes, así como la

existencia índices de pobreza y desempleo que, aunque disminuyen en las estadísticas, no tienen un impacto perceptivo. Actualmente, con todo y las discrepancias numéricas, se conoce que más de 5000 personas viven en las calles de Caracas, lo cual es un indicador importante de cómo funciona la sociedad y la ciudad, así como de qué somos en tanto sociedad y ciudad. Así, el único aporte al que aspira este reportaje es nada menos que contribuir con la comprensión del fenómeno, lo cual pudiera ser, tal vez, un primer paso hacia la construcción de una solución efectiva.

Esta problemática tiene aristas económicas, sociales, culturales, psicológicas y políticas que, sin duda, hay que desmenuzar para lograr comprender con cierta cabalidad el fenómeno. La indigencia es, precisamente, el producto de una triste confluencia de factores que tienen que ser considerados con cuidado y detenimiento, a lo largo de las seis partes del reportaje.

En el primer capítulo, se esbozará una definición de la indigencia y se describirá el fenómeno en su relación directa con la ciudad y, en específico, con esa metrópoli latinoamericana llena de tensiones, ruidos y conflictos, donde la desestructuración urbana determina modos de vida. Allí se echará mano de los testimonios de urbanistas, sociólogos, psicólogos y estudiosos de la construcción de la sociedad latinoamericana dentro del espacio físico de las metrópolis.

Seguidamente, se pondrá el problema en su dimensión más amplia y estructural: la socioeconómica. Allí se revisarán las relaciones que guarda la indigencia con pobreza, miseria, exclusión, desempleo, desigualdad, para detectar qué variables sociales y económicas entran en juego y abonan el terreno para la indigencia. Asimismo qué variables sociológicas intervienen en la indigencia, especialmente en cuanto a la violencia de que es objeto –y algunas veces sujeto- el indigente.

El contexto cultural es especialmente significativo en ese sentido, y será profundizado en el tercer capítulo que, por lo tanto, abarcará algunos de los basamentos culturales que influyen en las relaciones económicas y sociales, esto es, los elementos que subyacen en la esencia del *ser* del venezolano, una cuestión que no ha sido muy tomada en cuenta para hablar de fenómenos de flagrante manifestación socioeconómica. Para ello, de la mano de antropólogos, el reportaje aborda conceptos como cultura de la pobreza, cultura de la urgencia, matrisocialidad, sociedad recolectora, populismo.

Las causas y factores psicológicos serán tópico del cuarto capítulo. Allí se abordarán las cuestiones individuales que influyen en la indigencia, así como las inherentes a la psique social venezolana. Ese será el espacio para atar cabos del

fenómeno con la drogadicción, el alcoholismo y las psicosis. Con ayuda de psicólogos, se reflexionará sobre el estado mental de las personas que viven en la calle, a la luz de sus propios testimonios, en términos de lucidez y sensibilidad.

A continuación, el quinto capítulo versará sobre la concepción sociopolítica del problema, sus intrínquilis dentro de la legalidad venezolana y, desde luego, sobre las políticas públicas que el Estado ha implementado para la solución y mitigación del problema, especialmente en las instituciones Fundación Acción Social, Fundación Misión Negra Hipólita, Fundación Techo y Oficina de Atención al Soberano. En ese apartado, se mostrarán las acciones políticas del aparato gubernamental, en sus instancias nacional, regional y municipal, así como también las acciones de organizaciones no gubernamentales, como las instituciones religiosas, universitarias o independientes.

En el sexto capítulo será conclusivo, y allí se encontrarán las críticas y aportes de expertos académicos con respecto al tratamiento público del problema y, de forma sintetizada, los hallazgos del reportaje. Asimismo se intentarán recoger algunas posibles determinaciones que persigan la solución, aunque sea parcial, de la indigencia en tanto problema social, de salud pública y de derechos humanos.

En definitiva, *Errantes* es una narración factual, expositiva y ordenadora, que busca explicaciones capaces de sustentar el hecho de que millares de personas anden por las calles de la ciudad, entre el bullicio y el smog, deambulando, sin más nada que el peso del abandono a costas. Este reportaje no es una apología del indigente, ni una culpabilización de su condición, sino un intento por encontrar respuestas a las preguntas que el fenómeno plantea, y por demostrar que el problema es más complejo de lo que puede pensarse a priori.

Capítulo I

Ciudad de errantes

Nadie sabía dónde estaba la señora Catalina. Los muchachos de la tienda creían que debía estar cerca porque ella no se aleja demasiado. El heladero -presumiblemente haitiano- de uniforme anaranjado, no tenía idea. Otras muchachas decían que acababa de desaparecerse y que después del robo había estado muy distante.

- La última vez que la vi fue hace nada, que cargaba el periódico y lo estaba leyendo...

La Plaza Miranda tiene varios niveles y escalinatas, árboles altos, palmeras, apamates, bancos de piedra donde se sientan algunos viejos, otros no tan viejos y algunos mercaderes que descansan. Está en el centro de Caracas, en las inmediaciones de El Silencio. Por el norte tiene a la prolongación de la avenida Bolívar; por el oeste limita con la ruidosa avenida Baralt, llena de busetas, abarrotada de cornetas y olorosa a humo; por el sur de la plaza discurre la avenida Lecuna, ancha y amable. Al este, del suelo de la plaza se elevan más de treinta pilares y arcos, que constituyen la planta baja que sostiene ese lado de los bloques de El Silencio, insignias de la modernidad criolla que hoy combinan el ocre de sus fachadas con el verde oscuro de sus balcones y faroles.

-Sí, yo le di El Mundo de hoy hace como media hora y subió a la plaza, debe estar por venir porque yo siempre le presto el periódico del día y, al final de la tarde, viene a devolvérmelo –dijo la vendedora del quiosco de la esquina donde se cruzan la Baralt y la Lecuna- ¿Pero tú quieres hablar con ella? Mira que ella es muy reservada con su vida privada...- advirtió.

En horas de la tarde, el sopor se dispersa con la brisa que arrastra los vasos de plástico y las envolturas de papel que conforman pequeños torbellinos de basura, a ras del suelo sucio de la plaza que rinde tributo al Generalísimo.

Nació en la ciudad de Caracas el 28 de marzo de 1750.

Murió preso en La Carraca.

Cadiz, España

El 14 de julio de 1816

La planta baja de los bloques de El Silencio está abarrotada de tiendas, una tras otra, detrás de los arcos: de electrodomésticos, de ropa, de accesorios, jugueterías, joyerías, perfumerías, mercerías. “Riocar” es el nombre de una tienda de ropa y accesorios de bebés, frente a la cual destaca un montón de cartón recostado a uno de los pilares. El bulto lo sostiene un oxidado carrito de mercado con una tela morada, un saco de latas, dos palas y dos escobas, cuyas grasientas y oscuras cerdas esconden, con eficiencia, el color original, rosado, quizás. Encima del montón, desentonan una botella plástica de 7Up, otra de Golden y el papel de un Cocosette.

- La gente piensa que es basura y colocan eso ahí... -se lamentó Joel Rojas, vendedor de la tienda Riocar.

Desde los balcones de arriba, unos pocos curiosos se asoman. Algunos apartamentos se ven abandonados, con los vidrios rotos. Otros tienen matas y en sus balcones aparecen observadores. Una niña, en una tarde de su infancia, sale y entra a través de la cortina que levanta la brisa. El paisaje de abajo es la plaza en movimiento. Hay personas sentadas en los bancos, las moscas revolotean por todas partes, pasa el cafecero con su carro de termos calientes, el vendedor de raspaos, con rostro cansado, graniza el hielo, le vierte granadina, leche condensada y entierra el pitillo en la nieve.

La plaza puede ser es un lugar para detenerse, pero sobre todo es un lugar para transitar. Los peatones la atraviesan en todas las direcciones. Pasan trabajadores de la Onidex, de la Alcaldía, de los ministerios del Centro Simón Bolívar, de los bancos, de los periódicos, de las oficinas, uniformados y sin uniforme, efectivos de la guardia nacional, mototaxistas que dejan sus motos en la Lecuna. Así, dinámica, sucia y paradójica es la plaza que, además de todo, es la casa de algunas personas que no tienen más techo que esas palmeras y apamates, entre las cuales destaca una por su respetabilidad, antigüedad y sensibilidad. Esa plaza es la casa de doña Catalina de Miranda.

William Zambrano tiene veinticuatro años trabajando en Riocar y desde entonces ha visto a la señora Catalina en la plaza, colaboradora, conversadora, fanática de los crucigramas y siempre dispuesta a pasar una escoba donde haga falta. Allí ha pasado todos sus días desde comienzos de los años ochenta, y en las noches se resguarda en un lugar donde se siente segura para dormir.

* * *

Dura y compleja

La indigencia es un fenómeno complejo, multifactorial, multicausal que no puede ser estudiado en una sola dimensión. Lejos de tener una única manifestación, tiene manifestaciones concretas, variadas y particulares en cada caso. Incluso puede tener matices, como los señalados por los psicólogos australianos Chris Chamberlain y Guy Jonhson (2001), quienes hacen una clasificación que, sin embargo, no calza completamente con la versión venezolana del fenómeno. Ellos señalan un indigente primario, como aquel que no tiene alojamiento convencional; denominan secundario al que oscila entre varias formas de refugio temporal; y apuntan uno terciario, que vive en habitaciones o pensiones que no poseen baño ni cocina propia.

Al respecto, Moisés Soto, psicólogo social y autor de un estudio constructivista y etnográfico de la indigencia en Caracas (2006), señala que hay definiciones muy sutiles de indigencia que son incompatibles con el contexto nacional, “en un nivel que uno no entendería”.

- En otros países una persona podría ser entendida como indigente si no tiene un techo propio, si está viviendo, por ejemplo, en casa de un amigo. Y yo creo que todos los venezolanos, aunque sea en algún momento, aunque sea por un tiempo breve, han vivido en casa de un amigo. Eso, en Estados Unidos, es indigencia. Para tratar de establecer categorías dentro de ese continuo que va de las cosas más leves hasta las cosas más duras, terminan hablando de una *indigencia dura*, que es la de aquellas personas que definitivamente duermen sin ningún techo encima, las llaman *rough sleeping*, las que duermen sobre lo duro. Esa sería la definición más tropical del tema – puntualizó Soto, a la vez que enfatizó sobre el carácter circunstancial de la indigencia en tanto estado y situación.

En inglés se utiliza la palabra *homelessness* para hablar de indigencia, lo cual revela que, para la cultura angloparlante, la indigencia equivale, al menos en primer término, la falta de un hogar, lo cual tiene coherencia con la manera de entender al indigente en tanto persona que no sólo carece de casa en cuanto estructura física, sino también de lazos afectivos con la familia. Por su parte, la Real Academia Española va más allá del hogar y define indigencia, en términos materiales, como “falta de medios para alimentarse, para vestirse, etc.” Y al indigente como aquel que la padece. Algunas personas que han trabajado el tema, especialmente los que lo han trabajado desde la acción pública, han encontrado una carga peyorativa en ambos términos, por lo cual los han sustituido por “situación de calle” y “personas en situación de calle”. Eufemismos o

no, de cualquier manera, de acuerdo con lo escrito Soto en su investigación, puede hablarse de tres definiciones de indigente: una definición literal que coincide con la idea de la persona que carece de alojamiento; una definición subjetivista orientada a la persona que se siente indigente; y, por último, una definición cultural que concibe como indigente a aquel individuo que, aunque tiene un alojamiento, es precario e inferior al estándar.

Tomás Palacios, jefe del departamento de Psicología social de la UCV, define la indigencia como un “estado en que la persona se encuentra bajo dos grandes carencias: una material, de recursos que le garanticen sustento, alimentación, cobijo, atención médica; y una simbólica, la carencia de lazos formales con la sociedad. La ruptura de esos vínculos –agrega el psicólogo- es una condición que refuerza la posibilidad de que pueda ir solventando sus carencias familiares. Es una persona excéntrica a la sociedad”.

Indigencia y metrópoli

Caracas está llena de indigentes. Están con sus cartones debajo del puente de Fuerzas Armadas. En las márgenes del río Guaire o del río Valle, recogiendo agua y tendiendo ropa. En las plazas Bolívar, Miranda, O’Leary, Brión, Capuchinos, Las Tres Gracias, lavando cosas en las fuentes. Tirados en las aceras, durmiendo en los escaños del paseo Los Ilustres o en los de la avenida Bolívar, en la Libertador, Baralt, San Martín, la principal de Los Ruices. Están en la Autopista Francisco Fajardo, cocinando sus alimentos. En los márgenes de la Valle-Coche, atravesando la Cota Mil a toda velocidad. Se ven en los restaurantes de Candelaria, en los de Las Mercedes. Deambulan por Antímano, Quinta Crespo, San Bernardino, Maripérez, La Paz. Piden en los semáforos, duermen en las esquinas, recogen latas o cartones en la basura; se meten en los contenedores a buscar objetos o comida; a terminar de desgarrar los hilos de carne de algún pollo huesudo y frío, a beber hielos derretidos.

Suenan las cornetas y la gente de la ciudad, acostumbrada a no reparar mucho en nada, mira de reojo, se aleja, pasa por un lado o levanta los pies para no pisar carne, o para no ensuciarse los zapatos. En el suelo, ellos, oleaginosos, llenos de hollín, impregnados con el hedor del abandono, metidos en su mundo, o en el de los demás.

Una mano femenina saca una moneda, por el poco espacio abierto de la ventana de una camioneta reluciente. El hombre sin piernas rueda en una carretilla al ras del asfalto de la avenida Casanova, yergue su renegrido cuerpo, estira al máximo su brazo y

consigue su moneda. Las cornetas no dejan de sonar. Los hombres y mujeres siguen su marcha, más rápidos que los carros. Se registran los bolsillos, regalan sus monedas. La ponderada riqueza nacional llega así, por migajas, o no llega nunca. Confiesan que no tienen. Mienten que no tienen. Esquivan y son esquivados. El ruido es constante, pero los otros gritan en silencio. La gente protesta ante las autoridades, la prensa ayuda a protestar. Alguien tiene que hacer algo. Mientras tanto será mejor levantar bien los pies, como si se tratara de un charco, para no ensuciarse los zapatos.

Tal como la entendemos, la indigencia es un fenómeno urbano y, de hecho, una situación que no se vive de la misma manera en el medio rural. La indigencia existe en ciudades que, por lo general, son incapaces de abarcar los requerimientos de todos sus habitantes pero que, sin embargo, reúnen y movilizan importantes masas de capital y trabajo entre sus pobladores. Caracas, por su condición de capital y centro administrativo del país, es una urbe colapsada en términos de servicios públicos y, al mismo tiempo, una ciudad que guarda un significativo capital circulante y que paradójicamente, funge de infraestructura para las capas altas y medias, de la que también pueden sostenerse, desde abajo, los sectores más pobres y, también, los que no participan directamente del aparato productivo nacional.

De acuerdo con Yves Pedrazzini y Magaly Sánchez, autores del libro *Malandros, bandas y niños de la calle* (1992), Caracas se encuadra en el concepto de metrópoli latinoamericana que es, en oposición a la ciudad europea (ideal), ruidosa, conflictiva y, esencialmente, violenta. La metrópoli latinoamericana es una pluralidad de realidades singulares y desestructuradas, “una aglomeración de territorios incontrolables en conjunto” (pág. 43).

La capital venezolana contiene, de forma caótica, contrastes abismales que son potenciados por la “inseguridad” a la que apuntan los citados autores, cuyo producto es una segregación evidente que confronta a “encerrados” y “marginales”, en medio de los cuales aparecen los “aventureros”. De esa manera, los valores metropolitanos latinoamericanos están asociados a desorden, caos, pobreza, crisis, violencia, no como males o patologías sociales, sino como fragmentos de una esencia cultural y auténticamente latinoamericana.

Pedrazzini y Sánchez plantean que este tipo de metrópolis están signadas por una bipolarización radical entre pobreza creciente y una alta tecnología que beneficia a élites, de forma exclusiva. “En América Latina, y Caracas es un excelente ejemplo de ello, esta bipolarización ha correspondido desde el comienzo a la exclusión social de la

mayoría y el desempleo de la mayoría de los trabajadores potenciales” (pág. 49). Si la ciudad ideal es lugar del consenso democrático, la metrópoli latinoamericana es el espacio de los enfrentamientos: tecnología-pobreza, formalidad-informal, legalidad-ilegalidad.

Como ocurre con la economía informal, la indigencia es un fenómeno adherido al flujo de capital propio de las esas metrópolis desestructuradas. La pobreza urbana, estudiada por el antropólogo Oscar Lewis, tiene implicaciones que no tiene la pobreza rural, especialmente en cuanto al acceso a los alimentos. Aunque la relación entre indigencia y pobreza es digna de otras consideraciones, sí es posible adelantar que la indigencia puede corresponderse con un tipo de pobreza urbana, extrema, casi siempre miserable y, por eso mismo, inseparable de la metrópoli tropical, cuya dialéctica social es siempre conflictiva.

Izáscun Landa, coordinadora del Sector de Estudios Urbanos de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UCV, vive la ciudad, pero además la piensa. Tiene que observarla, estudiar las formas de su diseño para explicar lo que las formas dicen y lo que no dicen.

- La forma de la ciudad es una construcción de esa sociedad a la que ella acoge. La ciudad es un constructo de la sociedad que se manifiesta y se refleja físicamente porque la sociedad materializa y construye esa ciudad. Esa sociedad, a su vez, tiene valores de diversos tipos, entre los cuales están los valores estéticos, a través de determinados modelos de construcción urbana. En general, la ciudad es el reflejo de la sociedad que la acoge, y el hombre construye su ciudad en función de la estructura social, su nivel de complejidad técnica, de los tipos de modelos que ella utiliza, de carácter funcional, de carácter estético.

- ¿Qué refleja Caracas como ciudad?

- Un proceso histórico que empieza con la ciudad colonial hispanoamericana sobre la cual se ha ido transformando paulatinamente. Refleja los nuevos modelos de diseño del siglo XX, como por ejemplo el suburbio jardín de las clases media y alta. Refleja el modelo de unidad vecinal a través de la mayor parte de las edificaciones y urbanizaciones del Banco Obrero, modelos traídos del exterior que se reflejan en la construcción de la trama de la ciudad, más modelos arquitectónicos que fueron el referente de una sociedad colonial, como las casas con patio, que quedan muy pocas en la Caracas actual, luego la casa-quinta, que fue un modelo propio del primer suburbio de Caracas que fue El Paraíso, y que después se copió. Posteriormente se comenzaron a

construir edificios multifamiliares, como lo fue El Silencio, que fue la primera reurbanización multifamiliar. Más adelante los modelos modernos como el 23 de Enero que reflejan un movimiento de vanguardia, el racionalismo moderno, tomado por el maestro Villanueva y otros arquitectos jóvenes del periodo que trabajaron en el taller de Arquitectura del Banco Obrero, y que se plasmaron en el 23 de Enero, en Lomas de Urdaneta, fundamentalmente en Caracas y en Maiquetía –explicó la urbanista.

- ¿Y qué pasa con la improvisación como técnica urbana?

- Paralelamente a eso, en el siglo XX se da la llegada del petróleo, el aumento del gasto público por parte del Estado, de los ingresos de la nación a través del petróleo, y la inversión de esos ingresos en la grandes ciudades del país generó muchas fuentes de empleo y, a su vez, las migraciones del campo a la ciudad que comenzaron en los años veinte... Y ¿qué sucedía? Que como ni el Estado ni el marceado inmobiliario se encargaron de construir viviendas apropiadas para los sectores de bajos niveles de ingreso, entonces las propias familias se buscaron los terrenos, los ocuparon y comenzaron a construir sus viviendas a través de un proceso de autoconstrucción o autoproducción en los barrios. Los barrios no son planificados –enfaticó Landa-. Y en este momento más de la mitad de la población de Venezuela vive en barrios de ranchos, o barrios autoconstruidos.

De acuerdo con Izáscun Landa, Caracas refleja, pues, su pobreza anaranjada en los ranchos de las laderas de las montañas y, al mismo tiempo, un grave problema de planificación urbana y de políticas de vivienda, cuestiones que han potenciado la “situación de calle” en la ciudad, en términos de la carencia de techo. Para Landa el problema de la vivienda en Venezuela y, especialmente, en su capital, es que, por una parte, no ha habido una continuidad histórica en los programas y, por otra, hay un vacío en las políticas dirigidas a la población de menor ingreso que se ha visto obligada a construir sus propias viviendas, precisamente por la ausencia de políticas apropiadas.

- El problema de la vivienda es, fundamentalmente, que el que quiera optar para una vivienda debe tener un empleo fijo y la mayor parte de la población económicamente activa del país no tiene empleo fijo, y está en el mercado informal. Entonces, al no tener empleos fijos, queda descartada prácticamente la mitad del país de la posibilidad de tener una vivienda completa, llave en mano. Todos los gobernantes pueden decir que quieren 100 mil casas al año, o 150 mil. Pero aunque construyan 150mil casas al año, ellas van a ser ocupadas por familias de clase media, o media baja,

que tengan un empleo fijo. Por lo tanto, la mayor parte de la población económicamente activa está descartada de una política oficial de vivienda.

Los pobladores de las calles caraqueñas, por definición, están fuera de cualquier programa de vivienda, no sólo porque carecen de empleo fijo, sino que tampoco tienen acceso al sistema financiero y, en la mayoría de los casos, han perdido –o nunca han poseído– documentos de identificación. Es decir, formalmente no son considerados ciudadanos. El problema es que realmente sí lo son.

Para el censo del 2001, tomando en cuenta los ingresos por hogar, el Instituto Nacional de Estadística determinó que hay 1.730.288 hogares pobres en Venezuela y 74.134 en la ciudad de Caracas, así como 595.516 hogares pobres extremos en todo el territorio nacional y 12.958 en la capital. Asimismo el INE ha registrado un descenso en todas estas cifras, descenso objetado por algunos sociólogos que señalan que eso está en correspondencia sólo con el ingreso y no con el bienestar.

Desde mediados del 2007, el INE ha apoyado al Ministerio de Protección Social para el “registro de la población que vive en la calle y en vertederos de basura”. Aunque no fue posible acceder a los datos exactos, la Viceministra de Protección Social Marycarmen Moreno informó que había para mayo del 2008 alrededor de 3000 “nómadas” en el Área Metropolitana.

Pablo Quintana, presidente de la Fundación Misión Negra Hipólita, habla de unos 10.000 en todo el país y cerca de 2.500 en Caracas. Luis Reyes, Coordinador del Área Metropolitana de la MNH, indicó que, aunque ignoraba si la data estaba disponible, el INE registró un total de 3.182 personas en situación de calle y 3.120 internados en centros de atención.

Por su parte, Alexander Salas, Director de la Oficina de Apoyo Técnico de la Misión Negra Hipólita en la Alcaldía de Libertador reconoce una diferencia en las cifras con respecto a los datos manejados a nivel central, y lo atribuye a discrepancias en los métodos. Las cifras de Salas, fundamentadas en el conteo por parroquias del municipio Libertador, arrojan, en específico, un total 6.760 indigentes sólo en su jurisdicción.

Luis Pedro España, director del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad Católica Andrés Bello, dirige actualmente una especie de catastro que se está levantando sobre la población que vive en la calle y, desde ahí asumen que no hay más de 5.000 indigentes en Caracas.

La inconsistencia metodológica se agrava con la naturaleza errante de esta población que puede transitar, diariamente, largas distancias. Aunque pueden tener

lugares preferenciales y escondites fijos para pernoctar, los pobladores de la calle no son una población estática sino altamente dinámica y, por ende, difícil de contar.

En todo caso, de acuerdo con los psicólogos norteamericanos James Jones, Irene Levine y Allison Rosenberg, en un artículo titulado “Homeless Research, Services and Social Policy” y publicado en 1991 en la revista académica *American Psychologist*, “lo que hacemos con respecto al problema de la indigencia, sin embargo, no debería depender de obtener el número correcto. Cualquiera que sea el número correcto es demasiado grande” (No. 46, p.11). Es necesario saber cuántos hay, a sabiendas de que conocerlo no resolverá automáticamente la situación. En ningún caso es saludable esperar el censo perfecto para atacar el problema, y en todo caso los números que hay, aún los más bajos, son suficientes para alarmarse.

* * *

Con descaro y parsimonia el muchacho se acercó a la tienda el 2 de septiembre. Joven y con el ceño fruncido, puso sus manos en el bulto amontonado junto al pilar. Hurgó un poco y tomó rápidamente la bolsa ideal, sin reparar en los gritos.

- Deja eso ahí, chico, que eso es de Catalina –gritaron algunos barrenderos de la plaza. La gente de las tiendas prefirió no interferir por temor a posteriores represalias contra ellos o sus negocios. El muchacho se fue corriendo hacia arriba, hacia el Teatro Municipal.

- Ese era un malandrino. Uno se mete y son capaces después de vengarse, y uno está aquí todo el día, todos los días, y casi siempre de espaldas, así que puede llegarle a uno por detrás con un cuchillo o lo que sea... -explicó William Zambrano, encargado de la tienda Riocar.

Movida por la rabia y la impotencia, Catalina pasó un día entero buscando al ladrón para reclamarle lo suyo, pero no lo consiguió. Estuvo un tiempo molesta con el personal de la tienda que permitió que el robo se perpetrara, aunque en el fondo los justificó. Aquel día no fue un buen día para Catalina de Miranda, pero al día siguiente ya tenía mejor ánimo.

Dice que tiene 53 años y su cara es amigable. De piel morena y cabeza cana, cabello muy corto y rizado, orejas grandes y ojos negros. Catalina es de baja estatura y su espalda comienza a jorobarse levemente dentro del púrpura curtido y nazareno de una holgada franela de campaña electoral. En su boca tiene muchas veces una sonrisa

amplia con poquísimos dientes, pero con gran amabilidad y buen sentido del humor. Viste de pantalón corto, y calza unas sandalias de plástico negruzcas y rotas, que no evitan que el talón izquierdo absorba la suciedad del asfalto caraqueño. El mayor de sus abandonos se nota en las piernas, envueltas por una negrura espesa, casi bituminosa. Catalina es dueña de un verbo fluido, con el que no lo dice todo porque tiene a la discreción y a la prudencia por altísimas virtudes.

- ¿Tú quieres saber cómo se comporta uno aquí en la calle y el motivo por el que está aquí? –preguntó-. Bueno, no podré hablar por todos porque no les conozco sus familiares. Pero sí he tenido ocasión de haber hablado con ellos y, si no es mentira, es triste, en la manera en que una persona tenga su familia y por equis motivo, porque principalmente viene la discordia, por herencia o por que han tomado el camino del licor y el de la droga, la pierdan. Otros están en sus casas mientras están los padres vivos, y al morir el papá o la mamá, que se tienen por lo más principal de la casa, abandonan la familia y la familia no los busca más. Por ejemplo, tuve la ocasión hace tiempo de conocer a una señora, no sé si habrá muerto, ella anda en la calle (...) Y por la manera en que ella me hablaba me dio la impresión de que a la señora alguna vez le hicieron algo malo, o sea trabajando con espíritu malo. Hay personas que no creen en eso. No es que digo que la persona se encapriche pero en este mundo tenemos que creer lo bueno y lo malo. Existe el bien y existe el mal. La brujería existe antes de Cristo. No podemos decir “no existe”. La brujería está para hacer un mal porque para curar es muy costoso. –reflexionó antes de proseguir- Esa señora por ejemplo, hace años, a raíz del deslave, yo la conocí, por allá por el Ministerio de Educación, hacia la esquina de Salas. Da la casualidad que la vi y no le di importancia pero después la vi aquí y me ayudaba a barrer. Se portaba bien, dormía en el pasillo. No le gustaba que se acostaran hombres cerca...

- ¿Usted dónde duerme? –surgió la pregunta interruptora, en un intento fallido por cambiar la dirección de la respuesta hacia su propia experiencia.

- Algunas veces duermo aquí, pero casi siempre duermo en otro local escondido de los dueños –y continuó después de una breve pausa-. Bueno, y la señora no dejaba el pasillo sucio. Ella se acostaba justo en la perfumería de ahí. Era un poco delicada, bueno demasiado, le molestaba hasta un cartón. Lo único es que de repente agarraba una botella y se la lanzaba a la gente. Hablaba bien, solo que de momento le salían esas cosas malas. Y un día que tuvo la ocasión de hablar conmigo, ella me dijo que vivía con su hija y que su hija la había dejado porque prefiere más a su marido. “Como su marido

es un malandro y a mí no me gustan los malandros”, entonces ella prefirió agarrar la calle. Ella le había dicho a la hija que dejara a ese hombre, que no le convenía porque era mala maña y la hija como ya tenía un hijo de él... Bueno, ese es uno de los casos.

Ya era casi obvio que Catalina de Miranda prefería hablar de otros que de sí misma.

- Tuve la ocasión también hace unos años, que me quedé admirada, que conocí a una mujer francesa que hablaba el español. Le encantaba jugar a los terminales. Y todos los ahorros los había gastado en pensión. “Yo tengo una hija”, me decía. Yo más nunca la vi, la debe haber recogido el gobierno o la embajada, duró por aquí como ocho días. Decía que tenía una hija y que su marido le había preguntado a la muchacha que qué prefería: o él o ella. La puso a escoger y la muchacha escogió por su marido y le dijo que se fuera. Yo le pregunté que si la muchacha veía por ella alguna vez y me dijo que no. Ahora bien, -exclamó para redondear su discurso- para reducir un poco, la mayoría de los borrachos que están aquí no sé el motivo de por qué están todo el día aquí en la calle. Para mí ellos ya tienen el cerebro enfermo de tanto tomar alcohol. Y los de la droga son igual.

Entre la bulla de la avenida Baralt, la música estridente de las tiendas de equipos de sonido y la gente que iba y venía, Catalina hablaba tranquilamente, con soltura y gusto, a veces mirando el horizonte, moviendo de un lado a otro sus pupilas, escudriñándolo todo con la vista al mismo tiempo.

- Para quienes vivimos en la calle es difícil hacerse sus cosas personales. Primero porque uno no tiene dónde lavar, ni dónde hacer sus necesidades fisiológicas. Aun, estamos aquí por ejemplo y como todo hoy en día es pago, a veces yo no pago, pero la mayoría tenemos que pagar para hacer las necesidades en los baños de locales comerciales. Como el de la fuente de soda. Ahí cobran... -dijo señalando la pollera de la avenida Lecuna.

- ¿Le cobran?

- A mí me cobran pero yo no les pago –sentenció entre risas-. Si entro 6 veces son 3000 bolívares -3 bolívares fuertes-, un monto que yo a veces consigo, pero que a veces no consigo. Si algunas veces consigo pa’ medio comer. “Ah no chico” –dijo con un manoteo, imitándose a sí misma frente a los empleados de la fuente de soda.

- ¿Y para bañarse?

- Bueno, yo me baño en una parte donde unos conocidos...

- ¿Una casa?

-Ehhhhhhh sí. Yo tengo en dos partes. Una parte más lejos y otra parte más cerca. A la que es lejos no puedo ir todos los días. Claro, a mí lo que me cuesta es para lavar las ropas. Hay que esperar que se vayan los dueños (de locales). Pero a veces no me rinde porque como la ropa la curto tanto, tengo que lavarla bien.

- ¿Tiene jabón?

- Sí. Yo lavo con jabón en polvo o con jabón de panela. Yo la lavo bien. Ahora que estamos hablando de eso –sugirió-, yo me pongo a pensar que aquí deberían ponerle a la gente que está en la calle unos baños públicos. Yo sé que es difícil. Es más, aquí en la plaza debieron haber puesto antes baños públicos. Antes había un modulo policial y lo quitaron. Iban a poner los baños con todo lo que necesitaba un baño, y que se trancara a determinada hora. Principalmente porque viene mucha gente de extranjería – señalando a la Onidex- a sacar papeles. Ahora como está un poquito más cambiado hay que hacer cola porque hay un solo baño para las damas en la pollera. Y hay cola pa’ los varones también.

- ¿O sea que usted se baña todas las semanas?

- Sí, bueno, algunas veces lo logro, otras veces no, en fin...

- ¿Pero cuánto tiempo pasa a veces sin bañarse?

- Puede ser 8 días, pero todo depende. Yo opino que cuando hacen los operativos para bañar a indigentes, deberían agarrar esa ropa que les quitan, deberían pagarle a una persona y lavar esa ropa. Darle jabón, guantes. Yo opino que a un indigente deberían cambiarle la ropa aunque sea dos veces en el año, no sé, pienso yo, tal vez sea exagerado ¿no?

* * *

Mientras las palabras de la señora Catalina resonaban entre el ruido, al fondo de la plaza se veía un grupo de cinco indigentes, de los cuales uno tiene una condición especial que lo pone en una situación más difícil: no puede usar sus piernas y está en silla de ruedas.

Juan Hernán Gómez tiene alrededor de dos años viviendo en la calle. La barba negra y poblada no puede disimular la mirada triste de un hombre solitario que vive de la caña blanca, y que se orina los pantalones para drenar su miseria. Según su testimonio, quedó inválido como consecuencia de un disparo que le propinó un efectivo de la Policía de Miranda que asistía a la Misión Negra Hipólita en un operativo a la

altura de El Calvario. Esa información no pudo ser comprobada, lo que sí es evidente es que ambas piernas padecen de una enfermedad inflamatoria severa que las desfigura en grandes proporciones -probablemente elefantiasis-, con el agravante de que presenta el mismo signo en las dos extremidades. De las rodillas para arriba, la fisonomía de Juan Gómez es la de un hombre delgado de cincuenta y siete años, pero de las rodillas para abajo, las piernas son grandes masas duras de carne y los pies, anaranjados y descalzos, parecen hechos de una goma inflable, como los de un muñeco gigante.

- Las piernas no me responden. Tengo infiltración en el líquido, pero yo pronto me recuperaré... La alcaldía no me ha ayudado nunca. Sólo la queda en la Plaza Bolívar... Pero quisiera que tomaran conciencia de lo que a mí me está sucediendo.

Juan Gómez estuvo seis meses interno en el Centro de Atención Integral Misión Negra Hipólita, Terminal de Oriente (Caimnhto), pero se escapó en 2007. Duerme donde lo agarre la noche y su mayor dificultad es su limitación para desplazarse, lo cual es un impedimento significativo para la persona que vive en la calle, obligada a luchar por la supervivencia. Muchas veces la gente que pasa tiene que ayudarlo a incorporarse en la silla porque se resbala, se desparrama, y casi se cae.

- ¿Y qué hace durante todo el día?

- Pedir como si fuera un gusanito... -dijo con tono quejumbroso- al que tenga compasión.

- ¿Cuánto reúne?

- Reúno 50, 60 bolívares fuertes.

- ¿Y lo puede ahorrar?

- Tengo que gastarlo obligado, tengo que tomar el licor.

- ¿Y si lo guarda?

- Me lo roban –respondió con un timbre musical

- ¿Quién se lo roba?

- Los ladrones –volvió a cantar

- Y cómo es el trato con la policía?

- Magnífico –señaló-. A la Metropolitana y la Guardia Nacional no les gustan que maltraten a la gente. La de Miranda es que no sirve pa' un coño.

En medio de la conversación se armó un revuelo en la avenida Baralt. “Un carro que atropelló a una señora” alertó un transeúnte de la plaza.

- Yo no estoy pendiente de los demás –dijo con voz clara-. Yo estoy pendiente de lo mío. Yo lo que quiero es ser libre de esta silla. Yo lo que espero es estar libre de esta silla, nada más... yo no estoy pendiente de los demás.

- ¿Por qué?

- Porque ellos no están pendiente mío –no había terminado de decirlo cuando se acercó un muchacho para darle una comida dentro de un envase de anime.

- Gracias –dijo.

- Ah, pero hay gente que está pendiente...

- Sí...

- Bueno ¡buen provecho!

- ¡Gracias!

* * *

En la avenida principal de Las Mercedes, junto a la entrada lateral del Centro Comercial Paseo Las Mercedes, a la sombra de un arbolito, se apostó un hombre flaco, de barba larga y abundante, cabello largo, grasoso y enredado, a la usanza de los *drelos* rasta, descalzo pero con camisa manga larga y pantalón de vestir manchados.

Aunque a primera vista no lo parece –y todos le dicen “Viejo”-, Miguel Castillo tiene 48 años y está en la calle desde que era un muchacho. Duerme tranquilamente todas las noches sobre unos cartones que tiene en una arepera ubicada en Altamira. Se levanta temprano se va caminando para estar a las siete de la mañana en Las Mercedes. Casi siempre se instala a pedir dinero junto al Paseo o por los predios del Tolón. Otras veces se dedica a caminar para distraer la mente y todos los días llega hasta Bello Monte.

- El aseo es lo de menos, por ahí siempre hay un chorro y uno se baña. Y pido para comer –explicó el hombre.

La señora Elda García, vendedora del quiosco de la esquina, amable y servicial, manifestó que Miguel es un hombre pacífico y perfectamente cuerdo.

- Él me dijo una vez a mí, pero no vaya a decirle que yo le estoy diciendo esto, que él no se baña ni se corta el pelo, ni se cambia de ropa solamente para que no dejen de darle plata. Así me dijo... Yo antes lo trataba a él, hasta que vino para acá y empezó a hablar de cosas... de groserías pues, y de sexualidad, y eso no me gustó, y entonces ya yo no lo trato –explicó la señora Elda.

- ¿Cuántas veces come al día, señor Miguel?

- Dos veces. Por lo menos, esta mañana me comí dos empanadas, ahora más tarde me como una sopa, como a las tres o cuatro, me como una sopita...

- ¿Y después cena?

- No, a veces que me como cualquier vaina...

Todos los días Miguel compra el *Últimas Noticias* y casi todas las tardes visita la arepera Caracas de Antier, donde le regalan un café y se pone a leer el periódico, sentado en la acera, debajo de una mata. Al caer la tarde, visita Bello Monte, pide dinero y luego se va desplazando hacia Chacao hasta llegar, caminando, a su lugar de pernocta.

* * *

Parece haber un problema planteado. La indigencia, como fenómeno, tiene todas las características de un “problema”, en términos sociales, económicos, urbanísticos, antropológicos, psicológicos. Pero en este punto surge una pregunta que va un poco más allá y que no deja de ser inquietante y fundamental para este trabajo periodístico: ¿en qué contextos se da la indigencia?, ¿qué causas y qué impactos tiene?, ¿para quién es un “problema” la indigencia?, ¿para los propios indigentes?, ¿para la sociedad?, ¿para el Estado? No son preguntas de fácil respuesta. Al contrario, hace falta un análisis detenido de la situación en sus diferentes dimensiones para contestar eso y otras inquietudes del tipo ¿hay soluciones?, ¿son realmente factibles?, ¿alguien debe asumirlas?, ¿quién?, ¿es posible la reinserción?

Capítulo II

Las estructuras

Exclusión, pobreza y desigualdad

Sonia Fleury, socióloga brasileña, en su artículo “Política social, exclusión y equidad en América Latina” (1998) publicado en la revista *Nueva Sociedad*, define la exclusión social “como la desincorporación de los ciudadanos del sistema social y político, negando sistemáticamente los derechos de ciudadanía, la igualdad de las leyes y las instituciones públicas, de esta manera no acceden a la riqueza producida en el país”.

Esta exclusión tiene, por supuesto, su raíz económica, puesto que es padecida por individuos que, o bien han quedado fuera del aparato productivo, o bien están en una posición cercada desde la cual no hay condiciones óptimas para la producción. Los excluidos no tienen oportunidades, las han perdido o, según algunos incluidos, no las han sabido aprovechar. Gloria Mendicoa y Lucía Veneranda, investigadoras argentinas, autoras del texto *Exclusión y marginación social* (1999), plantean la exclusión social en términos de debilitamiento o ruptura de los vínculos que, normalmente, permiten la participación y la identificación del individuo de y con la sociedad, en tanto ciudadano. Las autoras hablan de tres tipos de exclusión social: a) absoluta, b) relativa y c) de posibilidades de representación. Los indigentes no tienen lazos formales con la sociedad porque no tiene trabajo, ni vivienda, ni familia. Sus lazos con la sociedad, cuando los hay, son informales, esporádicos y generalmente asistenciales, mediante la acción caritativa e individual o mediante la acción política. De modo que la situación de calle se correspondería con la exclusión absoluta.

Es casi un lugar común referirse a las personas en situación de calle como “los excluidos de los excluidos”. Aunque el término no puede ser empleado ligeramente, el cliché no deja de tener cierta razón, sin olvidar, claro está, los diferentes matices que van desde el indigente drogadicto y desconectado hasta el indigente “sano” en permanente convivencia con sus vecinos, “incorporados”, aunque sea precariamente, a las relaciones sociales del entorno.

El investigador de la cultura popular venezolana, Alejandro Moreno, en un trabajo titulado “Superar la exclusión, conquistar la equidad” (1993), se detiene en la división social y en la falaz homogeneización que ésta implica, y revisa cómo el término

“exclusión” ha desplazado, de alguna manera, al concepto de “marginalidad”. Para este autor, “marginalidad” implica la esperanza de las condiciones reversibles, una frontera, un margen franqueable. “Hablar de exclusión es hablar de lejanía y al mismo tiempo de encierro. Ya no de frontera sino de muralla, de afuera y de dentro. El que está dentro construye su muralla y delimita y defiende así su territorio. Es el de dentro el que construye la muralla, no el de fuera”, postula el investigador. Lo dramático de la exclusión es que, según Moreno, los excluidos están llamados (por los incluidos) a superar la exclusión por medio del mercado y la ciudadanía, o a desaparecer.

El trabajo de Alejandro Moreno está basado en la pobreza urbana de los barrios caraqueños y concluye diciendo que, con respecto a sus habitantes, no debería hablarse exclusión ni de marginalidad, sino de otredad y externalidad, que tampoco equivale a aislamiento. De hecho, el autor plantea que el sujeto popular, a diferencia del sujeto moderno, tiene un sentido colectivo y comunitario, inspirado en relaciones de convivencia que lo sustentan.

El indigente es, sin duda, el otro, el que está fuera, incluso estando dentro, en los mismos recovecos de la ciudad que transitan todos. Sin embargo no siempre es un sujeto convival como el popular. Se le puede encontrar solo, al margen del mercado y de la ciudadanía, del otro lado de una muralla infranqueable.

“Los excluidos de los excluidos” son, por definición, material y simbólicamente pobres, lo que no quiere decir que toda la vida lo hayan sido. La relación entre pobreza e indigencia está, es evidente, pero no es necesariamente lineal ni causal. En ese sentido, el sociólogo norteamericano Peter Rossi, en un artículo titulado “The Old Homelessness and the New Homelessness in historical perspective” (1990, No. 45) y publicado en la revista *American Psychologist*, sostiene que “aunque los indigentes surgen primordialmente de clasificaciones de pobreza extrema, lo que es sorprendente es que la vasta mayoría de las personas en extremo pobres no se vuelven indigentes”

Luis Pedro España, Director del Instituto de investigaciones Económicas y Sociales de la Ucab, señala que la pobreza depende de dos cuestiones.

- Por un lado, de si la sociedad produce oportunidades para que los individuos generen medios o ingresos para satisfacer sus necesidades; oportunidades que llamamos empleo u oportunidades de hacer negocio, de emprendimiento. Lo otro es si las personas tienen capacidad para poder aprovechar esas oportunidades. Entonces lo que ocurre con la pobreza es que hay oportunidades pero no capacitados, o viceversa – enfatizó para continuar-. Se entiende, entonces, que las políticas públicas deban generar

oportunidades para que las personas con capacidades puedan trabajar. Normalmente, cuando no hay oportunidades se presume que el problema no es tan severo, el problema es más estructural cuando las personas no tienen capacidad, y cómo la adquieren, a través del estudio, de la salud.

- ¿Y cómo se relaciona esto con la indigencia?

- Se entiende que no hay una relación directa entre pobreza e indigencia, aunque, evidentemente, cuando usted ve a un indigente, está en situación de pobreza extrema – resaltó-. Pero el hecho de que esa persona sea pobre actualmente, no quiere decir que esa persona llegó a esa situación porque era pobre previamente. Hay muchas causas relacionadas con la indigencia, pero la mayoría de ellas tiene que ver con adicciones de todo tipo: alcohol, droga. Adicciones que a su vez tienen una causa, porque también son consecuencia de algo. Entonces, a su vez la indigencia es consecuencia de adicciones, pero a su vez, las adicciones son consecuencias de situaciones como problemas de conducta, problemas económicos, de una inmensa batería de problemas que puede tener la persona que van desde problemas emocionales, pasando por problemas económicos, siguiendo por problemas de violencia...

Desde este punto de vista, los problemas económicos son posibles causas, pero no las únicas, y en muchos casos una condición adversa que no determina, aunque puede facilitar, una posible expulsión familiar, una depresión, o un problema emocional. En todo caso la pobreza por sí sola –y así lo manifiesta España- no produce indigencia. En algunos casos es la pobreza acompañada de una serie de problemas individuales y familiares que generan la situación de calle. Por otra parte, como cada caso es particular, en algunos habrá un problema de oportunidad, en otros una deficiencia en la capacidad, en otros habrá una convergencia de ambas deficiencias, así como también habrá los casos –más excepcionales, desde luego- en los que aún teniendo oportunidades y capacidades, un individuo queda en la calle

Lo que destruye el argumento de que la indigencia está causada por la pobreza es la presencia de personas en situación de calle provenientes de clases medias y altas. Los testimonios de esta investigación periodística son casi todos de ex miembros de hogares pobres, con excepciones en las que podría hablarse de clase media baja. Los demás son casos prácticamente míticos, de cuya existencia se tiene evidencia, en este trabajo, sólo por referencias indirectas y encuentros efímeros, sobre todo con respecto a los casos de personas que perdieron todos sus bienes materiales, así como todos los miembros de su familia, en el deslave del estado Vargas ocurrido en 1999. Esos son los

casos paradigmáticos de hombres y mujeres que vivían insertados en la clase media una sociedad, pero se quedaron en la calle por desastres naturales. Similar era el caso de una señora que estaba renuente a aceptar la ayuda de la Alcaldía Mayor, porque estaba negada al traslado a un centro de atención. Estaba sentada en un colchón, con los ojos enrojecidos, en una esquina de la avenida Urdaneta, muy cerca de Miraflores, y lo que exigía, taxativamente, era un préstamo para una vivienda. No pudo ser abordada formalmente porque estaba visiblemente alterada e indispuesta para una entrevista.

Para el economista cuantitativista y estudioso de la desigualdad, César Gallo, la pobreza en Venezuela es consecuencia de una inapropiada distribución del ingreso nacional.

- Venezuela es el caso mas obvio de una gran disponibilidad de recursos como para que toda la población viva por encima de la línea de la pobreza y disfrute de sus recursos mínimos indispensables y, sin embargo, tenemos unos niveles de pobreza que, aunque no son de los más altos del mundo, ni siquiera de América Latina, no se justifican en términos de los recursos que el país tiene.

- ¿La pobreza en Venezuela puede medirse en términos de una desigualdad de ingresos?

- No. Desigualdad y pobreza uno las asocia de alguna manera porque se tiende a pensar que en la medida en que hay una gran desigualdad, hay un gran nivel de pobreza, o debe haber pobreza. Pero estrictamente no tiene que ser así. Es decir, no es una implicación, como diríamos matemáticamente. No porque haya una gran desigualdad tiene que haber pobreza. Ahora, si uno revisa casos concretos de la realidad sí se encuentra que en muchos países que tienen una alta desigualdad sí hay pobreza. Pero teóricamente y en algunos tú puedes tener una gran desigualdad y cero pobreza, o una perfecta igualdad y total pobreza. La cuestión es imaginable. Tú te puedes imaginar que hay un país que está constituido por dos individuos. Normalmente el Banco Mundial fija como línea de pobreza obtener 2 dólares (\$) al día. Claro, una medida muy generalizada que no significa que sea acertada, pero tomemos esa referencia: por debajo de ese ingreso el individuo es considerado pobre extremo. Imagínate dos individuos donde uno gane 10 \$ y el otro 1000 \$ al día, cien veces más. En ese caso hay una alta desigualdad porque hay una brecha de 990 \$, una desigualdad altísima, uno está siendo cien veces más rico que el otro. Sin embargo ambos están bien por encima del límite que indicaría pobreza. En ese caso podríamos decir que hay una muy alta desigualdad pero no hay pobreza. Eso lo podrías aplicar a la sociedad entera. Si todo el mundo está

por encima de la línea de pobreza, y hay unos individuos que están cerca y otros que están lejísimos y entre ellos hay una gran brecha, hay una gran desigualdad pero no hay pobreza.

Gallo indicó, pedagógicamente, que podría ocurrir el caso contrario. Si todos los habitantes de la población están por debajo de la línea de la pobreza, hay perfecta igualdad y total pobreza a la vez.

- Por eso puedes encontrarte países con baja desigualdad y alta pobreza porque son países de pocos recursos donde la mayor parte de la población no dispone de los recursos mínimos para vivir y disfrutar de un bienestar. Y dado que la mayoría está en esas circunstancias, ellos tienden a ser más o menos igualitarios, pero hay altos niveles de pobreza. Entonces medir pobreza en términos de desigualdad de ingresos sería incorrecto.

Gallo explicó que, aunque hay diferentes métodos, existe un consenso entre los investigadores sobre la alta desigualdad de Latinoamérica, donde, sin embargo, Venezuela no figura entre los países más desiguales de la región, sino que sus valores oscilan entre 0.42 y 0.45 según el índice de Gini (cuya escala va del 0 al 1). Es decir, Venezuela está en el promedio de desigualdad, pues no es de las más bajas como tampoco es de las más altas.

De esta manera, no sería correcto asegurar que la indigencia está ligada causalmente a la desigualdad o, menos aún, que es su máxima expresión. De paso, el indigente, por vía de la caridad o de fuentes de la economía informal, puede percibir un ingreso incluso mayor al salario mínimo. Sin embargo ese ingreso no sólo no tiene un origen formal, sino que tiene un destino que difícilmente puede estar orientado a la obtención de un bienestar real y, menos aún, al ahorro o la inversión. El indigente no dispone de ningún mecanismo que le garantice la protección de su capital y, a su vez, no entra en las estadísticas de ningún tipo porque no tiene identidad y, si la tiene, no tiene vivienda fija. Entonces la indigencia, como la pobreza extrema, puede ser signo de una desigualdad si convive en el mismo espacio en el que confluyen una cantidad significativa de individuos cuyos ingresos sean muy superiores. En la ciudad de Caracas, al menos en el plano perceptivo, parece haber esos niveles de contrastes que, no obstante, pueden quedar fuera de las estadísticas. De ahí que algunos niños, adolescentes y adultos golpeen las ventanillas de lujosos vehículos para que les den dinero.

Gallo también alertó sobre la existencia de causas estructurales de la pobreza tales como una economía no diversificada, una ineficiencia del Estado en cuanto a la distribución y redistribución del ingreso mediante la producción, así como la corrupción y los desvíos de recursos dentro y fuera del país.

- Entonces ¿qué explicación científica se le puede dar a la indigencia en Venezuela como fenómeno?

- En general como con la pobreza, siendo conceptos multidimensionales, no puede haber una sola respuesta porque hay diferentes causas. Una causa tiene que ver con la marginación y la exclusión, el hecho de que haya un modo de producción que deja gente en el camino, por fuera, gente que no puede obtener un nivel de ingreso. Pero también está el que llaman *autoexcluido*. Hay otro elemento importante dentro de este enfoque económico, y es que Venezuela tiene una economía basada en la economía petrolera y la industria petrolera es, en esencia, de capital intensivo, es decir, usa poca mano de obra, y la poca mano de obra que usa es altamente calificada. Entonces cuando una economía está basada en industrias que usan muy poca mano de obra, resulta difícil tener a toda su población económicamente activa incorporada al proceso económico. Porque aquí no hay una economía estable que pueda tener un crecimiento sostenido sino que dependemos de los vaivenes del petróleo. Tenemos varios años de bonanza, y ello permite disminuciones de pobreza, estrictamente en cuanto ingreso. Pero el crecimiento de las barriadas tiene que ver justamente con que es una economía que no logra insertar a la mayoría de su población en el proceso porque se basa en una industria que absorbe poco. Yo diría que nuestro aparato productivo es bastante restringido. Se depende mucho de las importaciones, hay poca producción local, y eso también explica que tengas poca gente, relativamente hablando, incorporada en el proceso económico. Esta es una explicación económica.

Mauricio Phelan, sociólogo y coordinador de la Escuela de Sociología de la UCV, coincide con Gallo en cuanto a que la desigualdad de ingresos no puede ser una causa de la situación de calle.

- La desigualdad tiene que ver con la distribución de un recurso o una oportunidad, puede ser en cuanto a la propiedad de la tierra, la riqueza, las oportunidades de educación, acceso a la vivienda, y en este caso, creo que el indigente es independiente de la situación de distribución de bienes u oportunidades de la sociedad. De hecho, se puede encontrar en algunos países desarrollados, en Europa, personas en situación de calle. Algunos pueden ser inmigrante subsaharianos, pero de

pronto te puedes conseguir indigentes propiamente europeos. En París los puedes ver, o en las calles de Madrid.

- Quizá en volúmenes menos elevados...

- Sí, probablemente porque tienen políticas y organizaciones no gubernamentales que trabajan en la incorporación de esos individuos. O también porque son reprimidos en algunos casos por la policía, o son expulsados a sectores donde no haya tanto flujo de personas, sobre todo de turistas. Pero yo asocio más la indigencia a factores de orden psicosocial –señaló Phelan-. Hay indigentes que no vienen de hogares pobres. Yo he visto un indigente por Las delicias, un británico que fue mi profesor de inglés. Hay gente profesional, con títulos y buenas condiciones educativas

- ¿Pero una vez constituida la indigencia sí pasan a formar parte de esa pobreza extrema?

- Sí se podría considerar como pobreza extrema porque carecen de lo más fundamental, que es un techo, buena alimentación, medicina y vestido –apuntó Phelan.

Los malabares laborales

De acuerdo con Thais Maingón, investigadora del Cendes-UCV, “el empleo productivo es el que vincula a la sociedad con el Estado”. En ese sentido, las personas en situación de calle tienen una evidente desvinculación con el Estado, que pasa primero por una desvinculación –casi siempre total- con la familia y, luego por una desvinculación -total o parcial con la sociedad misma.

Aunque los indigentes no entran en las estadísticas, el desempleo es un factor importante, aunque no determinante, en las causas. En los últimos años, de acuerdo con el INE, la tasa de desocupación ha disminuido, pero en 2003 llegó a tener el nivel más alto en los últimos cincuenta años, con más de 18%. Para abril del 2008, el Estado computaba un 7,9% de desempleo, el registro más bajo desde 1994.

Como causa, el desempleo es una variable que puede instar a un individuo sin fuentes de ingreso a quedar en la calle. Sin embargo no es considerado como un elemento detonante en sí mismo, sino que acompaña otras situaciones. En todo caso, el individuo, una vez que vive en la calle, si no pide limosna, tiene que buscar, fuera del sistema formal, mecanismos que le garanticen algún ingreso.

- Ante la falta de empleo productivo, los indigentes tienen que buscar mecanismos de supervivencia, como cuidar carros que funcionan como economía informal... Los indigentes están fuera del censo. Prácticamente no son ciudadanos,

están al margen de la sociedad, y no son electores, por lo que ninguna política electoral está dirigida hacia ellos –señaló Maingón.

Es posible que un individuo llegue a la calle por un fracaso laboral, o reiterados fracasos. Evidentemente nunca podrá generalizarse pero sí puede estar relacionado el desempleo con la indigencia, en términos, precisamente, de oportunidades y capacidades.

- ¿Hay una relación de tipo causal entre desempleo e indigencia?

- En algunos casos llegan a la indigencia porque fracasan laboralmente –contestó Phelan-. Gente que perdió su fortuna en el juego y cae en un estado depresivo muy fuerte. Pero de alguna manera ellos también tienen que buscar mecanismos de supervivencia y los ves buscando cómo levantarse unos reales, bien sea lavando o cuidando carros, en estacionamientos, o en el peor de los casos, buscando metales para venderlos.

- ¿Y esos son empleos?

- No. Esos son mecanismos de sobrevivencia. No están empleados, no reciben salario ni hay una relación contractual. Sencillamente buscan la manera de sobrevivir mediante empleos precarios.

Hay indigentes que sólo viven de la caridad social, los que acompañan su estado con una situación de mendicidad, como el caso de Miguel Castillo, que pide expresamente o se sienta en la acera a pedir con los ojos y, en su caso especial, a saludar con el objeto de recibir a cambio una ayuda económica para comer, o el caso de Juan Gómez que pide en su silla de ruedas de local en local. Otros, como Catalina de Miranda se avergonzarían de pedir limosna y buscan garantizar su ingreso mediante formas alternativas e informales como, en su caso concreto, barrer, limpiar, hacer mandados y hasta el año pasado, recoger y vender cartones.

Otros indigentes combinan la limosna con trabajos espasmódicos, dentro de los cuales los más frecuentes son el de recoger latas para la venta del aluminio y los que están relacionados con los vehículos automotrices, bien sea para lavarlos o, más frecuentemente, para cuidarlos y, casi siempre, dirigirlos para salir o entrar de un puesto de estacionamiento. Luis Pedro España, en cambio, sostiene que muchos de esos mecanismos de supervivencia sí constituyen empleos en el sentido de que cumplen un servicio.

- ¿Pero están fuera del aparato productivo?

- No, lo que pasa es que ellos no están dentro de las estadísticas, ellos no viven en ninguna casa. Entonces ellos serían trabajadores informales -contestó España.

- ¿Pero estos empleos aportan algo desde el punto de vista productivo?

- Claro que sí, por supuesto, eso es un servicio, si la gente le está pagando al indigente es porque está prestando algún servicio, tal vez de poco valor agregado y muy poco productivo, tanto que eso que le ingresa no le alcanza para cubrir sus necesidades.

(In)Seguridad Social

España señala que las causas relativas a las adicciones, la violencia doméstica, el abandono familiar, los desastres naturales, se agravan con una situación característica de la estructura social venezolana: “la ausencia de un sistema de seguridad social que pueda, de alguna manera, recoger a estas personas que se ven obligadas a vivir en la calle, por abandonos o disfunciones familiares”

- Hay hogares –plantea España- que no pueden mantener a sus viejos, entonces los van expulsando, y si la persona no tiene adonde ir puede que termine en la calle.

El débil aparato de seguridad social en el país es, en efecto, una condición que acaba por complicar el panorama.

Ana Salcedo, directora de la Comisión de Postgrado de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la UCV, y coordinadora de la maestría en Seguridad social, parte de una definición puntual.

- La seguridad social es uno de los medios para proteger a los miembros de la comunidad, mediante la garantía de condiciones de vida, de salud y trabajo para lograr mayor productividad y un mayor grado de bienestar físico y mental, y por lo tanto elevar su calidad de vida –afirma Salcedo- La Organización Internacional del Trabajo (OIT), precisa la noción de seguridad social a un ámbito más concreto y restringido, orientada a satisfacer determinadas necesidades y contingencias, en términos de la protección que la sociedad proporciona a sus miembros, mediante una serie de medidas públicas, contra privaciones económicas y sociales que ocasionaría la desaparición o una fuerte reducción de sus ingresos como consecuencia de enfermedad, maternidad, accidente o enfermedad laboral, desempleo, discapacidad, vejez y muerte.

De acuerdo con Salcedo, la seguridad social tiene tres dimensiones, a) como política, b) como derecho social y humano, c) como un conjunto de técnicas sistemáticamente estructuradas, con el propósito de alcanzar objetivos sociales preconcebidos por una sociedad determinada y acorde con las posibilidades para su

consecución. Asimismo destacó que también es considerada como disciplina social que apunta hacia el bienestar del colectivo frente a las necesidades y contingencias sociales, a través servicios y prestaciones.

- La Ley invoca la equidad y la justicia social para establecer que la aplicación de los principios y normas de la Seguridad Social será para "todos los habitantes del país" ¿Qué pasa entonces con las personas en situación de calle, tomando en cuenta la inexistencia de salarios de referencia y semanas cotizadas?

- La garantía de universalidad de la seguridad social orienta a la sociedad a desarrollar sistemas de seguridad social integrados que les permita materializar la protección social a todos sus miembros, es decir, la población con capacidad contributiva y la población que carece de capacidad contributiva –señaló Salcedo-. Dichos sistemas deben evitar las exclusiones por razones de ingreso, género, cultura, edad, tipo de vinculación laboral, desempleo, salud o capacidad física, psíquica, sensorial. El principio de universalidad apunta principalmente a asegurar la protección de aquellos sectores que no puedan autónomicamente acceder a ella, en forma definitiva, parcial o temporal, por razones que escapan a su voluntad. Pero el acceso a la seguridad social en la región latinoamericana y específicamente en nuestro país, no ha alcanzado los niveles de universalidad, solidaridad e integralidad esperados y proclamados desde el punto de vista legal, porque la inequidad y la segmentación social han estado siempre presentes en el desarrollo de la seguridad social de la región, por lo cual generalmente se han beneficiado los sectores de mayor capacidad de organización y representación pública, dejando sin protección de la seguridad social a los sectores mas pobres

Salcedo argumentó que, normativamente, los indigentes no están al margen del sistema de seguridad social porque la ley los considera y establecen que la población en situación de calle se encuentra en estado de necesidad y se constituyen en población de atención prioritaria en la Ley de Servicios Sociales. Sin embargo, en la realidad efectiva los niveles de indigencia –y la cantidad de adultos mayores en situación de calle– revelan, entre otras cosas, la ineficacia del sistema de seguridad social venezolano.

Conflictos consanguíneos

Miguel Castillo apenas se concentra en lo que dice. Si algún transeúnte de Las Mercedes pasa no pierde oportunidad de saludarlo a ver qué recibe a cambio. Casi siempre tiene éxito. Se dedica a mendigar y, en general, tiene pocas quejas, salvo una.

- ¿Cuál es el motivo por el cual usted está en la calle?

- Porque no tengo una familia, viejo. Yo soy solo en este mundo -contestó taxativamente.

La madre murió cuando él tenía quince años. Para entonces, ya se había ido de su casa en San Martín, y ya era un niño en las calles del centro de la ciudad.

- ¿Y mientras estaba viva usted se comunicaba con su mamá?

- Sí, cómo no, vale... Estando en la calle...

- ¿Por qué salió de su casa?

- Bueno por problemas, cosas de la vida, discusiones con la familia -generalizó

- ¿Intentaron buscarlo?

- No, ¡qué va!

- ¿Y hermanos?

- Hermanos sí tengo, pero tengo añisimos que no sé... Nosotros somos así, cada uno por su lado, yo ni sé dónde vive.

- ¿Cuántos son?

- Somos como 3 -dijo con un número aproximado-, pero no, ¡qué va!, yo tengo años que no los veo.

- ¿Qué ha sido lo más difícil de vivir en la calle?

- Bueno, lo más difícil es no tener familia -sentenció Miguel Castillo.

* * *

La niñez abandonada es un tema diferente pero ineludible cuando se aborda la problemática de los adultos que viven en la calle. Miguel Castillo es la prueba viva de que hay una correlación dramática entre una cosa y otra, en la medida en que los niños con experiencia de vida en la calle que no se reinsertan y sobreviven a la situación y los riesgos que comporta, cuando crecen, son adultos en situación de calle, con el agregado de que tienen toda su vida en la calle, incluso más de treinta años, y no recuerdan -o no conocen- otro estilo de vida.

Manuel Llorens en una investigación titulada *Niños con experiencia de vida en la calle. Una aproximación psicológica* (2005), aborda el tema desde la perspectiva de la psicología clínica comunitaria y rechaza de alguna manera la etiqueta *niño de la calle* por considerarla una categoría estigmatizante y estática que “no refleja todos los movimientos que puede tener un joven que pasa muchas horas en la calle” (pág.52). En su lugar, asume la que da nombre a su trabajo: *niños con experiencia de vida en la calle*. “Este término intenta ofrecer un marco amplio que permita incluir distintas aproximaciones a la vida en la calle y, al mismo tiempo, pretende ser más exacto, caracterizando a este grupo como jóvenes que han tenido importantes experiencias de vida en la calle pero que no son *de la calle*. Por esta segunda razón, considero que es un poco menos despectivo” (pág. 53).

En su texto titulado *Niño de la calle. Identidad, sociabilidad y droga*, el investigador suizo Riccardo Lucchini, citado por Llorens, entiende el fenómeno de la niñez abandonada en dos dimensiones fundamentales: una dimensión social, que alude a la frecuencia y calidad de lazos con adultos responsables que sean de referencia para el niño; y una dimensión física, que alude al tiempo de permanencia en la calle que tiene el niño (pág. 53). Así, Llorens explica que las variables intersecciones entre una y otra dimensión son posibles dentro de un espectro, que va desde aquellos niños que tienen buenos lazos con adultos responsables y pasan poco tiempo en la calle, hasta aquellos que tienen escasos vínculos de calidad con adultos y permanecen casi todo el tiempo en la calle. De ahí que Llorens insista en que el término *niño de la calle* es, además de estigmatizante, vago e insuficiente.

En ese sentido, Carlos Luis Rivero, sociólogo que ha trabajado el tema de la niñez abandonada, apunta que, por un lado, el niño puede vivir en la calle y, sin embargo, dormir en su casa sin haber roto completamente los nexos con su familia, y por otro lado, está el caso del niño que rompe todos los lazos, no vuelve a su casa y hasta olvida la dirección. Por eso también se habla de niños *de la calle* y niños *en la calle*. Sin embargo, de acuerdo con Llorens, estas terminologías explican poco y no trascienden el plano de los estereotipos.

En el caso de los adultos hay siempre una ruptura con los vínculos familiares que por lo general es total, aunque hay casos en los que se mantiene un contacto y cierto interés, casi siempre unidireccional, por estar en contacto y saber del otro. Las razones que empujan a niños y adultos a vivir en la calle son diversas. Lo que aparece como expulsión del núcleo familiar –sobre todo en niños- en algunos casos puede entenderse

como una expulsión indirecta, y en otros casos ocurre una especie de autoexpulsión. Entre el joven y el adulto puede haber una amplia gama de maneras, totalmente distintas, de llegar a la calle.

- Lo que es igual para todos –planteó Rivero para abarcar la indigencia en adultos- es que son habitantes de la calle, viven día y noche en la calle y han roto sus vínculos con la familia en mayor o menor grado. Ellos viven solos en la calle y muchos han logrado romper el nexo con su familia, lo cual los coloca además en una situación de desarraigo, en la que ellos no tienen futuro, tienen un pasado terrible que quieren borrar, y viven un presente. No están pensando en que “este pan lo voy a picar para comerme la mitad hoy y la mitad mañana”, ya ellos verán como hacen mañana para comer.

- ¿Entonces la indigencia hunde sus raíces causales en la familia? –se le preguntó al antropólogo Samuel Hurtado.

- Claro. Si hablamos de la familia a nivel sociológico, hay una cuestión interesante en Venezuela. Lo que no hace el Estado en cuanto a políticas públicas para soportar a los más débiles y a la clase media, lo hace la familia –señaló Hurtado-. Si un hijo tiene un problema, pues ahí están la madre, o la abuela, presidiendo el sistema de reciprocidad. Entonces todo el mundo colabora para solucionar el problema de éste que mañana puede ser el tuyo. La familia es un combo, funciona como un semiclan, y esos problemas que deberían resolverlos la sociedad, y el Estado al frente de ella, pues al no hacerlo, sirve todavía este sistema de reciprocidad familiar. Por lo tanto, el que no tiene familia en Venezuela está *fregao* –sentenció Hurtado-, o potencialmente *fregao*, porque si le ocurre algo no va a tener quién llamar... Podrá pedir auxilio por los medios de comunicación...

* * *

Raúl Cárdenas no tiene un solo diente y es un derroche de gracia y buen humor. Caraqueño, pastoreño y sanjuanero de pura sepa, ha vivido poco más de un año en las calles de Chacao y ahora está inscrito en el Programa Techo de la alcaldía de su municipio, donde está superando la tuberculosis y el alcoholismo que lo tenían un estado crítico. Se crió en una familia compuesta por dos hermanos varones y cinco hembras. Su papá dejó el hogar cuando él tenía cuatro años y, sin embargo, mantiene

cierto contacto con él, especialmente cuando llega con su taxi a la bomba de gasolina donde él ha vivido los últimos meses. Con todo, el papá es el único que lo ayuda y le pregunta cómo está.

La madre de Raúl tuvo un segundo esposo, quien al principio era querido y respetado por el niño.

- ¿Es como su papá?

- No, es padrastro. Antes sí lo quería pero ahora no. Él se portó mal con mi madre y conmigo también. De pequeño se portó bien pero de mayor ya quería gritarme y como era casi papá de uno, no se le podía tirar una mano. Yo antes le decía “padre”, “bendición papá”, ahora no le llamo “papá” por las cosas que ha hecho. No lo conozco como papá ni le pido la bendición ni nada. Él mismo me corría de la casa después que mi mamá se murió.

- ¿Y él se fue?

- Se fue... Con la hermana mía que es hija de él... Se fueron hasta que mi hermana mayor ganó el caso porque él iba a entregar la casa. Entonces la casa quedó pa' nosotros y mi hermana mayor tiene el papel legal. Entonces la hermana menor se regresó y el padrastro mío quería volver pero se quedó.

Raúl estuvo cinco años viviendo con una mujer de la que tuvo un hijo, que ya es adulto, al que tiene diez años sin ver. Su familia era su mujer su hijo y dos hijas más que tenía su concubina.

- Eso terminó, porque usted sabe que hombre sin cacho es como jardín sin flores –justificó riéndose-. Sí, la mujer me montó cacho, y me puse vivir en una habitación. Ella se llevó al varón y más nunca los volví a ver.

Muerta la madre, se suscitó, primero, un problema legal con la sucesión y, luego, un problema de jerarquías y transgresiones. Según, Raúl su hermana menor le dificultó la vida hasta que lo corrió de la casa materna, cuando ya le había permitido a un hombre -que Raúl no conocía- que se instalara con ellos en la casa.

- Él se la pasaba ahí metido hasta que se quedó. Y ella decía que no tenía nada con el tipo, “no, él está aquí pa' que me haga arreglos a la casa”. ¿Arreglos a la casa?, serán arreglos a ella... -dijo, con gracia, mientras hacía un gesto con el dedo índice, metiéndolo en un orificio creado por la otra mano-. Pero ella sabe que no puede vender sin consentimiento. Mi hermana mayor no va a permitir eso.

- Raúl, vete pa' tu casa que esa es tu casa... -le dijo una vez su hermana mayor por teléfono.

- Déjame que yo salga de esto que cuando consiga mi trabajo me paso por allá – fue la respuesta de Raúl.

- Pero ven que allá tienes tu casa, y ahí está tu hermana.

- No vale, no me nombres a esa puta –le contestó-. Y me perdona la mala palabra –continuando la conversación- pero es que ella se portó muy mal, ella me corrió de ahí. “¡Te vas!” me decía y yo le decía “¿dónde están tus papeles que dicen que tienes casa? Tú no tienes nada, después que te habías ido, ah pero después sí te viniste rápido” y se queda callada, ¡qué va a decir! Es mi hermana, claro, pero ya le perdí un poquitico de cariño. Yo voy a hacer como El Conde de Montecristo...-dijo pícaramente, refiriéndose a la venganza del personaje de Dumas.

Aunque hay ciertos contactos y el hombre tiene actitud perseverante, Raúl Cardenas, no puede ocultar el dolor que le causa la ruptura con su familia.

- Ellos no saben dónde estoy, si estoy comiendo, si estoy bien. Saben que pueden encontrarme. Porque yo no tengo ganas de ir para allá. Quiero llegar fuerte, con otra actitud, con más seriedad, con un cambio, que digan “coño, ha cambiado”. Ese es mi modo de pensar.

- Pero ¿usted no ha contado con ellos?

- No. Mis hermanas no saben si yo tengo zapatos, o qué ponerme, si tengo una afeitadora. Nada. Yo las llamé hace un mes. El hermano mío vino una vez en moto con mi sobrino. Me vio así (de arriba abajo, despectivamente).

- ¡Qué más! –me dijo- Estás estrasnochao.

- No vale, me acosté anoche temprano, no estoy ni tomando ni fumando –le dije yo, entonces se me queda mirando así, hace así... -dijo Raúl recreando el gesto con la boca y negando con la cabeza- Eso no me gustó, o sea que ¿cómo quería verme a mí? ¿con los pantalones rotos y todo chivuo? Por lo menos que hiciera así... -recreando el gesto con afirmación de cabeza- pero ¿así? –mientras volvía a imitar el gesto de desdén- Bueno... desde ese tiempo no lo veo. Y cuando llamé que hablé con mi hermana la saludé:

- ¡Hola familia! -pero se lo dije irónicamente- ¿Cómo está mi familia? ¿Todo bien? Los llamé pa' ve' si yo tenía familia...

- Ah Raúl, ¿cómo estás? ¿bien?

- Yo bien, pero ustedes no se acuerdan de uno, y uno tiene que llamarlos a ustedes...

- Ah pero Julio va cada quince días ¿no? –me preguntaron refiriéndose a mi hermano, el de la moto.

- ¿Cada quince días? Una sola vez, un día domingo... ¿crees que fue capaz de decirme “toma estos 10 mil pa’ que te compres algo”? Nada.

* * *

Moraima Rondón, coordinadora académica de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Central de Venezuela, trabaja con una definición de familia que dista del concepto ideal de espacio armónico donde el sujeto encuentra amor y equilibrio.

- Cuando te acercas a la familia y comienzas a estudiarla te consigues con que también puede ser un espacio donde hay niveles de violencia y agresión, donde hay una lucha por el poder. Inclusive vemos que el niño está luchando por el poder de hacer lo que dice, o contrariar a la mamá o al papá. Ahí ya hay una lucha de poder, del adolescente, entre el sistema filial o dentro del sistema conyugal donde la madre quiere imponer las normas de su hogar de origen y el padre también, hasta que ellos logran un equilibrio y construir la norma de ese hogar que están constituyendo.

En modo general, Rondón concibe a la familia como un grupo de personas unidas por consanguinidad o afinidad que además de compartir un mismo techo, también comparten una misma olla. Este último elemento sirve para distinguir los casos en que varias familias viven bajo un techo común. Según Rondón, en la familia hay una cabeza que coordina, un jefe de hogar que no siempre coincide con la figura del hombre.

- En la familia venezolana, generalmente tenemos a la madre y aunque esté la figura del padre, la madre es que la que dirige. La condición *pater familias* que enuncia que si el hombre lleva el dinero y los ingresos económicos a la casa, él es el jefe de la familia, se quedó en el enunciado. Porque aunque sea el padre quien lleve el dinero a la casa, es la madre quien controla la dinámica familiar, estableciendo normas. Los hijos le tienen más apego a ella, o más obediencia. Incluso puede decirse que le tienen mayor respeto y pueden incluso dejar de hacer cosas ante la petición de la madre porque ella se ha ganado ese derecho a través de lo relacional afectivo. Hablamos entonces de matricentrismo y no de matriarcado, que es una relación de fuerza. Aquí estamos

hablando de una coordinación a través del afecto y de lo relacional que ella ha entablado con los otros miembros de su familia.

- ¿Qué pasa con el padre?

- El padre puede estar allí, pero tiene una ausencia en términos de autoridad e intervención directa en el grupo familiar. Hay padres que salen de la casa, pasan todo el día afuera, llegan del trabajo a la casa, a ponerse sus cholas, a bañarse, a ver televisión o se acuesta. La madre puede que trabaje pero llega y conversa con los hijos, prepara los alimentos, está pendiente del colegio de los hijos y tienen una mayor cercanía con ellos. Esa madre cumple funciones no solo de protección sino también de proveedora económica. La madre es el punto de referencia, es quien establece las normas del funcionamiento del hogar.

Rondón explica que la familia tiene que ser estudiada según su composición o según su estructura. La composición implica cantidad de miembros y figuras que se encuentran. En ese sentido, señaló que la mayoría de las familias populares se componen de madre e hijos o abuela materna con los hijos, y que también hay gran cantidad de familias extendidas, compuestas por: madre, hijos, abuela materna, e incluso tíos maternos. La trabajadora social afirmó que los factores socioeconómicos y las políticas sociales determinan, en gran medida, la composición familiar en la que “la madre no ha podido acceder a una vivienda propia para irse a vivir con sus hijos”.

Por otro lado, la estructura depende de la relación entre los miembros. Moraima Rondón la subdivide en dos tipos de estructura: asertiva e inasertiva. La primera se basa en relaciones de comunicación directa, en donde los miembros se tienen respeto y confianza, por lo que pueden hablarse claramente. Bajo esta estructura, los miembros de la familia se ayudan a crecer y a enfrentar situaciones como la droga, el alcohol o el embarazo adolescente. “La de la familia asertiva son relaciones horizontales y abiertas, donde todos los miembros contribuyen a la construcción de una norma colectiva, donde se respetan jerarquías y funciones. Esa es la familia a la que tenemos que apuntar desde la prevención”, subrayó.

La estructura inasertiva es, según Rondón aquella que subyace en familias en las que sus miembros no se comunican directamente, sino que utilizan estrategias de comunicación indirecta u optan por callar y guardar. “No son capaces de expresar sentimientos, guardan rencor, se llenan hasta que estallan, se *agarran en la bajadita* y aparece la crisis”. En este tipo de familia, se transgreden límites y normas frecuentemente (incluso llegan a robarse entre sí), y se desdibujan los roles. Todo ese

cuadro genera, según la trabajadora social, identidades debilitadas, con baja autoestima, sin plena consciencia de deberes ni de derechos. De modo que sus miembros están más propensos a caer en los riesgos que supone la vida social.

Esta última estructura es, desde luego, la más frecuente en la familia venezolana. La primera es el deber ser y, por lo tanto, una familia infrecuente que sirve de modelo ideal. Para Rondón, la dinámica familiar contiene una serie de fuerzas en pugna, que salen desde adentro o presionan desde afuera. Entre las variables internas, Rondón señala las de mantenimiento (comunicación, afecto, amor, reconocimiento de la buena conducta, autoestima) y las de regulación (normas, principios, respeto, autoridad).

Las variables externas, explica Rondón, tienen que ver con las condiciones económicas, políticas, culturales, de religión que penetran la familia a partir de la socialización secundaria, que es donde empieza a darse el intercambio entre los aprendizajes del hogar y los de la sociedad.

- En cuanto a lo socioeconómico, hablamos de desempleo, bajos ingresos o baja remuneración al trabajo. En lo ideológico, hablamos de cómo penetran las ideologías, como el individualismo, el personalismo, la cultura extranjera, la cultura enlatada, nuestros adolescentes y la moda, los medios de comunicación y la tecnología. Pero ¿cómo lograr la familia una homeostasis para que la familia no se deje invadir negativamente por estas variables externas? El Internet en la casa hace falta para el estudio y la comunicación, pero la familia tiene que filtrar lo que va a recibir del exterior y elegir con lo que se va a quedar.

Antes de atribuirle responsabilidades a la familia venezolana como institución con respecto a la situación de calle, Rondón prefiere detenerse en las variables externas ideológicas y socioeconómicas que entorpecen, desde el ámbito social, el desarrollo óptimo de la familia.

- Esta sociedad nos obliga a cambiar nuestros valores por antivalores –apuntó-. La necesidad de trabajar de ocho a ocho no le deja espacio a la familia, y el asunto se complica ante la ausencia de políticas públicas. Si las hubiese a lo mejor estas madres tendrían herramientas para enfrentar a sus jefes, o podrían prepararse para tener un empleo que les permitiera atender a la familia. O le podría explicar a su hijo la situación como ser humano que es. En el contexto actual –agregó la trabajadora social- ya no consigues un empleo fijo con los beneficios, seguridad social, estabilidad laboral y emocional, sino que contratan por tres o seis meses.

Para explicar la profundidad del impacto de las variables externas sobre un núcleo familiar inasertivo, Rondón lo ilustró con un ejemplo:

- Imagínate el caso de un hombre que se le acaba el contrato y no se lo renuevan, tiene un mes desempleado y si el hombre no tiene claro cómo comunicárselo a su esposa, llega callado con el ceño fruncido, la esposa le dice algo y él le grita; el hijo se le acerca y él le rehúye, maltrata a la familia. Cuando va a preparar los alimentos, la esposa ve que no hay nada en la nevera, le pide al esposo que todavía no le ha dicho que está desempleado, “¿tú no me vas a dar para el mercado?” Ese esposo no sabe comunicarse asertivamente. No supo reunir a su esposa y a los hijos para decirle “mi contrato terminó, no tenemos empleo y hay que reconducir los gastos”. De modo que tenemos un factor externo que, sumado a las variables internas debilitadas, generan, por supuesto, una crisis familiar. Y a su vez eso podría estar generando que el adolescente que fue gritado o ignorado, consiga en otro lado lo que le falta y se va. Entonces no podemos culpabilizar a la familia.

Verónica Zubillaga, especialista en violencia y profesora de la cátedra Sociología de la Familia en la escuela de Sociología de la Universidad Católica Andrés Bello –quien también dicta una cátedra sobre discriminación en la Universidad Simón Bolívar-, suscribe el planteamiento de Rondón y lo relaciona directamente con la indigencia.

- Todo el deterioro económico afecta importantemente a la familia porque hace que todos sus miembros vivan en la urgencia, y tengan que extremar sus capacidades para conseguir recursos. Entonces cada vez menos la gente se puede ayudar. Yo diría que el tema de la indigencia tiene que ver con este atentado a la familia que se viene perpetrando desde hace unos quince o veinte años. Pero quiero separar mucho mi discurso del discurso moral sobre la familia y los valores –enfaticó-. Para mí ese no es el punto, sino que la familia como red de solidaridad fundamental se ha visto francamente amenazada por el deterioro de la vida, y si tienes una gente en una situación de permanente urgencia, no puede ayudarse. Pensar el tema de los valores sin esta realidad material es ingenuo.

De acuerdo con Zubillaga, la indigencia también está estrechamente vinculada al deterioro de las instituciones de ayuda social que, a su juicio y con bases en su experiencia, han desasistido a las familias venezolanas, cuyo papel es fundamental no sólo como gestoras de la vida cotidiana, sino también como grupo sedes de la socialización de los ciudadanos.

En síntesis, la indigencia, como fenómeno, no puede separarse de la crisis familiar, especialmente en cuanto al abandono del padre, la opresión de la madre y las relaciones hostiles y violentas entre los miembros. Al mismo tiempo, no puede desligarse de la crisis social y, por lo tanto, de la crisis económica y política, en el plano de las instituciones. Es un problema asociado a muchos factores; de ahí sus complicaciones y dificultades a la hora de comprenderlo y mitigarlo.

* * *

Sangre sin duelo

La luna apenas alumbraba sobre el adoquín de la plaza Brión. Ya no brillaban los vivos colores que suelen irradiar por las tardes el cálido bulevar. Ya no se veían peatones, ni vendedores, ni predicadores. Había caído la madrugada y todos dormían, con excepción de los que tienen por cama el suelo acartonado, por techo el cielo y por paredes la helada brisa de la noche. Ellos no deben dormir profundamente, y lo saben. Los que tienen menos suerte deben estar muy atentos a los ruidos, a los pasos, a todos los movimientos. Pueden cerrar un solo ojo.

Pero esa madrugada Manuel Patiño cerró los dos ojos por un momento. Cuatro jóvenes de buena apariencia se aproximaron al cuerpo desprevenido que yacía en el suelo, en la parte posterior del Centro Comercial Chacaíto. Manuel no sentía los débiles ruidos que se le iban acercando. Al despertarse ya había sido levantado con fuerza del suelo. El primero lo agarró por un brazo, el segundo por el otro brazo, el tercero era el encargado de enterrarle el puño en la cara, y las patadas en las costillas que lo dejaron sin aire, y el cuarto, como lo habían planeado, tenía la misión de reprimirle las piernas para terminar de inmovilizarlo y dejarlo sin opciones de defensa.

- Yo tiré golpe y todo como pa' abrir un hueco pa' salir corriendo –contó Manuel-. Empujé a éste, empujé a aquél y pude dar la patada pa' evitar que me agarraran las piernas, pero si no la tortura hubiera sido peor. Parece que querían practicar con una persona indefensa que estaba dormida. Eso es un acto de cobardía... ver a una persona dormida y aprovecharse, y cuatro personas venir a tirarle golpe, eso es un acto de cobardía, de niñez. Y lo malo es querían practicar una cuestión perversa porque me jalaban los brazos.

- ¿Y cuándo se detuvieron?

- Yo pegué acá, pegué acá y salí corriendo. Yo sé que uno subió en el banquito y se lanzó tipo Bruce Lee y me la dio aquí (la patada) –relató señalándose el costado izquierdo-, y el otro me dio más adelante, para ellos era una sensación cada vez que me golpeaban...

-¿Y cómo terminó todo?

- Bueno yo salí corriendo, corriendo, corriendo... como pude. Me tumbaban y yo seguía corriendo... Pero a la altura de Chacao no se puede hacer mucho problema porque ahí mismo 'tá la policía. Es más, huyeron corriendo. Y como a mí, habrá muchas personas que le habrá sucedido cosas peores. Hasta los momentos estoy padeciendo de eso: me partieron el brazo, tengo partida la costilla y me jodieron un riñón. Es feo. La calle es fea. Es bonita si andas bien arreglado, tienes un apoyo social, bien sea de tu familia o cualquier cosa que se preocupe de ti. Tú puedes trabajar en la calle fácilmente, disfrutar de los beneficios que te da la calle, pero tú a la hora de un sueño tienes donde llegar. No es lo mismo... ¡El peligro de la calle es el sueño! Porque al quedar dormido tú quedas más indefenso, quedas expuesto... Aquí hay mucha maldad, aquí y en todas partes... La juventud ahorita, debido a que se corre cualquier rumor, y entonces quieren practicarlo con personas indefensas de la calle. Recuerda que las personas que se encuentran en la calle no es que son agresivas, sólo tienen problemas de familia, de techo, psicológicos... No es agresiva, más bien huyen de las personas que se ven bien, porque es como si uno se sintiera no menos, sino avergonzado. Y hay personas que malinterpretan eso, más que todo en la juventud.

* * *

Desde uno de los edificios de la Universidad Simón Bolívar, en medio de sus verdes jardines y templadas lagunas, Verónica Zubillaga explicó que la violencia es un término que tiene múltiples sentidos, múltiples ámbitos y múltiples actores que pueden derivar en diferentes tipologías, como violencia estructural, violencia psicológica, violencia de género, violencia urbana.

- Hay una definición mínima de la Organización Panamericana de la Salud que dice que violencia es todo acto donde una persona le hace daño a otra o ejerce fuerza sobre la otra sin su consentimiento. Hay el acto operacional, medible, de un daño que ejerce una persona sobre la otra. Pero la violencia es un fenómeno muy complejo. Para

entender las manifestaciones concretas de violencia en América Latina hay que mirar, primero, el escenario. Entonces hablamos de violencia estructural que tiene que ver, por un lado, con la existencia de enormes grupos de la población que viven en condiciones que truncan sus destinos. La pobreza –ilustró Zubillaga- es una forma de violencia estructural porque actúa sobre personas que nacen y no tienen las mismas oportunidades. Más bien, las dificultades que se les imponen son tan enormes que su desarrollo a futuro se ve castrado. Dentro de la violencia estructural –continuó la socióloga- también se ha hablado clásicamente de la negligencia del Estado para tratar de lidiar o intervenir frente a toda esta desigualdad, el hecho de que haya personas que vivan sin servicios, sin escuelas, sin viviendas.

- ¿Y la violencia como mecanismo de supervivencia?

- Bueno, eso que aludes está asociado a lo que Pedrazzini y Sánchez denominan *cultura de la urgencia*, que es violenta en sí misma, porque se trata de respuestas de estos amplios grupos de la población que viven en esta situación desesperada por sus circunstancias y que su manera de actuar implica formas de acción violencia. Claro, también hay un umbral de violencia, desde las pequeñas infracciones hasta el robo a mano armada. Esta violencia vinculada a la cultura de la urgencia es una respuesta a esta gran violencia estructural, que serían todas estas estrategias de sobrevivencia. Entonces tenemos esta violencia estructural, esta violencia del comportamiento. Y para entender la indigencia y sobre todo vinculada a la situación que vivimos en Caracas, tenemos el concepto de violencia urbana, que es un concepto que tiene como sede precisamente a la urbe, a las grandes urbes. La indigencia la tienes en las grandes ciudades, que no son las más pobres, sino aquellas donde se concentra la mayor desigualdad: grupos de la población que tienen mucho dinero y lo ostentan y grupos que viven muy mal. En el campo no existe este fenómeno. El borrachito del campo es otra cosa. (...) Yo no diría que el indigente es violento como tal sino que puede o debe, en ocasiones, hacer uso de la violencia para defenderse.

Estigmas ambulantes

Ervin Goffman, en su libro *Estigma. La identidad deteriorada* (1995), escribe que “creemos por definición, desde luego, que la persona que tiene un estigma no es totalmente humana. Valiéndonos de este supuesto practicamos diversos tipos de discriminación, mediante la cual reducimos en la práctica, aunque a menudo sin pensarlo, sus posibilidades de vida. Construimos una teoría del estigma, una ideología

para explicar su inferioridad y dar cuenta del peligro que representa esa persona, racionalizando a veces una animosidad que se basa en otras diferencias, como por ejemplo, la clase social” (pág. 15).

El indigente es, a menudo, un ente deshumanizado y, si cabe el término, infrahumanizado. Está por debajo de lo más bajo, y casi siempre carece de reconocimiento, no sólo como ciudadano sino como ser humano. En ese sentido está estigmatizado por su diferencia, física, estética, olfativa. Esa estigmatización además de ser un hecho de violencia en sí misma es un elemento generador de más violencia. Si la sociedad racionaliza sus prejuicios, como sugiere Goffman, y se convence de la peligrosidad del indigente, asume que será conveniente ignorarlo, evitarlo, cercarlo, pero sobre todo liquidarlo.

Yelitza Mendoza, antropóloga e investigadora del Instituto de Urbanismo de la UCV, desarrolló, junto a un grupo de universitarios y habitantes de la parroquia San Pedro, el proyecto *Un espacio para convivir*, que sugería soluciones para la situación de calle en esa parroquia. Mendoza manifestó que en la percepción que se tiene del indigente entran en juego las relaciones de alteridad y otredad.

- Muchas veces, las personas en situación de calle, se ven como extraños y se les coloca como una etiqueta de que son peligrosos, entonces ahí hay una estigmatización. Pero ahí entra en juego las relaciones de alteridad y otredad, que son el respeto al otro y de cómo tú ves al otro. Hay una visión de las personas que no estamos en esa situación hacia las personas en esa situación (de calle), y viceversa. Muchas veces hay un miedo mutuo –apuntó-. La gente que no está en esa situación muchas veces se aleja. Hay un rechazo por su apariencia, porque no tienen dónde vivir... Pero, está la otra visión, la de ellos que, a veces, son los que tratan de alejarse. Nosotros hablábamos con ellos y les decíamos que la gente les tenía miedo y ellos decían “nosotras también les tenemos miedo a la gente, incluso más miedo, porque la gente nos dice cosas, nos mira feo, incluso nos golpean”. Esto está bien relacionado con la parte cultural porque es un rechazo que está haciendo la sociedad a ese individuo, entonces lo excluyen del medio.

Zubillaga y Roberto Briceño-León, desarrollan en su artículo “Dimensiones y construcciones de la violencia en América latina” (2001), publicado en *Acta científica venezolana* el concepto de “ciudadanía del miedo”, en términos del impacto emocional que las distintas expresiones de violencia tienen sobre los ciudadanos que se sienten expuestos, desprotegidos y permanentemente preocupados por su integridad.

- Tomando en cuenta el concepto de la “ciudadanía del miedo”, ¿cómo se entendería el temor mutuo entre indigente y resto de la sociedad? –se le preguntó a Zubillaga, vinculando el concepto aludido por Mendoza.

- Creo que el concepto de ciudadanía del miedo en este momento es francamente pertinente. Tiene que ver con la retirada del Estado de uno de sus atributos fundamentales, que es proveer de seguridad a los habitantes y monopolizar la violencia legítima. Claro, la seguridad no debería verse reducida a la seguridad urbana, sino una más amplia que abarca vivienda y condiciones adecuadas de vida. Hay muchos estudios sobre el miedo como fenómeno subjetivo, es decir, hay ciudades donde no ocurren tantos delitos, por ejemplo en Mérida, cuando Rogelio Pérez Perdomo y Juan Carlos Navarro comenzaron a trabajar el miedo, ya decían en 1986 que hay ciudades como Mérida, donde los ciudadanos tienen miedo pero, en términos objetivos, los crímenes son relativamente reducidos y hay un desfase entre el miedo de la población y la ocurrencia objetiva de los hechos. Lo que sucede ahorita en Caracas es que la ocurrencia de crímenes es tal que la gente vive en pánico, pero tiene razones objetivas para tenerlo. Cuando tú tienes un país en donde todos los años hay 13 mil homicidios y donde la gente te dice “es que antes eran relatos muy lejanos...”, pero ahora son relatos en el círculo íntimo familiar y amistoso, entonces la gente siente que la amenaza está muy cerca, la gente dice “pero he podido ser yo...”.

- ¿Y qué impacto tiene ese miedo?

- El miedo es una emoción que está regulando las rutinas de los venezolanos, o sea, la gente ya no sale, o sale sólo a determinados espacios, invierte cantidades enormes de dinero en todo este mercado de la seguridad, rejas, alarmas, dispositivos de seguridad para los vehículos, hay todo un mercado de la desconfianza muy importante (...) Entonces el concepto *ciudadanía del miedo* es muy pertinente porque la gente vive en pánico, ya no sé si miedo, sino pánico que es todavía mucho más importante. Entonces el miedo al indigente tiene que ver con esa desviación de lo “normal” que él representa. La persona que vive una vida “normal” no sabe qué esperar del indigente, y como estamos en una situación en la que el Estado y las policías no garantizan esta seguridad urbana, pues obviamente tiene mucho miedo. El miedo es una proyección. La gente anticipa, “este indigente me va a asaltar o agredir”.

La proyección temerosa se agrava con el hecho de que la ciudadanía, como lo sugiere Izáscun Landa, está obligada a compartir la calle y los espacios públicos con estas personas. De acuerdo con la urbanista, la calle es un elemento fundamental de la

ciudad porque en ella se desarrolla la vida pública y, en ese sentido, es una instancia esencial de la metrópoli. De modo similar ocurre con las plazas, los parques y, según la lógica posmoderna, los centros comerciales.

Yelitza Mendoza, al respecto, expresó que por lo general los indigentes capitalizan lugares previamente abandonados, sólo que el abandono se intensifica.

- Muchas personas señalan que hay un elemento muy importante para el cuidado de lo que son los espacios públicos de la ciudad, que es su mantenimiento –indicó Mendoza-. Esto se suma lo que es el uso de los espacios. Muchas veces se habla del desuso de los espacios públicos, y en realidad no es desuso, es una transformación del uso de esos espacios, porque vemos que cuando un espacio público que está destinado para la recreación, para el esparcimiento, para el encuentro, no es usado, es tomado por esta persona en situación de calle. Entonces cambia el uso de ese espacio porque ya no es el espacio de recreación, sino un dormitorio o una casa para estas personas. ¿Qué es lo que pasa? –se inquirió para responderse inmediatamente- que ya hay un desuso por parte de la comunidad que vive alrededor de este espacio debido a la permanencia de esas personas que lo usan como casa. Esos espacios dejan de usarse porque las personas que no están en situación de calle les temen a las personas en situación de calle, piensan que es inseguro, peligroso y prefieren dejar de usar el espacio, pero resulta que con anterioridad ya había un desuso por parte de esa comunidad.

Al respecto, Verónica Zubillaga quien también lleva la cátedra “Prejuicio y discriminación: las formas del rechazo social” en la Universidad Simón Bolívar, sostuvo que el proceso de ocupación de los indigentes y la emigración del resto de la ciudadanía puede ser prácticamente simultáneo y que, en efecto, la emigración se debe al rechazo social y la estigmatización. Explicó que “la construcción social del indigente es la construcción de lo infrahumano. El indigente está al margen de lo humano, comenzando por lo biológico, porque está sucio y no se baña. Además, creo que dentro del imaginario social, el indigente consume drogas o alcohol. Entonces no está actuando de manera consciente, sino bajo estados alterados de conciencia, entonces no se sabe qué esperar”. De acuerdo con Zubillaga, la gente no comprende por qué *el otro* ha roto con su familia y está en la calle y, para explicárselo a sí misma, se convence de que es un trastornado, un indolente al que no le importa nada. El indigente es *lo otro*, lo extraño, lo infrahumano, lo anti-social, por esta ruptura con las instituciones e incluso con los hábitos más vinculados a lo orgánico, como el aseo. Representan verdaderamente el mal y por eso, el resto de la sociedad prefiere apartarse. Los que no

se conforman con apartarse pueden intentar apartar al indigente, lo cual, aunado a la carencia de un lugar de resguardo, hace al *otro* más vulnerable.

-Creo que al ser definidos como la representación del mal, *lo otro*, lo más extraño y amenazante, están expuestos a que, en una sociedad donde el valor de la vida está completamente devaluado, vengan grupos de población y los exterminen como se ha reportado en prensa. Tú ves cómo en este país la gente se está matando como si fuésemos animales, ratas. Entonces el indigente no puede estar tranquilo porque sabe que está absolutamente expuesto, y que aquí la vida humana se ha convertido en una banalidad. Entonces sabe que su vida es tan banal, que no puede estar tranquilo ni dormir tranquilo.

Según archivos de prensa, al menos desde el año 2000 ya se cometían asesinatos a indigentes, con cierta frecuencia y en aparentes términos de “limpieza social”. Así lo confirma una noticia publicada el 06 de agosto del año 2000 en las páginas del diario El Universal, donde se testifica la comisión de dos homicidios a dos indigentes del este del área metropolitana. Los cadáveres fueron encontrados en Parque del Este y en La Urbina respectivamente. Los asesinatos ocurrieron una misma noche y con mismo método, ambos fueron degollados.

Cuatro años más tarde, entre junio y julio del 2004, tuvo lugar en Caracas una cadena de asesinatos contra once individuos en situación de calle, ocho de los cuales fueron calificados como “asesinatos en serie”. En esa oportunidad los indicios de exterminio deliberado fueron más claros aún, no sólo por la cantidad y proximidad (histórica y geográfica) de los hechos, sino justamente porque ocho de éstos evidenciaban un mismo modus operandi: los asesinos atacaban a la víctima, una vez dormida, en horas de la madrugada, dejándoles caer ladrillos pesados en la cabeza. Esos ocho tuvieron un radio de acción preciso y circunscrito a la avenida Libertador, Las Palmas y Los Caobos. Aunque el asunto nunca fue del todo claro para la opinión pública, y se pensó al principio que los responsables serían los miembros de la comunidad que contrataban sicarios, luego se supo que en la autoría intelectual y material estaban involucrados empleados de una empresa recolectora de basura. Sin embargo, esa primera hipótesis descartada aún se maneja en muchos otros casos.

En septiembre del 2006 *Últimas Noticias* publicó un trabajo que señalaba que para ese momento habían asesinado a trece indigentes en el año, en Los Teques, todos situados entre los kilómetros 25 y 28 de la carretera panamericana. En noviembre de 2007, en el estado Vargas, fueron asesinados dos indigentes en una misma semana, de

una puñalada y un disparo en la pierna respectivamente: el primero, según las autoridades regionales, fue sorprendido robando dentro de una residencia y fue herido por arma blanca en el forcejeo; el segundo fue abatido en la calle Bolívar del sector Mamo, a plena luz del día, nadie vio nada y no hubo responsables.

Todavía siguen apareciendo cadáveres de indigentes en las vías públicas de Caracas. Se utilizan otros métodos y pueden ser hechos independientes, pero en todo caso siguen refiriendo un grado de perversión social y de insensibilidad que ponen en peligro no sólo la vida de los que están actualmente en la calle, sino la posibilidad de una solución real al problema. Así, a finales de mayo del 2008 la policía científica registró el asesinato de tres indigentes, información divulgada el 28 de ese mes en el diario *El Nacional*. Uno fue herido de muerte con un objeto contundente que le fracturó el cráneo en el 23 de Enero; otro fue descubierto en avanzada descomposición por los predios de la avenida Teherán en Montalbán; y el tercero murió quemado, presuntamente a manos de un antiguo patrón en las inmediaciones de Petare.

En sus investigaciones, Zubillaga ha trabajado con malandros y de ahí ha inferido algunas de las causas de la devaluación de la vida, como derecho y como valor, que ha sufrido la sociedad venezolana desde los años ochenta, y que ha originado que esta sociedad se entienda en términos de *depredadores* y *presas*. La vida es valorada sólo por quienes han sido respetados en ese sentido pero, de acuerdo con la socióloga, hay muchas jóvenes que han crecido en lugares donde las bandas armadas se matan a tiros y donde, regularmente han perdido tíos, primos, hermanos. Ahí, dice la experta, no se puede incorporar el valor de la vida.

- Para la gente que sale a matar indigentes, ellos no son vidas humanas. Son animales que hay que exterminar, si se elimina uno están más tranquilos, un rastrero menos. Hay la idea de limpieza social porque la vida humana no vale nada. Esas personas representan una plaga, no representan lo humano ni lo social porque están a margen. Cuando tú escuchas los discursos de los funcionarios públicos, pueden hablar de muchachos como “pre-delincuentes” que hay que limpiar. Cuando tú ves que funcionarios públicos, que es gente que contribuye a formar imaginarios colectivos, están hablando en esos términos de la vida humana, tú te das cuenta que ese valor no está, no lo tenemos.

En cuanto al caso de Manuel Patiño, víctima de una golpiza propinada por cuatro jóvenes, Zubillaga señala que esas acciones son comprensibles en el marco de la devaluación de la vida como gran contexto.

- Ahora bien, dentro de este contexto, a mi modo de ver, lo que sucede con estos muchachos que son varones todos, yo lo veo como rituales de masculinidad. Son muchachos que tienen que demostrar temeridad frente a sus amigos para consolidarse como *machitos*, como varones. Es todo este ritual masculino en el que tienes que demostrar que eres un loco para que te respeten por ser varón, porque eres osado y temerario. Entonces no me extraña que grupos de jóvenes clase media, se encuentren en este tipo de rituales porque justamente a esa edad es muy importante construirte tu identidad como varón. Entonces salen a demostrarse entre ellos mismos, “yo soy arrecho”, “yo soy osado”, “yo soy más loco que tú” y así se ganan el reconocimiento y el respeto. Lo mismo lo hacen no sólo con indigentes, sino también con las travestis de la avenida Libertador, las agreden, les tiran botellas, les caen a palos. Eso tiene que ver con el contexto cultural y el tema de masculinidad, son ritos de jóvenes construyendo masculinidad, en grupo y en espacios públicos. Y el que no pegue el golpe o tire la piedra es un “mariquito”, o sea que carece de masculinidad.

Chivos insomnes y expiatorios.

El psicólogo social Moisés Soto ha desarrollado la categoría de disposición ultrasuspicious para explicar el estado de las personas en situación de calle obligadas, de alguna manera, a desconfiar y no bajar la guardia nunca.

- Estas son personas que tienen el sueño muy ligero porque en él se les va la vida. Eso quizá explica por qué vemos frecuentemente indigentes y perros juntos. El perro tiene el sueño más ligero que el de cualquier persona. Si siente a alguien viniendo, él está alerta –planteó el psicólogo social, Moisés Soto, quien a su vez contó que una vez un indigente con el que estuvo trabajando le dio de comer a su perro con una comida que le habían regalado, y no había probado, y el perro se murió en menos de cinco minutos.

Para Soto, el indigente no es violento, entre otras cosas, porque no le conviene, y señala que hay una idea generalizada de que el indigente es agresivo, estereotipo con el que, a juicio de Soto, la prensa contribuye directamente.

- La cobertura en prensa de pronto es muy fuerte y de pronto desaparece, y cuando está, marca a una matriz de opinión bien grave, a mi modo de ver. Por momentos no se habla del tema como si no existiera, y hay otros momentos en los que se utiliza el tema por dos razones principales: para criticar la acción del Estado y para criminalizar al indigente y, así, justificar la sensación de inseguridad del ciudadano a

partir de allí, algo así como que mientras más indigentes, entonces más insegura es la ciudad. Y resulta que no tiene nada que ver con eso.

Como prueba de la percepción del psicólogo, se consiguen con cierta facilidad expresiones periodísticas del tipo “la agresividad y el consumo de alcohol es una constante entre estos nómadas”, en un trabajo publicado por *Últimas Noticias* el 28 de mayo de 2007 bajo el titular “Se reproducen como arroz los indigentes en Caracas” que insiste, además, en la molestia para los comerciantes y el temor de los transeúntes de Candelaria y Fuerzas Armadas. *El Nacional* publicó el 29 de febrero de 2008 una breve nota sobre la recuperación de la Plaza Tiuna en la parroquia San Pedro, cuyo sumario señala directamente “la presencia de indigentes en el lugar ha producido el incremento de la criminalidad en el área”. Son muy comunes las notas y noticias que hablan de los problemas y las incomodidades que las personas en situación de calle les causan a los vecinos. De ahí que cualquier irregularidad sea susceptible de ser atribuida a aquéllos.

Por otra parte, el último día del 2007 *El Nacional* incluyó a la indigencia en una lista de promesas incumplidas del año, por parte del gobierno nacional: “La Misión Negra Hipólita no cumplió la promesa que Jorge Luis García Carneiro, ex ministro de Participación Popular y Desarrollo Social, hizo para 2007: acabar con la indigencia. Hoy, cuando la cartera está bajo la tutela de David Nieves Velásquez, nada parece haber cambiado”. El reclamo no es impertinente, pero no refleja más que un conocimiento superficial, basado en la propia experiencia y no en los datos ni en la investigación, y una clara intención de resaltar el fenómeno sólo como una falla gubernamental.

Según Soto, el indigente es, a menudo, utilizado como “chivo expiatorio”, de tal manera que cualquier cosa que ocurra –asesinato, robo o violación- podrá ser siempre culpa del indigente, desprotegido, estigmatizado y apartado, que a nadie duele ni importa. “Si hay un asesinato y no se tiene la capacidad de detectar al responsable, lo más fácil es culpar al indigente que, para la mayoría de los policías, “no es nadie, no tiene cédula, nadie va a reclamar por él, no tiene ningún derecho en tanto ciudadano. Se dice que fue él, se buscan pruebas y testigos”, alegó.

- La persona que te asalta no es el indigente. No es lo común –insistió Soto en relación con la imagen gratuita de indigente violento-. El que te asalta es otro tipo de persona, que va a vender lo que roba para obtener dinero para otras cosas que no tienen que ver con la sobrevivencia. El indigente puede vivir de una forma muchísimo más óptima si logra socializar amistosamente con la gente que está en su radio de acción. El indigente no tiene una vivienda, pero sí tiene una suerte de espacio vital delimitado,

“hasta dónde llego”, y “dónde duermo”, que por lo general no es el mismo sitio de tránsito y en muchas ocasiones por temor no lo revelan si se les pregunta. Pero dado que se le puede identificar con algún lugar, él tiene que ser amistoso porque si no su sobrevivencia se ve amenazada. Él no está al tanto de saber qué persona puede atentar contra su vida si él, de buenas a primeras, lo asalta. Esa persona puede estar armada o tiene un arma en su casa y el día de mañana le pega un tiro y se acabó. De modo que asimilar el fenómeno de la indigencia al de la inseguridad en la ciudad es un error, y tiene que ver con un manejo muy superficial de parte de algunos periodistas y de la prensa que, en definitiva, genera una matriz de opinión entre los ciudadanos y entonces, de alguna forma, alimenta esa indiferencia y ese temor. El hampón que te va a robar no es ese, es otro, es el que se esconde y te cae de sorpresa. El ladrón no va a estar en la misma esquina al día siguiente.

Por otra parte, varios periódicos hablan de indigentes que roban tuberías, cables, instrumentos de valor mercantil y público. No es justo tampoco hacer una apología del indigente ni mucho menos, sin embargo hay que destacar que, por lo general, en esos casos hay detrás una maquinaria de delincuencia organizada que sustenta esas acciones, casi siempre ligadas al narcotráfico.

Tampoco sería plausible decir que ningún indigente puede apelar a la violencia, dada la urgencia en que vive. En todo caso, sí puede sostenerse que no todos los indigentes utilizan la violencia y, más allá, la mayoría prefiere utilizar otros recursos, no siempre por bueno, sino también por conveniencia.

Héroes de azul

Zubillaga parte del hecho de que la policía constituye el principal agresor de los pobladores de la calle.

- La policía no está actuando como institución que ejerce la violencia legítima del Estado. Está participando en tráfico ilegal y ejerciendo la violencia de manera no legítima, léase matando a cuanto hombre joven moreno se les atraviese. La policía es una de las principales amenazas a los indigentes porque si la policía tampoco aprecia la vida humana, no considera que esos son ciudadanos, sino que los considera como ratas, plagas, la amenaza de lo infrahumano, entonces la policía está sistemáticamente ejerciendo violencia contra los indigentes. La policía se ha convertido en una amenaza porque no está actuando de manera legítima. Pero no con los indigentes solamente, sino de manera general.

Para medir la violencia policial se utiliza un estándar que define que en situación de enfrentamiento mueren cinco civiles y un policía. En Brasil mueren quince civiles por policía. En Venezuela la cifra es treinta y nueve civiles muertos por cada policía. “La policía –dice Zubillaga- está entrenada para usar armas y no matar, y está exterminando gente. De hecho, hay categorías muy sospechosas como *muerte por resistencia a la autoridad* que son situaciones de supuesto enfrentamiento tienen sistemáticamente desde el año 2002 cifras entre 1000, 1500, 2000 muertes, entonces tú te das cuenta de que la policía se está convirtiendo en un agente de exterminio. Matar 2000 personas todos los años es propio de una agencia de exterminio”.

Las cifras dan una idea del uso discrecional de la fuerza pública y la ausencia de mecanismos sólidos de regulación de esa fuerza pero, en general, la relación entre policías indigentes no es siempre *a muerte*, en cambio sí es muy hostil y está inspirada en el maltrato y el abuso oficial.

- ¿Y el fenómeno de los asesinatos en serie a indigentes del año 2004 podría explicarse desde la sociología de la violencia o habría que echar mano de la criminología clásica?

- En estos temas ya esas fronteras no son necesarias. Yo trabajo con enfoques de la criminología, la sociología, incluso de la antropología. Esa matanza tiene que ver con una situación de la retirada del Estado y con el ejercicio de violencia de los ciudadanos de todos contra a todos. La representación social del indigente es la de una peste, una rata. En esa oportunidad estuvo implicado personal del aseo urbano. Como la basura se recoge para que la ciudad esté limpia, vamos a eliminar indigencia para limpiar la ciudad. ¿Cuál es el valor de la vida? La devaluación va desde los señores del aseo urbano hasta los ministros, pasando por otros funcionarios que forman opinión pública.

En este sentido, Moisés Soto advirtió que la violencia policial contra indigentes no tiene una única materialización física, sino que constituye una manera de hostigamiento perpetuo y una especie de acoso, en medio del cual la policía no le reconoce prácticamente ningún derecho a estas personas y abusa de ellos de diversas maneras.

- La policía incide de una forma muy negativa en la problemática del estado de indigencia porque les complica mucho la existencia. Para comprar alimentos necesitas dinero. Si un indigente convence a alguien de que le dé dinero no está haciendo nada técnicamente ilegal. Pero el dinero no es de él estrictamente, y frecuentemente la policía

se siente con la autoridad de quitárselo porque les da a la gana. Hay un tema de agresividad muy marcado hacia los indigentes de parte de los efectivos policiales.

En este sentido, Soto cuestionó la percepción de la sociedad y de algunas instituciones estatales, desde bomberos hasta hospitales, que conciben a esta población como un grupo de no-ciudadanos, porque no participan de los procesos sociales de los que participa un ciudadano común, no ejercen ni poseen el derecho a elegir, y a participar en ciertas prácticas sociales.

- El indigente no tiene esos derechos porque se los han arrebatado o porque han decidido no participar de ellos. A veces lo deciden porque en algún momento tuvieron cédula, nombre y apellido, y podían tener acceso a ciertas cosas, pero prefieren no tenerla porque se pueden ver implicados en algunos hechos criminales en los que no han participado. Muchos indigentes me dicen “yo prefiero no ser nadie”. Uno me dijo “yo en algún momento, hace quince años cometí un delito menor, pero si tengo cédula y me agarra la policía y ven que fui delincuente en algún momento, es peor para mí”. El paso de ahí a la cárcel por cualquier motivo, razón o circunstancia es muy sencillo.

Miguel Castillo, por ejemplo, manifiesta no haber tenido nunca cédula de identidad, durante los cuarenta y ocho años de vida (más de treinta en la calle) que lleva. Catalina de Miranda dice que sí tuvo una vez, pero desde que se la robaron no la ha vuelto a sacar y argumenta que no tendría sentido porque es muy probable que se le pierda una y otra vez.

- Los bomberos y todos estos cuerpos del Estado –suscribe Soto-, actúan de forma similar (a la policía) aunque sin tanta agresividad, porque no administran la violencia del Estado, ni poseen armamento, pero también actúan como si estas personas no tuviesen al menos una parte de los derechos a los que todos los demás ciudadanos podemos acceder.

* * *

Catalina de Miranda, además de pacífica, es reconocida y respetada en los términos que puede ser respetado un indigente en Caracas. Los vendedores de los locales aledaños testifican que Catalina “se porta bien”. La han visto brava precisamente cuando es víctima de alguna injusticia, o cuando la roban, pero por lo general, tal como lo aseguran los que conviven con ella en la plaza, es una mujer cordial.

Su “prestigio”, sin embargo, no ha sido suficiente para impedir que Catalina sufra abusos de la policía, y de otras personas.

- ¿Cómo ha sido su relación con la policía?

- Cómo decirte con exactitud. A mi modo de ver y por las cosas que a mí me han pasado... quizás en una parte no sea tan directamente culpa de ellos ¿no? Quizás... A ellos les dan instrucciones. No sé qué tipo de instrucciones les dan con respecto a una persona que viva en la calle o recoja cartón. No te sé decir cómo. Únicamente que ellos dicen que eso altera la ciudad. Pero mi opinión es que si, por ejemplo, aquí donde estamos hubiera un módulo policial, hay un grupo de policías fijos y hay gente, bueno, como yo... Yo creo que ellos entonces van más o menos viendo cómo se comportan esas personas, bien sea que recoja cartón o no recoja cartón. Entonces si por ejemplo ellos ven cómo se comporta y se desenvuelve alrededor del sitio donde ellos están una persona como yo, que ellos vean que, cónchale, por una parte, aunque se ve feo en una plaza o en la acera, uno no tiene una persona que le ayude, y uno trata de buscarse mas o menos un alcance, un aliciente para tratar de tener la mente en algo, entonces yo lo que digo es ¿por qué le tienen que hacer un acoso? –inquirió con tono de protesta para continuar- Es que si yo pongo cartón en la acera del frente entonces ya se ponen como si hubiera puesto una gran suciedad.

- ¿Exageran?

- Sí, la palabra la exageran, “mira cómo tienes la cuadra”, me dicen –imitando el tono autoritario-. Entonces yo la opino de otra manera diferente. Si un agente policial está en cuna cuadra para cuidar al público, tratar de que no haiga robo, entonces yo opino que también deberían de ver que... cónchale, pienso que deberían estar pendiente también de cuándo la gente arroja papeles sobre el piso... ¡ajá! sea vendedor o peatón... Entonces eso ¡no lo ven!! Asimismo ha sucedido así en la plaza, a mí me han criticado bastante, la policía, algunos del comercio. Una vez fue un periodista que me dijo “mira cómo tienes la plaza”. Si a mí me dicen “la plaza” yo entiendo que es la plaza toda. Yo no voy a ocupar toda la plaza recogiendo cartón. –reclamó.

Catalina recogió cartón hasta el 2006 cuando, doscientos años después de que Miranda arribara a las costas de Falcón en el buque Leander, el gobierno municipal decidió remodelar la plaza. Aquel oficio le daba cierto sustento pero, como se lee en su testimonio, también le generaba muchos problemas con la comunidad y con las autoridades. Lo estuvo haciendo clandestinamente un tiempo hasta que optó por no hacerlo más y vivir de la limpieza y los mandados. Ahora sigue recogiendo los cartones,

pero no para venderlo sino para ordenarlos, y los acumula. Asimismo, aglutina sus pertenencias frente a la tienda Riocar, cosa que no le agrada demasiado a los dueños de la tienda, porque “daña la imagen del local” en la medida en que los clientes confunden el bulto con un montón de basura. Allí lo guarda porque les tiene confianza y porque no se lo permiten en el lugar donde duerme, lugar que, en efecto, prefirió no revelar por seguridad y porque el dueño del espacio no lo sabe.

- Una vez un agente me pegó por eso, por los cartones –relató-. Y yo, fuera de sí le dije “chico, yo lo recojo porque yo no tengo a nadie y yo tengo que buscarme mi vida como sea, ¿no ves?”. Le dije “mira, chico ¿tú sabes cómo es la cosa? ¿dónde quieres tú que yo me meta?” Pa’l río no puedo agarrar. Bueno sí puedo, cómo no, pero en lo que me maten lo primero que van a decir es que quién me mando a mí a meterme para allá. Porque si aquí corro peligro, allá corro más peligro. A mí me han dicho la gente, “no, chica, quédate aquí porque aquí, por más que sea, algunos te conocen, y en otros lados te persiguen, más atrás te matan”. Entonces el policía me dijo “Te voy a reventar a palo” y yo le dije “bueno, las veces que tú quieras” Yo le contestaba... “Eso sí -le dije-, yo no voy a huir, no voy a correr pa’ ningún lado, pero no me lo hagas de espalda, hazlo de frente, que todo el mundo lo vea, y tranquilo que nadie se va a meter”. Yo no sé cómo ese agente no me ha sacado el arma de reglamento y me haiga disparao.

- ¿Y dónde la golpeó?

- Me dio con el rolo por aquí...-dijo señalando la pierna derecha- Con todas sus fuerzas. Nadie se metió porque la gente que vende tiene el puesto fijo en un sitio y siempre teme la represalia. Yo esa vez sí lo denuncié, pero me pedían testigos “si tiene testigos mejor señora”. Testigos hay pero son gente que tiene su puesto fijo y no van a querer ver por eso... Fui a la Fiscalía, me mandaron a hacer el examen forense. Después quedó eso así.

- ¿No ha visto más al funcionario?

- A él siempre lo he visto. Una vez le dije que para qué le daban a ellos clases de psicología y tantos requisitos, que cometían más torpezas en la calle y eran más brutos que la propia gente analfabeta. “Tú no sabes ser policía”, le dije una vez. “Dale ese uniforme a otro”. Yo sí se lo dije, no estaba en mis cabales –confesó con picardía-. Y le dije “entonces me meto a vendedora de droga”, “bueno, te meto presa” “y ¿por qué pues?, de alguna manera tengo que conseguir mi vida”. Uno lo dice en el momento de la rabia. Porque lógicamente porque si es por ejemplo, yo no voy a decir que porque sea una persona mayor, él no me diga a mí nada. No. Pero es que si yo no recogiera el

cartón, una comparación... Pero yo más bien lo recojo pa' que no me digan a mí nada. A mí de la Alcaldía no me han dicho "mire, señora la vamos a poner a usted en un sitio donde no corra tanto riesgo" o "usted puede poner sus cartones ahí que la policía no le va a perseguir".

- ¿Y usted siente miedo cuando está aquí?

- Sí, lo q pasa es como ya tengo muchos años aquí, casi no lo siento. Pero unas veces sí.

- ¿Y cuando duerme?

- Bueno me encomiendo a Dios, qué se va a hacer... Claro, uno siempre está pendiente aquí en la calle.

Capítulo III

Los desmadrados

La urgencia

Como consecuencia de las brechas sociales y las crisis de la sociedad urbana desestructurada, ha emergido en Venezuela, desde la década de los ochenta, lo que Yves Pedrazzini y Magaly Sánchez, en su libro *Malandros, bandas y niños de la calle* (1992), denominan la “cultura de la urgencia”. Es un concepto que se mueve entre lo social y lo cultural porque trastoca las fibras tanto de la sociedad como de la cultura venezolana.

Como señalaron en su momento los autores, la cultura de la urgencia no es una cuestión coyuntural, sino una matriz profunda y estructura que determina el pensamiento y, sobre todo, las acciones de la mayor parte de la población venezolana, esa población cuyo mayor anhelo es la sobrevivencia (pág. 61). Si bien sitúan al Caracazo, del 27 de febrero de 1989, como la expresión colectiva y más dramática de la urgencia, insisten en que esa urgencia se manifiesta cotidianamente en la metrópoli venezolana, y que “nació por obligación frente al deterioro de las condiciones de vida en la metrópoli desestructurada” (pág. 84).

En ese sentido, la cultura de la urgencia no es ni contra-cultura, ni subcultura, en la medida en que no se trata de un proyecto de lucha deliberada de una minoría sino que, al contrario, es una fuerza que dirige el rumbo de la mayor parte de venezolanos, y los obliga a actuar, generalmente, bajo formatos reñidos con la norma y la ética social, con el fin de garantizar la satisfacción inmediata de sus necesidades más básicas. En todo caso, es una respuesta involuntaria a la exclusión social, pero que impacta a excluidos e incluidos.

Pedrazzini y Sánchez plantean el trasfondo en términos de una relación tensa entre una “cultura dominante” que ejerce la fuerza sobre una “cultura popular” que es disfrazada de folclor, por la primera, para seguir siendo excluida. En ese marco, surge la cultura de la urgencia, no como una cultura que se opone, sino como una respuesta práctica a esa oposición previa. Una respuesta a la marginación social ejercida por quienes no reconocen al pobre como ciudadano “normal” (sino “marginal” o “excluido”) y lo culpabilizan de su condición de pobre, en términos de “invisibilidad” y “rechazo de ver” (pág. 71), o lo consideran un obstáculo para el desarrollo tecnológico de la sociedad urbana.

La cultura de la urgencia es una cultura del presente, del deseo, de la acción - violenta o no- para resolver los problemas más inmediatos, donde “no se tiene tiempo ni ilusión para pensar en el futuro, se vive el presente, se actúa, se sobreviene ingeniosamente, peligrosamente, día a día” (pág. 79). Es, por tanto una cultura del “hacer” que se impone en respuesta a la exclusión política, social y económica, mediante la trampa, “que no es sino una forma ingeniosa de darle la vuelta a la exclusión económica” (pág. 75), que tiene, según los autores, su correspondencia clara en la figura del buhonero y la del malandro.

“La informalidad económica del vendedor ambulante, como la violencia del malandro, no son sino medios de urgencia, puestos en práctica por obligación, y no por gusto” (pág. 77), plantean Pedrazzini y Sánchez. Así, sostienen que la urgencia afecta, sin distinción, a todas las edades y todos los sexos. De esa forma, relacionan este concepto cultural con el de la supervivencia de los “niños de la calle”. Al respecto, señalan que en la cultura de la urgencia “ni siquiera los niños son infantiles sino que se mueren a temprana edad, o se transforman desde muy pequeños en enanos trabajadores de la economía informal, convirtiéndose en adultos sin haber tenido el derecho de pasar por la infancia, hombres pobres desde que nacen, endeudados hasta que mueren” (pág. 65).

Vivir en la indigencia equivale a vivir en la urgencia más pura y dramática. La situación de calle, en términos sociológicos, está relacionada con la exclusión, y de igual modo, con el deterioro de una familia venezolana desestructurada y obligada a sobrevivir todos los días, en el marco de una cultura que ha inducido una nueva forma de vida, dominada por el cortoplacismo y la inmediatez. Por eso puede entenderse como una variable más cultural que social; porque está en lo más profundo del ser, peleado casi siempre con la norma social y el *deber ser*.

Cuando la persona ya está en la calle sigue estando dentro –ahora más que nunca- de esa cultura, quizá en niveles exacerbados. La violencia es, entonces, una de las alternativas para saciar sus preocupaciones y angustias, pero, como se ha visto, no es la más frecuente en el caso de los indigentes adultos que, en cambio, muchas veces prefieren sobrevivir a costa de la “buena conducta”, igualmente no para “parecer decente”, sino para obtener lo mínimo para convivir. Y con esto no se pretende hurgar en la conciencia ética del indigente, sino aproximarse a la manera en que se activan y funcionan los mecanismos de supervivencia y, si es posible, de protección.

Las personas que viven en la calle no están al margen de la metrópoli. Al contrario, la viven –y padecen- muy de cerca. Por eso, a su escala y en su medio, son parte de esa rutina apremiante que consiste en (re)buscarse la existencia, pidiendo, trabajando y/o buscando en la basura. Esas condiciones de apremio no dan espacio, desde luego, a mayores anhelos e ilusiones, porque se vive del presente, de la acción inmediata. Algunos, como se verá más adelante, pueden darse el lujo de soñar despiertos, pero no por mucho rato. Tampoco hay mucho tiempo para soñar dormidos, porque perpetuamente se está en emergencia.

* * *

Te quedarás solito cuando yo me muera.

El olor a orine, mezclado con el del sudor, atraían un enjambre de moscas. Se estacionaban en los deformes pies de Juan Gómez, en la silla de ruedas, en la ropa. Había que espantarlas de vez en cuando con el cuaderno.

- Yo llegué a la calle desde que murió mi mamá en el mes de julio del año pasado. Mi madre murió de una operación y supe lo que es sufrir en la vida –dijo quebrándosele la voz rápidamente-. Mi madre me lo dijo claro y pelado: “te quedarás solito cuando yo me muera” –y empezó a llorar-. Cuando estaba en un internado de la CPN, del consejo de niños, ella vio lo que luchó conmigo. Sé que he sufrido, desde que mi madre me abandonó... No pude luchar... El señor me ha defendido, ha luchado junto a mí. Papá Dios, Papá Dios... -dijo casi cantando- Desde que perdí a mi madre no he tenido quien me ayude.

- ¿Usted estaba casado?

- Sí, estaba casado con una mujer en Barquisimeto. Mi mamá nació en El Tocuyo, el Tocuyito... -entonó agregándole el diminutivo al pueblo larense.

- ¿Y usted dónde nació?

- También en el estado Lara, en Duaca... Yo tengo un hermanito que vive antes de llegar a Duaca. Un hermanito mío que se llama Carlos

- ¿Cuánto tiempo duró con su esposa?

- Yo no te voy a caer a coba, yo soy un hombre serio. Mi esposa tengo años que no la veo, más de 7 años. Ella andaba conmigo pa' arriba y pa' abajo. A mí me han visitado mi hermanita, mi hermana, mi hermanita... -dijo cambiando el tema y haciendo

uso nuevamente de sus diminutivos entonados para luego cambiar a un tono sin diminutivos-. Yo no le puedo servir a ella de esclavo... ¡jamás!

- ¿Vivía con su hermana?

- Sí, yo vivía con mi familia, con mi hermanito aquí, en la tercera puerta del Atlántico, por ahí por Silsa...

- ¿Ahí vivía con sus hermanos y su mamá?

- Sí. Desde que murió mi madre yo me separé de ellos. Ojalá que el presidente de la República me ayude. Eso es lo que espero yo.

- ¿Y su enfermedad?

- Eso fue la Negra Hipólita –gritó-. La Negra Hipólita y la Policía de Miranda fueron los que me tirotearon –y volvió a llorar más resueltamente-. Yo lloro porque yo no era así, ahora todo el mundo me desprecia, pero no importa porque el que no me desprecia es aqueeeeeel que está en el cielo –dijo sosteniendo las vocales-. Yo lloro porque me veo mal. Cuando mis lágrimas se salen de mis ojitos... Señor, la venganza es tuya... Yo no quiero quedar como un monstruo. No quiero quedar como un monstruo – ya no paraba de llorar, mientras se veía sus pies gigantes-. Ya mi cuerpo no me da pa' defenderme, mis piernas no me responden, tengo que pedir ayuda pa yo poder levantarme de mi silla.

Juan Gómez estuvo ligado al mundo delincencial desde temprano y por eso fue a la cárcel de El Rodeo con su hermano, que mató a un guardia nacional. También estuvo en el Ejército por un corto tiempo, después de que se lo llevara la recluta. Tuvo siete hijos, trabajó en varios sitios, como personal de mantenimiento en algunas fábricas, incluso como obrero en la Pepsicola, y luego de tanto andar, no pudo andar más ya. No puede usar sus piernas y vive en la calle, sin familia, solo, con la caña blanca y la caña loca.

- Mis hijos no me toman en cuenta. No me toman en cuenta. No me toman en cuenta –repetía enjugándose los ojos.

- ¿Y usted los crió?

- Sí, con la esposa mía que la tiene la Negra Hipólita...

- ¿Y dónde vivían?

- Por Monte Piedad, casi llegando a Caño Amarillo. Ahí vivimos unos meses.

- ¿Y los hijos se fueron?

- Cada quien agarró su camino, y a nosotros nos agarró por primera vez la Negra Hipólita y la Alcaldía. Yo me vine y ella se quedó –hizo un silencio porque su mente

estaba en otra parte, y volvió a llorar-. Yo lloro por mi madre... Yo lloro por mi madre que es la única que... ¿Por qué me tiene que abandonar en ese este mundo?

- ¿Cómo era la relación con su mamá?

- Mi padre nos abandonó y –casi no podía hablar mientras las lágrimas le limpiaban la cara-, mi padre abandonó a mi madre. Maldita sea cuando yo he llegado a la delincuencia. Maldita sea cuando yo he llegado a la delincuencia –repetió con rabia- Yo era muy unido con mi mamá. Yo soy el único varón que tuvo mi mamá. El único que tuvo mi mamá fui yo. Pero el perro que tuvo una maldita maldición que se enamoró de esa mujer, y dejó a mi madrecita –dijo refiriéndose a su padre-. Mi madrecita sufrió pa’ poderme mantener. Yo me pegaba a la falda de ella, de mi madre. Trabajó como una esclava pa’ poderme mantener.

* * *

La Caracas de los años cuarenta tenía todavía mucho de bucólica. Más todavía por los predios de La Pastora que todavía hoy conservan un pedazo de esa vida parroquiana y sencilla que poco tiene que ver con la Torres de Parque Central o las propias de El Silencio. En una de las viejas casas de San José vivía una buena señora con su hijo pequeño y una muchacha de servicio que le limpiaba la casa y la ayudaba con la cocina. La muchacha, criada por su ama, quedó embarazada de un profesor universitario y dio a luz, en esa misma casa, a un niño que puso por nombre el de César y por apellido el que ella misma tenía, naturalmente.

César Martínez pasó más de veinte años en la calle, entre La Candelaria y San José. Recientemente dejó la calle y ahora está en el Centro Psicosocial de la Fundación de Acción Social, adscrito a la Alcaldía de Libertador y ubicado en la Cota 905. Es un hombre educado, de buenos modales y de muy buen hablar. Camina con lentitud porque tiene los pies enfermos. Para el momento, tenía un bonito abrigo y la voz apenas se le oía por una disfonía. A los 63 años tuvo que desempolvar cosas que nadie le había preguntado, cosas que la memoria le traía y llevaba como olas que se estrellaban y disolvían en su cabeza, pero de las que nunca más tuvo que hablar. Esa vez tuvo que utilizar el alma para decirlas; su voz apenas podía.

- A raíz de la muerte de mi madre con quien yo vivía, más una serie de problemas, yo quedé en la calle. Primero me había puesto a vivir con ella, solos, alquilados en una habitación. Estábamos más o menos, pero después de que ella murió

yo me descontrolé. Estábamos muy fallos económicamente y habíamos tenido una serie de problemas tanto ella como yo en esa última etapa. Yo quedé solo en la calle. Lamentablemente solo en la calle, y sin ningún título ni ningún trabajo propiamente.

- ¿Dónde vivía con su mamá?

- Primero vivíamos en San José y últimamente en una casa alquilados, entre San José y Candelaria. Yo después me tuve que mudar. El señor de la casa pidió que saliera.

- ¿Cuándo murió ella?

- Mayo 27, el año no me acuerdo. Hace como veintipico de años... No me acuerdo propiamente, y no tengo papeles... Ya, ya, ya... fue en el '85. Una abuela de nosotros que nos había criado –la señora de la casa- murió en 1975, diez años antes. Tuvimos problemas con los herederos de ella, entonces nos sacaron de la casa donde vivíamos que era el hijo de ella, que era médico. Ella era una abuela de crianza que nos crió porque mamá trabajo desde muy jovencita con esa señora. Y allí nació yo en esa misma casa.

- ¿Entonces su infancia la pasó ahí?

- Sí, sí... Fue una infancia en parte buena. Al principio, cuando uno es muchacho no sabe propiamente los problemas que le vienen encima. Y después se fue debilitando eso, hasta el año en que murió la señora, en el 75. Mamá y yo tuvimos mucha discordancia con la abuela, porque esa casa se la dio a su hijo que era médico y después que él vendió esa casa tuvimos que salir. Hubo rivalidad con él, porque no quiso que hubiéramos continuado un cierto tiempo hasta que hubiéramos conseguido. La vendió y tenía mucho dinero, usted sabe que esa gente a veces no considera. De ahí fuimos a vivir en la misma parroquia a vivir en una casa alquilados, más abajo. La señora le había dejado unos realitos a mi mamá, una pensioncita, pero eso se acabó. Hemos podido quedar mejor de situación...

Don César hizo algunos trabajos de manera informal para ayudar a su mamá, pero no fue suficiente. Se graduó de bachiller en el Liceo Urdaneta y trabajó dictando clases para reparación inglés y francés. Empezó la universidad pero no pudo continuar. No logró hacerse de algún buen empleo y la situación fue empeorando.

- ¿Cómo fueron esos diez años, entre 1975 y 1985?

- Vivía con mi mamá, siempre al lado mío. En la habitación que es lo más que pude conseguir con lo poco que teníamos. Después se enfermó de asma, y de eso murió. Yo heredé eso, yo fui asmático, pero con el tiempo y los remedios se me quitó, aunque estos fríos me pegan mucho. Entonces aliguito pude conseguir para enterrarla. Fue difícil

y menos mal que no fue una época en cierto sentido ni tan difícil, porque el dinero se conseguía y no salía todo tan caro, los entierros, como ahora. Yo la enterré, la saqué de esa última casa donde vivimos. Eso fue un problema –dijo suspirando-. Conseguí la plata restante después, total que mamá se veló en una funeraria donde me consideraron, una funeraria antigua que ahora la remodelaron. Está justamente al lado del hospital Vargas. Se portaron muy bien conmigo...

- ¿Y ahí empieza el vía crucis?

- No me enserié buscando trabajo, buscando ayuda. Incluso tuve la suerte de que el dueño de la casa donde vivíamos me dejó un tiempo a mí, un tiempo sin pagar hasta que me pidió la desocupación. Y ahí quedé sin casa, en la calle, ambulante por ahí mismo por San José y Candelaria. Hasta ahora...

- ¿Entonces después de que murió su mamá inmediatamente quedó en la calle?

- Sí...

El señor César admitió que mientras estuvo en la calle estaba barbudo y sucio, y no podía bañarse diariamente. Y que le avergonzaba pedir. “Algunas casas me daban comida. Yo estuve viviendo de milagro... La gente desconfía mucho de que el otro es un matón o un delincuente ¡Vivía con lo que podía rebuscarme!”.

- ¿Y con su papá cómo era la relación?

- Fue distante, la verdad. Nos veíamos poco. Cuestión que ha debido existir para que él me ayudara... Bueno él me ayudaba antes pero después las cosas cambiaron.

- En cambio con su madre...

- Claro. Yo era su único hijo y además yo no la abandoné porque hubiera sido otro que la abandona, o a lo mejor ni la entierra.

* * *

Es indiscutible que la pobreza es un problema económico y social. Pero también lo es en el plano cultural, en el sentido de que es por medio de la cultura que nos desenvolvemos frente al mundo, a las cosas, a la familia, a la sociedad, a los bienes, al consumo.

Con la indigencia está sostenida y penetrada por variables culturales relativas a las formas venezolanas de organización y conducta. Es el producto de una tradición mítica que gira, primero, alrededor de la madre, luego de la sociedad y del Estado que la preside. Si lo que llama Samuel Hurtado *matrisocialidad* está en las causas de la

indigencia, este patrón se propaga a la propia vida en la calle –ya no sólo como causa-, e implica comportamientos que tienen basamentos culturales, como es el hecho de la recolección, el abandono y en algunos casos la felicidad.

- La indigencia sería una especie de grupo, pero no un grupo compacto, sino un grupo disperso, aunque a veces se junten en una determinada esquina, en un determinado lugar, una plaza, las márgenes del río. No es un grupo compacto, ni podría uno apoyarse en ellos como grupo social, solamente para subsidiarlos, ayudarlos a que se mantengan con vida, a que sobrevivan –definió Hurtado, quien agregó que esas personas están en la calle no por una elección, sino por una inercia sin resistencia ni disciplina. “Los indigentes son un grupo muy específico y un síntoma de esa estructura social recolectora”, señaló.

Hurtado explicó que la indigencia pasa por lo social, lo familiar y lo cultural, al ser un problema de abandono que, al no ser resuelto por el reciclaje familiar, se convierte en un problema social, puesto que familia y sociedad caminan de la mano. Asimismo, tiene una raíz profunda relacionada con los grandes mitos que la sostienen la cultura venezolana.

- ¿Y los indigentes viven al margen de la cultura?

- No. Al revés. Son un índice que está en el centro de la cultura. Cuando decimos “cultura” no es que todos demos la media. Nadie da la media, nadie cumple la cultura. No tiene porque cumplir con ella. Pero de alguna forma todo el mundo entiende cómo se bate el cobre en Venezuela. La cultura es la que se lleva la palma. Manejamos más el nivel social. Vivimos como es y pensamos como debe ser. Ahí está la contradicción pero no tiene nada que ver lo que vivimos con lo que pensamos. Todo el mundo sabe que recoger latas y basura es de los indigentes, y ellos pueden sentir vergüenza etnocultural porque manejan también el deber ser, que dice que no deberían hacer eso. Pero si es por recoger, esa es una de las pautas de la sociedad. Todo el mundo recoge. La preocupación de los profesores es que si han pagado. La recolección no es sólo de los indigentes o de los recogelatas. Todos estamos metidos en esa óptica significativa y lo expresamos socialmente. Lo que pasa es que el indigente es el síntoma extremo de todo esto –aseveró el investigador.

Para Yelitza Mendoza, antropóloga, hablar de indigencia podría ser – especulativamente mientras no se haga una investigación antropológica a fondo- hablar de “una forma de vida, porque el vivir en la calle te tiene que crear herramientas para que tú puedas sobrevivir. No es lo mismo las personas que llegan todos los días a su

casa, que tienen un techo, a esas personas que viven en la calle. Ellos deben crear mecanismos de defensa, o de sobrevivencia, sobre todo, qué van a comer, cuándo no comen, qué hacen. Como es un patrón más o menos que pueden tener todos, se podría decir que es un modo de vida”

Matrisocialidad e indigencia

En Venezuela, la madre tiene un lugar tan hondo que, de alguna forma, fundamenta la manera de organizarse que tiene la familia, la sociedad y, todavía más allá, la cultura venezolana. Ese tema ha sido trabajado desde la década de los ochenta por el antropólogo Samuel Hurtado, quien ha creado esa categoría conceptual compleja: la matrisocialidad, concepto que, debido a su amplia cobertura, puede explicar o ayudar a explicar ciertos fenómenos como la pobreza y, como puede intuirse en los testimonios de los pobladores de calle consultados, puede esclarecer en alguna medida el fenómeno de la indigencia.

Hurtado ha estudiado la estructura de las familias en un nivel más profundo que el puramente sociológico, puesto que ha indagado sobre las complejidades psíquicas, míticas y arquetípicas de la familia venezolana –pobre y urbana- que impacta sobre la manera en la que se piensa, entre otras cosas, el trabajo y la nación.

- Lo único fuerte en Venezuela es la familia. Lo demás es artificio –dijo el antropólogo, en el sentido cultural y simbólico de la palabra familia.

En el artículo “Felices pero pobres”, publicado en 2001, en la Revista venezolana de análisis de coyuntura, Hurtado sintetiza parte de su trabajo académico a partir de sus experiencias con familias venezolanas, y reflexiona sobre una cantidad de aspectos culturales, que son necesarios para acercarse seriamente a la indigencia como fenómeno. Todos los desarrolla a partir de ese complejo que ha denominado matrisocialidad, y que resulta decisivo en la constitución cultural de Venezuela como país. En el referido artículo, Hurtado explica que “la matrisocialidad conceptúa un modelo cultural general, organizado a partir de la estructura psicodinámica de la familia en la que la figura materna contiene la clave significativa, de tal manera que ésta orienta también los asuntos sociales. El eje estructural está diseñado por las relaciones interaccionales de la madre y el niño, donde éste se piensa siempre pequeño y consentido, a partir de la compulsión fundamental de que la madre no puede perder a su hijo” (págs.109-110). De manera que la congregación de los hijos varones alrededor de las madres de la familia trasciende el nivel doméstico e impacta las relaciones sociales y

económicas que tiene lugar fuera del hogar. En esos términos, en Venezuela la sociedad se fundamenta en los valores de la familia.

Aunque el autor advierte taxativamente que la matrisocialidad apunta a un problema cultural y no a una problemática social, y que por eso no es un concepto que pertenezca exclusivamente a los “pobres”, en la medida en que la cultura afecta a todo el que la conforma, también agrega que sí hay una relación: “El problema comienza en el mito de la sobreprotección materna, que no es otro que el mimo por exceso de madre. La sobreprotección impide al niño confrontarse a la realidad; lo cual origina una relación confusa con la realidad, cuyo resultado es considerarla como una cosa que no tiene, ni es digna de valor. La cultura de la pobreza en Venezuela pasa por este desdén y abandono matrisocial de la realidad, cuyo principio explicativo se organiza en el concepto del complejo matrisocial. Este complejo no deja ver bien la realidad, por lo que decirlo o nombrarla no quiere indicar que se va a hacerla o transformarla (...) La pobreza en Venezuela tiene que ver con este complejo matrisocial que no nos deja ver bien las relaciones entre el decir y el hacer, entre la idea y la realidad, de suerte que no permite organizar la realidad de forma tal que, mediante el trabajo, el colectivo alcance una capacidad económica consistente”.

Dicho groseramente, la matrisocialidad tiene como consecuencia, en el campo económico, la presencia de individuos incapaces de producir porque no saben ver la realidad.

- Decir matrisocial es decir que no hay proyecto de sociedad –aseveró el antropólogo durante la entrevista-. Por supuesto que donde se ve esto muy bien es en la familia porque en la familia es donde están nuestros sentidos fuertes de la producción, no en la fiesta nacional o en la universidad.

Obviamente, el concepto se relaciona con la madre, pero al mismo tiempo la trasciende. Hurtado no habla de las madres en sentido concreto, o de una u otra madre, sino en sentido simbólico y abstracto, desde una perspectiva etnopsiquiátrica muy ligada a la semiótica y al método psicoanalítico de comprender las cosas a partir de figuras, arquetipos y aspectos de un subconsciente colectivo analizado en su dimensión mítica.

- ¿Cual es nuestro mito profundo? –se preguntó para responderse- Es la matrisocialidad, la sobreprotección materna que implica, a nivel del Edipo, el consentimiento y el resentimiento que son elementos muy primarios de lo que va a ser secundario, más elaborado, de lo que es el amor y el odio. Conseguir amor y elaborar el

odio implica un proceso social amplio, de segundo grado. Si no llegamos a eso tenemos el resentimiento, que es una versión primaria del odio. Y del amor, el consentimiento, alcahuetería, el dar chance, el ser permisivo. No tolerante, que es un término societal. Nosotros confundimos todo eso: compromiso con complicidad. Somos cómplices y lo asumimos como compromiso –manifestó aludiendo a las complicaciones de las inversiones de significado- Entonces tenemos el complejo matrisocial que hace que nos pensemos al revés, y entonces estamos en la estacada de quiénes somos. Y ¿cómo nos vamos a desarrollar si no sabemos quiénes somos? El desarrollo debe empezar por la identidad, saber quiénes somos para saber adónde vamos y cómo debe ser el ser. Hay que partir del ser.

En los testimonios de personas en situación de calle, la madre es una figura central, especialmente en el caso de indigentes varones, como los expuestos en el apartado anterior: dos hombres que quedan en la calle cuando muere la madre, desamparados, desprotegidos, abandonados y sin herramientas. No fueron niños maltratados, sino todo lo contrario, soportados por el vientre materno desde la niñez hasta la adultez, acogidos por la madre trabajadora y sacrificada que hizo todo por ellos.

- Aunque consiente mucho, la madre es una dejada –agregó Hurtado-. Porque el consentimiento indica abandono. Si te consiento es para abandonarte en un sentido psicoanalítico. La madre es permisiva y no controla. De modo que puede haber indigencia por abandono, por permisividad, por esperar la suerte de pocos.

El hecho de que el consentimiento implica abandono es lo que puede explicar esa frase que todavía le retumba a Juan Gómez, el hombre que llora en su silla de ruedas, pidiendo dinero en los locales de la plaza Miranda: “Te quedarás solito cuando yo me muera”. Una frase que más que especulativa y predictiva, es afirmativa de una manera total y perversa. La frase de una madre que sabe que consintió para abandonar, con todo el dolor que implica.

- El marido botado por la esposa puede quedar en indigencia –planteó el antropólogo-, a no ser que lo recojan sus amigos. Pero la alternativa es regresar a la casa de su mamá, volver a su familia, de la que nunca salió simbólicamente.

- A menos que no exista la madre...

- A menos que no exista la madre, y eso es una cosa muy triste. Una de las cosas más tristes del mundo es el varón adulto en Venezuela, aún viviendo en casa con su esposa. Él no decide nada. La que dispone es la mujer. Todas las mujeres en Venezuela son madres, aunque la madre por excelencia es la abuela.

La muerte física o simbólica de la madre es algo que algunos hijos adultos no pueden superar, especialmente los hombres, aunque también algunas mujeres. No podría generalizarse una relación mecánica entre una cosa y otra, pero la matrisocialidad influye en la medida en que crea ciudadanos incapaces para valerse por sí solos, vulnerables, eternos sobreprotegidos y eternos abandonados, todo a la vez.

Cultura de la pobreza

En los años cincuenta del siglo pasado el antropólogo estadounidense Oscar Lewis creó un concepto que generó gran resonancia y cierta polémica: la cultura de la pobreza. A partir de sus estudios antropológicos sobre la pobreza urbana de México y Puerto Rico, Lewis pudo probar que muchos pobres de estos países latinoamericanos formaban parte sólo de una subcultura con características particulares, una cultura insertada dentro de la otra, entendido el término *cultura* en tanto patrón de vida que pasa de generación en generación. Así, Lewis definió la cultura de la pobreza como “un sistema de vida, notablemente estable y persistente que ha pasado de generación en generación a lo largo de líneas familiares”, tal como aparece en su clásico, *Los hijos de Sánchez*, publicado en 1961, y llevado al cine, en 1978, por el cineasta norteamericano Hall Bartlett.

Lewis siempre aclaró que no todos los pobres desarrollan la cultura de la pobreza, aunque sí la mayoría. De acuerdo con sus planteamientos, los que viven dentro de esta cultura “tienen un fuerte sentido de marginalidad, de abandono, de dependencia, de no pertenecer a nada. Son como extranjeros en su propio país, convencidos de que las instituciones existentes no sirven a sus intereses y necesidades. Al lado de este sentimiento de impotencia hay un difundido sentimiento de inferioridad, de desvalorización personal” (pág. 18). Asimismo tienen escaso sentido de historia, por lo que no conocen más que sus propias condiciones locales. “En otras palabras, no tienen conciencia de clase, aunque son muy sensibles a las distinciones de posición social. Cuando los pobres cobran conciencia de clase, se hacen miembros de organizaciones sindicales (...) ya no forman parte, por definición, de la cultura de la pobreza, aunque sigan siendo desesperadamente pobres” (ídem). Otra característica que señala Lewis es que las personas que forman parte de esta subcultura viven sus vidas en un presente continuo, situación que tiene sus ventajas con respecto al hombre de clase media, siempre orientado hacia el futuro.

Las críticas hacia Lewis no se hicieron esperar demasiado. Charles Valentine, desde el enfoque de la antropología marxista, lo acusó de culpabilizar al pobre de su situación y, así, dificultar el camino hacia una solución y, en ese sentido, objetó que sus ideas “deforman la realidad vivida por los pobres, nos predispone mal para comprenderla y alientan políticas que perpetúan las desventajas asociadas con la pobreza”. En resumidas cuentas, Valentine señaló que el concepto de Lewis dejaba de lado la lucha de clases que motivan la realidad existencial de la pobreza.

Aunque para muchos la antítesis de Valentine fue necesaria y constructiva, Samuel Hurtado considera que Lewis fue mal entendido.

- Ha habido un malentendido con lo de Oscar Lewis. Él dijo eso como pudo haberlo dicho con respecto a la riqueza. Lo que él quería era construir un concepto. La gente se queda con el fenómeno. Es un antropólogo que estudió los pobres de la ciudad y construyó un concepto. Si aquí siempre se meten con los más pobres. Si tú no te vas a un barrio no haces antropología urbana, no haces sociología. Se piensa que los problemas sociales son de allá abajo, como si el resto hubiera resuelto todos. Todo porque Lewis nombró no la cultura, sino la pobreza, porque nombró el fenómeno. Él se defiende de Valentine, diciendo que él estaba trabajando con el concepto, el de una cultura. Como yo con la matrisociedad, yo no hablo de ninguna madre, sino de una cultura. Yo creo que sí existe la cultura de la pobreza. La crítica que yo hago es q Lewis se quedó en un grupito. Pero es así, somos pobres porque somos unos abandonados, pero ese abandono es el que nos proporciona felicidad. Somos el pueblo más feliz de América Latina. No nos importa la pobreza, nos importa la felicidad. Unos ladran y otros no, pero todos terminan despilfarrando. Si los pobres tuvieran real harían lo mismo, y si los ricos no tuvieran harían lo mismo -ironizó.

En su artículo “Felices pero pobres” (2001), Hurtado retoma la cuestión planteada por Lewis. Argumenta que hay que elevarse al modelo conceptual para entenderla. “No sólo se va a ver la pobreza como carencia, es decir, como un síntoma económico, sino también como algo positivo, de carácter simbólico, que ayuda a normalizar compensatoriamente, de tal manera que los pobres puedan aceptar su situación y no volverse locos o enfermar, que es lo último que les podría ocurrir. Como cultura, la cultura de la pobreza puede ser universal, pero como producto sociohistórico, puede encontrarse en condiciones particulares de estructuras sociales diversas” (pág. 106).

- ¿Y qué implica esa cultura de la pobreza desde su punto de vista?

- Bueno, esa cuestión de estar varado entre el sí y el no. De creer que están participando cuando están excluidos. Ahí está la ambigüedad profunda de la cultura de la pobreza –aseveró Hurtado- Nosotros creemos que estamos participando, pero lo que aspiramos es tener privilegios. Para mí eso de participación-exclusión aquí no sirve. Para mí aquí la cosa funciona en términos de privilegio-exclusión. Entonces, forzosamente en Venezuela seremos siempre pocos los privilegiados. El privilegio es de pocos y muchísimos excluidos. En cambio la participación tendría una proporción menor de excluidos, e irían entrando todos. Yo organizo eso a partir de la matrisocialidad.

En todo caso, además de económico y social, la pobreza es un problema cultural y esa ha sido su dimensión menos estudiada. Hurtado dice que se le toma como una cuestión supraestructural, como el derecho, la religión, la ideología, cuando “la cuestión antropológica es más bien estructural: dónde se encuentra el elemento que hace que *el sentirnos imaginariamente ricos nos produce en realidad como pobres*” (99). Queramos o no, -escribe más adelante Hurtado- “sobre cómo los pueblos *idean* su realidad económica reposa su principio de hacerla en realidad. De ahí la relación estrecha entre cultura y economía”.

La cultura de la pobreza es necesaria para poder ser feliz a lo venezolano. “Cualquier prédica que apunte a la felicidad, sin el esfuerzo de conquistarla, cae muy bien en Venezuela” (pág. 118), concluye Hurtado.

Narcisismo y recolección.

A mediados del siglo XX, ya Arturo Usler Pietri comentaba en *De una a otra Venezuela* (1992), no sin sarcasmo, que la renta petrolera le había “permitido a Venezuela llevar la alegre vida de un adolescente pensionado con esplendidez por algún tío rico” (pág140). El problema es mayor cuando el sobrino y los hijos se creen tan millonarios como el tío.

“Cuando se piensa en Venezuela como país rico –escribe Samuel Hurtado- no sólo se produce una reacción de sentido que desmiente de antemano cualquier consideración sobre la conveniencia de *crear* riqueza, sino que prepara consideraciones sobre cómo disfrutar de ella. La reacción conduce a decir que somos un país rico, lo cual expresa *la mayor mentira de Venezuela*, pues producimos de modo permanente pobreza, porque partimos de un falso mito originado para tapar nuestro desdén por la realidad (económica)” (pág. 111).

- En la base de todo esto está que en Venezuela, nuestra estructura social no ha dejado de ser la de una sociedad recolectora, cosechar donde no se ha sembrado –apuntó Hurtado-. Y por tanto, la cultura del trabajo en Venezuela está en entredicho, pero no sólo la cultura del trabajo, sino la cultura de la acumulación de experiencia social en el colectivo venezolano. De ahí que damos tantos tumbos históricos. Y entran y salen grupos y grupos. Pero en definitiva hay poca acumulación y se debe, en buena parte, a esa estructura de recolección. Es decir, no llegamos todavía a la renta. Siempre hay un poco de renta, la renta petrolera, pero termina manejándose como recolección y a los ojos de la sociedad, aparece todo eso como despilfarro. Pero eso lo gasta no sólo el Estado, sino que tiene unos fundamentos profundos en el colectivo: el venezolano no puede tener dos reales en el bolsillo porque se le queman –explicó sonriendo-, porque hay que gastar, hay que consumir. Pero después se confunde con que eso es posmoderno, cuando es profundamente premoderno. Creemos que somos los mas posmodernos porque todo lo que nos viene (santicos y computadoras, la última tecnología con el último modo de brujería o cosas de esas) en seguida lo naturalizamos, lo recolectamos, ni siquiera lo nacionalizamos, la nación está en veremos, sino que lo recolectamos.

La recolección es, según Hurtado, un modo de vivir inmerso en el ethos cultural venezolano, arraigado, hondo y, muchas veces, en conflicto con el ethos social. La cultura es ambivalente y Hurtado pudo ilustrarlo de la siguiente manera.

- Lo que pasó en el deslave de Vargas, cuando los hombres jóvenes se la andaban invadiendo apartamentos, violando mujeres, robando lo que encontraban mientras las mujeres, niños y ancianos estaban en el aeropuerto, era que la cultura los empujaba a la recolección. Eso en términos culturales es recolección. En términos societales es robo, una cosa indebida –diferenció-. La sociedad impone unos valores que dicen que eso es indebido. La cultura impone otros valores que te dicen “eso es lo que tienes que hacer”. Pero al mismo tiempo que la cultura empuja a éstos, los que estaban en la carraplana esperaban que todo el resto de Venezuela los ayudara, que tuvieran esa reciprocidad, y toda la sociedad se volcó a ayudar. La cultura mira para un lado y para otro. La cultura no es tan fija como la sociedad. La sociedad tiene un camino, que es el deber ser, la cultura no, tiene muchas ventanas del ser, unos prosocietarios y otros antisocietarios. En Venezuela, normalmente la cultura mira hacia lo antisocietario.

Para Hurtado, la dinámica recolectora se encuentra en la acumulación capitalista en una sociedad dependiente, que es el caso venezolano, no tanto es el rentismo

adherido a la explotación petrolera, sino en la cultura del peaje, uno de cuyos modelos es el *fifty-fifty*, aprovecharse de quien produce.

El antropólogo señala que, en lugar de la producción, lo que gusta es que se hable de la redistribución o reparto de “lo que haya” y que, precisamente, esa distribución del Estado se piensa como reparto de las dádivas del cacique o “príncipe” poderoso, base del mito populista, y el que no reparta y tenga es un “pichirre” que, según Hurtado, es uno de los personajes con menos prestigio en Venezuela.

Desde esta perspectiva, la venezolana es, enteramente, una sociedad recolectora cuyos integrantes procuran arrancar de la mata los mangos bajitos, sin extender mucho los brazos. Este elemento tiene su origen, siguiendo la perspectiva etnopsiquiátrica de la antropología, en los beneficios de la maternidad con respecto al hijo. En este contexto puede entenderse la frase de Juan Gómez –nuevamente- que desde su silla de ruedas y entre lágrimas dice: “mi madre trabajó como una esclava para mantenerme”. El hijo varón recoge lo que la madre produce o, también, lo que la madre simplemente recoge, hasta que su muerte.

Dentro de la gran sociedad recolectora, la indigencia es una expresión manifiesta de esa forma de concebir la vida y el sustento. Esto se ve con mucha claridad en las personas que recogen latas o cartones, o que escarban la basura para conseguir alimento. La mendicidad, desde luego, también tiene que ver con esto y es más notorio en relación con la “cultura del peaje” que deriva, técnicamente, en pedir al que pasa. Incluso aquellos que no piden, viven de lo que otros les dan y, simultáneamente, de lo que otros no les dan, o sea, de recoger cuando haya. No es nada exclusivo de los sujetos de la indigencia, sólo que en ellos se manifiesta todo esto más claramente.

El indigente no tiene nada, o tiene muy poco, y lo que tiene es el resultado de una recolección de objetos, producidos - y hasta desechados- por otros, que utilizan para garantizar satisfacciones básicas, como alimentos, vestidos o artículos de metal, cartón o plástico, que puedan ser vendidos a otro recolector. En otras palabras, el indigente *se rebusca*. Sobrevive con lo que consigue.

El mendigo y el príncipe

La matrisocialidad conduce a la recolección y ésta a su vez estimula la presencia de otro aspecto cultural –ya insinuado- y esencial para entender casi cualquier fenómeno venezolano: el populismo. Un síntoma de todo ese síndrome matrisocial que se da en

América Latina pero que cobra especial fuerza en Venezuela por la circulación de capital y el modelo de país.

Sobre el populismo, Manuel Barroso sostiene que es una relación de mutua conveniencia, y lo define en su texto *Autoestima del venezolano* (1991) como “la expresión más auténtica y poco ética de la marginalidad de gobernantes y gobernados. Es una coalición entre ambos para mantener el subdesarrollo, un montaje burocrático que sostiene todo el andamiaje de partidos y líderes políticos. Ambos se benefician. Uno porque obtiene gratis, sin mayores esfuerzos, lo esencial para la vida. El otro porque mantiene el poder y la autoridad” (pág. 7), y más adelante sintetiza: “mientras alguien viva de alguien, seguiremos manteniendo un sistema para la pobreza estructural”. (pág. 8)

- Aquí toda la sociedad es populista –señaló Hurtado-. Los dones del Estado no sólo los reciben los sectores populares, sino también todos los estratos de la sociedad, aun los ricos están “mamando”, por decirlo así, del Estado, y esperando los recursos del Estado y a ver adónde conduce la orientación del Estado. Todos están esperando esos dones. Algunos se desentienden del Estado porque crea mucha responsabilidad para con la sociedad, pero en Venezuela el Estado es el lugar de los más atrevidos y esforzados, no en el sentido de valor positivo, sino en el sentido de “a ver cómo me acaparo de ese aparato que es un lugar privilegiado para saquear los recursos de la sociedad desde ahí”.

- ¿Qué tan arraigado está ese populismo dentro de la cultura venezolana?

- Esto es desde antes de la independencia. Cuando llega la independencia ya no hay problema ni siquiera de dar cuenta fuera del país y, por supuesto, cuando llega el Estado populista frente al oligárquico, introduce a los sectores populares como bases políticas. Entonces, de alguna forma lo que estaba fuera de la sociedad entra pero no del todo, se queda en el umbral. Y se le dice que participa en algo, de las migajas, pero se le desvía de los grandes problemas de la economía, del Estado y de la sociedad. Al mismo tiempo que se le desvía, están contentos porque eso significaría una lucha fuerte y el pueblo no está dispuesto a eso, por lo menos no todavía en Venezuela. Eso no se ha visto totalmente en su historia, pelear por los grandes problemas de la economía, de la sociedad, de la historia. El pueblo da todo su poder a cambio de muy poca cosa. Entonces el pueblo siempre está endeudado con el Estado, es decir, dependiente. Eso es muy sabroso, no se tienen responsabilidades ni se plantean grandes problemas, pero a la larga eso siempre te deja en la estacada, en la pobreza. Porque los grandes problemas de

la economía y de la sociedad significan un proyecto de sociedad y, por lo tanto, un trabajo duro y fuerte de la sociedad.

La sociedad venezolana excluye porque no asume la participación real como contraparte de la exclusión. Aquí la contraparte es el privilegio, y por eso, de acuerdo con Hurtado, la sociedad venezolana es excluyente, salvo para los pocos que tienen la suerte de ser estar del lado de los privilegios.

El indigente ha cedido todo su poder y de él no queda sino la esperanza de que el Estado, o casi siempre el presidente, en la imagen mítica del príncipe caritativo y poderoso, un día se acerque y lo ayude con algunas buenas migajas. Mientras tanto, en la libertad de la calle se puede esperar la suerte del utópico y esquivo privilegio.

* * *

A horas del medio día, Miguel Castillo se sienta bajo una sombrita, junto al Paseo Las Mercedes, y se dedica a pedir a los transeúntes, con serenidad, sin inquietud ni melodramas, casi satisfecho, quizá feliz, aunque indigente.

- ¿Cómo han sido estos años de vida en la calle?

- Bueno, bien, vale, gracias a Dios –respondió Miguel Castillo, sentado en el suelo-. Yo soy un tipo sano, no consumo aguardiente, yo soy zanahoria. No soy enfermo, yo soy un tipo normal, sólo que no tengo una casa donde vivir, pero eso es lo de menos. Yo llevo bien mi rutina. Siempre me controlo.

- ¿Y no recoge latas para vender?

- No, no, no, ¿recoger latas? No, no. Yo toda la vida he sido así, pana. Yo toda la vida he sido un pedilón –puntualizó con gran elocuencia.

- ¿Y usted se siente excluido de la sociedad?

- No, no –negó mirando a la gente pasar por el centro comercial.

- ¿Y vota?

- A la hora de votar, voto...

- Pero ¿tiene cédula?

- Nooo, no tengo cédula... pero si es de sacarla, la saco, eso es lo de menos... Yo nunca he usado es vaina. Nunca he tenido cédula, nunca.

- ¿Y no ha estado nunca Misión Negra Hipólita?

- No, ¡qué va!, a mí no me gusta estar metido en una vaina de esas. Gracias a Dios a mí nunca me han llevado a una vaina de esas. A mí no me gusta estar donde hay gente con drogas y eso... ¡No hay como estar en la calle, viejo! –exclamó.

- ¿Y no se lo han ofrecido?

- No, no, gracias a Dios, desde que salió al aire esa vaina, hasta los momentos no... ¡No hay como estar en la calle! –insistió.

- ¿Porque se siente libre de hacer lo que quiere?

- Ja ja ja... ¡claro! Así es... Yo aquí me siento bien gracias a Dios.

Capítulo IV

Psicología de la errancia

Marginalidad y abandono

Dentro de la psique social venezolana hay una serie de mapas que construyen la visión que tienen los venezolanos del mundo y de sí mismos. En ese sentido, la marginalidad y el abandono son elementos muy importantes para entender los motivos psicológicos que sustentan fenómenos sociales –irreductibles a lo social- como la pobreza y, en especial la indigencia, que son expresiones flagrantes del abandono que marca a buena parte de la población venezolana.

El psicólogo Manuel Barroso en su clásico estudio *Autoestima del venezolano*, dice sin mayores eufemismos que Venezuela toda es un país *marginal* que carece de estructuras, cuyos habitantes no tienen conciencia de sí mismos. “El venezolano promedio es marginal y padece un desarraigo crónico. Destriangulado, ha quedado expuesto a la sobreprotección y a la violencia de cuantos le rodean”. Los venezolanos, según el autor, vivimos al margen de nuestra propia identidad y por eso no podemos ser otra cosa que *marginales*.

El trabajo de Barroso está inspirado en los mapas psicológicos de los venezolanos y las paradojas irresueltas de sus visiones. En ese sentido, estudia los mapas de hombre, mujer, madre, responsabilidad-obligación, desvalorización, machismo, familia-autoridad, cariño-distancia y dinero, así como también explica la manera en que estos mapas se reflejan en los comportamientos del venezolano.

La marginalidad, desde este punto de vista, no es una condición psicológica exclusiva de las mentes de quienes son pobres materialmente, sino que “está en todas las clases sociales y en todas las posiciones de jerarquía y en el manejo de la administración pública y privada, en la casa y en la calle”, y luego precisa que “el venezolano, aunque tenga dinero y títulos académicos, es un marginal, un ausente de sí mismo, un destriangulado con mapas de abandono, irresponsabilidad y mala administración” (pág. 6).

Para Barroso, la marginalidad es parte de la esencia del venezolano, que se manifiesta en el propio ser, pensar y existir, bajo las formas de una filosofía de vida ajena a sí, en la improvisación, el desarraigo y ese gusto perverso por abandonar y ser abandonados, dentro de una serie de contradicciones que configuran la psique criolla.

“La marginalidad –afirma el autor- es nuestra paradoja esencial. Somos ricos para ser pobres, tenemos todo para no tener nada” (pág. 6).

Por su parte, el abandono, muy ligado a la marginalidad, nace en el seno de la familia venezolana, desde el momento en que el hombre-padre abandona a la mujer-madre que, en cambio, permanece y sacrifica su condición de mujer para proteger a sus hijos, ser madre y ser padre, sin pedir nada a cambio, con resistencia y resignación (pág. 80). Barroso sostiene que lo que sigue es la búsqueda del padre ausente –y de su sustento-, y señala a la calle como una de las vías para conseguir esa paternidad perdida. Así, el abandono conlleva resentimiento y abona el terreno para que la marginalidad se perpetúe.

“La calle es de nadie, a nadie duele. Los niños que trabajan vendiendo baratijas, libretas, peluches, plástico. Los huele pega, los delincuentes, los adolescentes que limpian zapatos, vende periódicos, frutas, flores, chucherías, limpian carros en supermercados”, argumenta el autor, “son muchachos con mapas de adulto, buscando el sustento que un adulto debería estar trayendo. La decisión depende del mapa, no de la necesidad” (pág. 181). El abandono, en sentido psicológico, está en un nivel más profundo que el de las necesidades materiales.

La indigencia es la representación, quizá, más radical del abandono en Venezuela. Los indigentes son los más abandonados, hijos de nadie, padres de nadie, hermanos de nadie. Son expresión de un abandono vigente y, sin duda, de un abandono pasado, que al final son el mismo abandono continuo. En todos los casos recogidos en esta investigación periodística, provienen de familias donde la madre ha sido abandonada por el padre, sin contar el de Olga Durán –que se verá en este capítulo-, abandonada por el padre y la madre y entregada a una madre adoptiva que también la abandona.

En general, los venezolanos somos unos abandonados, y las personas que viven en la calle son la manifestación más profunda de ese abandono y esa marginalidad que genera hombres y mujeres desarraigados, deambulantes, sin nadie y en medio de todos.

Despatologizando la circunstancia

Hay una tendencia importante a tratar de entender la indigencia en términos de psicosis, drogadicción y alcoholismo. De acuerdo con la experiencia recogida, urge decir que esa matriz es, cuando menos, vaga y reduccionista, porque, como dice Mosiés Soto, “reducirlo a eso es pensar que la indigencia en vez de un subproducto es una

patología, y a mí me parece que no es producto de una patología ni una patología en sí misma, sino un estado. En tanto estado es algo que puede ser reversible, porque entonces no tendría sentido conversar acerca de políticas públicas para minimizar el fenómeno o reducir su impacto, sino hacer terapias o medicación”.

- ¿Y no es posible que las condiciones de vida en la calle trastornen al individuo?

- Yo utilizo en mi trabajo una categoría de análisis que se llama *disposición ultrasuspica*. Eso de alguna otra forma podría ser llamado *paranoia*, pero si lo llamamos así lo patologizamos. Y sí se parece, tiene algo que ver, pero la disposición ultrasuspica es adaptativa, a diferencia de la patología –distinguió Soto-. La inteligencia es muchas veces definida como la capacidad de adaptarse a las condiciones del medio en que te desenvuelves, por lo que mientras mejor te adaptas, más inteligente eres. De modo que esta *disposición ultrasuspica* podría ser indicio más de una inteligencia contextual que de una patología.

Aunque Soto apuntó que la vida en la calle es, ciertamente “muy dura”, no cree que exista una disposición especial para el desarrollo de enfermedades mentales en la calle, salvo situaciones de estrés que, psicológicamente, pueden ser similares a las de la vida normal de cualquier persona con techo. Asimismo, indicó que en caso de que la persona que viva en la calle esté enferma mental, sería difícil precisar si la enfermedad es previa a su situación de calle, o si es producto de ésta.

- El discurso común es, por lo general, muy patologizante y trata al indigente como al *loquito* que lleva latas en una bolsa y como una persona malvada que viene a hacernos daño –inquirió-. Efectivamente, algunos indigentes son alcohólicos y drogadictos, pero no todos. No puede establecerse una relación causal entre esas cosas y la indigencia. La indigencia no es una consecuencia mecánica. Si hay personas que viven en la calle que no consumen alcohol, no consumen droga y no son enfermos mentales, pues esa idea se cae. Puede haber una correlación, pero a mi modo de ver no hay ningún tipo de relación causal –aseveró el psicólogo.

- ¿Y no se podría hablar de patología social?

- Hablar de patología social nos lleva a la misma idea de enfermedad. Y a mi modo de entender esto no es una enfermedad. El concepto de enfermedad social serviría para diluir las responsabilidades individuales y colectivas del fenómeno. Si asumo que es una enfermedad me libro yo-Estado, yo-individuo, yo-indigente de la responsabilidad que pueda tener con respecto al estado de indigencia, y a la producción de posibles

soluciones para abordar el problema. Porque yo creo que existe la posibilidad de solucionar o mitigar el problema, al menos mitigarlo, y resolver el problema tanto de las personas que están en indigencia, como proteger a las personas para que no lleguen a ese estado, que es una circunstancia de vida que potencialmente podría ser temporal.

Las máscaras del miedo

La Organización Mundial de la Salud, en su *Clasificación Internacional de Enfermedades* (1992) establece seis criterios diagnósticos de la dependencia del consumo de sustancias psicotrópicas, de los cuales es necesaria la existencia sólo de tres para establecer el diagnóstico de fármacodependencia:

- 1) Deseo intenso o compulsivo de consumir la sustancia.
- 2) Dificultades para controlar el consumo de la sustancia, sea con respecto a su inicio, a su finalización o a su magnitud.
- 3) Estado fisiológico de abstinencia al detener o reducir el consumo de la sustancia
- 4) Presencia de tolerancia, que hace que sean necesarias mayores dosis de la sustancia psicoactiva para lograr los efectos producidos originalmente por dosis menores.
- 5) Abandono progresivo de otras fuentes de placer y de diversión a causa del consumo de la sustancia psicoactiva y aumento del tiempo necesario para obtener o tomar la sustancia, o para recuperarse de sus efectos.
- 6) Persistencia en el consumo de la sustancia, pese a la existencia de pruebas evidentes de sus consecuencias manifiestamente perjudiciales, como los daños hepáticos causados por el consumo excesivo de alcohol, los estados de ánimo depresivos consecutivos al gran consumo de una sustancia o el deterioro de la función cognitiva relacionado con el consumo de una sustancia.

La fármacodependencia es, desde luego, una enfermedad que implica un trastorno y, de acuerdo con los psicólogos Eduardo Kalina y Santiago Kovadloff, manifestaciones psicóticas y delirantes. Sin embargo, estos autores señalan que las causas de la adicción no son estrictamente individuales.

Desde un punto de vista evidentemente materialista-histórico, los autores del libro *La droga: máscara del miedo* (1989), conciben la adicción como el resultado de relaciones histórico-sociales de dominación y opresión psicosocial, por lo cual

denuncian que la curación del adicto no puede ser resuelta, sino desde las propias estructuras del sistema social que fomentan las adicciones.

El drogadicto no se opone al mundo sino que lo refleja con fidelidad. “Su vida atestigua descarnadamente qué son las relaciones de dependencia y explotación en su doble vertiente personal y colectiva. El adicto ejemplifica, en suma, la conducta enajenante con una crudeza sólo comparable al espectáculo del hambre y la miseria. Pero a diferencia del miserable y el hambriento, el toxicómano celebra su alienación. Donde nosotros decimos auto destrucción, él dice *paraíso*. A lo que nosotros llamamos dependencia, él lo llama *liberación*” (pág.15).

En algunos caso de indigencia –nunca en todos-, se desvanecen las fronteras entre drogadicción, hambre y miseria. Todo es una sola cosa, revuelta y confusa, en la que se mezclan la queja y la celebración de lo que estos autores llaman “alienación”. Asimismo, plantean que tanto el drogadicto como el mundo que lo rodea, llegan a creer, falazmente, que su consumo responde a una libre elección. Por el contrario, es el producto de la explotación y la marginación de un hombre que, como el loco, revela lo que nadie quiere ver y, en concreto, la fragilidad del equilibrio psicosocial. La presencia del drogadicto que también es mísero es sumamente incómoda, y nadie quiere notarla.

Desde el psicoanálisis y su base marxista, Kalina y Kovadloff postulan que la drogodependencia es consecuente con el sistema capitalista que concibe las transformaciones desde un punto de vista ahistórico. El adicto privilegia la idea de que sólo es posible transformar la percepción de la realidad, y no la realidad en sí misma y, en ese sentido, se hace cómplice del *status quo*. Lo que lo rodea es contingente, sólo importa su droga.

El trabajo citado pretende explicar los fundamentos sociales y económicos – estructurales- de la drogadicción, es decir, forma individual de distorsionar la realidad socioeconómica y escapar de sus tensiones; como una forma de liberación no histórica, sino mágica, química y artificial. El adicto se “redime” de la desintegración por medio del delirio, se “salva” por medio de la ilusión de libertad. No supera su crisis, pero sí la elude. “El adicto expresa el deseo imperioso de desprenderse de su Yo actual, es decir, de una identidad que no estima, de un sentido que, reconocido como propio, lo hiere y lo angustia” (pág. 209).

El toxicómano no elige ser adicto porque no reflexiona sobre eso. Es, en términos freudiano, un *impulso* producto de la adversidad del medio en que se mueve y, por consiguiente, de la presión que ejercen el *Superyó* y el *Ello* sobre el *Yo*, dejándolo

sin capacidad de decisión. “En la medida que la droga aparenta devolver al *Yo* la autoestima perdida, ella se convierte en la experiencia más gratificante que ha encontrado el sujeto y, por eso el mundo que hasta allí fuera fundamentalmente adverso es desplazado por la droga que se convierte, a su vez, en el universo deseado por el bienestar incomparable que reporta” (pág. 216). El principal problema está en que esa forma ilusoria de *liberación* se traduce en otra dependencia, cuya dimensión social está atrofiada.

La vida en la calle, como es sabido, comporta condiciones de gran adversidad y hostilidad. Y, en efecto, algunos de los que la viven utilizan sus drogas -generalmente baratas y de fácil acceso, como la *pieдра*, el *bazuco*- para intentar redimirse en esa soledad tóxica que lo aísla de las tensiones, del hambre, de la zozobra. En ocasiones, la fármacodependencia es la que cataliza la llegada del individuo a la calle pero, siguiendo a Kalina y Kovadloff, la drogadicción no se genera espontáneamente sino que hunde sus raíces en una condición previa de desintegración individual y social, y, usualmente, en el manejo inadecuado por parte de la familia y el resto de la sociedad, incluyendo al Estado, que no sólo lo culpa, sino que lo margina, le da la espalda y, por supuesto, no se ocupa de las condiciones estructurales.

La mayor dificultad del indigente drogadicto es que, como su dimensión social está atrofiada, no puede comunicarse con el resto de la sociedad, como puede hacerlo – no sin dificultades- el indigente no drogadicto. El indigente fármacodependiente tiene, según Goffman, un doble estigma: es pordiosero y drogadicto, es sucio y peligroso, maloliente y loco, todo porque quiere.

* * *

Con la emoción de lo prohibido, la muchachita aspiraba el cigarrillo que apenas había encendido. En un primer momento le dieron ganas de toser porque tragó un poco de humo, pero rápidamente entendió que todo consistía en aspirar, retener en los pulmones y botar. Así fue soltando las bocanadas de humo, una tras otra. Se divertía, se sentía mujer, grande. Disfrutaba el humo con una suave sensación de libertad y un ligero nerviosismo que le circulaba en el estómago. El cigarrillo venía en una de las cajas pequeñas de tres unidades que regalaban las tabacaleras como muestra gratuita.

- Yo no fumo pero si de repente vienen por ahí a visitarme y les provoca un cigarro, uno lo tiene guardado... ¡Deje esos cigarros ahí! –le advertía la madre a la joven Catalina.

Aspiró una última bocanada amarga y ya se había desvanecido la extrema sensación de libertad. Sólo había que deshacerse de la prueba. Estrelló el filtro contra la superficie y ya no había tonos naranja. Todo era del color muerto de la ceniza. No había terminado de deshacerse de las evidencias cuando sintió el sonido metálico de la puerta que se abría. La tensión se hizo temor y Catalina corrió a la parte más lejana de la entrada principal. Fue al baño, apretó el tubo y succionó una buena porción de crema dental. De cabeza en el lavamanos tomaba y botaba agua, la hacía circular por la boca, inflando y desinflando las mejillas, inclinando la cabeza a uno y otro lado.

- Que no se dé de cuenta que falta un cigarro porque me van a caer a palo –era el único pensamiento que pasaba por la cabeza la pequeña transgresora.

El olor del humo se atenuó y el mentol hizo lo suyo con el sabor.

- Nunca se dio de cuenta. Nunca –aseguró Catalina casi cuarenta años después, sentada sobre un cartón dispuesto en el suelo de una de las escalinatas de la plaza Miranda.

- ¿Y nunca agarró otro?

- Desde que me fumé el primero hasta esta fecha que estoy hablando, si me he fumado dos cajas es mucho –afirmó orgullosamente-. Después a un conocido mío le dije “chico, regálame un cigarro”, entonces me lo regaló. Pero para que me lo fume aquí, ahora, tiene que ser que de momento me manden a agarrar algo hediondo, una rata muy descompuesta, y acabe yo de comer, o una hediondez cualquiera, y que yo sienta que el estómago se me revuelva. Entonces me lo fumo para que pase el humo. Ya después de ahí ya está. Pero no es un vicio, para nada. Yo puedo vender cigarro (tranquilamente).

Después de su susto, a Catalina de Miranda nunca más le interesó el cigarro. En cuanto al alcohol, tiene otras cosas qué contar.

- Bueno, yo no tomo licor... El licor es sabroso, por cierto, yo sé porque lo he probado. La cerveza de muchacha nunca me gustó. Y después la tomé una vez en un cumpleaños de una conocida mía. Ya estaba grande... y la muchacha estaba con su mamá y sus hermanos, un bochinche pues. Me dio un vaso y me dijo, “no chica por un vaso no te va a pasar nada”. Me dio otro y otro, y me tomé como doce vasos –relató riéndose-. Y después que yo me acosté, se presentó una discusión de dos hombres

borrachos peleando a machete, como en las películas que están los hombres de cuchillo a cuchillo. Y parece ser que yo me impresioné y me dio un desmayo. Me llevaron al médico, al puesto de socorro. Me hicieron varios exámenes, me dieron pastillas. Hasta que con ese poco de pastillas no podía estar tomando más licor. Después tomaba pero por tiempo, hasta lo último que realmente no... Por ejemplo si tú estás tomando aquí y te tengo confianza, lo más que te pudo decir es “échame un poquito en un vaso” y hago así – apenas contactando el dedo índice, portador de una gota imaginaria, con la lengua- y ya está, ya me hago de cuenta que ya tomé... Uno se controla. Si no fuera así tal vez yo ya ni existiera.

- ¿Y drogas? ¿Nunca...?

- Con respecto a las drogas. Hoy en día yo no sé por qué las personas, adultos y menores de edad, de cualquier educación que vengan, pueden andar bien vestidos, o mal vestidos, y han agarrado el camino de la droga y no lo dejan no sé por qué. Claro, yo sé que cuando se agarra un vicio... El vicio mío es el café, desde pequeña. Y la comida cuando hay, eso es verdad –dijo no sin un dejo de humor y sarcasmo macabros-. Pero la droga, no sé por qué... Los gobiernos hoy en día, manden bien o manden mal, han botado exagerado dinero en propaganda para que las personas dejen la droga. Lo último que han hecho es con el cigarro. Entonces hay personas que dicen que la gente agarra el camino de la droga porque no tienen una orientación familiar. A mi me parece que no, no sé. Yo recuerdo que a uno con decirle “No le reciba nada a nadie, ¿por qué? porque eso es malo” y “deje la pedidora de real”, o “es malo y confórmese con esa palabra” era suficiente. Claro, hay distintos tipos de padres. Pero muchas cosas le ocultaban a uno. A las mujeres no nos explicaban cómo era el desarrollo. Yo pasé mi infancia bien y si otro me decía, uno se callaba la boca.

- ¿Su mamá era muy estricta?

- Sí. Mi mamá fue tremenda, pero a pesar de todo me enseñó cosas lindas. Era volada de carácter, porque agarraba hasta piedras pa' zumbarme –contó con una carcajada explosiva- Pero por las buenas era buena. A pesar de todo ella procuró que aprendiera cosas buenas porque mi mamá decía que si alguien agarraba el camino malo era porque la persona quería. Porque no hacía falta que hubiera un pantalón en la casa. Mi mamá fue mi mamá y mi papá, las dos cosas. Tuve mi papá, cómo no, yo lo conocí, pero realmente quien me llevó a grande fue mi mamá. Él siempre vivió aparte. Yo estuve con mi mamá, para bien o para mal, hasta el final, hasta el día que ella murió.

- ¿Hace cuánto tiempo?

- Debe tener veinte o veintidós años que murió. Yo estuve con ella hasta el final. Bueno, yo para ese tiempo, no estaba trabajando, no estaba haciendo nada, y con ella enferma menos. Así que estuve con ella hasta el día que ella murió. De repente le dio una colitis aguda. Una colitis, pero que la gente se tranca. Y otras complicaciones más que el médico no me supo decir porque a ella la operaron de la vesícula. Aunque antes de operada, él me decía que no se salvaba y yo le decía “pero doctor, si mi mamá se salvó cuando le dio el tifo que la ciencia medica no estaba adelantada, se salvó de pasmo que le dio tostado café. Imagínese, que la ciencia no estaba tan adelantada...” Y sin embargo ella aguantó la operación. Murió a los catorce días de operada en el hospital de Lídice, Jesús Yerena. Dios quizás la complació porque ella decía que el día que le mandara la muerte, que no fuera en una cama crucificada, porque ella veía que la gente así, inútil, pasa mucho trabajo. Y en una cama la gente no va a tener la misma paciencia pa’ atender a una persona, ni la camarera, ni el familiar que tiene que quererlo mucho. Quizás le salió así por eso. Una noche se puso mal y al siguiente día ya. Para mí fue bastante duro, porque una persona con la que uno pasa toda una vida, luchando con aquella persona, bien o mal, imagínese... Ya yo sabía cuál es la pata que cojeaba, yo sabía lo bueno y lo malo de ella, y ella de mí. Nos acompañamos mutuamente hasta lo último pues...

Con todo, la relación de Catalina con su madre no es la misma que la que Juan Gómez o Miguel Castillo tenían con sus respectivas madres. Esta es una relación matizada y, en cierto sentido, un poco más horizontal. Muy estrecha también pero con una capacidad crítica y una fortaleza que están ausentes en los otros dos casos de indigentes varones. Pero para no dejar el otro tema en el aire, Catalina retomó perfectamente la secuencia de su discurso.

- Y con respecto a lo que te estaba diciendo, antes que se me olvide, con el asunto de la droga, ella me decía que el día que yo fuera a agarrar ese camino, que me desapareciera y me fuera para un sitio donde más nunca supiera de mí. Yo vine sabiendo de la droga por la radio, yo pensaba que era una cosa pasajera, hasta que un día se me ocurrió preguntarle qué era eso. Uno lo escuchaba por los muchachos pero no sabía realmente qué era eso. Ella me dijo “ya estás grande y no creo que tú no sepas”. Yo lo conocía por la radio, “los conocidos que yo tengo al menos al frente de mí no hablan de eso”, y ella me decía “pero qué sabes tú si fuman droga”, “bueno, delante de mí no la fuman”. Entonces yo me pongo a pensar que si no la agarré cuando estaba muchacha, ahora ya grande menos. Pero sí hay demasiado.

- Su vicio es el café entonces...

- Sí, desde pequeña –contestó con la risa a flor de boca-. Cuando duro un día o dos que lo dejo, ya me estoy desesperando. Primero tomaba guayoyo. A lo último me acostumbré al café. Incluso hoy en día hay un café que se llama Decaf. Antes no era tan abundante y había que comprarlo en farmacia. Muy sabroso es, con la diferencia que no contiene cafeína. Es instantáneo. Pones un poquito de agua a calentar y le echas dos cucharaditas pequeñas.

- ¿Y cuándo era niña se lo hacía usted misma?

- No. Me lo preparaba mi mamá. A ella le habían prohibido el café, pero después pa' no perder la costumbre... aguarapao.

- ¿Y usted se lo tomaba también aguarapao... siempre con azúcar?

- ¡Ah claro! Café sin azúcar... Algunas veces con leche, pero casi siempre negrito.

* * *

Manuel Patiño es caraqueño de nacimiento pero se crió en Barquisimeto, donde siempre contó con el apoyo de su mamá y sus hermanos. Allí empezó a acumular experiencia laboral y a trabajar la artesanía. Siendo casi adolescente todavía, regresó a Caracas donde pasó dieciocho años trabajando como mesonero en varios restaurantes reconocidos del este de la ciudad, como Lee Hamilton y La Castañuela. En la capital siempre vivió en habitaciones, acumuló experiencia laboral y tuvo un hijo, pero decidió regresar a la ciudad de los crepúsculos. Allí se casó con una sanareña, con quien tuvo cuatro hijos, tres “hembritas” y un varón. Siguió trabajando como mesonero en el Club Ítalo y en El Cuatro. Después se desempeñó como taxista en las líneas que transportan pasajeros de Barquisimeto a Cabudare y viceversa. Luego trabajó con más formalidad la artesanía y el comercio de mercancía en diferentes ciudades del país. Todo parecía ir bien, pero de pronto todo se le vino abajo a Manuel. La mujer decidió separarse de él y no pudo afrontarlo. Para no causar otra molestia a su madre y, sobre todo para no ver a su mujer con otro, decidió huir, y regresar a Caracas, prófugo de sí mismo. Lo que había en el fondo del era una tensión prolongada que repentinamente estalló: Manuel siempre estuvo consumiendo drogas.

- En la calle vi muchas cosas. Yo trabajo la artesanía y me la pasaba trabajando, entonces me daba como flojera, y debido a la cuestión de la droga uno piensa “voy a

dejarlo pa' más tarde", "¿pa' que me voy a bañar?", "voy a restringirme estos 20 mil, pa yo pagar la habitación" y resulta que no pagas la habitación sino que te compras una bolsa... Si tienes la ropa sucia, llega el momento en que no te importa, te vas desperolando, desperolando, desperolando, hasta que no te tomas en cuenta y sientes miedo por las personas sociales, sientes que te van agredir. Es un miedo defensivo y evitas a los demás (...). Yo tengo veintidós años consumiendo cocaína, y no de poquito, sino bastante, y siempre había sido una persona social. Que sé que tengo que trabajar pa' pagarme lo mío, que tengo que pagar una residencia, que tengo que bañarme y andar bien vestido. Pero últimamente parece que eso (la coca) me tostó un poquito y entonces me descuidé un poco.

- ¿Pero el divorcio fue a raíz del consumo de droga?

- También influyó un poco. Y yo viajaba y mi esposa quedaba sola en a casa, y también por el consumo... Yo trabajaba en ventas fuera. Yo iba pa' Margarita, Puerto La Cruz, Maracaibo. Duraba quince o veinte días, me pagaba mi hotel diario, me pagaba mi comida. Yo era un tipo totalmente productivo y resulta que me sucedió esto. Entonces me voy a casa de mi madre y yo le dije "tengo que irme para Caracas"... Antes de venirme ella me dijo "Manuel, perdóname por lo que te hice" y yo lo tomé a mucho orgullo y decidí huir.

- ¿Y te viniste buscando a quién?

- Nada, buscando otra vida... Escaparme del guayabo. No iba a resistir ver a mi esposa con otro y otro y otro. Porque recuerda que ellas se separan de uno, y quieren tener un noviecito y otro noviecito, y otro. No confían en nadie y quieren disfrutar, lo común y corriente...

- Entonces te viniste para acá sin nada seguro aquí.

- Sin nada seguro pero como yo trabajaba en varias cosas. Si no encontraba me ponía a vender cualquier cosita... Y así hice, yo llegué a vender. Yo hago este tipo de pulseritas... -indicó señalándose una que tenía en la muñeca- Primero empecé a vender en La Hoyada, después me vine a Plaza Venezuela, Sabana Grande, Chacaíto. Me iba defendiendo. Vivía en una pensión en El Silencio donde pagaba 20 mil bolos diarios -20 bolívares fuertes-. De pronto empecé a descuidarme, empecé a comprar y pedía más, más, más, más. De repente hacía 150 -bolívares fuertes- en la venta de artesanía y me decía "voy a comprarme una bolsita pa' desestresá" y entonces no me desestresaba sino que me la mandaba de un solo golpe y entonces se me olvidaban las cosas, botaba la mercancía.

Llegó el momento en que no Manuel no siguió pagando la habitación. Gastaba su dinero en conseguir droga y, paralelamente, no producía más dinero porque se le extraviaba la mercancía. Rápidamente se cerró el círculo vicioso la situación no se sostuvo más. Manuel Patiño comenzó a deambular.

- Cuando llegué acá (a Caracas), yo me pagaba mi comida, iba a un sitio donde vendían comida más económica y me comía mi menú ejecutivo. Me comía una sopita, seco, cafecito y juguito por 10 mil bolívares y, como yo vendía mis prendas, yo me lo pagaba. Ya después comencé a conocer... Yo no soy tipo de andar con muchos amigos, siempre ando solo, y empecé a ver la mantequilla de que daban comida en las casas (de alimentación), y me agarraba esa plata... Pero lo barato sale caro. Una gente me decía “¡que va! ¿te vas a comprar un menú? si allá tú llegas y te regalan una bolsa de pollo y en tal parte hay gente que deja los platos completos en los restaurantes” Ah no, eso me pareció una mantequilla...

Así empezó Manuel a rebuscarse con la comida y, seguidamente, a pedir y recolectar. Entraba al Mc Donald's de la Plaza Brión, bien vestido, y se valía de ciertas estrategias para pedir y conseguir lo que quería: “algunas papitas, la mitad de una hamburguesa, la mitad de un helado” o, en el mejor de los casos, que alguien le diera dinero para comprarse comida.

- Yo les decía que tenía hambre y no encontraba trabajo. Tú sabes que uno va a la astucia. Y me decían “pero yo lo veo a usted bien, ¿en qué puede trabajar usted?” “yo trabajo en lo que me pongan”, entonces si me hablaban de trabajo yo le decía a la gente “bueno, déme la dirección” y yo no iba. Ya me había vuelto irresponsable, la mente me estaba cambiando, digo yo que por las drogas, que quema neuronas. Porque cuando yo empecé a consumir no me daba así –recordó con añoranza-, me gustaba trabajar, tenía más horas para estar despierto, me metía en discotecas, me echaba palos y no me rascaba, me metía en tremendos conciertos de rock, gozaba la vida, pero el organismo... Al principio era de a poquito y ya después me metía una línea completa. Ya no sentía que me bajaba, sino que me quedaba trancao, y yo me decía “¿qué es esto?”, y se me paraban los pelos y la camisa se me abombaba... Yo cargaba un paltó y se me abombaba, como si fueran pinchos... ¡Claro!, la sangre circulando a trescientos kilómetros por hora, y tuve suerte de que no me dio un infarto...

- Entonces te tocó pedir...

- Limosna no, pero comida sí, siempre encontraba tácticas, pero pedir así “déme algo” no. Yo llego a La Hoyada y digo que me den diez collares, los vendo y compro,

compro y compro, y al ratico tengo un coñazo de mercancía, pero así de pedir no, siempre me ha dado pena. De por sí, te voy a decir que voy a los remates de caballo, uno agarra el caballo, lo recoge y lo paga, si el caballo paga 5.3, 5.4 entonces tú lo pagas a 5. Si el caballo sale en 200mil bolívares te quedan tres puntos por cada punto, o sea como 80 mil bolívares, entonces tú lo agarras para ti y te vas, pero hay que tener la información. Son muchas cosas que tú aprendes. Vivir en la calle... Tú aprendes de todo, muchas cosas buenas y conoces muchas cosas malas, pero aplicas las que más te producen. A mí me decían “vamos a llegarle a ese tipo ahí”, yo les decía “¿que te pasa chico?, yo ando con clase y con cancha, yo me abro...” Nunca en mi vida he robado. Tú me pones una paca de billetes ahí con 10 millones y eso no existe para mí –afirmó con un gesto definitivo de las manos-. Eso es de principio y de moral, de familia. A mí me han mandado los rematadores de caballo a los telecajeros “vaya y saque tanto” y se los devuelvo completo con el tiquecito... Para mí el dinero no... yo me preocupo más en lo personal, en lo sensible

Por tercera vez, Manuel Patiño es usuario del Programa Techo de la Alcaldía de Chacao. Ha desertado dos veces porque cuando llega el momento de ser trasladado a un centro de atención, huye, convencido de que ya está recuperado, falacia que descubre cuando se ve con dinero en la mano. Se define como un “tipo productivo” que sucumbió ante las drogas y lo perdió todo. Sin embargo, está seguro de que la actitud de su familia ha podido ser mejor.

- Hay cosas que suceden, pero uno también sabe que son muy malos con uno también, la cuestión es de parte y parte. Yo tengo el problema pero si tú me agravas el problema se me crean más problemas. Si fuera que me sucediera nada más a mí... pero esto le sucede a... hasta la hija de Renny Ottolina pasó por eso... Siempre en la familia va a existir eso, que si un matón, que si un loco... y por eso es que se llama familia, en cualquier momento así tiene que afrontarlo. Mis hermanos también son así como.... Mi hermana no, ella sí es más preparada. Pero yo tengo un hermanito que sacó sexto grado a juro, y lo de él es camión, echar pico y pala... es bruto, bruto, pero mi mamá dice que él sacó el carácter de ella... A él no le gusta eso. Mi hermana sí, es maestra y dice “recuerda que Manuel está enfermo, eso es una enfermedad”, ya es otra mentalidad, puede entender cosas, pero el otro no sabe nada. Los demás están pequeños, uno tiene dieciocho y mi hermana está en la universidad, en la UCLA. Ella sí, pero como no somos de padre y madre no somos tan unidos... no hay un vínculo así.

Su padre dejó la casa cuando Manuel era un niño. Se fue a vivir a Santa Ana de Trujillo hasta que murió en el año 2006. Pero antes de morir, en el 2001, Manuel fue a pedirle una ayuda monetaria. El padre se la negó, Manuel nunca lo perdonó y más nunca se volvieron a ver.

- Me ha podido dejar de prestar la plata, pero, “oye, voy a ver cómo está, voy a hablar con la mamá a ver si es verdad o mandarle estos realitos con otra gente”... Pero él no superó lo de mi consumo, y el día que estaba muriendo dice mi mamá que me mandó a buscar varias veces, pero yo también tuve orgullo y... Es una triste historia... En el entierro toda la familia mía me estaba esperando porque yo soy el mayor.

* * *

En la plaza Miranda, el personal de la tienda que vende aparatos eléctricos, equipos de sonido y cornetas -Electrosonido Aventura- no siente mucha simpatía por Juan Hernán Gómez. “Cuando pide dinero y uno no le da, se pone muy grosero, empieza a insultar. Se pone mal. Me imagino que debe ser el alcohol”, describió Diosemir Pino, quien tiene un año y medio en el local y asegura que siempre lo ve ebrio.

- Imagínate que hasta los mismo borrachitos, compañeros de él, dicen que es muy grosero y que siempre tiene dinero, nunca lo comparte y lo gasta todo en alcohol, ni siquiera para él mismo ni su enfermedad. Lo que él hace es tomar alcohol, lo veo aquí siempre. Y en la noche lo he visto por la avenida Lecuna.

Escuchando al joven, la dueña del local decidió intervenir para señalar que le molesta la descortesía del indigente.

-Es demasiado agresivo. Si pudiera pararse (de la silla de ruedas) nos mata –dijo sonreída- Pero es por lo que dice él, y además piensa que uno debe darle dinero... Pero es como todo, si tú vas por la calle, y alguien te pide una ayuda así, tú no se la vas a dar. Es la forma en que él lo pide –para luego elucubrar- Esas personas deben tener problemas de todo tipo, para llegar a esa situación y en silla de ruedas, habría que ver que hay detrás... Tampoco uno puede juzgar a esa persona, pero me imagino que debe ser una persona que no está realizada en la vida y por eso es una persona amargada.

Miladys Dávila tiene ocho años en la tienda Tuty y aseguró que Juan Gómez tiene poco tiempo en la plaza y, en efecto, es muy grosero. Señaló que en las mañanas se le ve más tranquilo, pero en las tardes ya está ebrio y pidiendo groseramente.

Confesó que siempre se le esconde. Eucaris Soliz, de la misma tienda, confirmó que siempre bebe, pero dijo que con ella no ha sido grosero.

- Ahorita se cayó y no se podía levantar de la silla, vinieron y lo levantaron, dijo Soliz.

La silla, llena de calle y orine, la comparte con sus pertenencias (una bolsa negra y un reloj sin correa que se sale) que, a la vez, le sirven de espaldar y le restan espacio. Por eso se cae. Las moscas revolotean y depositan sus huevos en la pierna anaranjada y dilatada de Juan Gómez.

- Esa silla me la dio mi Comandante. Eso es mío, eso es mío. Me la dio mi comandante Chávez hace años. De la Negra Hipólita yo me vine arrastrándome como si fuera un perritooo, como si me hubiera atropellado un carro, pero gracias a Dios que no.

- ¿Usted se escapó?

- Ellos me echaron pa' afuera pero no importa. ¿Tú no sabes por qué me corrieron? ¿verdad que no? –inquirió exhalando el alcohol que a veces le interrumpía la lógica del discurso- Ellos trasladan a la gente pa' donde les da la gana y no se me olvida nunca en mi mente, ¿sabes por qué? Porque ese es un testimonio muy grande para mí, y sigo sufriendo hasta la muerte. Yo no me arrepiento de esa mierda...

- ¿De qué no se arrepiente?

- Del aguardiente que me ataca. Yo antes no tomaba. Mi mamá no parió un varoncito bebiendo aguardiente. Ese maldito aguardiente ¡tengo que olvidarlo pa' toda mi vida! –profirió el señor Juan Hernán, elevando el tono de voz.

Juan Gómez tiene seis años bebiendo aguardiente y no tiene problemas de afirmar que lo que le da la gente lo gasta en caña loca y caña blanca.

- Nosotros que andamos en la calle tomamos aguardiente porque queremos. A mí me duelen mis compañeros que están en esa vaina. Hay veces que nosotros compramos hasta cuatro, cinco, seis botellas en La Península (licorería). Pero yo cuando pido, reúno pa' comprar mi curda pa' mi solito, pa' mi solito –dijo pronunciando las eses como sonidos africanos.

* * *

Para Tomás Palacios, jefe del departamento de Psicología Social de la Escuela de Psicología de la UCV, las causas psicológicas que motivan la indigencia son difíciles de precisar y, en todo caso, imposibles de generalizar.

- Las causas sociales son, quizá, las más fáciles de captar: el estado de la economía, el empleo, la existencia o eficacia de instituciones que puedan dar cobijo, instituciones asistenciales, y asistencia de otra institución no menos importante que es la familia, que es siempre una institución muy sensible frente a los cambios sociales. Las psicológicas son más difíciles de evidenciar porque tienen que ver con condiciones muy particulares y subjetivas, vinculadas con cada persona, que tiene una propia historia que le provee un grado amplio o escaso de recursos con qué lidiar con la realidad. En la medida en que esos recursos sean débiles, no les van a permitir solventar los avatares de la propia existencia. También tiene que ver con la estructura de la personalidad.

Para Moisés Soto, la indigencia a nivel fenomenológico es un subproducto de la sociedad, que involucra múltiples factores, vinculado especialmente al tejido social y al deterioro de la capacidad de las familias para ocuparse de ciertos problemas que pueden presentarse.

- Si es un chamo, un adulto conflictivo o vinculado a droga o alcoholismo, es muy fácil que la solución de la familia sea la exclusión del núcleo familiar. Y se extermina el problema de la forma más sencilla posible. Hay muchísimas vías de llegar a la calle. La vía del joven es muy distinta a la del adulto. El adulto llega a la calle por razones y motivos muy distintos a los que llega el joven que puede, incluso, haber nacido en la calle, o haber llegado a la calle por el tema de trabajar, sea cual sea el trabajo. En el caso del adulto tiene que ver más con conflicto familiar.

Desde el punto de vista psicosocial, Palacios señaló que la indigencia puede estar asociada a cambios profundos de las sociedades, momentos de transición, cambios políticos, demográficos y económicos que tienen un impacto psicosocial.

- Pudiera ser equivalente a la anomia, en el sentido de que es un estado humano en que la vida pierde sentido –advirtió Palacios-. Hay un desencuentro entre las aspiraciones individuales y lo que ofrece la realidad y por lo general, detrás de muchas de las historias de las personas indigentes hay una especie de historia del fracaso reiterado, y de insuficiencias y debilidades en cuanto a los recursos materiales y simbólicos-psíquicos, que hacen que el sujeto vea en la indigencia una salida y una posibilidad (...) Desde Freud se ha mostrado que hay una relación íntima entre la biografía y las cosas, y por otra parte, no necesariamente los seres humanos deseamos nuestro bien, sino que también podemos optar por lo que nos perjudica. Es una realidad subjetiva que se impone sobre la realidad externa.

Aunque Palacios también tiene como punto de partida que la indigencia es un estado y no una enfermedad, afirma que en la calle aumentan las posibilidades que tiene un sujeto de alterarse mentalmente, y que aunque el indigente tenga alteraciones mentales importantes, puede calzar con el estereotipo del loco porque, desde la psique social, siempre se ha asociado a la figura del loco con el extravagante, harapiento o maloliente.

En cuanto a la presencia de la fármacodependencia y alcoholismo en la situación de calle, Palacios sostiene que el consumo de sustancias psicotrópicas –frecuentemente “piedra”, prestigiosa por su bajo precio y mala calidad- o alcohol, sumado a las condiciones precarias de alimentación y atención médica, van directamente a producir daños que, en el corto plazo, se expresan a nivel orgánico y de sistema nervioso.

* * *

Su infancia fue tranquila en aquella casa grande de Altagracia, la de su abuela, la madre de su madre de crianza. Olga Durán no conoció a sus padres biológicos, pues fue entregada recién nacida a una familia clase media compuesta esencialmente por mujeres: la abuela, la madre y seis tías. Olga no olvida esos años en los que empezó a estudiar en la escuela primaria Dr. Francisco Mendoza, donde recibió clases de la menor de sus tías que era maestra. Aquellos fueron sus mejores tiempos. Era buena estudiante y recibía mucho cariño y protección. Su abuela era diabética y murió cuando la niña tenía ocho años. A partir de ahí, la casa se entregó, las familias se fueron distribuyendo y ella se fue con su madre, el esposo de su madre –que no era visto como padre- y sus cuatro hermanos de crianza, a un apartamento en la misma parroquia, cercano a la esquina Madariaga. Poco más tarde se mudaron un edificio pequeño ubicado en la calle Tovar de Los Frailes de Catia donde vivieron por más tiempo.

- Mi madre biológica no me pudo tener, no se sabe que fue lo que pasó. No me dieron detalle, no se sabe si fue por recursos o por qué... Tú sabes que los tiempos de antes eran los de los niños de canasta que ponían en la puerta. De la familia somos dos hijos adoptivos y nos criaron como hermanos y nunca tuvimos problemas con los hijos de ellos, ni los queremos tener tampoco. Ellos se casaron, hicieron su vida...

Olga tiene 47 años y está en el centro psicosocial de la Cota 905. Es una mujer blanca, de pelo corto y negro, voz dulce y quebradiza. Aunque en su momento tenía un gusto especial por la historia del arte, no siguió estudiando después de haber terminado

el segundo año de bachillerato. La madre empezó a enfermar y la niña Olga empezó a trabajar como auxiliar de docente en una escuela nacional a los 14 años, a través de su tía maestra, “graduada en el pedagógico”.

- Yo ayudaba a las maestras. Ellas me daban un programa de estudio y yo lo hacía en las aulas de clase con los alumnos. Me ganaba 50 bolívares diarios -0,05 de los fuertes-. Yo les daba clase a los alumnos, les daba cuentas, caligrafías, de todo lo que me decían en el programa. Y eso me lo supervisaba una directora que estaba contenta conmigo. Después dejé eso y me fui a estudiar mecanografía en una academia en la avenida Urdaneta, la Academia Cultura, y me fui superando en cosas de oficina, y trabajé en empresas de seguro como oficinista. El (empleo) de maestra era con un familiar mío que es maestro pedagógico en la escuela donde ella trabajaba. Pero mi primer trabajo afuera fue en el Banco de Venezuela, sucursal Altamira. Yo tengo una tía que vivía en Los Palos Grandes, así que yo me iba caminando.

Con la nueva mudanza, la vida de Olga, que apenas salía de la adolescencia, parecía tomar el rumbo, socialmente correcto, del trabajo y la formación profesional. Rápidamente se familiarizó con los conceptos y elementos bancarios, pero el auge no duró demasiado.

Con 17 años, la piel suave y el cabello largo, trabajó en el departamento de chequeras del banco, en medio de cómodas sillas y aire acondicionado. Rápidamente se hizo diestra en comprobar la validez de las firmas, abrir cuentas bancarias, redactar cartas, memos y, por supuesto, en entregar chequeras de cuentas corriente. Estaba poniendo en práctica sus conocimientos mecanográficos y estaba aprendiendo más cosas del sistema bancario y financiero. Estudió un curso de 72 horas de “Relaciones Humanas y Atención al Público”. Su sueldo era de 1200 bolívares mensuales y le exigían ir vestida con ropa formal. Pudo aguantar la situación por un año, pero en vista de que su situación laboral no mejoraba, y aunque seguía aprendiendo cosas, no podía seguir costearo la elegancia de sus telas y dejó el trabajo o, como ella lo llama su “escuela bancaria”. Seguidamente pasó a Latinoamericana de Seguros, en Riesgos y Siniestros del Departamento de Automóviles. Allí trabajó cotizando pólizas para vehículos, pero la empresa prescindió de sus servicios por razones presupuestarias. En ese tiempo, Olga todavía vivía con su tía, aunque llamaba y visitaba frecuentemente a su mamá en Los Frailes.

La primera crisis psiquiátrica de Olga fue a los 18 años, cuando acababa de ser despedida de la compañía de seguros. Fue hospitalizada y pocos lo supieron.

- Salí del seguro, estuve un tiempo sin trabajar, ahí tuve problemas con la enfermedad que me hacía deambular, que salgo y me voy, me voy, me voy, pierdo el conocimiento, no regreso, me desconecto totalmente y me tienen que ir a buscar (...) Yo iba a ver las tiendas, cualquier cosita, entonces me iba caminando, caminando, caminando y no regresaba, y perdía el conocimiento, no coordinaba bien las cosas. Si tenía algún disgusto con mamá o con mi tía, no coordinaba bien las cosas, cómo hacer, cómo decir, y entonces me iba.

Todo fue manejado con absoluta discreción, y se recuperó, e incluso volvió a trabajar, según aseguró la propia Olga Durán que, por cierto, parece manejar menos información sobre esa etapa. Cuando Olga habla de sus crisis, se refiere a “problemas depresivos” o “recaídas”. Sin embargo, fuentes calificadas que no deben ser reveladas por razones deontológicas, señalaron que el diagnóstico de Olga es esquizofrenia. Actualmente está controlada farmacológicamente, tiene nueve años en el Centro Psicosocial de la Alcaldía de Libertador, y tiene tres años trabajando como personal de limpieza en Unicasa de El Paraíso, labor que le ha ayudado a reinsertarse socialmente, aunque de manera parcial.

Después de esa primera recaída y hospitalización, Olga cumplió su tratamiento y se recuperó. Pero ya la madre prefirió no tenerla más, ni la tía, que decidió llevarla a una casa especial de niñas en La Florida, de donde se escapó varias veces. Ahí fue bien recibida por la dueña y eso la ayudó a sentirse bien.

- Me iba magnífico, pero cuando iban mis hermanos a decirme que mamá ya estaba muriéndose, ya yo veía que las cosas no estaba marchando bien, entonces caía otra vez. Yo estaba en La Florida e iba a visitar a mamá los domingos allá Los Frailes, en una camioneta.

Antes de la segunda gran “recaída” de Olga, la de la muerte de la madre, ya Olga tenía episodios en los que se escapaba y deambulaba por La Florida y luego regresaba. En una de esas fugas, cuando tenía 22 años, tuvo relaciones sexuales con un desconocido que, según Olga, aprovechó su vulnerabilidad.

- Fue un desconocido totalmente, porque él me agarró con... tú sabes que yo soy adoptiva... entonces él me agarró con problemas depresivos y con un tratamiento médico... así fue que me agarró... -explicó Olga relacionando, casi involuntariamente, sus problemas a su condición de hija adoptiva.

- Técnicamente eso es una violación, ¿no?

- Sí una cosa así, o al menos una viveza de su parte. Se aprovechó, yo estaba con una recaída depresiva y estaba tomando un tratamiento médico, una pastilla que uno se la toma y en cinco minutos uno se queda dormido. Él me agarró así. Yo no estaba en conocimiento. Y no lo conocía a él. Parece que le daba a la droga y todo. Me agarró así, de repente, yo estaba deambulando y con el tratamiento. Como mamá no podía tenerme en la casa por ese problema tan grande, él me llevó para su casa y me preñó.

Ante el embarazo, la madre recogió a Olga y la llevó La Casa de la niña ubicada en la avenida Presidente Medina, un albergue para adolescentes embarazadas, donde había, incluso, niñas embarazadas. Allí transcurrieron perfectamente las treinta y ocho semanas, sin recaídas de ningún tipo. Cuando fue el momento, la casa la trasladó a la Maternidad Concepción Palacios. “La niña pesó cuatro kilos quinientos (gramos), una niña grande. Todo fue normal”, detalló.

De la maternidad volvió a Los Frailes y de allí, la mamá la volvió a mandar a La Florida. La niña se quedó con su abuela y Olga Durán la visitaba los fines de semana. La niña fue creciendo mientras la madre de Olga iba enfermando más hasta que murió.

- Yo duré en la calle como cuatro años. Pero esos días una señora me atendía en su casa y en la noche me iba para el hospital Vargas que ahí me tenían un hospital-noche. Pude soportar esos cuatro años porque la señora me llevaba a su casa en el día y en la noche me iba al hospital, donde me daban la comida, me atendían y me daban tratamiento.

Aunque no estuvo exenta de maltratos, contó con el apoyo de algunas personas de la comunidad, especialmente esa señora, la “dama voluntaria” que, con sus limitaciones, pudo protegerla, ayudarla con el aseo personal, el vestido y la alimentación. De igual modo contó con el apoyo de algunos vigilantes y vendedores de La Florida.

- Me tocó dormir en la calle, en cartón. Un señor sereno del centro comercial me decía “duerme en este rinconcito”, y me ponían una alfombrita y yo ahí dormía. Hasta que me recogieron... En la noche, el sereno de ahí me daba el espacio y yo me quedé ahí ese tiempo, hasta que la señora me consiguió ir para el hospital Vargas en las noches.

No tiene muchos recuerdos nítidos de su estancia en la calle, y en su discurso se nota que los acontecimientos y las fechas se le mezclan en la memoria, todo lo cual es atribuible a su condición psicológica.

- No recuerdo mucho. Pero sí me acuerdo que un muchacho una vez me dio una patada, un muchacho... debe ser de la calle... quien sabe quién sería, y me robaron unas bolsas donde tenía mis cosas. Bueno, yo perdí cantidad de cosas...mi cédula... perdí una maleta donde tenía mi diploma de Relaciones Humanas y Atención al público. Mis pertenencias yo todas las perdí. El cabello lo tenía largo y se me enredó, se me hizo una bola aquí atrás... -dijo señalándose la nuca- Debía ser por la brisa de la calle...

Finalmente, las “damas voluntarias de la comunidad” decidieron llevarla al Centro Psicosocial. Con sus altas y bajas, se ha mantenido estable últimamente. La hija fue a visitarla una vez, pero Olga no estaba bien. La muchacha terminó el bachillerato y hoy en día vive sola en La Florida y, según fuentes calificadas, su trabajo es la prostitución.

- Yo tengo q salir adelante, no me puedo parar ni pensar que no me voy a curar. Yo tengo que salir adelante porque yo estuve así y yo me curé. Si yo no deajo mi tratamiento ¡yo salgo adelante!

* * *

Enemigos invisibles

El hecho de que algunos ciudadanos vivan en la calle conlleva algunas consecuencias y, en algunos casos, mueven algunas fibras de la hostilidad y de la caridad social. Estas implicaciones van desde el rechazo directo y violento, hasta la compasión, pasando, desde luego, por una gama de rechazos más sutiles que, a menudo, se corresponden con una especie de indiferencia que tiende hacia la invisibilización del problema. En este último caso, los indigentes se convierten en faroles, postes, pipotes, carros, árboles, hidrantes: se convierten en paisaje.

Como se ha sugerido en el apartado dedicado a la violencia, la indigencia constituye un estigma en sí misma, en términos de Erving Goffman, esto es, en los términos de la situación de un desacreditado que, por sus atributos, es un desviado de la norma y, por lo tanto, de lo normal. El indigente es un *anormal*, cuyo contacto social genera reacciones entre los *normales*.

Cierto tipo de estigma tiene que ver, según el libro de Goffman sobre el estigma (1995), con los defectos del carácter del individuo percibidos como *falta de voluntad* (pág.14). El indigente es, generalmente, visto como una persona que no cambia su vida porque no quiere. Esto está vinculado a la patologización que advierte Moisés Soto,

puesto que esa percepción es similar a la que se tiene con respecto al drogadicto o al alcohólico. Así, Erving Goffman afirma que “la estigmatización de aquellos que presentan malos antecedentes morales puede funcionar como un medio de control social formal” (pág. 161). La sociedad se protege del estigmatizado que es visto como una amenaza para la integridad moral y social de la comunidad.

El autor habla de encubrimiento para referirse a los contextos en los que el estigmatizado necesita ocultar su estigma, y entre esos menciona la mendicidad y la adicción de las drogas, condiciones que deben mantenerse en secreto frente a ciertos individuos pero que, por el contrario, deben revelarse ante otros. “Así, cualquiera sea el rol que los vagabundos adopten en presencia de la policía, a menudo deben revelar su condición a las amas de casa, con el fin de obtener una comida gratis; gracias a ello serán reconocidos por los transeúntes, ya que se les sirve en las puertas traseras lo que ellos, con gran perspicacia, llaman comidas de exhibición” (págs. 91-92).

Con todo y que se refiere a mendigos y vagabundos, las otras tipologías de indigencia en las que los individuos desarrollan actividades marginales para garantizar su sobrevivencia sin recurrir a la limosna, también son estigmatizadas, porque pueden tener el mismo aspecto descuidado, sucio y maloliente, fuera de todo canon y regla. El hecho significativo es que, aun con sus imprecisiones, Goffman no deja pasar el tema por alto. La vida en la calle es un estigma desde el momento en que el solo hecho de “estar desempleado” constituye un estigma y, consecuentemente, un complejo de inferioridad.

En todo caso, siguiendo la línea de Goffman, el estigma del mendigo funciona para obtener alimento. Hay que agregar que en el caso venezolano, la indigencia no es una cuestión muy fácil de encubrir. Es decir, las personas en situación de calle podrán, eventualmente, esconderse de policías o dueños de establecimientos comerciales, pero por lo general llevan su estigma pública e irremediamente. Lo que sucede, análogamente al ocultamiento, es precisamente la invisibilización por parte de la sociedad de los *normales*, con quienes se comparte la calle.

- Las sociedades tienden a ser negligentes y reacias con lo que es distinto. El indigente, de hecho, es alguien distinto porque se sale de las pautas del conjunto social. De ahí que puedan hacer invisible el problema –dijo el psicólogo social Tomás Palacios.

Mauricio Phlean, sociólogo, considera que la gente tiende a rechazarlo por su aspecto y porque pueden ser percibidos como una amenaza, un peligro, un estorbo.

- Porque en el fondo lo pueden percibir hasta como un desecho humano. Suena duro pero he escuchado gente que los perciben así, como personas con pocas posibilidades de recuperarse por el alcoholismo y la drogadicción (...) Creo que la indigencia es una expresión más de violencia y de crueldad de una sociedad. Que una sociedad permita que ciudadanos vivan esa condición es, en el fondo, un acto de crueldad. Niños, mujeres embarazadas, hombres jóvenes... Es una crueldad del Estado, por supuesto, pero también de la sociedad como un todo que incluye al Estado.

- ¿Es una crueldad involuntaria?

- Lo que pasa es a veces uno es cruel y no se da cuenta. Y a veces la crueldad es indolente. Podemos ser crueles con las palabras, con los actos, pero también con la omisión. Y creo que en este caso, como en otros, nos hemos hecho la vista gorda y a veces no queremos ver que ese problema esta ahí al lado (...) Si nos dedicamos a pensar en otras cosas, estamos siendo permisivos y cómplices con esa situación y ahí se comienza a ser indolente sin darse cuenta. A veces hasta se invisibiliza. En los estadios (de la Ciudad Universitaria) amanecen siempre tres. Y uno se va acostumbrando, y es también una suerte de perversión, uno va viendo al indigente tirado en el piso, durmiendo en unos cartones y uno se va acostumbrando a verlo. Y eso pasa en varias sociedades. Yo he visto en Europa cosas terribles, o en Nueva York en invierno, uno ve tipos tirados en la calle y la gente pasa por encima como si fuesen ramas, o pedazos de árbol. Uno se va haciendo indiferente...

Palacios señala que el fenómeno se hace invisible porque existe, también, una especie de indigencia social, marcada por el deterioro progresivo de toda la sociedad en sus ámbitos de acción fundamentales. El principal contacto del indigente con el resto de la sociedad se da en las contantes relaciones, cara a cara, que pueden suscitarse en la vía pública y, especialmente, en el acto mismo de la limosna.

- Cada suma de dinero, apoyo, comida, ropa tiene por lo menos como uno de sus efectos el de reforzar el comportamiento -apuntó Palacios-. Pero también hay otra connotación, y es que de alguna forma esa dádiva es preferible a la indiferencia porque es un mínimo gesto de reconocimiento de que esa persona todavía tiene posibilidad. Puede ser leído por el que lo recibe como que todavía hay alguien a quien le importa, y que los lazos no están rotos con todos. El elemento afectivo es clave, el amor. Obviamente, del lado del que da el dinero también varían mucho los motivos. Hay quien tiende a pensar que ese es un mecanismo para reducir la culpabilidad. Pero no

creo que la cosa sea tan sencilla. Aquí tampoco se puede homogeneizar, porque no se puede pensar tampoco que el que no da es un insensible -afirmó.

Moisés Soto, por su parte, considera que la actitud del ciudadano común frente al *martilleo* –el acto de pedir dinero- puede dividirse en dos categorías: el que da y el que no da.

- El que no da tiene sus razones por las cuales no lo hace, pero dentro de esos que no dan hay una cantidad enorme de gente que simplemente actúa con indiferencia, e invisibiliza, queriendo o sin querer, al indigente. Tú empiezas a existir en la medida en que interactúas con los demás, si los demás no interactúan contigo, ¿en qué medida estás existiendo?

Si bien la existencia efectiva de personas en situación de calle es independiente de la actitud que el resto de la ciudadanía asuma, esta existencia social a la que Soto alude, es la única a través de la cual el indigente existe como persona, y la indigencia como problema social que demanda ser abordado.

-Entre la categoría de los que dan, están los que lo hacen por temor, porque la persona se ve atemorizante, porque se puede ver agresiva, o sucia, y están otros a quienes les parece que es una buena forma de ser bueno, o ganarse el cielo, y “le doy dinero al pobrecito que no tiene”.

- ¿Y cómo impacta la indigencia sobre el individuo y sobre la psique social venezolana?

- Sobre el individuo marca una forma de vida que un ciudadano común no podría entender de buenas a primeras. Es una vida marcada por el “tengo que vivir hoy, mañana no sé”. No existen aspiraciones de acceder a las cosas que para nosotros podrían ser valores: una vivienda, un automóvil, mejor ropa. Ellos no tienen nada que ver con eso. Lo de ellos es sobrevivir, conseguir alimento y conseguir algo que les permita pasar el día. “Si pasé el día, lo logré”. Ya el día siguiente lo más seguro es que se repita el ciclo de la misma forma. Tienen una rutina muchísimo más marcada que la de uno. Mañana estará haciendo lo mismo, probablemente de la misma forma, quizás caminando por sitios distintos, pero siempre llegando al mismo punto.

De hecho, conseguir las entrevistas con las personas en situación de calle requirió en el caso de Catalina de Miranda y Miguel Castillo, visitas infructuosas porque, a veces eran encontrados pero procuraban postergar la entrevista para no interrumpir sus rutinas –recoger y ordenar los cartones en la plaza Miranda o buscar

ropa en Las Mercedes-. Por eso varias veces hubo que esperar a los entrevistados en el punto de llegada que, como señala Soto, es mucho más fijo.

- Eso implica que no está en sus manos resolver el problema del techo porque para ellos es imposible acumular dinero. Cuando el cuerpo se convierte en el escondite del dinero, es un escondite bastante limitado, no se puede acumular demasiado, y no hay un lugar donde guardarlo que sea seguro, porque cualquier persona te lo puede robar. Tener dinero no está bien, entonces lo que se hace con el dinero es adquirir cosas de consumo inmediato. No van a adquirir ropa, ni nada que prevalezca en el tiempo además porque probablemente lo pierdan. Si sumamos todo lo que pueden acumular en un día es una cantidad de dinero que puede equivaler a tres o cuatro sueldos mínimos.

- ¿Qué pasa con la esperanza, con los deseos de algo mejor, el anhelo de la reinserción? ¿Existe esa esperanza?

- En algunos casos el anhelo de reinserción desaparece. Ese deseo de superación personal, de resolver la situación desaparece muy rápido porque la salida no se ve. Nos vemos entonces en la situación de pensar si es realmente un problema para ellos o es un problema para nosotros. ¿Para ellos es un problema? Es un estilo de vida del cual difícilmente se ve una salida, y ahí están y ahí van a permanecer por el tiempo que vayan a permanecer. ¿Estamos intentando hacerles creer que es un problema y que hay que solucionarlo? ¿Es un problema visual, y no nos gusta la fealdad de la ciudad representada en la suciedad de un indigente o de su estilo de vida tan distinto al nuestro? Para eso no tengo una respuesta clara... Pero creo que la indigencia no hace mella en el colectivo, más allá del tema de la fealdad. El indigente no afecta a la sociedad, de hecho creo que es al revés. La sociedad contribuye a que el estado de indigencia se convierta en una situación permanente, o contribuye con la prolongación de ese estado en el tiempo, pero al revés no. El indigente poco interactúa con la sociedad. En todo caso se da la necesidad por parte de algunos ciudadanos de resolverlo por las razones que sea, por una razón filantrópica, por una razón estética, por creer que nuestros principios son mejores que los de otra persona... No hay ningún impacto como tal, el indigente afecta a otros indigentes y a más nadie.

Soto reiteró que en la percepción social influye significativamente la cuestión cultural, así como el enfoque y tratamiento que los medios de comunicación le dan a la situación.

- Si la matriz de opinión en prensa tuviera que ver con que la indigencia no nos afecta a nosotros, sino que los afecta a ellos mismos, y que nosotros tenemos en

nuestras manos, o en las del Estado, la posibilidad de hacer algo con respecto a eso, pues la reacción sería un poco menos negativa de parte de la sociedad. En cambio, categorizar al indigente como una persona enferma que llegó allí porque no supo aprovechar las oportunidades que dio la sociedad, porque decidió él mismo entrar en el alcohol y en las drogas, y entonces es su responsabilidad, me libra a mí, como ciudadano o como Estado, de la corresponsabilidad que puedo tener, bien sea como familiar de la persona o ente del Estado que trato de minimizar las estadísticas.

- ¿Entonces podemos hablar de una culpa social o de una culpa individual?

- Es una responsabilidad social más que individual. Es una falacia decir que todos los venezolanos tienen las mismas oportunidades. El enfoque no puede ser, desde ninguna perspectiva, el de responsabilizar al individuo –opinó Moisés Soto.

* * *

El 24 de enero del 2007, cuando Catalina de Miranda cruzaba la avenida Lecuna, mientras los carros le daban paso, apareció una moto con todo su ruido y toda su velocidad, y la impactó. La moto siguió, y en el asfalto quedó la mujer adolorida, con una pierna fracturada. Ingresó por emergencia al Hospital Periférico de Coche y allí estuvo largos seis meses y ocho días, con la pierna fracturada y el requerimiento de una cirugía. Aunque no recibió muchas visitas, Catalina pudo comer tres veces al día y bañarse diariamente, sometida, desde luego, a un orden que ya no reconocía.

- Me tenían que operar y no me operaron porque el hospital no tenía material. Me quedé allí mientras que si me operaban o no. Y después una amiga mía, que es vendedora, le dijo al doctor que ella se encargaba del material de la operación, y el doctor dijo que no porque ya el hueso había hecho callo. Lo único que me quedó de consuelo fue que no me operaron. Los hospitales tienen que tener los aparatos. El que lo tiene es el Vargas, y las clínicas privadas.

Catalina ya puede caminar, aunque con algunas dolencias en la espalda y no debe agarrar mucho peso. Sin embargo, sus dolores no le impiden que dedique buena parte de su rutina la limpieza de la plaza.

- Bueno, yo a veces me pongo a pensar, a encontrarme yo misma una explicación de por qué yo limpio por aquí, y yo misma no me hallo la respuesta, no la consigo en mi yo personal. Debe ser porque me la paso aquí, y desde que me tocó la suerte de vivir en la calle... quizás sería más por el alojamiento, de dormir... Entonces,

bueno... para uno tener real, sin pedir las cosas en el comercio. A tal punto que aquí si yo me acuesto en el pasillo, yo levanto el cartón y lo recojo. Entonces es, como quien dice, pa' ganarme la plaza. Yo he ayudado a limpiar mucho aquí.

- ¿Le gusta limpiar o le gusta sentirse útil, o ayudar?

- Bueno, primero y principal, yo no tengo una posición universitaria, no culminé mis estudios, llegue nada más que hasta sexto grado, pero de pequeña aprendí a pasar una escoba, a barrer. Creo que es una profesión que parece insignificante, pero hoy en día se ve que es importante. Entonces he ayudado voluntariamente en la limpieza. Y creo que alguna vez los gobiernos deberían darme una ayuda por eso, o haberme dado siquiera un rancho que, así no me gustara, tuviera las condiciones para vivir. Desafortunadamente no es así.

Con la cabeza para abajo y los pies para arriba

- ¿Cómo la ha afectado su condición de mujer en la vida en la calle?

- Mi situación ha sido difícil porque no he tenido un sitio dónde vivir, para empezar. Bien sea porque la plata ha sido más difícil de conseguir. Si se consigue pa medio comer... Otra cosa es una vivienda. Aparte de eso, tratar de medio ahorrar algo, se lo roban a uno y se le cae el castillo, que una pueda tener en la cabeza, la ilusión – dijo, reconociendo de paso que a veces puede haber una frágil ilusión-. Pero si yo supiera que voy a guardar algo y que yo sepa que lo voy a conseguir, eso daría mucha tranquilidad. No tener que andar pa 'arrirba y pa' abajo con una cosa. Y yo me he acostumbrado a tener siempre la mente en algo. Es bueno siempre mantenerla ocupada, porque si no se le van a las cosas malas que le pasan a uno, como a toda persona. Tal vez haya personas que no tengan esa misma paciencia para estar en la calle. Uno tiene que saber luchar y sacar fuerza de donde no se tengan. Desmayarse un tiempo pero echar para adelante. Los problemas a uno lo agobian, pero la solución a los problemas, de gente de la clase social o no, no puede ser buscar el aliciente en la bebida, porque de la bebida uno no saca nada. La bebida, cómo no, es un pasatiempo. Pero ya después de dos meses la persona q agarre la bebida por cualquier cosa es un vicioso, un enfermo.

- ¿Y a usted le ha servido su condición de mujer para vivir un poco mejor o más dignamente que otras personas que viven en la calle?

- La que está más estacionada en esta plaza soy yo. Hay otras mujeres, pero no pasan tanto tiempo. En la mujer, creo yo, la diferencia difícil para la mujer, la pequeña diferencia es la del aseo personal. Por ejemplo, las mujeres no se van a desvestir delante

de hombres, como habrá hombres más respetuosos que no se van a desvestir delante de una mujer. Para conseguir un agua aquí en la calle cuesta un poco. Y lavara la ropa también cuesta un poco. Por lo demás es más o menos igual...

- Usted es una muestra de que no hay "sexo débil" ¿no?

- No bueno, yo tengo mis debilidades. Hay algo de mi vida privada que sinceramente me lo guardo en secreto, y no te lo voy a decir –dijo sonriendo-. Sé que quieres conocer ese punto... Pero me lo resguardo porque sólo con el recuerdo me entristezco. No me gusta hablar de eso para no recordarlo. Yo he vivido cosas, no como para estar hablando así como yo estoy aquí hablando, sino que es para caminar con la cabeza para abajo y los pies para arriba.

- ¿En qué sentido?

- Problemas que han pasado en la vida. Lo que pasa es que uno tiene que sacar fuerzas, saber dominarse la mente algunas veces. Entonces yo creo que el equilibrio de la fortaleza humana esta en que si uno pasa un tiempo de debilidad, uno después saberse reponer. Si no, está uno embromao.

- Y usted tiene consigue ese equilibrio...

- Sí, yo he tenido mis depresiones. Yo sola he llorado mis lágrimas. He sufrido. Me he sentido abatida, no te lo voy a negar, ¿para qué?, pero ¿qué voy a hacer? No me voy a estar muriendo todo el tiempo de aquel dolor. Con una enfermedad es distinto. Pero ya con las enfermedades personales, de lo que una persona le haga a uno, uno no tiene por qué echarse a morir –dejó entrever que alguien le hizo algún daño-. Por ejemplo, si en tu casa algún día te hacen algo, te sentiste mal, te aconsejan y tú no agarras el consejo, cuando tú vengas a ver estás hundido. Estás hundido... Porque si tu familia te hizo algo, no te gustó, está bien. La vida le enseña a uno muchas cosas, a ser duro. Uno sabe cómo es la vida pasando trabajo. No por eso te estoy deseando mal...

- Yo sé, yo sé... Entonces ¿usted evita pensar mucho en eso?

- Sí, exactamente. Todo depende de cómo uno lo tome. Habemos personas de cerebro fuerte, que no quiere decir que no tengamos nuestras pequeñas fallas.

- Pero es más cómodo hablar de recuerdos positivos... ¿qué recuerdos positivos conserva?

- De mi infancia muy pocas cosas. Lo único que siempre guardo, es que cuando uno tiene una mayoría de edad uno toma las cosas con otros modos de pensar, hay personas que conocí y ya no están, pero siempre las llevo grabada en la mente porque siempre me daban buenos consejos.

- ¿Y de su mamá?

- Bueno, sí, pero también algunas cosas desagradables. Discusiones, algunas con motivo y otras que no tenían motivo. Pero en su brutalidad, porque era a veces media bruta, siempre procuraba de llevarme siempre por el buen camino.

- ¿Era muy brava?

- A veces me decía palabras que yo no las entendía. Ay no, fastidiaba mucho y yo agarraba la calle. Prefería salir a jugar y llegar a la casa en la tarde, pa' no estar oyendo lengua. Lo mío era jugar y jugar. Mi mamá me sacaba algunas cosas que yo no la entendía. Hay veces que me regañaba sin motivo y yo le preguntaba por qué. Pero casi siempre uno iba por el buen camino, y siempre tuve amistades que aunque no fueran familia le enseñaban a uno las cosas de otra manera.

- ¿Y tenía hermanos?

- Sí, pero unos murieron. Otros se desaparecieron y yo más nunca supe de ellos. Pero tampoco me hace falta.

- ¿Cuántos eran?

- Éramos cuatro. Murieron dos... Y siempre me daban buenos consejos –señaló refiriéndose a sus amistades, tratando de cambiar el tema.

- ¿Y dónde vivía usted por esa época que no le pregunté?

- En esa época estábamos... por allá, por un pueblito... no recuerdo exactamente... era por el interior.

- ¿Pero lejano o cercano?

- Sí, estábamos en un pueblo lejano pero un tiempo después estábamos acá.

Eran personas que le tenían aprecio a uno –insistió cambiando nuevamente de tema.

-¿Eran vecinos? –surgió la pequeña concesión.

- No, conocidos pero más distantes. Bueno, también había vecinos... Yo era traviesa pero me decían las cosas, algunas las trataba de entender pero no las entendía.

- ¿En q momento se vinieron a Caracas?

-Ya después, vinimos a vivir a trabajar. Ya estaba grande ya...

- ¿Cuántos años vivió en el interior?

- No recuerdo exactamente. Más de diez años...

- ¿Y cómo se llamaba el pueblito?

- No me acuerdo ahorita muy bien...

- ¿Pero qué pueblo tenía cerca?

- Quedaba retirado... Era un pueblo de por allá de Oriente –soltó a regañadientes-. Por ahí estaba... bueno, ya después uno se vino para acá para la capital... Yo con mi mamá.

- ¿Y dónde vivieron aquí?

- Aquí en la capital...-contestó con un gesto definitivo.

- Aquí en la capital, o sea que no me quiere decir exactamente dónde...

- Te dije que era secreto...

- ¿Ese es secreto también?

- Secreto también.

- Pero es que usted está llena de secretos...

- Ja ja ja... y entonces, con la diferencia de que las cosas eran más distintas. A uno no le enseñaban las cosas de las drogas –y logró cambiar de tema-. Se las decían a uno pero de otra manera, no como ahora que es más suelto. Ahora que le hablan raspao a los muchachos, no me explico por qué tienen que agarrar el camino de las drogas. Los niños abandonados, la gente grande también. Da lástima...

Las amistades de Catalina fueron decisivas en su crianza. A pesar de la excesiva discreción, se deja ver que se trataba de unas amistades de la madre que, de algún modo, ayudaron a criarla, porque estuvieron siempre presente con buenos consejos para la niña Catalina y su madre, y le inculcaron siempre el valor del respeto.

La escuela y el estudio nunca fueron una fascinación en la infancia de Catalina, especialmente por las matemáticas, pero reconoce que se portaba bien porque en esa época los maestros tenían que ser vistos como segundos padres, razón que le valió a la parlanchina Catalina unas cuantas “jaladas de oreja”. Y que, en todo caso, no le faltó quien le diera un buen consejo.

- ¡Cafecerooooooooooooo! –se interrumpió para alimentar su único vicio. El vendedor le sirvió de su termo en un pequeño vaso plástico. El café se evaporaba. Catalina, de quién sabe dónde, empezó a sacar monedas y billetes.

- Déjalo así, Catalina, tranquila –le dijo el cafecero.

- Ah gracias. Estoy descansando aquí porque estamos hablando. –Después de una breve conversación, el hombre siguió su camino, y Catalina retomó su discurso.

- Yo agradezco aunque no digo los nombres de esas personas, yo siempre las recuerdo, que me guiaron por un camino bueno. Nosotros tuvimos la ocasión de tener una amistad muy íntima. Pero después mi mamá no fue más nunca a su casa. Pero, no me daba a aclarar las cosas, porque si mamá me enseñaba las cosas de una manera, para

no contradecir a mi mamá... ya ellas después aparte hablaban como ellas querían, sin tapujos. Pero delante de mí no... Mi mamá fue en esa manera. Yo digo que es muy bonito en la infancia dejar que el niño juegue todo lo que quiera, que juegue lo que es la niñez, la inocencia. Yo creo que la inocencia de un niño es muy bonita. Diciéndole las cosas pero a su debido tiempo. Yo considero que una niña de tres o siete años, no tiene que saber lo que es un embarazo, no le veo el motivo. Yo creo que deberían decírselo de otra manera. Si el varón está jugando con la hembra, vigilarlo, pero dejarlos jugar donde uno los vea. “El varón se viste aparte, la hembra se viste aparte”. Hasta que uno vea que el niño va madurando. Ahora, ¿ya está grande? Entonces uno puede decirle “Mira no te juntes con amistades malas”. Yo creo que para que el niño no cometa torpezas, no hay necesidad de decirle todo de un solo trancazo. Yo me pongo a ver, si se les dice así por qué ahora cometen más errores...

- ¿Esos amigos eran de su edad o mayores?

- Eran mayores. Ya entre ellas grandes hablaban cosas así... Mi mamá por ejemplo una vez tuvo la ocasión de preguntarme en qué se parecía una rosa a una mujer. Yo le dije que yo no sabía. “No mamá yo no sé que es eso. Vio que usted es muy fastidiosa, por eso es que a mí me gusta andar en la calle”.

- ¿Y cuál era la respuesta? Mi mamá decía que una rosa era una mujer que se estaba formando. Que cuando está abierta es cuando se desarrolla y cuando está marchita es cuando uno... “¡Ay qué fastidio! Por eso es que no me gusta estar aquí. A mí me gusta estar en la calle” Yo no agarraba libro pa’ estudiar, pegaba la carrera. “¿Y a qué se parece? Estaré yo grande pa’ que me estén enseñando eso... ¡Yo no soy grande!”.

- ¿Estaba usted chiquita?

- Sí, pero yo creo que mi mamá me lo hacía por maldad. Entonces yo recuerdo que después, cuando mi mamá hablaba con ella –la amiga consejera-, me decía “echa pa’ allá”. Y esa vez hablaron bajito, pendientes de que yo no fuera escuchar detrás de la pared. “Mira ¿qué es lo que tú quieres decir? No le estés dando esa explicación a esa muchacha. Date cuenta que uno no sabe ni cómo va en la escuela. Si le mandan tarea o no... Si ella sigue estudiando se va a dar de cuenta de esa explicación que tu le estás dando. Lo de ella es puro juego. Está pendiente de ir al parque e ir a jugar y ya está”. Y era verdad (...) Mi mamá enseñaba que si uno escuchaba una mala palabra, uno no volverla a repetir. Y si por alguna casualidad ella estaba hablando con alguien una cosa y yo la escuchaba, ella después me decía “mira, escuchaste eso, pero me haces el favor

y no vuelves a repetir esa broma”. No sé por qué era el misterio de ella. Mi mamá me decía que yo no iba a aguantar el desarrollo, no sé por qué se basaba ella en eso. ¡Ah! Y que no orinara en todas partes...

La educación sexual de Catalina no fue muy directa. Relató la vez que le hablaron en la escuela por primera vez del V.P.H, y que “lo agarraron a bochinche”. Sin embargo sí le hacía caso a su mamá cuando le sugería que orinara parada en baños ajenos.

- ¿Y en ese momento no tuvo un noviecito escondido por ahí?

- No. Conquistas siempre uno tiene. Pero de ahí no pasaba. Después cuando estuve más grande, a mi mamá no le quedó más remedio que hablar como se habla. Y sinceramente todavía grande ella decía eso... Y es verdad porque las enfermedades venéreas uno no sabe...

- ¿Usted conoció a su papá?

- Sí lo conocí pero él no me tuvo. Mi papá poco estuvo conmigo. El único recuerdo que guardo de él es que nunca me negó. Claro, no era un muchacho, era muy sangre dulce. Soy hija natural pero nunca me negó, para nada. Conocí a algunos hermanos así, y tuve la ocasión de conocer una vez a compañero de él, del trabajo. A él le decían “esa no es tu hija, debe ser una de las mujeres que tú tienes por ahí”. “No, esa es mi hija, la mayor”. Él no me negaba porque él decía “yo no me caso, pero eso es malo negar la sangre”.

- ¿Y de su mamá también era la mayor?

- No. Yo era “la maraca”. La última. Por esa parte de mi papá, me siento orgullosa sinceramente porque mi papá nunca me negó. Él murió un poquito después que mamá.

- Mire, señora Catalina, disculpe la impertinencia, pero entonces ¿por qué está usted en la calle?

- Yo estoy en la calle por motivo habitacional, ¿eso tú lo vas a sacar en el periódico? –así se revirtió la entrevista y comenzó el interrogatorio sobre las tesis, el jurado, las autoridades de la universidad.

- ¿O sea que no intervienen ni Psicología ni Derecho Penal? –inquirió con una actitud confusa entre la curiosidad y la preocupación

- Psicología puede ser, pero derecho penal no. – fue la respuesta procuradora de una apertura. Al cabo de unos minutos, contestó, demando discreción:

- Bueno chico, propiamente yo estoy en la calle por asunto de vivienda, nada más...

El “nada más” quedó resonando como un eco incierto que, con toda su incertidumbre, había que aceptar:

- ¡Ah! se quedó sin casa cuando murió su mamá...

- Sí. Vivíamos en un rancho, el rancho se cayó y quedé en la calle –simplificó.

- Usted sola...

- Sí. El motivo es ese. De momento no hay dinero...Donde vivíamos nosotros, ahí robaron ¿no ve? –explicó- Después se volvió a comprar alguna cosa. Después nos mudaron a una barraca y al morir mi mamá todo se lo robaban. Los robos son una cosa que lo ponen a uno mucho en apuros.

- ¿Y después se quedó sola?

- Sola, sola, con las cosas que me rodean. No había más nada.

- ¿Hijos?

- No –respondió secamente-. Y mi papá no se iba a meter en eso porque él vivía aparte y despreocupado. Yo sabía que él no iba tomar interés en eso.

¿Esposo? –la pregunta fue como un fallido intento de descubrir algo oculto.

- No – secamente, otra vez-. Amigos tampoco, porque la gente gana poco y si tú ganas poco en aquellos tiempos, no consigues un trabajo adecuado, sino nada más pa’ medio comer, qué vas a hacer. Se aspira a una cosa mejor, pero si nada más es para comer...

- ¿Usted aspira a una cosa mejor?

- Bueno, que consiguiera aunque sea un rancho. Lo que pasa es que hoy en día, los ranchos los venden como una casa, super millonario. Pero sí, donde vivir. Donde uno pueda salir a trabajar a la calle, y que yo regrese y no tenga yo que estar pendiente de las cosas, y conseguirlas. Claro, uno no sabe las personas que lo vayan a rodear a uno, siempre hay, como quien dice, la mala espina, la tentación...

- ¿Y usted cree que eso sea posible o qué cree que tiene que hacer para que eso se concrete?

- No sé. Lo que pasa es que hoy en día la gente vende esos ranchos súper millonarios. Y pa’ comprar un rancho por 50 millones hay que ver lo bueno... Yo no tengo ese capital. Yo no tengo capital en un banco. El único capital de uno es el dinero que uno carga encima y ya está, eso es lo único. Antes uno no se ganaba 10 mil bolívares de los de antes en una semana. Ahora todo es muy caro. Ahora si uno se gana

10 mil semanal -10 Bs. F-, pero lo que tú quieras ya no te lo vas a conseguir por 10mil sino por 60 o más. Porque ya las cosas están aumentadas y hay sobre precio. Yo estaré aquí hasta que consiga algo.

- ¿Hasta que le toque la suerte?

- Bueno, la ilusión nunca está perdida -expresó.

* * *

Cuando se perfora el estigma, se encuentra en la indigencia cosas que sorprenden. Si de grado de instrucción se trata, destaca la historia de César Martínez, el hombre que apenas enterró a su madre muerta quedó en la calle. Don César tuvo casi tres años de formación universitaria, sólo que repartidos en tres escuelas. No pudo continuar porque se descontrolaba con la enfermedad de su abuela adoptiva o las necesidades de su madre.

El padre del señor César era un profesor del Pedagógico y, por alguna razón, el gusto por el conocimiento y la academia fue heredado por el joven César que terminó sus estudios de primaria en colegios particulares de San José, e ingresó al Liceo Urdaneta que, a comienzos de los años sesenta, se encontraba ubicado en La Candelaria. Allí culminó su bachillerato. Tenía una afinidad particular con las materias humanísticas y, de manera especial, con los idiomas. Aunque estudió inglés, su gran fascinación era el francés que, tuvo “la dicha” de ver con María Lourdes Iturbe, una “excelente profesora”, autora, según su alumno, de uno de los manuales más populares del estudio de la lengua francesa, que era utilizado por los liceos.

- Yo le saqué veinte a ella.

César Martínez ha cultivado un amor por los libros. Desde niño, se enfrentó a los grandes clásicos de la literatura española, como el *Lazarillo de Tormes*, primero y, más adelante el propio *Quijote*. Seguidamente se hizo cultor de la figura Mariano Picón-Salas y de su obra.

Graduado de bachiller, quiso empezar en la universidad. Dada su vocación por los idiomas, intentó en el Pedagógico para llegar a ser profesor de francés, pero no quedó admitido. Rápidamente quiso estudiar en periodismo en la Universidad Católica Andrés Bello que, a la sazón, no tendría mucho más de diez años de existencia.

- Yo quería estudiar ahí y graduarme ahí. Empecé en la (Universidad) Católica, que tiene Periodismo. Me aplazaron en unos exámenes de unas materias en el primer

semestre y no lo terminé... Yo mismo me salí porque me iban a quedar muchas materias y me descontrolé.

Luego de su paso por la UCAB, decidió probar en suerte en la Escuela de Periodismo de la UCV. Se inscribió a finales de los años sesenta, pero tuvo una experiencia similar. Culminó el primer semestre con materias aplazadas y decidió cambiar de rumbo.

- Estudié Letras después que me salí de Periodismo... También en la Central. Ahí avancé yo un poco más, cerca de la mitad. Cuando yo estuve ahí era por año, porque ahora es por semestre. Yo haría un año y medio. Quise estudiar ahí pero se presentó el problema de la señora enferma y eso me descontroló. No tengo muchos recuerdos porque todo fue muy rápido. Sí recuerdo algunos profesores que tuve, pero eso fue hace un bojote de años –los nombres le daban vueltas en la memoria pero no tomaban forma todavía- Así, en concreto, recuerdo uno de los profesores era muy amigo de la familia. Él daba Latín y Literatura...

La memoria de un hombre de sesenta y tres años que hablaba de su vida universitaria por primera vez en dos décadas, perseguía nombres inmortales pero sepultados, olvidados. Se notaba que ameritaba un esfuerzo. Pero pronto desenterró y recordó el primero.

- Luis Navarrete... sí, muy conocido en la universidad, debe estar jubilado.

Ese profesor era Luis Navarrete Orta, un teórico de la literatura venezolana, estudioso de la literatura chilena, especialmente de la poesía de César Vallejo. En efecto, el profesor está jubilado, pero fue miembro del jurado que premió la novela *El tren pasa primero*, de Elena Poniatowska, en la última edición del Premio Rómulo Gallegos, en el año 2007.

- ¿Por qué dejó Letras?

- Porque me pasó lo mismo que en las demás... Me aplazaron unas materias y el pensum era más extenso. Me descuidé, sinceramente. Yo dejé eso así.

- ¿Y se acuerda de algo del *Quijote*?

- Ay mijo... eso está en la nebulosa... pero la literatura española a mí me gustó mucho. Y siempre leo artículos literarios que saca la prensa. También me gusta la literatura francesa.

- ¿Y mientras estuvo en la calle leía?

- Me los robaron en la Candelaria, libros de literatura venezolana... cosas de Gallegos, Uslar Pietri, Picón-Salas que me gustaba mucho. Me gusta porque todavía

estoy vivo. Me gusta su estilo. Pude ver sus programas en televisión en el canal 5, porque usted sabe que él tenía su programa de televisión... Me gustaba mucho cómo hablaba él. Y cómo escribía. Yo tenía sus libros, hasta el último. Pero ya no tengo ningún libro de literatura encima. Todo me lo robaron. Me robaron un lote así... - mientras señalaba un montón imaginario -. Yo llegué a comprar *Viaje al amanecer, Ríos de juventud*, donde (Picón) narra su años juventud. Eran muy lindos libros.

La memoria de César Martínez había sido estimulada por las preguntas sobre literatura. Y las imágenes comenzaban a adquirir cuerpo y nombres.

- La biografía de Miranda de Picón-Salas. Yo leí otra biografía de Miranda pero me gusta mucho la de Picón. Escribía muy bien. Distinto a Uslar que tenía otro tipo de prosa. También escribía muy bien y oraba muy bien, era gran orador pero muy distinto. Yo admiré mucho a Picón como autor. Pero nunca pude contactarme con él. Y con los profesores que tuve en la escuela lo conocí más. Uno de los profesores que tuve en el primer semestre fue este señor que murió... era periodista también... ¡Pedro Beroes! – recordó repentinamente- Él era director de la escuela cuando yo empecé a estudiar ahí, y era periodista también. Era un hombre muy preparado.

Ese dato ayudó a reconstruir la historia, debido a que Beroes, reputado profesor de literatura universal y de tendencia marxista, dirigió la escuela de Letras en 1969, lo que indica que el período de estudio de César Martínez en esa escuela estuvo entre ese año y los albores de la década de los setenta, cuando, en efecto, todavía vivía la señora de la casa y no habían comenzado los tiempos más críticos. El joven César tendría alrededor de veinticinco años para entonces.

- Adriano González me dio clases de narrativa –seguían aflorando los nombres olvidados-. Gustavo Díaz Soliz era cuentista y me dio clases. Era narrador y él daba Literatura inglesa. También fue Secretario de la UCV de la época. Allí había mucha gente intelectual, escritores, poetas... José Balza me dio clases a mí –recordaba y se reía como quien recuperaba un tesoro perdido-, sí, José Balza... Él está vivo ¿no?... Supe que murió Montejo porque lo vi en un periódico antes de yo venir para acá, que me enseñaron ese periódico –el seis de junio del 2008 César Martínez todavía estaba en la calle- Rafael Cadenas... claro, él está vivo también, me dio creo que Teoría de la Literatura. Muchos de esos escritores me dieron clase a mí... Pero era difícil. Todo se me trabó.

Definitivamente, en el plano psicológico es imposible hacer generalizaciones. Catalina de Miranda es la prueba de que no todas las personas en situación de calle están vinculadas a patologías del tipo alcoholismo o drogadicción. Lo mismo ocurre con Miguel Castillo que, sentado en el suelo, a la sombra de un árbol de Las Mercedes puede calificarse, con orgullo, como “zanahoria”. Lo mismo ocurre, desde ese punto de vista, con César Martínez, un hombre cuyo única patología son los años y, dentro de eso, los pies.

El caso de Manuel Patiño sí encaja con el estereotipo de indigente drogadicto y ludópata, y en su caso no con el de una persona que deviene en drogadicto una vez excluido, sino que dentro de los motivos concretos de situación de calle está la droga, específicamente la cocaína. Sobre él recaen varios estigmas y, sin embargo, se ve a sí mismo como un hombre “productivo”, “trabajador”, “social”, “honesto”.

En cambio, Juan Gómez es un caso claro de alcoholismo asociado a la vida en la calle, a través del consumo diario y constante de aguardiente (caña loca, caña blanca). Raúl Cárdenas por su parte, se corresponde con la idea del indigente alcohólico, mediante el consumo de ron. La diferencia entre estos dos últimos es que el primero está en, de paso, en situación de discapacidad y no está bajo tratamiento de ningún tipo, mientras que el caso de Cárdenas se avizora más esperanzador porque está recibiendo ayuda y hay una voluntad de cambio. El resentimiento en ellos es notorio en la idea latente y manifiesta del tiempo de la venganza. Resentimiento que si es notorio también puede ser comprensible

El caso de paciente psiquiátrico está en el de Olga Durán que, ciertamente padece, una patología que la ha conducido a la vida en la calle. En su caso particular, la esquizofrenia. Sin embargo, no tiene consumo de drogas, ni lícitas ni ilícitas, ni es una persona insensible, ni totalmente aislada. Por el contrario tiene una personalidad amable, altamente sensible, de buen vocabulario y denota la presencia de una formación con cierto nivel.

Por supuesto, habría que señalar la distinción entre los indigentes en situación de calle –aunque suene tautológico- y lo que se conoce como indigentes institucionalizados –aunque suene contradictorio-. Pero también habría que señalar entonces que, con excepciones, esa distinción no conlleva diferencias radicales en el plano de las actitudes. Es decir, no puede aseverarse categóricamente que unos no quieren cambiar su modo de

vida, mientras que los otros están deseosos de una revolución vital. No puede verse así, porque además de la cantidad de factores individuales que determinan las actitudes, intervienen otras variables vinculadas a la orientación de las políticas públicas. No obstante la distinción, hay que decir que ambos grupos se permean, como en el caso de Juan Gómez que está actualmente en la calle, pero se escapó de un centro de atención de la Misión Negra Hipólita, o el caso de Manuel Patiño que está asistiendo, por tercera vez, al programa Techo. O el de César Martínez, recién llegado a un centro después de veinte años de vida en la calle. Por otro lado estaría el caso extremos de Olga Durán, que ha vivido sus últimos nueve años en un centro de atención y, por supuesto, los casos antagónicos de Catalina de Miranda y Miguel Castillo que nunca en sus vidas han pisado una institución de este tipo.

Desde el punto de vista de la educación y la sensibilidad, puede afirmarse que el común no es que las personas en situación de calle sean analfabetas, brutas o insensibles. Sino que, al contrario, son frecuentes los casos de personas que, además de expresarse elocuentemente, revelan un cierto grado de instrucción y un significativo nivel de sensibilidad, sentimentalidad y lucidez. Con esto, se desmonta la idea de que el indigente siempre es adicto, loco, o simplemente no tiene inteligencia.

Otra cosa curiosa, desde este punto de vista psicosocial, es que, aunque regularmente prefieren andar solos, son personas que no están, necesariamente, del todo desvinculadas de la sociedad y, en cierto sentido, de la política. Y eso lo demuestra el hecho de que algunos tienen como hábito recurrente la lectura del periódico, como es el caso de Catalina de Miranda, Miguel Castillo y César Martínez. Si bien es cierto que la principal preocupación de estas personas es resolver sus carencias en la inmediatez, no se puede negar que en algunos hay un interés por saber qué pasa en la ciudad y en el país, más allá de lo que sus ojos y pies pueden recorrer. Tampoco puede soslayarse que a veces esa lectura esté motivada sólo por el divertimento o la distracción, porque, como se ha visto, para muchos es muy importante “mantener la mente en algo”. Sin embargo, puede inferirse –por qué no- que la cosa va más allá.

Capítulo V

Los que se ocupan

Se ha esbozado que la indigencia, como fenómeno, comporta diferentes variables y actores. Por eso, su responsabilidad no puede recaer sobre un solo ente. Sin embargo, de parte de la sociedad, es el Estado el que, con su capacidad organizativa, debe presidir, diseñar y poner en práctica las políticas que se orienten a la solución del problema.

El Estado venezolano, de acuerdo con la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, tiene como fines esenciales “la defensa y el desarrollo de la persona y el respeto a su dignidad, el ejercicio democrático de la voluntad popular, la construcción de una sociedad justa y amante de la paz, la promoción de la prosperidad y bienestar del pueblo y garantía del cumplimiento de los principios, derechos y deberes reconocidos y consagrados en esta Constitución” (artículo 3). Entre esos derechos están el derecho a la vida, a la vivienda, al trabajo, a la alimentación, a la seguridad (social, ciudadana, alimentaria). Todos son derechos vulnerados en las personas en situación de calle, cuya vida está en constante riesgo y exposición porque no tienen techo propio, ni empleo digno, ni garantía de comer al menos tres veces al día. La indigencia es una negación de todas esas garantías estatales y, por lo tanto, una situación indigna que poco tiene ver con la democracia, la justicia, la paz, la prosperidad y el bienestar que el Estado debe brindar constitucionalmente.

Entonces, sea cual sea el número, sean muchos o pocos, con el nombre que sea, es una obligación del Estado la de atender a esta población vulnerable. En ese sentido, Tomás Palacios argumenta que “en una sociedad moderna, independientemente de su grado de modernidad, el Estado tiene un papel ineludible porque es la representación organizada del conjunto de la sociedad, un brazo de la sociedad. Si la indigencia es un problema de dimensión social, el Estado no está al margen de la generación de esa condición social, tampoco de su solución”.

De una primera observación puede inferirse que, mecanismo esencial para la mitigación del problema, El Estado ha adoptado medidas afines a la reclusión en instituciones, que encajan con la definición de Goffman en su trabajo sobre los internados psiquiátricos (1961): “un lugar de residencia y trabajo donde un gran número de individuos en igual situación, aislados de la sociedad por un período apreciable de

tiempo, comparten en su encierro una rutina diaria, administrada formalmente” (pág. 13). Esas medidas, en consecuencia, han producido una gran cantidad de “indigentes institucionalizados” que, de acuerdo con la investigación de las psicólogas Jennifer Nava y Wendy Pellegrino (2001) –que trabajaron con los usuarios de los centros “Luis Ordaz” y “Hermano Lucas Pérez” en Caracas-, reflejan un conflicto frente a la acción moralizante (y normativa) del hospicio, que empieza con la resistencia de los individuos habituados a otros estilos, y termina con la imagen denigrada del individuo “adaptado”, mortificado y avergonzado de sí mismo.

Para el 2001 la investigación reportaba que la relación política entre individuo y estructura se establecía en términos de un trueque: opresión física a cambio de alimentación y atención del Estado. A continuación veremos si esa realidad se mantiene y se pasará revista de las políticas públicas que actualmente el Estado, en sus diferentes instancias –nacionales, regionales o municipales- está implementando para la mitigación del fenómeno.

Evolución política

Durante el gobierno de López Contreras, en 1939, el Estado venezolano creó una primera Ley de Vagos y Maleantes, que fue reformada cuatro años después, en tiempos de Medina. En 1950, se creó un nuevo estatuto derogatorio de la ley anterior y seis años más tarde, durante el régimen de Pérez Jiménez, se creó una nueva que duraría cuarenta y un años en vigencia.

La ley no habla de indigencia porque a mitad de siglo XX no era un fenómeno palpable, ni un problema social dentro de una Venezuela y una Caracas bucólicas. Sin embargo, en los años subsiguientes fue aplicada contra las personas que no tenían morada fija, y que por ello estaban obligadas a esconderse para no ser tomados por vagos o maleantes, términos, por cierto, bastante estigmatizantes.

El espíritu de la derogada ley se concentraba en la “peligrosidad” de los individuos que, aún sin haber cometido delitos, representaban una amenaza al orden social. Lo grave es que, permitía que las fuerzas policiales y el sistema judicial dictaran medidas privativas de libertad, sobre la base de supuestas faltas que no están tipificadas como delitos.

En 1985, un abogado de nombre José Núñez, interpuso un recurso de nulidad e inconstitucionalidad total de la Ley de vagos y maleantes ante la Corte Suprema de Justicia. De hecho, la constitución vigente en ese momento –la de 1961- ya rezaba, en

su artículo 60, numeral 1 que “la libertad y seguridad personales son inviolables, y en consecuencia: nadie podrá ser detenido, a menos de que sea sorprendido infraganti, sino en virtud de orden escrita del funcionario autorizado para decretar la detención, en los casos y con las formalidades previstas por la ley”.

Sin embargo, no fue sino hasta el 2 de julio de 1996, a finales de la administración de Rafael Caldera, cuando se reasignó la ponencia, y un año después, el 5 de junio de 1997 la CSJ derogó finalmente la Ley de vagos y maleantes, aprobando el recurso interpuesto por Núñez doce años antes.

Paralelamente a la reasignación de la ponencia, el 6 de julio de 1996, la Cámara del Municipio Chacao promulgó el decreto No. 006-96, mediante el cual se prohibía la mendicidad en todo el ámbito del municipio Chacao.

Pero en 1989 el Estado, desde la recién creada Gobernación de Caracas, ya había emprendido su primera iniciativa para la mitigación de la situación de calle en la ciudad, con la creación del Centro de Atención Integral para el Indigente “Luis Ordaz”, ubicado en San Martín, en las adyacencias del Hospital Militar, con una capacidad para 150 personas de sexo masculino. Actualmente está adscrito a la Secretaria de Desarrollo Social de la Alcaldía Mayor.

La segunda gran iniciativa del Estado provino de la Alcaldía del municipio Libertador, diez años más tarde en el año 1998, con la creación del Centro Municipal “Hermano Lucas Pérez”, ubicado en la cota 905 y con una capacidad máxima de 120 personas. Allí sí se tomaban en consideración los casos de mujeres en situación de calle. Actualmente se llama Centro de Atención Psicosocial y sigue operando en la misma sede.

Así, cuatro años más tarde, el 8 de febrero de 2002, el Cabildo Metropolitano de Caracas publica en Gaceta oficial número 37.382, la Ordenanza de Atención al Indigente, que se propone, en su artículo 1, “procurar su integración al grupo familiar y a la sociedad como ejercicio pleno y efectivo de sus derechos y garantías consagradas en la Constitución y las leyes de la República.”, y que define a la indigencia, en términos locales, a la “situación en la cual una persona se encuentre abandonada en todo lo inherente a sus responsabilidades, valoración y logro personal; careciendo de vivienda y deambulando en la jurisdicción del Distrito Metropolitano de Caracas” (artículo 2). En ese sentido, la ordenanza propone la creación de centros de rehabilitación, compuestos por equipos multidisciplinarios que garanticen asistencia médica, desarrollo de actividades educativas, recreativas, culturales y de capacitación

laboral, y así provean a esta población de la atención que necesita, al tiempo que informen a las familias sobre sus obligaciones de indigentes.

De esta manera es que, tres años más tarde, el 27 de junio de 2005 nace oficialmente el Ministerio de Participación y Desarrollo Social, mediante Decreto No. 3.753 de Presidencia y, casi simultáneamente la Misión Negra Hipólita, siendo éste el primer programa nacional orientado a la reducción de la miseria y a la erradicación del fenómeno de la indigencia y la recuperación de los espacios públicos. En 2007, el Ministerio pasa ser el del Poder Popular para la Participación y Protección Social y la misión pasa a ser Fundación Misión Negra Hipólita, con el objetivo de ejecutar “planes, programas y proyectos dirigidos a la atención y formación integral de todos los niños, niñas, adolescentes y adultos, con especial énfasis en aquellos que se encuentren en situación de calle, adolescentes embarazadas, personas con alguna discapacidad y adultos mayores en situación de pobreza extrema y sus familiares de origen”.

Pacientes

La Alcaldía de Libertador ha sido una de las instituciones pioneras en la búsqueda de una solución para la indigencia, en medio de un contexto en el que en Caracas ya se notaba el colapso urbanístico, y en el que este problema era considerado como un problema local. Para atender a la población más vulnerable de la ciudad, fue creada en 1998, durante la gestión de Antonio Ledezma, la Fundación Acción Social, presidida por la Primera Dama del municipio, y “que orienta su plan operativo hacia la aplicación de programas sociales dirigidos a dar respuestas a los más necesitados”. Conjuntamente, fue creado el Centro Municipal Hermano “Lucas Pérez” adscrito a la Fundación.

Entrado el nuevo milenio, durante la primera gestión de Freddy Bernal, la institución eliminó el nombre del religioso y quedó rebautizado como Centro de Atención Psicosocial que siempre ha operado en la cota 905, y que ahora se concentra en pacientes psiquiátricos en situación de calle, o casos especiales como personas con VIH o adultos mayores en indigencia.

Desde el año 2000, la Fundación de Acción Social estuvo presidida por Sonia Alvarado de Bernal, hasta que en el 2007 abandonó el cargo por otros compromisos políticos, y la presidencia pasó a manos de Martha Benavides, quien se desempeñaba como Directora de Gestión de la Alcaldía de Caracas. En el último cambio de directiva, la Dirección de Programas fue asumida por la trabajadora social Alba Bolívar.

Como punto de partida Bolívar sostiene que los que viven en indigencia son los excluidos de los excluidos y “el producto de la manera en que está organizada la sociedad capitalista, en la que el capital priva sobre el ser humano”. Para Bolívar, el tema ideológico es fundamental en la medida en que la manera de entender el problema determina los enfoques de sus soluciones. En ese sentido, la directora admite que no todo es fortaleza.

- Nuestra debilidad es que estamos asumiendo los problemas con las mismas estructuras sociopolíticas e ideológicas del capitalismo. Hay mucha gente con postura revolucionaria, pero ideología capitalista, que piensa que estas personas son malos, o depravados que no supieron administrarse.

Así, Bolívar asimila directamente las posturas prejuiciosas con el capitalismo. Por eso, la Fundación ha decidido crear una nueva estructura física, a la par de una sensibilización del equipo humano.

- Se está construyendo, una nueva estructura que pretende ampliar la cobertura. Actualmente tenemos entre 60 pacientes. Cuando esté lista la nueva estructura vamos a pasar a 200, que estarán en un espacio mejor distribuido y más adecuado para las dinámicas y terapias.

Al respecto, Bolívar precisó que la construcción se está realizando en la sede del mismo centro, por lo que todavía están estudiando si derribar el otro edificio cuando esté listo el nuevo, que aseguró sería para septiembre de 2008.

- Pero lo que hace la diferencia no son las estructuras sino la gente, el equipo de atención y el pensamiento –advirtió Bolívar-. Si asumimos que son borrachos y malos, los vamos a maltratar. Si asumimos que esa población está siendo violada, o autoviolada, en sus derechos, tenemos que asumir que somos garantes de derechos y hay que tratarlos adecuadamente para procurar la reinserción.

El centro tiene una capacidad máxima de 80 personas, pero se ha reducido por causa de la especialización del hospicio –ya no trata personas con fármacodependencia- y debido a la nueva construcción, lo que ha dado pie a que se hayan trasladado algunos pacientes a otros centros de atención y se haya suspendido, desde diciembre de 2007, los operativos de captación que últimamente se venían haciendo de forma conjunta con la Misión Negra Hipólita. “No hacemos más operativos por la capacidad reducida. Recibimos las urgencias de que nos envía la Oficina de Apoyo Técnico dirigida por Salas”, explicó Bolívar.

Las personas que llegan son aseadas, alimentadas y evaluadas por el equipo interdisciplinario, trabajo social, medicina general, psicología y psiquiatría. Todos tienen diagnóstico psiquiátrico, pero la psiquiatra renunció hace dos meses. Posteriormente, se intenta el contacto con la familia, con los datos que los pacientes pueden dar.

- La intención es estabilizarlos. Les vamos haciendo seguimiento. Les garantizamos atención médica, psiquiátrica, terapia, medicamentos, recreación. Las patologías psiquiátricas se estabilizan, se controlan pero no se curan. El drama es que no hay cupo –señaló la directora de programas.

Bolívar aseguró que la atención en el centro es de calidad y contó que la primera vez que fue al centro, siendo directora, se hizo pasar por una trabajadora social que buscaba empleo, y allí pudo observar la buena atención, la paciencia del personal humano y también la calidad de la comida.

- Ya hay una modificación de la actitud del recurso humano, que se ha sensibilizado. Hay ahora conciencia de que somos garantes de derecho, porque para eso el Estado nos paga. De que somos servidores públicos y debemos hacer nuestro trabajo con amor, dedicación, honestidad, respeto y estima por el otro –concluyó Bolívar.

Según las estadísticas del centro, desde 1998 hasta el año 2005 se habían atendido 714 pacientes, de los cuales 84% han sido varones, 45% que tienen entre 40 y 60 años, un 66 % de personas que pasan menos de un año en la institución, y 22 reinserciones felices.

En entrevista efectuada en 2006, la directora anterior, Lennys Lurúa sostenía que principal logro había sido la reincorporación al mercado laboral de 10 pacientes durante el 2005. Entre ellos está Olga Durán, que tiene tres años desenvolviéndose como personal de limpieza del Unicasa de El Paraíso. Lurúa explicaba el funcionamiento del centro y ya hablaba del proyecto de casa intermedia.

- Los pacientes viven en el centro; es atención permanente, pero se busca la manera de que comiencen a reinsertarse con sus familias. El centro es un régimen cerrado. No puedes llevar comida que te distinga de los demás. Por eso la persona que trabaja ve restringida su libertad, porque ya necesita otro tipo de atención, ya cumplió su fase de rehabilitación, sin embargo sigue con nosotros porque no tiene posibilidad de reinserción. La Alcaldía del municipio Libertador pretende, a partir del año entrante, crear, bajo el modelo italiano, una casa de cuidados intermedios, que sería la primera del país que permita que personas con este tipo de trastornos, que se estén incorporando

al mercado de trabajo pueda tener una vivienda, supervisado, en el que pueda autogestionar la vivienda y utilizar el dinero que cobre para cubrir los gastos de lavandería, de comida y esas cosas, siempre observado por facilitadores.

Para el 2006 todavía no se habían suspendido los ingresos por operativos. Lurúa explicaba que entre las formas de ingreso estaban los operativos bimensuales con la Misión Negra Hipólita, los que eran referidos por las comunidades o por las familias, así como otros operativos en cooperación con instituciones religiosas. Asimismo insistía que los que ingresaban por voluntad propia constituían un porcentaje mínimo de casos, en los que los individuos ya tienen conciencia de enfermedad.

En cuanto al egreso, Lurúa explicaba que no debía ser antes de que se cumplieran dos años del ingreso, pero que ello dependía con las condiciones del paciente; “si el paciente está estable, si puede manejar su carga de medicamentos, si puede reinsertarse, eso hace que el equipo técnico evalúe y decida si le da su alta médica. Si no hay reinserción se trasladan a un hospital psiquiátrico o se hace el enlace con el INASS -Instituto Nacional de Servicios Sociales- si son muy mayores.

- La conciencia de enfermedad

Asdrúbal Gago, psicólogo del Centro Psicosocial, sostiene que además de las adicciones, son frecuentes en las personas en situación de calle otras patologías mentales, como esquizofrenia, trastorno bipolar, retardo mental, trastornos orgánicos, demencias, trastorno de conducta. Apenas llegan son inmediatamente evaluados

-¿En qué consiste la evaluación?

- Vamos hacia la conciencia de la enfermedad y en el examen mental que también lo hace el psiquiatra, chequeamos las funciones cognitivas superiores, para saber cómo está funcionando y hacerle un diagnóstico para determinar cuál será el tratamiento a seguir de acuerdo a los resultados de la evaluación. Eso se discute con el psiquiatra y el equipo técnico para buscar las líneas de atención.

- ¿Qué es lo que más consiguen en ese primer diagnóstico?

- Primero que no hay conciencia de enfermedad, muchas veces con resistencia a quedarse en el centro, deseo de consumo de cigarrillo, alcohol o drogas...

- ¿En qué consiste la conciencia de enfermedad?

- Es saber realmente que hay una enfermedad, que hay un trastorno determinado y que requiere atención, puede ser atención médica, Es reconocer que requiere unos

medicamentos para poder estabilizarse y que requiere otro tipo de atención para poder enfrentar los problemas que se le puedan presentar en la vida, a nivel social y personal.

Gago afirmó que el enfoque es multidisciplinario en la medida que la atención no es sólo psicológica en términos terapéuticos, ni solo psiquiátrica en términos farmacológicos, sino que trasciende a la esfera de lo social, esfera en la cual el trabajador social procura visitar y entrevistar a las familias de los pacientes, así como ofrecerles talleres para darles las herramientas necesarias para atender y comprender la conducta de su familiar enfermo.

- ¿Estar en la calle, para usted, supone siempre una enfermedad o es solo que aquí atienden estos casos?

- Bueno, hay unos que sostienen que todos parten de una enfermedad mental, hay otros que sostienen que hay una raíz social que está generando la problemática. No obstante sería algo mixto, porque muchos tienen desajustes o trastornos mentales que los están llevando a la calle, como las personas que empiezan a consumir droga y comienzan a tener problemas en la familia, en el trabajo, por un trastorno mental progresivamente. Y si está en la calle es porque ya es una enfermedad, un trastorno –sentenció-. Y hay otros que es por demencia, porque pierden orientación y memoria, y a muchos familiares se les pierde, y se convierte en un deambulante, un demente.

Si bien no se desestiman las variables sociales, el punto de partida del Centro de Atención Psicosocial es que todas las personas en situación de calle tienen una enfermedad mental, previa a la situación de calle o adquirida en calle. El último caso aludido por Gago es similar al de Olga Durán que, perdió orientación y memoria y quedó en la calle, deambulando.

El psicólogo habló del estrés postraumático como una posible causa psicológica para la indigencia, en la que la personalidad del individuo queda profundamente impactada por la ocurrencia de un evento significativo. Asimismo, Gago afirmó que ciertas condiciones sociofamiliares predisponen al sujeto a que desarrolle una enfermedad mental, lo hacen vulnerable, si no tiene un nivel óptimo resiliencia, es decir, si no tiene la capacidad de enfrentar y superar situaciones difíciles en condiciones adversas.

- ¿Cómo es la evolución psicológica de los pacientes una vez que ingresan aquí?

- Ellos primero tienen una adaptación al centro, tienen que aprender normas, límites, hábitos, conciencia de enfermedad, de relaciones interpersonales, saber sobre las situaciones de conflicto, de conductas inadecuadas, terapias individuales, manejo de

ansiedad mediante relajación, trabajos de grupo, que son para darle herramientas de habilidades sociales y afectivas que requieren para que funcionen socialmente de manera adecuada. Luego viene la preparación para su reincorporación social, que puede ser por medio de un trabajo, depende de si la persona tiene familia, o si necesita ser custodiado o no, depende muchos factores, pero se prepara todo eso, y así, de acuerdo con la situación, se ayuda a la persona a poseer herramientas para enfrentar su situación, para que no vaya a recaer, o a descompensarse psicológicamente.

Gago sostuvo que la reincorporación es posible en algunos casos, pero que a menudo se topan con el obstáculo de la incapacidad material o emocional de familias que, muchas veces, ofrecen un medio desfavorable para la enfermedad. Señaló, asimismo, la actitud de familiares que simplemente no quieren ocuparse de la persona. Según Gago, son muy pocos los casos en donde está la presencia de la familia. En esos casos la reinscripción es más fácil y se procura no sólo el contacto y las instrucciones, sino el apoyo directo en cuanto a medicinas.

- Y si recaen, la familia nos llama y solucionamos. La familia es un nivel importante de contención. De la familia depende muchas veces el éxito o fracaso de la reincorporación social. Nosotros estamos haciendo casas intermedias, donde los reinsertados trabajan y tienen adonde ir, para hacer sus necesidades básicas. Nosotros los supervisamos.

Algunas personas están en el Centro Psicosocial desde su fundación, cuando el proceso debe durar dos años. De acuerdo con el psicólogo, eso depende de la existencia o ausencia de la familia y de la naturaleza de la enfermedad. Pero en la mayoría de los casos, si no hay una familia no es prudente que el paciente egrese porque puede descompensarse fácilmente si incumple el tratamiento. En todo caso, Gago hizo énfasis en que la permanencia en el centro es temporal, a diferencia de las colonias psiquiátricas adonde son referidos los pacientes, cuyos casos son considerados resignadamente irreversibles.

En cuanto a la casa intermedia, Gago insistió en que es un proyecto, muy necesario para que las personas estabilizadas no desarrollen la desesperanza, ni sientan que no progresan

* * *

Las damas voluntarias de la comunidad de La Florida, enteradas de la existencia del recién inaugurado Centro Municipal “Hermano Lucas Pérez” y de la enfermedad de la madre, decidieron llevar a Olga Durán a la cota 905. Después de la evaluación psiquiátrica se determinó cuál sería el tratamiento, que ha estado recibiendo por espacio de nueve años. Hasta la fecha, ha evolucionado satisfactoriamente, y aunque su condición actual es estable, suele presentar altibajos. El único familiar que tiene es una hija que no pudo criar y que, además, se dedica a la prostitución. De modo que, pese a su estabilidad, no puede salir del centro definitivamente todavía. Su reinserción no es total, pero sí se ha logrado en el plano laboral.

- Tengo nueve años aquí. Esta ha sido mi casa. Yo empecé en talleres diferentes. Empecé trabajando en la cocina, yo no conocía nada de eso porque mi mamá era la que hacía la comida en la casa, era primera vez para mí –sonrió Olga-, entonces me desempeñé como ayudante de cocina. Limpiaba los mesones del comedor, estaba en el taller del vivero, ahí iba todas las mañanas. Trabajaba en esos jardines, eso está recién construido, eso eran unos jardines –dijo señalando la construcción de la nueva estructura-. Ahí trabajamos todas las tardes, para mantener la casa limpia... Yo trabajé en el vivero hasta hace tres años.

Desde el 2005, Olga Durán toma el transporte público y se desplaza sola hacia el Unicasa de El Paraíso, donde se desenvuelve como personal de limpieza, junto a otro paciente del centro. Según ella, el trabajo de mopear y limpiar le ha hecho mucho bien.

Por su parte, César Martínez deambulaba mucho por la Plaza Candelaria últimamente, y allí fue donde lo agarró la Policía de Caracas en un operativo.

- Y no fue de noche, fíjese. Pasaron por la plaza y cargaron conmigo. Iban en unas camionetas blancas. Estaban haciendo ese día casualmente el recorrido, porque eso no lo hacen todos los días, un operativo. Pasaron ese día y caí.

- ¿Y usted se opuso?

- No. Yo dejé a ver adónde me llevaban. Tampoco me podía oponer a la brava porque era peor. Con eso, yo y otros más venían conmigo. Un señor mayor que desapareció, yo no sé si lo soltaron.

Don César dejó claro que, aunque otras veces recibió maltrato de la policía, en esa oportunidad no fue así. Asimismo relató que la institución intentó hacer el contacto con tres hermanos menores que nunca volvió a ver, hijos sólo de su padre, dos hembras y un varón que son universitarios.

- Yo fui con la trabajadora social de aquí la semana pasada. Me llevaron el viernes pasado. Hablé allá porque yo me acordaba del apartamento donde vivía la señora –la esposa de su padre-. Estaba ella allí y nos atendió muy bien, una señora educada. Pero en concreto no quedamos en nada. Ella alegó una serie de cosas, y tiene razón, que por los momentos ella no tenía dónde alojarme porque hay una gente ocupando la habitación. De mis hermanas hembras, dijo la señora que una está en Río Chico y la otra, que es médico, está en Margarita.

Prevención y apoyo técnico

En vista de la especialización del Centro Psicosocial en cuanto a pacientes psiquiátricos, la Alcaldía de Libertador cuenta también con una Oficina de Apoyo Técnico a las Comunidades adscrita la Misión Negra Hipólita. Está compuesta por funcionarios de la Alcaldía que ejecutan las políticas diseñadas a nivel central. No obstante, tienen autonomía para aplicar otras medidas y tomar otras decisiones sobre la jurisdicción y, a la vez, tienen la responsabilidad de articular estrategias con otras instancias de la municipalidad, como los encargados del aseo urbano, los cuerpos de bomberos o la propia policía municipal que asiste la oficina permanentemente.

Alexander Salas es sociólogo y, actualmente, el Comisionado de la Misión en Libertador y, en ese sentido, la máxima autoridad del municipio en materia de indigencia y, al mismo tiempo, un puente entre la Alcaldía de Caracas y la Misión Negra Hipólita. Nada en su ropa lo identifica con la misión. Tiene una chaqueta negra, con una placa que parece policial, y así se presenta en abordajes, desalojos y talleres comunitarios.

Salas comienza por reconocer que no ha sido fácil poner la estructura organizativa de la Alcaldía a la orden de la misión, porque el ministerio fue creado a la par de la misión, y ello ha dificultado la posibilidad de ofrecer un producto tangible, por tres razones: “primero, la población va creciendo cada vez más; segundo, hay distintas ópticas; tercero, el Estado no estaba preparado a nivel de infraestructura para poner a estos pobladores de calle. No hay suficientes psiquiatras, todavía no hay suficientes toxicólogos, no hay el personal especializado para estas personas, y sobre todo no hay la cantidad de centros que dependan del Estado, por lo que hay que hacer alianzas con otros entes para poder abordar el tema”. De acuerdo con Salas, la gestión actual del Ministerio está orientada hacia la creación de esa plataforma.

- En el caso de la Alcaldía, nosotros ejecutamos políticas, no las diseñamos, entonces, vas a ver que de repente para mí, las cifras dicen que hay 6760 indigentes - 5248 hombres y 1512 mujeres- en Caracas, pero ellos manejan una cifra diferente, porque el método de conteo fue hecho con el Instituto Nacional de Estadística, que maneja otro método. A diferencia del Ministerio, mi levantamiento de información tiene que ver con mis educadores de calle, que aparte de manejar el tema de la captación, hacen recorridos diarios que no son montados en una unidad, y eso permite que conozcan la población, que no se hagan conteos dobles. Pueden además identificar que el mismo indigente que esta en el río Guaire puede estar después pasando el día en la plaza San Martín, entre otras cosas, por eso digo que las cifras que nosotros manejamos son mucho mas cercanas.

Paralelamente, la Oficina de Apoyo Técnico ha realizado operativos de impacto en los espacios públicos tomados masivamente por los pobladores de calle. Así fue el caso de la avenida Boyacá donde, en los distribuidores San Bernardino y Baralt, estaban instaladas decenas de personas que, según notas del diario Últimas Noticias, vivían allí desde fines de 2006 y eran desertores de la Misión Negra Hipólita. Tenían tomado esos tramos de la vía con viviendas improvisadas, letreros con consignas y carpas que pertenecían a la misión. Habían ocasionado accidentes de automóviles que circulan a altas velocidades por allí. En 2006, García Carneiro negó que las carpas fueran todavía propiedad del entonces Ministerio de Participación Popular y Desarrollo Social (Minpades), y aseguró que esas personas sólo querían fumar droga y que se les llevara alimento, sin asistir a ningún centro. En esa oportunidad, como lo reseña la prensa, el ministro afirmó que las personas se identificaban con un organismo metropolitano y sugirió que alguien de la Alcaldía Mayor pretendía “malponer” el trabajo de Negra Hipólita. En 2008 la Oficina de Apoyo Técnico, asistida por la Policía de Caracas, se encargó de desalojar a las personas y destruirle los “ranchos” que habían construido, para trasladarlos a la Granjas Oasis –perteneciente a un grupo cristiano-, con las que tienen convenio. Esas situaciones son consideradas por Salas como problemas de salud pública, por lo que requiere el apoyo de las fuerzas policiales de la ciudad para la captación de las personas y su traslado a la Carpa Los Caobos, donde el Ministerio asume el direccionamiento del caso.

De acuerdo con Salas, el fuerte de su organismo es la prevención y la capacitación comunitaria, cuestión imprescindible para involucrar a la comunidad en el problema como los Comités de Protección e Igualdad proponen.

- La idea es, primero, capacitar a la comunidad para que entienda la magnitud del problema, para hacer el diagnóstico, porque ellos te ayudan a caracterizar al individuo, y eso te ayuda a crear mecanismos para saber cómo vas a trabajar, qué casos vas a vincular con la misión negra Hipólita y qué casos vas a resolver con la misión operativa de la Alcaldía porque si hay una persona en situación de calle, que tiene a su familia dentro de la comunidad y lo que necesita es atención médica, tú no vas a mandarlo a la negra Hipólita, no vas a institucionalizar el caso, en cambio si es una persona que requiere evaluación psiquiátrica, tú lo vas a mandar a la Fundación de Acción Social.

Salas explicó que desde la Alcaldía, en cooperación con el Mnisterio, se han dictado charlas y talleres con material de apoyo y estructura tecnológica de la Alcaldía. Se busca reunir a la comunidad y proyectar, a través de los equipos tecnológicos. La Oficina se apoya en las juntas parroquiales y en los comités de tierra y mesas técnicas para difundir su información, con el objeto de involucrar a la comunidad en función de la participación y la corresponsabilidad.

- Es muy fácil que las comunidades pidan “tengo este loco aquí en la esquina y quiero que lo saquen”... Eso es lo más común, incluso me llegan a través de oficios. Yo generalmente les respondo, “no, no los podemos atender” y una vez que tengo clara la situación les digo “vamos a hablar. No fue del asfalto que salieron, ni los carros paren gente, eso tiene una razón de hacer” y por ahí uno va orientando -señaló Salas, quien también indicó que la actitud de la gente es positiva al menos en un 75%.

Según la data proporcionada por el personal técnico de la Oficina, las cinco parroquias con mayores individuos en situación de calle son: Candelaria (575), Sucre (540), San Juan (475), Coche (440) y Antímano (430).

- La dinámica de estos pobladores de la calle –explicó Salas- es que ellos obedecen a sus intereses particulares. Hay parroquias que tienen una mayor cantidad de desechos comestibles, como La Candelaria, que es la parroquia que más restaurantes tiene. La parroquia San Bernardino tiene muchas fábricas que generan mucho cartón, entonces las personas no duermen ahí pero pasan el día allí buscando cartones, esa es una parroquia de tránsito.

De igual manera, Salas apuntó a los casos en que la comunidad se sirve de los indigentes y los aprovecha como mano de obra barata, como en el caso de La Vega, donde se utilizan para botar basura, cargar y transportar escombros, cargar y trasladar materiales y bombonas de gas. El problema que ocurre es que la comunidad le da todo

ese uso explotador y el dinero que los indigentes logran recabar lo utilizan, fundamentalmente, para el consumo de drogas. Luego la comunidad, desesperada, no se explica por qué el aumento del consumo de drogas y llama a la Alcaldía para que los desaloje.

- Si no estuviese esa oferta, La Vega no sería nada atractiva para los indigentes, a excepción de que allí pudieran conseguir la droga, pero para más nada porque no tiene condiciones para la pernocta, ni para alimentación, pero sí para conseguir dinero - analizó-. Eso hay que estudiarlo, entonces, ¿qué hago yo en La Vega? Monto un taller y les muestro fotos. Es casi un trabajo de inteligencia: este señor vende metales aquí, le vende y le compra a esta gente. Y les digo “yo me encargo del poblador de la calle que es mi objeto de ser, pero ustedes ocúpense de ese señor que vive en la comunidad de ustedes” ¿Ves? Es todo un sistema que no se puede quedar solamente en agarrar a la gente y llevársela a un centro –criticó.

Muchos de los diagnósticos estaban hechos antes del nacimiento de la Misión Negra Hipólita. Según Salas, toda esa información se le suministró al primer ministro de esa cartera, Jorge García Carneiro. “Lastimosamente él se agarró por otros caminos y se fue más por la asistencia que, a mi criterio propio –y no lo digo como institución-, potenció el problema, porque si en un sitio de indigentes tú llevas un camión de comida... No se hizo un criterio estratégico”, dijo ejemplificando con la instalación de unos de esos camiones en la Plaza O’leary, que ya había sido recuperada.

Para Salas, lo más difícil del trabajo es garantizar que las personas, una vez recuperadas, cuenten con mecanismos de recepción social y familiar.

- La gente es sensible para dar un plato de comida, o cuatrocientos bolos, pero no es nada sensible para brindarles oportunidades después que está en proceso de recuperación. Los olvidan. Son muy raras las veces que se logran fortalecer vínculos. Y eso es básico, porque nadie se va a la calle por problemas económicos. Las estadísticas dicen que las principales razones por las que la gente se va a la calle son los problemas socioafectivos. Hasta que no se solucione ese eslabón, que la persona tenga otro par afectivo u otra familia que pueda servir de contención. Mientras no se haga eso, no hay recuperación posible. Ese es mi criterio -concluyó.

En sus primeros dos años, la Oficina logró captar a 3503 indigentes, de los cuales 2108 fueron trasladados a centros de atención. Las cifras del 2008 están actualizadas hasta mayo, e indican un total 394 personas en 36 operativos.

- Brumas del mar o la “tapa del frasco”

Ante el “repunte” de la situación de calle en la ciudad y la congestión de los centros del área metropolitana, la Alcaldía de Caracas está construyendo un nuevo centro de atención en el estado Vargas. Aunque será inaugurado a finales del 2008, ya prevén que Brumas del Mar no será cualquier centro.

En el mismo año de la creación de la Oficina de Apoyo Técnica, se redactó el anteproyecto de Brumas del Mar. Al año siguiente, en 2007, se hizo efectiva la compra por 2,5 millardos de bolívares –antes de la reconversión monetaria- de un terreno de 512 hectáreas en la Bahía de Camuri Chico, en las faldas del cerro El Ávila. Aunque en aquella oportunidad no mencionó el nombre del proyecto, Freddy Bernal anunció públicamente la compra en julio de 2007, a través de los medios de comunicación y señaló que se inauguraría a finales de ese año.

Mariangela Conde es Gerente del Proyecto y aclaró que lo que se está construyendo es “un centro de atención integral a adultos en situación de calle, una comunidad terapéutica donde se les dará atención médica primaria, capacitación e información, además de las herramientas principales para el desarrollo porque nuestro objetivo final sería la reinserción social y familiar de estas personas, para lo cual se les dará formación laboral”.

En ese sentido, Conde informó que tendrán convenios con el Inces y la Misión Ché Guevara del Ministerio de Economía Comunal, en materia de capacitación, para que los usuarios del centro aprovechen la finca agroecológica de que dispondrán, y tengan capacidad laboral una vez que salgan de allí. Asimismo indicó que procurarán hacer los re-enlaces con los familiares.

- ¿En qué se diferenciará del Centro Psicosocial?

- En principio, en el ambiente. Este centro estará a las faldas de la montaña y frente al mar. Tiene un gran terreno donde actualmente se están cultivando plantas medicinales y hortalizas. Es un proyecto socioproductivo, donde ellos aprenderán a trabajar la tierra, a la cría de animales. Actualmente tenemos gallinas ponedoras, además que el contacto con animales también es terapéutico. El de la cota 905 atiende sobre todo a personas con problemas psiquiátricos y adultos mayores –distinguió Conde.

En medio del paisaje, el edificio tendrá tres pisos y tienen previsto atender a 600 personas en el primer año de actividad, con lo que esperan atenuar las altas cifras de indigencia en la ciudad capital. Según Conde, el fuerte del centro será lo biopsicosocial

y, en especial, “el tema social”, por lo que esperan contar con una importante cantidad de trabajadores sociales, terapeutas ocupacionales y sociólogos.

Alexander Salas no tiene problemas en calificar que el centro será “la tapa del frasco” en el tema de la indigencia.

- Eso sería la gran respuesta y, me perdonas la falta de modestia, pero creo que sería “la tapa del frasco” en el tema de la indigencia. Porque la gran debilidad es que no hay centros que puedan dar la contención, la atención y la preparación para la reinserción social. Eso es Brumas del Mar, 542 hectáreas de todo un desarrollo socioproductivo, no agroproductivo, con todas las estrategias para que ellos puedan comercializar sus productos. Que no se queden sembrando guayabas sino que puedan comercializar sus guayabas, sus quesos. La idea del convenio con el Minec garantizarles un trabajo en el corto plazo, todo acompañado de la ayuda de psiquiatras, psicólogos, terapeutas ocupacionales, que van a ayudar a ir desmontando las conductas y promoviendo conductas nuevas dentro de un ambiente protegido.

- Pero el Manantial de los Sueños (de la Alcaldía Mayor) tiene algo similar, ¿no?

- Se pensaba que iba a ser así, pero lastimosamente terminó siendo Manantial de Pesadillas –señaló Salas-. Hubo una estandarización, yo no puedo tratar a una persona que consume crack igual que una que consume marihuana. Allá no hay tratamientos diferenciados, sino terapias colectivas.

Salas afirmó que hay gente que ha desertado del Manantial de los Sueños porque trabajan con perfiles inadecuados, como gente desempleada que no ha vivido en la calle. “Aquí se atenderá a la población que hay que atender y no mezclar las cosas. Trabajaremos con un equipo médico y tecnología cubana de punta”.

Semi-Techo

Luego del decreto promulgado por la Cámara del Municipio Chacao, en 1996, se implementó un Programa de Ecología Social, adscrito a la Dirección de Desarrollo Social, Deportes y Cultura de la Alcaldía, que atendió algunas necesidades básicas de las personas que deambulaban por las calles y plazas del municipio.

Durante los siguientes siete años, sólo se realizaron labores aisladas de voluntariado para proveerle a los indigentes algunos insumos en cuanto vestido y alimentación. Pero en 2003, la comunidad del municipio se organizó en torno a la problemática, redactó un documento que exigía la creación de una institución competente, y se lo envió al Leopoldo López, quien culminaba su primer período como

Alcalde de Chacao. En función de ese documento se creó la Fundación Techo y, paralelamente, el Programa Techo, cuyas bases filosóficas se asentaron en septiembre de 2004, concibiendo el programa en los términos en que existe hoy.

En el documento que soporta el funcionamiento del programa, redactado por Francis Añazco, se define la indigencia como “la expresión extrema de la ausencia o la disfuncionalidad de un grupo familiar” y la “condición en la cual una persona carece de medios para su supervivencia y ha perdido todos sus vínculos familiares por lo menos durante el último semestre de su vida”. Asimismo, con base en un sondeo hecho en 2006, el documento señala que el 78% de las personas en situación de calle refieren que fueron motivados por conflictos familiares; un 7% por consumo, 6% por desempleo y el restante 9% refirió otras causas o no contestó. De manera que el Programa Techo nace convencido de que la indigencia tiene sus causas en la familia.

Es discutible, como se ha visto, la condición conceptual de que la persona no haya tenido contacto con sus familiares al menos en el último semestre de su vida. En todo caso, ese es el punto de partida de la Alcaldía de Chacao. Asimismo, según estadísticas del programa, los indigentes presentan las siguientes características:

- 89% son del sexo masculino
- El 89% tiene edades comprendidas entre los 25 y 55 años
- 90% son adictos: consumidores de drogas
- 89% están desvinculados de su medio familiar
- Un 10% presentan trastornos mentales
- Realizan actividades marginales de ingreso
- El promedio de vida en la calle es de estas personas es de 6 años.

En ese sentido, el Programa Techo concibe la indigencia como un problema para la comunidad en términos de derechos humanos –porque las personas son víctimas de abusos, maltratos, discriminaciones, explotación- y de salud pública –debido a los pocos hábitos de higiene y las enfermedades infectocontagiosas sin tratamiento. La misión del programa es “brindar atención integral a la población adulta en situación de indigencia a fin de facilitar su reinserción en los diversos ámbitos de la vida social”. Actualmente cuenta con siete educadores de calle, dos trabajadores sociales, cinco psicólogos, un psiquiatra, un enfermero, un abogado, una planificadora, una

administradora y tres personas en la cocina. Existe el cargo de medicina general, pero en estos momentos está vacante.

Administrativamente, el Programa Techo está adscrito a la Alcaldía de Chacao, pero la Fundación Techo es autónoma. La participación de la Alcaldía era de 80% y ahora totaliza un 30%, mientras que la Fundación, para su financiamiento, se ha apoyado en el sector privado. De modo que la Alcaldía paga algunos salarios de los empleados del Programa, y la Fundación paga otros directamente.

Según sus estadísticas del 2005 al 2007, el Programa Techo abordó a 3589 indigentes, de los cuales captó a 1331, de los cuales, a su vez, 735 cumplieron las dos primeras etapas, 157 fueron referidos a centros de atención y 71 de ellos culminaron el proceso y se reinsertaron laboralmente.

- Etapas y fases

El proyecto escrito concibe cuatro etapas: i) Motivación al Cambio (compuesta por las fases de Atención Primaria y Motivación de calle), ii) Atención Ambulatoria (con las fases de Evaluación Inicial, de Inducción y de Acogida en el Programa, iii) Rehabilitación Psicosocial (con una única fase de Referencia y Acompañamiento); y iv) Reinserción Social (compuesta por la fase de Reinserción y la de Seguimiento). No obstante la distinción entre fases y etapas, el personal del Programa, dispuesto y abierto para dar toda la información, ha resuelto llamar “fases” a las etapas. Esto se advierte para no confundir la terminología en las declaraciones de los coordinadores.

- El Programa se inicia con la fase uno, que es cuando los usuarios vienen por primera vez. Previo a esto, han recibido una motivación en calle por parte de los educadores de calle que, a su vez, tienen dos turnos: uno en la mañana y otro en la tarde. Y tienen zonas especiales asignadas, ellos van recorriendo el municipio y motivando a estas personas a que ingresen al Programa. Muchas veces los educadores regresan solos, porque uno de los requisitos es que eso debe ser voluntario. Aquí no puede venir nadie bajo presión, ni obligados con la policía –afirmó Rafael Guilarte, trabajador social y Coordinador General del Programa.

- ¿O sea que ustedes no trabajan con la Polichacao?

- Sí trabajamos con la policía, pero ellos saben cuál es el norte de la institución, saben cómo es nuestra motivación en calle, aunque podemos aceptar sus sugerencias. Ellos nos acompañan a algunos operativos, nos prestan el transporte para los que quieren incorporarse y nos sirven de resguardo al personal en los operativos nocturnos.

Pero tiene que ser voluntario porque si lo haces bajo presión la persona se va. Entonces, el trabajo de los educadores es vender el programa como otra alternativa. Estas personas (en situación de calle) están acostumbradas al maltrato y a esa imposición, y así no funciona.

La “fase” uno es de atención básica, cambio de ropa y alimentación. Se les asigna a los usuarios una serie de citas que, según Guilarte, funcionan como estrategia de medición del grado de compromiso que tienen y van adquiriendo, y como forma de que los usuarios se aproximen al programa y empiecen a comparar con otros en los que han participado. La mayor parte de los usuarios ha estado en otros centros, especialmente cristianos y evangélicos y, generalmente, los rechazan. En esa fase se comienzan a hacer exámenes médicos y entrevistas sociales y psicológicas, sólo en las fechas que se les indica. Tiene una duración aproximada de dos semanas en las que, además, se hacen averiguaciones con la policía sobre su situación legal y judicial. Asimismo el programa cuenta con los servicios de asesoría legal de Juana González, quien afirmó que aunque algunos han tenido problemas legales, la mayoría de los delitos son menores y comunes.

- Las citas pueden ser un día sí, un día no, o un día sí, dos días no –informó Guilarte con respecto a la primera etapa-. Eso es para ir midiendo a la persona. Mientras menos compromiso tú veas, más rápido se le ponen las citas. Puede ser una cita un día a las ocho de la mañana para el baño y cambio de ropa, la cita con el trabajador social ese mismo día a las tres de la tarde, y con el psicólogo al día siguiente. Los lunes se realiza una actividad que se denomina “contención”, que es donde vienen estos casos que han sido evaluados y están en proceso para ingresar al programa. Eso lo dirige el psicólogo y allí se hacen los informes y se les dice que van a ingresar al programa a partir de ese momento.

Con el ingreso oficial al programa comienza la segunda etapa, en la que las personas deben acudir de lunes a viernes a la sede del Programa en Chacao, desde las siete y media de la mañana hasta las cinco de la tarde. Al llegar por primera vez se les asigna un locker, donde guardan ropa y objetos personales, se bañan, desayunan y comienzan su rutina hasta que cae la tarde y tienen que volver a la calle. Esta segunda etapa tiene una duración que oscila entre los quince días y el mes completo.

En esta segunda etapa es muy importante la asesoría de parte de los trabajadores sociales y de los psicólogos. Así lo aseguró Daniel Silva, Coordinador Psicológico del Programa Techo

- En la segunda fase se les da ropa, se les hace un cheque médico, hematológico, toxicológico, rayos equis, evaluación general del estado de salud de la persona. Tienen asesoramiento psicológico individual, terapia de grupo, terapia ocupacional. Hasta ahora han hecho talleres de encuadernación, orfebrería, de dibujo, y cada una de estas áreas, incluyendo enfermería, les da asesoramiento de salud, sobre enfermedades de transmisión, HIV, tuberculosis, se les da capacitación psicoeducativa –redondeó-. Toda esta fase dos es preparación para la fase tres, que es entrar a un centro de rehabilitación, porque casi el 98% consumen drogas, o padecen de alcoholismo.

- ¿Cómo funciona el asesoramiento psicológico y psiquiátrico?

- En lo psicológico se hace la evaluación inicial, donde se ven todas las áreas de funcionamiento psicológico de la persona, se le hace el examen mental, su estado actual psicológico. Ya una vez que ingresan, tienen terapia individual que consiste en una consulta psicológica como tal, donde se trabaja con la terapia breve y focalizada. Eso depende mucho del terapeuta y de cómo sea su lineamiento, pero por lo general las personas traen sus problemas, exponen los motivos que los llevaron a la situación de calle, al consumo, y bueno, alguno que otro tema que sea de interés para la persona, y se trabaja en ese nivel. Depende de la persona, se pueden aplicar tests psicológicos. Está la terapia grupal, que consiste en grupos emocionales, que son técnicas psicológicas grupales donde la persona muestra algún problema y se hacen reflejos en todos los participantes, grupos psicoeducativos en donde se les habla sobre el consumo, como tal, de las consecuencias, causas, los tipos de tratamiento. Las terapias tienen un efecto, el modelo creo que funciona. Hay deserción en las primeras etapas, pero en la tercera etapa el nivel de deserción es menor, ya cuando la persona adquiere conciencia, es difícil que se vaya.

Según Silva, desde que los usuarios ingresan comienzan a evidenciarse cambios y evoluciones psicológicas en sus actitudes individuales con respecto a la institución y con respecto a sí mismos.

- La asistencia para nosotros es muy importante –apuntó el psicólogo-, si durante el mes tiene tres inasistencias, se les da una suspensión temporal, primero de tres días. A veces, con esta suspensión las personas se ponen incluso a llorar, porque dicen que qué van a hacer en la calle esos tres días, y la persona siente mucho el hecho de no estar aquí. Se nota otro cambio, que es el olor, las personas durante las primeras etapas tienen un olor característico, y se les va quitando y llega un momento en el que el aseo personal es tan importante para ellos, que reúnen dinero y se compran su jabón tal con

su champú tal, porque ellos quieren estar bien, aun cuando aquí se les da esos productos, y de buena calidad, porque muchos son donaciones. Esa actitud frente al aseo ya es un cambio bárbaro. Y cuando llega el viernes se sienten mal porque piensan “oye, no me voy a bañar el fin de semana”, y llegan el lunes hasta irritables comportamentalmente porque se sienten sucios. Aquí se trabaja la autoestima, la figura, la imagen corporal, y ellos ven su cambio de semblante, sienten que han ganado kilos, y eso para ellos es un logro.

Aunque las instalaciones cuentan con diez literas, los usuarios no pasan la noche allí. En cambio, sí disponen de una hora y media para descansar después del almuerzo. Según Silva, son muy frecuentes las manifestaciones de emoción de las personas cuando se enfrentan, por primera vez en mucho tiempo, a un colchón o a la garantía de que se puede dormir profundamente, aunque sea sólo un rato.

- ¿Y el hecho de no pernoctar aquí no es una debilidad de ustedes?

- En principio puede verse como una debilidad, pero es bastante terapéutico, aunque suene salvaje, porque ese contraste calle-techo los hace darse cuenta de las diferencias y ven dónde quieren estar, qué les conviene más. Así valoran más - hipotetizó Silva.

Al respecto, Rafael Guilarte afirmó que es una fortaleza porque las personas en situación de calle no están preparadas para una reclusión, primero por la libertad que tienen afuera y, segundo, por los hábitos que allí practican. Para el Coordinador de Techo, es más idóneo un proceso paulatino, que no sólo prepare a las personas sino que las haga desear ser trasladadas a un centro.

- Ellos inicialmente no están preparados para estar encerrados veinticuatro horas porque muchas veces hay un consumo compulsivo. ¿Qué hacemos nosotros? Bueno, aquí pasan ocho horas sin consumir. Aquí todos sabemos que cuando vuelvan a la calle van a consumir, pero hay una disminución. Con el tratamiento, con las asambleas, con todo es trabajo de equipo que se va haciendo, ellos van sintiendo la necesidad de irse a un centro, y te lo piden “¿cuándo me voy yo?... ya la calle me da miedo”.

Justamente la tercera etapa es la referencia a un centro de atención. La Alcaldía de Chacao no cuenta con un albergue, ni más estructura física que la que tienen en la sede del programa. Por esa razón mantiene relaciones y convenios con centros de organizaciones no gubernamentales, como Hacia un Mundo Nuevo (antigua Reto a la vida), La Posada del Peregrino, Oasis y, en contadas excepciones, con centros del Estado, como con La Encantada, perteneciente a la Fundación Misión Negra Hipólita,

donde les dieron dos cupos recientemente por primera vez. La asignación de los centros depende de la particularidad de cada caso y de la disponibilidad de los centros. La duración de esta etapa es responsabilidad de cada centro de atención, dentro de un lapso de seis meses a dos años. No obstante, el personal del Programa hace visitas periódicas y seguimiento a los usuarios internos en los diferentes centros.

- La fase tres la determinan las instituciones y las comunidades terapéuticas, por ejemplo, exigen de nueve meses a un año. La Posada (del Peregrino) son seis meses. Y cada centro tiene una especialidad. Las comunidades terapéuticas son para gente con problemas de droga. La Posada atiende sobre todo a alcohólicos. En Lídice se encargan de los psiquiátricos, fármacodependencia, en fin diferentes áreas. Claro todo este proceso es bajo supervisión nuestra. Hay visitas constantes de personal de acá que va a visitarlos, evaluarlos. Hay contacto permanente con la gente de los centros. Mensualmente se les envía los artículos de uso personal, tratamiento médico si lo requieren, evaluaciones médicas. Si están en Caracas vamos a la centro, los llevamos al hospital y los volvemos a dejar en el centro.

Una vez que culmina el proceso de rehabilitación en los centros, los usuarios son devueltos al Programa Techo, donde ingresan a la cuarta etapa, que es la reinserción laboral. En ese estadio, los usuarios ingresan a la Bolsa de Empleo como trabajadores de la Dirección de Obras Públicas de la Alcaldía de Chacao, donde cumplen medio turno de trabajo (de siete de la mañana hasta el mediodía), por el que devengan una beca-salario. “Esos trabajos son normalmente en áreas verdes, parques, jardines. Deben venir a almorzar aquí. Ellos salen de allá directo para acá, a almorzar. Periódicamente se le hacen evaluaciones toxicológicas para medir si hay abstinencia o consumo. Eso también tiene su razón de ser”, explicó.

- ¿Y qué consiguen en esas evaluaciones?

- Normalmente ellos ya tienen conciencia y te dicen “recaí, me tomé unos tragos, unas cervezas”. Otros te dirán “me fumé unas piedras”. Cuando son ellos mismo los que manifiestan, activamos los mecanismos de orientación, hacemos que la persona vuelva todos los días a terapia. Se le repiten los exámenes toxicológicos... Cuando nos enteramos por otras personas... por ejemplo, se le hacen los exámenes, salen positivos y lo niega, hacemos que deje la bolsa, y debe ingresar nuevamente a una institución para que reciba el tratamiento adecuado y su puesto en la bolsa se mantiene hasta que vuelvan.

- ¿Y cómo es la actitud en esos casos?

- Hay unos que aceptan porque el tratamiento es de tres meses y saben que cuando regresan, tienen su trabajo igual. Hay otros que no aceptan y sencillamente abandonan, eso es su decisión...Durante ese año que debe durar la bolsa, ellos deben venir para acá, cumplir un procedimiento. Ellos están recibiendo cursos constantemente. Es que hay mucha mano de obra calificada dentro de esa población, herreros, carpinteros, albañiles, plomeros, y algunos de ellos se empiezan a destacar en el trabajo y cuando ellos logran terminar la bolsa de empleo -duración máxima de un año y mínima la que los usuarios decidan- ellos deben ya tener un trabajo estable. Muchas veces la misma Dirección (de Obras Públicas) los asume y los contrata como empleados de ellos. Hay otras empresas que buscan contratar a estas personas, conociendo toda la problemática. Ha pasado con Mc Donald's, una empresa de mensajería, Wendys, Cotérmica, un restaurante en Sabana Grande que también necesita siempre gente de mantenimiento.

- Bien balanceados

Según Guilarte, lo fundamental es mantener el contacto con la familia si ésta existe, siempre y cuando los usuarios quieran.

- Muchos de entrada te dicen "Yo no tengo familia" porque no quieren que la familia se entere, y dicen "yo prefiero que cuando yo salga de esto, o cuando esté en el centro yo me comunico...". Todo eso se respeta, pero si lo autorizan se hace el contacto con la familia. Aquí se han establecido vínculos con la familia. Hemos conseguido la reinserción familiar. Otras veces hay el acercamiento familiar, mas no la reinserción porque la familia no está muy segura, pero sí se ha logrado mucho acercamiento... Hay familias que tú los llamas por teléfono y te dicen "Yo no conozco a ese señor". A veces hay gente que dejó a su familia para consumir, o que los robó, hay de todo, familias que gastaron todo lo que tenían y lo que no tenían en ayudarlo y se cansaron. Y hay familias que no les importó nunca. Aquí hay dos o tres que fueron niños de la calle. Ahí no hay mucho qué buscar.

- ¿Cómo es la relación con la política central?

- Esto es un problema de Estado. No es un problema que pueda solucionar una alcaldía, ni una gobernación, ni una ONG. Para eso el Estado creó la Misión Negra Hipólita, pero ellos (los indigentes) rechazan la Negra Hipólita porque ellos los reciben en una carpa, después se los llevan para Terminal de Oriente y después, dependiendo de las circunstancias, los remiten a otros centros donde la mayoría son centros cristianos, a

los que el Estado entregó una cantidad considerable de dinero, y ese dinero no se invirtió en la atención de esos centros. Yo, particularmente, pienso que si el Estado, en lugar de haber dado todo ese dinero, hubiese creado sus propias instituciones, comunidades terapéuticas, un equipo multidisciplinario con una infraestructura, lo hubiese hecho mejor –opinó-. La otra parte es que nos hemos conseguido con la traba de que no aceptan los casos de Chacao. Nosotros pensamos que los indigentes de Libertador no se quedan ahí, son nómadas, el indigente que está en Chacao no es el indigente de Chacao, es el indigente y punto. Lo que no hacemos nosotros es irlos a buscar fuera del municipio, pero aquí todo el que llega es bien recibido.

Por otro lado, Guilarte aclaró que, dentro de las actividades del Programa Techo, están prohibidas las manifestaciones políticas, y que aunque el alcalde visita periódicamente la sede, nadie se centra en lo político, sino en lo social. “Aquí de repente los verás con una camisa de Chávez –en alusión al actual presidente de la República-, para nosotros eso no tiene ninguna importancia”.

Los usuarios del programa tienen derecho a desayunar, almorzar y merendar antes de irse. Nubia Campos es la chef de la cocina del Programa Techo y ella garantiza la calidad de la comida que prepara junto a sus dos ayudantes, porque hay un personal calificado, se trabaja con productos de calidad. Los menús son variados, balanceados y bajos en sal. Campos señaló que se toman en cuenta prohibiciones de los usuarios diabéticos e hipertensos.

Los desayunos pueden ser criollos, o sánduches, cachapas, panquecas, bollitos, empanadas. En el almuerzo hay sopa o crema y, según la cocinera, se combinan elementos de la gastronomía venezolana e internacional, que van desde el pabellón hasta los callos a la madrileña, pasando por el arroz chino y el pasticho.

La cocina cierra a las tres y media, así que a esa hora, después del “camarón”, ya tienen su merienda servida que, según Campos, generalmente está compuesta de dulces criollos, tortas, arroz con leche, majarete, gelatina, así como también de donaciones de la pastelería Danubio

- En la mañana hay una atención básica. Los que vienen a citas antes de entrar al programa, que son alrededor de veinte personas que se atienden temprano. De la segunda fase tenemos quince o veinte personas más, aparte de los que están en la cuarta fase que están en la bolsa de empleo, que son entre diez y doce personas que se atienden. En total son más de cincuenta personas, porque además están los desayunos

del personal. Van saliendo por lotes. No todos al mismo tiempo. Mientras unos se van desayunando otros se van bañando, y así... Tenemos los instrumentos suficientes.

Campos indicó que los usuarios siempre quedan contentos, agradecidos y cuando se puede “repiten”. De igual manera, muchas veces les hacen peticiones que la señora Nubia y su equipo trata de complacer: ¿Cuándo nos haces un pasticho? ¿Cuándo nos haces una torta?

La gran nodriza débil

En noviembre del año 2003, en un Aló Presidente, el presidente Hugo Chávez decidió bautizar con el nombre de “Misión Cristo” un programa orientado a la erradicación de la pobreza con miras al año 2030. La Misión Cristo no pudo trascender la esfera nominal, a través de estructuras gubernamentales concretas, por lo que quedó como un símbolo -parainstitucional- integrador de otros programas sociales, lo que el propio presidente denominó como “la misión de misiones”.

Para el año 2004 ya rondaba en el gobierno la idea de crear una misión que se ocupara de la niñez abandonada, tema sensible para la sociedad venezolana y especialmente para el presidente Chávez, que había jurado desde su primer año de gobierno, solucionar ese problema. Así, surgió la propuesta de la Misión Negra Matea, en memoria de la nodriza esclava que amamantara a Simón Bolívar en sus primeros años. Esta misión que iba a estar adscrita al Ministerio de Salud y Desarrollo Social, tampoco fue activada.

Con base en esas ideas, nació la de la Comisión Presidencial –con carácter permanente- Misión Negra Hipólita, en memoria de la nodriza que acompañó a Bolívar no sólo en su niñez temprana sino durante buena parte de su vida juvenil en Caracas. La idea se oficializó el 13 de enero de 2006, bajo el Decreto No. 4.2010, en Gaceta Oficial No. 38.358, según la cual la Comisión debía estar presidida por el Ministro de Participación Popular y Desarrollo Social y conformada por los Ministros de Alimentación, Salud, Trabajo, Economía Popular, Educación y Deportes, Comunicación e Información, Infraestructura, Vivienda y Hábitat, así como un representante del Consejo Nacional de Derechos del Niño y Adolescente, del Consejo Nacional de la Cultura, del Instituto Nacional de Estadística y un representante del Despacho de la Presidencia de la República. La Comisión estaría orientada hacia la atención de personas en situación de calle, en el marco de las políticas públicas para combatir la exclusión.

El primer Ministro de Participación y Desarrollo Social fue el General Jorge Luis García Carneiro y pronto la Comisión se convirtió en una Misión adscrita a ese Ministerio naciente. El primer año de la Misión fue de alto impacto social porque, con una inversión inicial de casi 8 millardos de bolívares (7.975.000 Bs. F), concentró sus esfuerzos en el abordaje y la atención primaria, mediante despliegues espectaculares de operativos nunca antes vistos, camiones que distribuían comida entre los pobladores de la calle, autobuses, personal que se acercaba a los indigentes, les daba ropa limpia o les cortaba el cabello, así como la activación la Carpa de Los Caobos, Comités de Protección Social y Casas de Alimentación en varios puntos del país. En la primera jornada, el personal de la Misión abordó a 511 personas, cuando la meta diaria era de 80. Se hicieron exámenes de laboratorio a 200 personas que determinaron que 199 eran consumidoras de “drogas duras” (crack o bazuco), 9 eran portadores de VIH, y otros 57 tenían otro tipo de enfermedades infecto-contagiosas y venéreas. En abril del mismo año, 100 días después del lanzamiento de la misión, ya había un total de 1273 personas atendidas, de las cuales 281 había sido remitidas a centros de atención –como Manantial de los Sueños, Granjas Oasis, Núcleo Endógeno Simón Bolívar – y a centros hospitalarios –Vargas, Coche y Militar-.

Todo parecía marchar bien, pero de pronto la chispa se apagó y el gobierno nacional se dio cuenta de que el problema no se resolvía así, sino que requería de mayores estrategias, así como de una capacidad material que el Estado no tenía (sólo contaba con un centro cercano al Terminal de Oriente y el apoyo directo de Oasis). La emoción fue mermando y García Carneiro, que había prometido acabar con la indigencia en un año, fue destituido, aunque señalando cerca de 900 reinserciones durante ese año. A él siguió David Velásquez quien, en enero de 2007, fue sacado de su curul en la Asamblea Nacional para llevar el Ministerio. La gestión de Velásquez continuó algunas políticas del ministro anterior y propuso la creación de nuevas carpas similares a la de Los Caobos y logró establecer convenios con 120 organizaciones no gubernamentales del país. Así, el 24 de septiembre la Misión Negra Hipólita adquirió el rango de Fundación (FMNH), según decreto publicado en Gaceta No. 38.776, con el fin de darle un cuerpo jurídico que permitiera ampliar la estructura de la Comisión Presidencial.

En enero de 2008, Velásquez fue sustituido por Erika Farías, quien inauguró en mayo de 2008, la Clínica de Paso El Logro –emplazada en San Bernardino-, que cuenta con una capacidad para 32 personas, y que tiene por objeto brindar atención a los

pacientes que, remitidos de centros de atención de Negra Hipólita, requieren algún tipo de intervención quirúrgica. Durante el primer semestre del año, junto a Farías, estuvo trabajando María Emma González como presidenta de la FMNH

Según cifras del Puesto de Mando de la Misión, proporcionadas por su director Elier González, hasta el primer semestre del 2008, en 128 días de trabajo, la Misión Negra Hipólita había atendido a 3756 personas y había reinsertado a 198. En junio del 2008, González fue sustituida por Pablo Quintana en la Presidencia de la Fundación.

- El motor del amor

Después de un mes de persecución, fue posible contactar al entrevistado quien, aparentemente, no se supo perseguido sino hasta el último momento. Después de unos instantes de duda, Pablo Quintana, presidente de la FMNH, decidió colaborar con esta investigación, una mañana a primera hora, de punta en rojo. Interesado en la filosofía y seguro de sí mismo, aunque desconfiado de su entorno comenzó a hablar, amablemente, sin mayores formalidades y consciente de su romanticismo.

- Esas personas no son ajenas a nosotros, son nuestros padres, hermanos, amigos, compañeros del trabajo, ex compañeros de la universidad y necesitan de nuestro apoyo, y hoy la revolución bolivariana tiene el enorme compromiso de tenderles la mano, y el Estado debe hacerse responsable, porque es un problema de salud pública, de una máxima exclusión, y bueno le toca a la Misión Negra Hipólita dar ese abrigo, ese refugio.

Según Quintana, la mayor fuerza de la FMNH se está dirigiendo hacia la ciudad capital, mientras que en las demás entidades del país se está aplicando una intensa campaña preventiva, que lleva por bandera el amor del pueblo, que “es el mejor recurso para que una persona no caiga en situación de calle”.

Se está fortaleciendo el sistema de atención, a través de la adquisición de nuevos centros propios. Uno de los más recientes es la finca de sesenta y cinco hectáreas que se compró en El Guapo, que tiene cuarenta y cuatro vacas y una laguna con cachamas para fomentar la actividad socioproductiva.

- Nuestra intención es reinsertar a esas personas, por una cuestión filosófica de inicio, desarrollo y fin, y no nos podemos quedar en el desarrollo –expresó, siguiendo una línea imaginaria con los dedos en pinza-. Una persona que está en situación de calle, está en condiciones infrahumanas. Al llegar a nosotros, con mucho espíritu voluntario, porque eso tengo que resaltarlo, ellos se vienen sólo si desean venirse, y está

en nuestras manos el enorme compromiso de persuadirlos pero con amor, con ejemplo, con humanidad, no de forma agresiva. No estamos de acuerdo con que los golpeen. Aquí denunciamos también esa forma de maltrato, eso no es revolucionario, no es socialista, no es humanista.

En estos momentos, la Misión está dejando de usar los cuerpos de seguridad en los operativos y está ensayando nuevos métodos junto con sociólogos, psicólogos, terapeutas, y personas que han estado en la calle. Entre los nuevos métodos, el presidente de la Fundación espera empezar a usar “la música como elemento de persuasión, de elevación del espíritu, para que se vengan con nosotros”. Curiosamente, en el Centro de Atención Integral del Terminal de Oriente surgió en 2007 un grupo de salsa –Son de Caimnhto- conformado por músicos que vivieron en situación de calle y que están cambiando su vida a través de la clave y los timbales. Ahora están en el Centro de Atención Okeimá y han hecho varias presentaciones.

Con respecto a la carpa de Los Caobos, Quintana explicó que ha sido efectiva, pero insuficiente para concentrar a todas las personas que necesitan ser trasladadas a los centros. Por lo que están buscando otros sitios en Caracas que sean propicios para el triaje. Están redefiniendo estrategias con ayuda de expertos, en medio lo que Quintana llama “meterle ciencia a la misión”.

- ¿Quién diseña las políticas?

- El Ministerio de Participación y Protección social crea las políticas y nosotros las ejecutamos, evidentemente también hay una retroalimentación. Si estamos partiendo desde un principio sobre el tema de gobernar obedeciendo al pueblo –citó al presidente Chávez-, entonces el Ministerio nos escucha en base a la realidad de la gestión de las políticas que ellos nos emiten, y ahí estamos en construcción. Este es un sistema que está en construcción, y tengo que decirte que hasta ahora, de todo lo que hemos investigado, no había habido una discusión seria y real de lo que es el sistema de protección social de nuestro país.

- ¿Hace falta construir más o se trabaja bien con los convenios? –la pregunta iba en alusión a los convenios organizaciones dueñas de centros de atención.

- Es importante informarte que estamos revisando la estructura del convenio, porque si bien es importante reconocer algunas organizaciones no gubernamentales, fundaciones de corte religioso y todas aquellas personas... Porque si es un problema social y se suma la sociedad a resolver estos problemas, nosotros felizmente vamos a recibirlos, pero nosotros, como Misión, debemos tener un nivel de estructura e

infraestructura que nos permita ponernos al servicio en cada estado. Entonces estamos con miras a tener un centro en cada estado para no recargar otras entidades. Próximamente vamos a inaugurar uno en Nueva Esparta, y otras casas en el Distrito Capital. También vamos a inaugurar un Centro para mujeres. Estamos dividiendo las cosas por su nombre, es una buena división, estamos aplicando políticas serias. Con respecto a las personas que tienen VIH, SIDA estamos en conjunto con el Ministerio de Salud buscando los antiretrovirales, que necesitan una atención digna, humana. Y las personas con tuberculosis, con discapacidad... Es decir, estamos aplicando un sistema con fases, que nos permita atender a las personas de acuerdo a sus necesidades y darle una atención especializada.

- Anteriormente muchas personas en situación de calle se quejaban de la atención les daba Negra Hipólita con el descalificativo “negra hipócrita”...

- Eso depende fundamentalmente de un problema de métodos. Cuando tú entiendes que no puedes construir depósitos humanos... No quiero decir que el ministro Carneiro tenía esa visión, lo que quiero decir es que cuando no se discute eso como un problema social, donde hay que poner a algunos sesudos a discutir el problema, evidentemente pasan cosas como esas. Porque no se trata sólo de abordarlos sino meterlos dentro de un sistema que te permita mantenerlos a ellos y poderlos rehabilitar. Yo no creo que era “negra hipócrita”, porque se estaría desconociendo el gran avance, porque aquí no había un programa así. Nacimos con dificultades, pero gracias a nuestro Comandante nació la misión negra Hipólita. ¿Qué había antes? ¿La ley de vagos y maleantes?, o quieres recogerlos porque era un problema estético. Para nosotros, las personas en situación de calle no son un problema estético, es mucho más profundo, es un problema social. Ahí nos encontramos comunicadores sociales, licenciados en ciencias policiales... Estamos pensando hasta regalarles una flor como muestra de amor hacia ellos -apuntó.

Asimismo, Quintana sostuvo que van a impulsar políticas preventivas desde los consejos comunales, campañas de prevención en temas como el embarazo precoz, sexualidad irresponsable, consumo de drogas, alcoholismo. Destacó que, en procura de la participación social, ya han iniciado jornadas voluntarias los días sábado en las plazas donde se concentran mayor personas en situación de calle.

- Abordaje capital

El sociólogo Luis Reyes, abierto y autocrítico, es el Coordinador del Área Metropolitana de la Misión Negra Hipólita y explica que el trabajo básico está en los educadores de calle, quienes desde junio del 2008 se denominan “promotores de abordaje”, los encargados de la captación, que trabajan de lunes a lunes, distribuidos en brigadas y en zonas de recorrido. Tienen una metodología de persuasión estipulada para cinco días, durante la cual se les habla de la Misión a los pobladores de la calle. Utilizan tres unidades móviles, con diez promotores cada una, y se desplazan y rotan a lo largo de la ciudad. Los promotores diurnos trabajan desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde, y los nocturnos desde las nueve de la noche hasta las cuatro de la mañana, mientras que los fines de semana se refuerzan las zonas cubiertas durante la semana para constatar que las personas llevadas a la carpa no hayan regresado.

- Una vez hecha la captación en la calle, los llevamos a la carpa de Los Caobos, que está encargada de ubicarlos en distintos centros, ya sean convenios o propios, y de allí son trasladados directamente, si ellos así lo desean –explicó Reyes-. La misión es totalmente voluntaria. A veces pasa que se llevan cincuenta personas a la carpa, de los cuales se van sólo veinte. Pero ahora los centros tienen una estructura buena, no era como antes que no estaban acondicionados. En Caracas propiamente tenemos a Caimnht por el Terminal de Oriente, la Clínica El Logro, en avenida Andrés Bello, y la Carpa en Los Caobos.

Reyes explicó que los operativos nocturnos requieren más personal porque es más peligroso, debido al consumo de drogas que se da en las noches, pero que, no obstante, desde hace un mes no utilizan policía, salvo para captar personas en las riberas del Guaire.

- No los usamos, porque anteriormente les daban mucho maltrato. Esos son los antecedentes. Han mejorado, pero no hay buena receptividad de su parte. Cuando los agarramos en la ruta normal, o sea nosotros mismos, agarramos 20 y se trasladan 18, pero cuando vamos con la policía agarramos 80 y se van 20, la cantidad de deserción es muy grande.

La problemática en Caracas es más compleja que en otras partes del país porque en la capital se mezclan los problemas, que van desde la acumulación de basura hasta la proliferación de prófugos de la justicia, sin dejar de lado la dramática exclusión de los ex presidiarios que cumplieron condena.

- La otra vez colocamos en la carpa una reseña de la PTJ (actualmente Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas), y de cada diez, seis eran así prófugos o habían estado presos. Algunos delitos no son tan graves y nosotros intentamos algo, les damos terapia, van del centro al tribunal... Y cuando son expresidarios que cumplieron su condena se les ayuda.

Según Reyes, el censo que hizo el Ministerio, conjuntamente con el Instituto Nacional de Estadística, arrojaba que había un poco más de 3000 personas en las calles caraqueñas. Asimismo reconoció que hay un grupo de personas con las que la Misión no puede hacer nada, personas “muy renuentes al cambio”, así como algunas parejas que no están dispuestas a separarse.

- La situación es muchísimo mejor que antes. Ahora hay muchos centros, antes teníamos muchos convenios que no cumplían con su parte, entonces el nuevo presidente de la Misión dijo que debíamos tener varios centros, y tienen capacidades de trescientos o cuatrocientos personas cada uno. El abordaje no tiene tanto problemas, sí tiene, pero no tanto, a veces llevamos personas a la carpa que se van porque no se les da lo que se les ofrece, y se van, y dicen que les mentimos a la hora de captarlos otra vez, y eso es un proceso que debe revertirse y ajustar la metodología para esos casos. Antes no había supervisión directa, y los tipos de los convenios no cumplían con su parte. Los trataban mal, no les daban comida en los centros, pero eso ha cambiado y ahorita se reestructuró el convenio entonces hay un equipo de seguimiento que va a los centros a exigirle a la gente cumplimiento.

Reyes explicó que ahora están verificando, constantemente, que las personas permanezcan en los centros. Para ello las personas son debidamente identificadas por nombre, cédula, huella dactilar o código. Ahora se les hace un seguimiento que antes no existía. Pero el principal logro de la Misión que resalta Reyes es la adquisición de centros, que permitan dar la terapia directamente, lo cual, a juicio de Reyes, ayudará a garantizar la permanencia en los centros y, por lo tanto, elevar el índice de insertados. Asimismo, el coordinador metropolitano afirmó que, desde enero del 2008, están trabajando el área de prevención social en las comunidades de Chacao, Sucre y Libertador, trabajo que se está efectuando con el propósito de sustituir la conducta paternalista de la comunidad que “ayuda” a las personas, por una conducta consciente de la situación. La prevención, según Reyes, tiene tres fases: la diagnóstica, la instalación de un módulo de prevención social y la evaluación.

Con respecto a las familias, Reyes indicó que luego de hacer el contacto, hay que detectar cuán beneficioso puede ser la participación de las familias, porque hay casos en los que la persona evoluciona y la familia lo sigue ignorando. Expresó, además, que el seguimiento es fundamental para lograr la reinserción.

- ¿Ha funcionado la existencia de reinsertados que trabajan como promotores en la Misión?

- Bueno, eso era una forma de seguimiento y de reinserción, pero nos hemos dado cuenta de que no es muy beneficioso. Nos gustaría reinsertarlos, buscándoles un trabajo fuera de la Misión y hacerles seguimiento, es mucho más efectivo. El problema es que ellos se escudan mucho, creen que todo se lo tenemos que dar, que ante todo tenemos que responderles, entonces no lo ven como una oportunidad para progresar. Si es por ellos se quedan allí todo el tiempo y no dan el paso final, entonces a partir de ahora no vamos a hacer eso –sentenció el coordinador.

- ¿Entonces cuál sería el fin último de ustedes como misión?

- El fin último de la Misión es que la Misión desaparezca –respondió tajantemente-, o sea que no estén personas en situación de calle, que estén todas en los centros, y dedicarnos a la rehabilitación. La misión tiene una visión voluntaria, que si quieres venirse con nosotros. Eso lo veo positivo, por el respeto a los derechos humanos, pero por otro lado, sería bueno tener una ley que les haga más presión a ellos. Es demasiado difícil porque hay unas personas que son más dóciles, que tienen menos tiempo en la calle, que no están tan conscientes, pero hay otras personas que sí están conscientes de que les gusta la calle, no tienen reglas, y esas son las difíciles -concretó.

* * *

- Diles que sí se van a bañar pero uno por uno. Ya Richard está resolviendo con Baños Públicos –le indicó Francisco Matos a una educadora de calle que notificaba los reclamos de las personas que estaban en la entrada de la carpa en Los Caobos, demandando su aseo personal.

En medio del verdor sombrío del legendario parque Los Caobos, está emplazado el Centro de Atención Primaria “Carpa Negra Hipólita”. Su director, Richard Sulbarán estaba fuera de la carpa solucionando un problema de duchas y tuberías.

Francisco Matos es el trabajador social de ese centro de triaje, y amablemente entretuvo la espera dentro de la carpa, en una pequeña oficina con un escritorio, tres

sillas, una laptop y un busto de Simón Bolívar con una gorra roja puesta que rezaba en letras amarilla: “10 millones de votos”.

- Lo ideal es que las personas duren lo menos posible aquí –puntualizó Matos, quien explicó, de paso, que allí se les provee a los indigentes que se acercan comida, aseo y asistencia médica.

Matos indicó que la situación es problemática tanto con “ellos”, como con la comunidad. Con ellos porque muchos se acercan con la intención de comer e irse, y la función de la carpa no es esa, sino la de atenderlos para ubicarlos en un centro de atención. Con la comunidad, porque los usuarios del parque protestan porque, mientras se esparcen, tienen que ver a las personas bañándose o sucias, o enfermas.

Al cabo de unos veinte minutos, llegó Richard Sulbarán. Sin disimular su desconfianza, quiso confirmar, vía telefónica, la autorización para la entrevista.

Afuera brillaba el sol del mediodía y debajo de un toldo esperaban más de veinte personas sentadas en sillas plásticas. Esperaban algo.

- ¿Alguien falta por anotarse? –increpó el muchacho que llevaba el registro de las personas atendidas.

- ¿Pa’ la *papa*? –preguntó uno de los que esperaba bajo el toldo, refiriéndose al almuerzo

- ¡Qué *papa* vale! –respondió el muchacho, molesto por la impertinencia.

En medio del lugar emergía un botellón de agua, con un vaso plástico impregnado de huellas y sudor terroso. En un tubo estaba pegado un letrero fosforescente con letras negras que decían:

ATENCIÓN.

Por favor el agua es sólo para uso de las personas a ser atendidas en la carpa

El vaso se cayó al suelo dos veces. Fue recogido y se volvió a poner boca abajo, encima del botellón, todo boca abajo en dirección perfectamente vertical.

A dos metros del botellón, un espejo de dos caras en el que se reflejaban, por un lado, las veinte personas bajo el toldo y, por el otro, un hombre envuelto en un manto marrón hasta el cuello y acariciado por la máquina de afeitar.

Los cabellos caían a montones y dejaban ver las cicatrices ocultas en la cabeza. Entretanto, al fondo, bajo el toldo había una pareja discutiendo Él le dio una cachetada a ella.

- No me pegues –gritó la mujer, irritada, tratando de devolverle la cachetada que el hombre neutralizó agarrándole los brazos.

Del otro lado del espejo hubo una discusión de otra pareja por un radio portátil. De repente, la muchacha lo tiró contra el suelo y lo partió, lo cual provocó que el que estaba siendo afeitado con la máquina se parara de la silla.

- Tú eres una abusadora –le gritó a la mujer, mientras recogía el aparato que, al parecer, le pertenecía. Al momento apareció una educadora de calle de unos sesenta y cinco años para intentar calmar la situación.

El sol seguía brillando cuando un joven alto y bien parecido se acercó. Vestía franela azul y mono gris, y calzaba unos buenos zapatos deportivos. El único indicio de su vida difícil era, quizá, la ausencia de la mitad de sus incisivos superiores.

- Yo tengo rato aquí esperando. Yo lo que quiero es que me ayuden. Yo ya estuve en el Terminal de Oriente, yo cumplí mi rehabilitación ahí. Ahorita estoy vendiendo zapatos, pero no me alcanza pa' pagarme la habitación. Necesito una ayuda, pero no que me manden pa' ningún centro otra vez. Ya yo estoy bien y no quiero volver a estar robando o matando por ahí como antes.

- ¿Y tienes familia?

- Mi familia no me quiere. Nunca me ha apoyado. Mi papá no me quiere. Yo no cuento con nadie, pero no quiero volver a un centro, ya yo pasé esa etapa ya.

Richard Sulbarán nunca salió. En su defecto, al cabo de una hora de brillante sol, salió Francisco Matos con un recado: la entrevista se hará sólo si la autoriza Pablo Quintana directamente.

La entrevista nunca se realizó y el joven alto quedó hablando con el trabajador social.

* * *

El paraíso negado

En la Alcaldía Mayor hay funcionarios dispuestos a colaborar con investigaciones, atentos y abiertos a cualquier pregunta. Otros, sin embargo, son recelosos al extremo, como la Directora de Atención al Soberano, Fabiola González, cuya única respuesta fue la devolución de la misma carta –que solicitaba una entrevista y una autorización para visitar el Manantial de los Sueños-, sin más explicación que dos

elocuentes letras, hechas con bolígrafo azul, en el margen superior: “No”. Así lo atestiguó un empleado cuya identidad queda protegida.

Después de varios intentos en la Posada de la Vida, ubicada en Los Chaguaramos, una sola vez fue posible encontrarla y esa vez se limitó a enviar un recado con uno de los trabajadores, a través del cual me decía que ella no podía dar declaraciones sin la autorización del Alcalde Mayor. La carta a Juan Barreto tampoco fue contestada.

Rafael Revilla, quien trabaja en las labores de abordaje a las personas en situación de calle, ya había dicho que no podría conceder entrevistas si no lo autorizaba Fabiola González.

- Disculpa tanto protocolo, viejo, lo que pasa es que siempre hay periodistas que hacen esos trabajos con otras intenciones, a lo mejor no será tu caso pero...

No obstante, una voz calificada habló sin ningún problema.

La Dirección de Atención al Soberano, conjuntamente con la Fundación La Alegría de Vivir en Venezuela, tiene su carpa en la sede de la Alcaldía, a la derecha de la entrada principal. Desde allí se coordinan las actividades de atención al público, así como también los abordajes a personas en situación de calle, y allí llegan antes de ser trasladados al Manantial de los Sueños, ubicado en Caucagua, estado Miranda.

El piso azul hacía juego con las barandas verdes que rodean la estructura, las sillas multicolores y la luz de sol que se permeaba a través del techo de vinil. Todo contribuía con el aire pueril que servía de atmósfera al lugar donde llegan el “soberano”, casi siempre si carruaje ni corona, a contar sus problemas buscar ayuda. Entretanto, un televisor proyectaba consecutivamente algunos documentales producidos por la Unidad Audiovisual de la “Fundación Alegría de Vivir en Venezuela”, en donde se muestran los logros de la Dirección en materia de indigencia, así como diferentes entrevistas al equipo, en una de las cuales aparece Fabiola González, sentada en la grama, con aires de transparencia y sinceridad, hablando del amor que hay que brindarle a las personas en situación de calle.

Algevis Hernández no usa su nombre. Para todos es Pipo, el Coordinador de Atención al Soberano en Situación de Calle. A bordo de su motocicleta, trabaja intensamente para captar “nómadas” –como se les llama allí- y ayudarlos a cambiar su vida en el Manantial.

Pipo consumió drogas y vivió en la calle desde que tenía doce años hasta que cumplió los veintiséis, hace exactamente una década. Cuando surgió el proyecto en la

Alcaldía Mayor, Fabiola González lo buscó por su experiencia de vida en la calle, para que coordinara las acciones. Es un hombre popular, amable y decididamente revolucionario.

Algevis Hernández sostuvo que, como no les gusta el término “indigentes” para referirse a estas personas, eligieron la denominación de “nómadas”, término que asumió la Alcaldía y, desde entonces, el presidente Chávez. Para Pipo, el abordaje que se hace en los operativos, más que un método de persuasión, es un sentimiento.

- El abordaje es un intercambio de vivencias porque lo primero que tú tienes que hacer al estar con esa persona es ganarte su confianza, que no es nada fácil. Lo segundo es saber abandonar el miedo hacia esas personas, porque de repente tú las ves que son agresivas, pero que tienes que tener una seguridad en ti, hablarles de tus vivencias y ellos van hablarte de las de ellos. Ahí es donde empieza el intercambio de vivencias, cuando tú le dices “mira, yo recogí a esta persona que estaba como tú, mírala cómo está ahora”, ya eso es una vivencia que tú le das a él, y él entonces te dice “cónchale pero yo quisiera ser así”.

- ¿Cuántas personas se contagian de ese sentimiento?

- La gran mayoría, ¿sabes? son muy pocos los que no se contagian de ese sentimiento que es un sentimiento de ayuda al prójimo pues, o sea tú te igualas con ellos, es una dolencia que tú tienes por el prójimo, porque así se les puede llamar. Muchos se contagian porque lo primero que tú les dices es “sabes que va a llegar el día en que tú vas hacer el papel que yo estoy haciendo” y allí es donde ellos dicen “verdad, tienes razón, yo voy a salir de esto y voy a volver”, entran en razón pues (...) Del 100%, más o menos el 70% u 80% es captado, un 20% son personas que se sienten rechazadas y les da temor seguir luchando por su bienestar personal y se abandonan.

Para Pipo, lo primero que tiene que haber de parte del “nómada” es el deseo de cambiar, de ser “otra persona en el mismo cuerpo”. En la Alcaldía Mayor parten del principio de que las personas en situación de calle consumen droga o consumen alcohol. Explicó que el equipo espera que sea el propio “nómada” quien decida voluntariamente irse para que sienta que es él quien puede “tomar la determinación de adónde va su destino”. Por ello no trabajan con organismos policiales.

- ¿Apenas él toma la decisión es trasladado?

- Se convierte en un aldeano inmediatamente. La persona, al llegar al Manantial, ya tiene un síntoma de pertenencia, ya se siente uno más del Manantial, ya no es un nómada, él ya es un aldeano. En la calle uno se siente uno más del rechazo, aquí no,

aquí te sientes uno más de la aldea, uno más del proceso, ¡un soldado más de la revolución! –aclaró.

Félix Cova, encargado de la atención médica, informó que, antes de ser trasladados, la mayor parte de ellos evidencia alcoholismo o fármacodependencia, hernias, lesiones por traumatismo –sobre todo fracturas-, afecciones oftalmológicas –terigio, catarata-, dermatológicas, algunas discapacidades de ojos, piernas, brazos y, en menor medida, enfermedades respiratorias.

- Su primer día de ingreso los llevamos al Hospital Vargas, donde tenemos una oficina y ahí les hacemos placa de tórax, perfil veinte, hematología completa, VDRL, VIH y examen de orina. Trabajamos con los hospitales adscritos a la Alcaldía Mayor y con Barrio Adentro (...) Cuando algún aldeano necesita ser operado y no se realizan en hospitales públicos, nosotros las costeamos. Y las que podemos hacer en hospitales públicos las hacemos ahí. Se les hace su chequeo mensual y allá en la villa tienen un ambulatorio donde hay un odontólogo, un médico general, y hay un turno de enfermería donde trabajan dos enfermeras por turno: en la mañana de siete a una, en la tarde de una a siete de la noche y el turno nocturno que amanece, de siete a siete. Allá tienen 24 horas de cuidado, y lo que no resolvemos allá lo resolvemos aquí.

Según Pipo, “los (exámenes) psicológicos no son necesarios, porque no todo el que está en la calle está loco, eso es un prejuicio”.

- ¿Y en qué consiste la rehabilitación ya una vez en el Manantial?

- Bueno, te vas asombrar, -introdujo Pipo- la rehabilitación consiste en que tú quieres cambiar y tú por tu convencimiento propio lo vas a lograr –dijo hablando en segunda persona-, no te vamos a dar una pastilla, no te vamos a meter una terapia, no, tu terapia de rehabilitación es “cero ocio”, ¿sabes? Trabajando por tu recuperación es como vas a sudar todas esas toxinas, trabajando, no con una pastilla, no es durmiendo, no, nada, tú vas a estar siempre presente de que tu rehabilitación y tu recuperación consiste en tú querer y ahí es donde vas a poder...

- ¿Cómo hacen para que ellos no interpreten que los están explotando?

- Ellos están claros, porque ellos comentan entre ellos mismos de que todos en la aldea hemos trabajado, hasta yo porque yo tengo videos en donde aparezco trabajando cuando la aldea era nada ¿entiendes? (...) Es trabajar para poder salir del vicio, ¿me entiendes?, claro que se logra, y muchos los han logrado, y muchos los siguen logrando y se sienten satisfechos de que no es gracias a que te encierres en un evangelio, no es gracias a que te encierres en unas pastillas, es gracias a ti mismo que te estas dando esa

oportunidad de ser alguien en el mundo y eso es lo más importante.

Desde el punto de vista ideológico, Pipo afirmó que lo más importante es que los aldeanos se amen y adquieran valores de humildad y solidaridad, así como conocimiento y ganas de seguir viviendo.

- Tú vas adquiriendo valores en pro de tu bienestar y el de los demás, o sea no es el tuyo nada más como egoísta, sino como revolucionario, como socialista, como compatriota, como hermanos que somos, yo tengo que compartir contigo lo que tenga de más, y si no tengo de más también

El tiempo que deben pasar las personas en el Manantial es indefinido, puesto que el proyecto es que siga funcionando como una “aldea socialista”. Permanentemente se les ofrece a los aldeanos talleres de carpintería y mecánica, y tienen previsto construir chozas y albergar a todo el que quiera a través del trabajo. Igualmente, prevén la creación de un centro de relajación, dentro de la aldea, donde los propios aldeanos atiendan a las personas provenientes de Caracas para desestresarlos, mediante aromaterapias y otras técnicas de relajación.

- Claro, yo no te puedo obligar a ti a estar donde tú no quieras, si ellos se quieren reinsertar a la sociedad y volver, ya es a tu riesgo, eso sí, cuídate de las mujeres, la droga, el alcohol y todo lo que te vuelve a llevar a ti a la droga, a la vida de la calle. Muchos salen fortalecidos, pero hay otros que recaen y hay que volverlos a levantar, sabes, muchos recaen porque ya se sienten que en siete meses su vida cambió y, pasan dos meses más y les pega el síndrome de abstinencia y vuelven a consumir... entonces lo mejor que hay es sentirte seguro, no lo hagas a los siete meses, vete de la aldea si tu quieres al año o al año y medio.

Actualmente hay 120 personas en el núcleo de desarrollo endógeno, que cuenta ganado vacuno, una montaña, dos ríos y no tiene paredes. La idea del Manantial de los Sueños, según Pipo, es la de la creación de una gran familia donde todos sus miembros conviven, comparten un espacio a la hora de comer, de ver televisión y, con grupos más pequeños a la hora de dormir. También organizan paseos los días martes a, la paya o a la montaña, y se quedan los que se portan mal.

- Son incentivos. Por ejemplo, un día vamos a subir al Ávila, pero si te portaste mal te vas a quedar ¿por qué? Porque tú no estas portándote bien, o sea tú no te has aprendido a comportar en la calle, porque la cosa está en eso, “hay viene un grupo de indigentes, pero cuando los ven todos arregladitos, la gente dice dónde están los indigentes”, pero si te ven jurungando la basura, agarrando un cigarro... Y ha habido

personas que dicen que se van y se ponen a recoger lata, y después vienen a los dos meses, y piden ayuda, y se les da otra oportunidad, pero se les hace un expediente en donde se dice que el día tal y tal hicieron tal cosa, y se les dice que si vuelven a cometer esa estupidez se los van a llevar a Negra Hipólita donde lo que tienen es un poco de malandros, porque los mismos que vienen de allá lo dicen –afirmó-. Es libre albedrío, pero si vuelves a fallar a este centro no vas a volver, porque perjudicas a las personas que quieren ponerle un sentimiento a la recuperación.

Desde febrero del 2008 Martín Álvarez es aldeano en el Manantial de los Sueños, pero viene a Caracas cuando le dan permiso por tres o cuatro días para visitar su familia que lo ha apoyado. Martín se fue de la casa los ocho años de edad. Con el tiempo se enamoró de una muchacha se casó y luego tuvo otra recaída. En total, vivió en la calle quince años, y ahora tiene treinta y siete.

- Yo me la pasaba por Quinta Crespo. Bueno, tú me ves ahorita y ves al que yo era antes, y no me reconoces. Yo andaba todo negro, hediondo y empegostao. Ahora no, gracias a la Alcaldía Mayor, la señorita Fabiola, al señor Juan Barreto también... Mi vida ha cambiado un 100% de lo que era antes, en carácter. Yo era un hombre agresivo, tú me veías y te me tiraba encima. Yo he cambiado mi carácter y mi personalidad. Allá te enseñan a todo, el Manantial es como realizar tu sueño.

Martín tenía que dormir en el río Guaire para no molestar a los vecinos, o en algún lugar oculto en una montaña, para estar seguro. Al principio no quería irse al Manantial porque pensaba que era la Negra Hipólita

- ¿Y que pasa con Negra Hipólita? ¿Te han hablado mal de la misión?

- Yo viví eso. Nos golpeaban. Yo tengo heridas hechas por la Negra Hipólita por la policía. Le pegaban a uno, le daban patadas a uno, barbaridades pues. Te conseguían dormido y te daban por aquí con la escopeta –dijo tocándose las costillas- Y así te montaban en el autobús pa' llevarte pa' allá porque eso es obligao. En cambio en el Manantial de los Sueños, ellos te hablan de amor, de cariño y te llevan... tú vas pa' allá y después no te quieres venir...

- ¿Y cuando te agarró la Negra Hipólita?

- Varias veces ¿Tú sabes de dónde me venía yo a pie? Desde la cárcel de El Rodeo –afirmó refiriéndose a una de las granjas Oasis que le queda cerca-. Varios amigos, varios indigentes nos veníamos de allá a pie. Es que nos caían a golpes y a patadas. La Negra Hipólita te recluta a juro, a patada *kung fu*. Pero nunca llegué a quedarme, la comida es pésima, como si estuvieras en la cárcel. Ojalá que el Presidente

vea con sus propios ojos eso ¿Por qué tú crees que hay mucha gente que está en la calle y no se quieren ir pa'l Manantial? Porque piensan que es la misma cosa... ¿Tú crees que es mentira? Allá en Negra Hipólita no te dan nada, le dan a uno una colchoneta y “agarra tu bubalú”. Un bubalú significa, por ejemplo si yo agarro una caja y me la llevo al río Guaire pa' yo no mojarme y me meto ahí a dormir. Eso no es lo que el Presidente Chávez cree que es. Usted va pa'l Manatial y allá se come un buen desayuno, un buen almuerzo y una buena cena.

- ¿Allá los tienen por un tiempo o qué?

- Hasta que tú realmente te sientas capacitado para salir a la calle. Pero yo no me quiero ir. Yo me quedé ahí de por vida.

- ¿Y tú puedes quedarte allí de por vida?

- Sí. Ahí hay proyectos que se van a hacer. Ellos lo que quieren es que nosotros nos quedemos ahí porque ahí hay talleres de carpintería, corte y costura, artesanía, pa' hacer bloques, autolavado, mecánica. Ahorita vamos a tener un curso de inglés... Yo amo al Manantial. De ahí me sacarán muerto. Yo nunca le voy a quedar mal a la señorita Fabiola.

Claudio Hernández tiene veintisiete años y es el hermano menor de Martín. Estuvo deambulando por las calles caraqueñas por diecinueve años, casi toda su vida, y últimamente en la avenida San Martín, de Angelito a Bloque de Armas. Dormía en Bucalitos, debajo de un puente, hasta que tomó la decisión. Al igual que su hermano, a Claudio no le gustó ninguna de sus experiencias con la Misión Negra Hipólita

¿Por qué crees que esto es diferente?

- No es porque nos dejen fumar cigarro, nada de eso... sino que tienes buena comida, tienes buenas camas, te distraes la mente, tienes tu paseo, tienes que te lleven pa'l médico, todas tus cosas, buena ropa, cariño. Sí peleamos entre nosotros mismo, pero hasta ahí, discusiones nada más, pero de guindarnos a pelear... son muy pocas las veces que eso se da allá. Se está viendo menos eso allá... Porque somos como si fuera una sola familia... En la calle es “tú me viste feo y voy por ti”. Allá (en la villa) es directamente con el director, “él se está metiendo conmigo”. Los llaman a los dos y “bueno dense la mano y no van a pelear más”. Así somos nosotros allá, unidos.

De pronto irrumpió un empleado de la Dirección de Atención al Soberano para solicitar que se detuviera la grabación, porque no estaba autorizada.

Después del mal rato, los hermanos prosiguieron, hablando de sus paseos los martes, sus actividades de siembra y de trabajo con los animales (ovejos, vacas, cochinos, caimán).

Todo apuntaba hacia la existencia de un paraíso terrenal en Caucagua. Las expectativas crecían con cada testimonio, pero pronto se esfumaron. La autorización a la visita del centro fue negada.

La Caridad Cristiana

“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses, 4:13)

La gran mayoría de centros de atención a personas en situación de calle, drogadicción o alcoholismo, pertenecen a instituciones no gubernamentales, religiosas – católicas o evangélicas- que fundamentan sus acciones sociales, inspirados en la gracia divina y en la caridad al prójimo.

Estos “centros de rehabilitación” se encuentran a lo largo y ancho del país, y trabajan de manera independiente y, en algunos casos, con convenios directos con el gobierno central, a través de la Fundación Misión Negra Hipólita. Su misión es la de darle cobijo a los desahuciados a través –o a cambio- de la fe.

Cerca del Mercado de Coche, en las antiguas instalaciones del Instituto Nacional de la Vivienda, funciona la organización cristiana Nosotros Unidos que, desde 1995, se ocupa de la población más vulnerable, captados a través de operativos nocturnos que, como lo dice en su portal electrónico, tienen como principal objetivo el de “rescatar y/o ayudar a personas en situación de indigencia, drogas y alcohol, con el fin de integrar al grupo de hombres y mujeres que inician el proceso de restauración y rehabilitación en la Fundación Nosotros Unidos, conociendo la gracia y la misericordia de Dios”.

Al llegar lo primero que impresiona son dos gigantografías que identifican la organización, una que muestra un fondo negro y un rayo azul deslumbrante con las frases “Poder de lo alto” y, más abajo, “Venezuela necesita de Cristo”, y la otra con la fotografía de una feliz y próspera pareja abrazada, debajo de la cual aparece la frase: “Jesucristo es el señor de Venezuela” y, más abajo, apóstol Rafael Moro. Desde las sillas, frente al puesto de vigilancia, podía verse a dos muchachos jugando “veintiuno” bajo la alta cesta de básquet.

La espera no fue mayor de diez minutos. Pronto apareció José Luis Rodríguez, un joven ministro de la institución, que ejerce su ministerio con simpatía y sencillez: en gorra y pantalones cortos. Explicó que la institución tiene más de diez años

desarrollando una labor social de restauración de individuos en problemas. Últimamente han venido ejecutando operativos nocturnos “casi todos los viernes” apoyados, generalmente, en sus propios recursos y en el de su voluntariado. Por esa razón, indicó Rodríguez, no pueden recoger más de diez personas en cada operativo. Una vez que llegan a la institución son ubicados en el dormitorio receptor y se les procura dar asistencia médica inmediata.

- No contamos con un personal médico fijo. Sí lo necesitamos verdaderamente. Tenemos voluntarios pero no son constantes. Lo bueno es que tenemos el Hospital Periférico de Coche cerca, y también tenemos el CDI (de Barrio Adentro) que los atiende.

- ¿Cuál es ese dormitorio receptor?

- El dormitorio receptor se encuentra en estas instalaciones, que se divide en varios dormitorios: 1-A, 1-B, y luego vendría el 7, que es uno de los dormitorios generales, donde ya los muchachos han pasado un mayor proceso, y es el más grande con una capacidad de 200 personas.

- ¿Cuál es la capacidad total?

- Entre 300 y 400 personas. Hemos llegado a tener hasta 480 en algunas etapas, pero acuérdate q la mayoría de los procesos no son constantes los muchachos. Otros desertan el proceso –dijo esto último, tapándose una oreja por el ruido que hacía un usuario al que se dirigió inmediatamente:

- Disculpe, hermano... -lo increpó pidiéndole silencio.

- Perdón, Ministro –contestó el hombre con gran reverencia.

El Ministro continuó:

- Mayormente desertan porque les pega la ansiedad, no aguantan. Nosotros, por ley, no podemos privar la libertad de ningún ciudadano. Esto es voluntario y no podemos obligar a nadie a que quiera cambiar. Algunas veces llegan solos, cansados de la droga, obstinados por la vida que llevan, deteriorados por la droga. Algunas veces los traen sus familiares. Siempre estamos abiertos las veinticuatro horas al día, los trescientos sesenta y cinco días del año.

Aunque no pudo ofrecer las cifras precisas, Rodríguez estima que actualmente hay alrededor de 290 personas internas en el Centro Cristiano, distribuidas en cinco dormitorios -98 en el 1-A, 25 en el 1-B, 10 personas en el cuarto 6, más de 100 en la 7-3, y 50 ancianos en otro espacio-. Algunos de los “hermanos” están allí por problemas

de alcohol y/o drogas, sin que necesariamente hayan vivido en la calle. Los casos de situación de calle, propiamente, están alrededor del centenar.

Cuando la persona ingresa a la institución, se le entrega una planilla de inscripción en la que se le solicitan sus datos personales, si presenta adicción y qué tipo de adicción, si tiene problemas con la justicia venezolana. Posteriormente, se le da una charla sobre las normativas en cuanto al baño, al uso del comedor, actividades deportivas, dormitorios y horas de servicio. Esto último es las horas que deben asistir a la iglesia –con capacidad para 700 personas–, lo equivalente a la misa católica: martes y jueves son los “grandes matutinos”, de siete a ocho de la mañana, y los miércoles en la tarde.

Aclarada la normativa, generalmente los individuos son ingresados al dormitorio 1-A, que tiene una capacidad de 100 personas. En caso de que alguno presente problemas psiquiátricos, son referidos a otras instituciones competentes.

- ¿Y después van al 1-B?

- Depende de su evaluación. Unos se quieren quedar, otros se van. Ahí empieza el proceso. En el dormitorio 1-A se les brinda mucho amor, educación y formalización a las personas. Porque las personas que vienen de la calle vienen “anormales”. Cuando digo anormales no les quiero desacreditar sus personalidades, pero no están totalmente “en sus cabales” porque una persona que vive en estado de indigencia no está “en sus cabales”. Porque una persona “en sus cabales” piensa que no puede estar en esa situación, sucio, hediondo, con la misma ropa de mucho tiempo... ¿me entiendes? Entonces aquí se le dan principios y valores, morales y sociales.

Según Rodríguez, sólo deserta una minoría y los que se quedan son trasladados al 1-B y al 7-3. El ministro explicó que el proceso de restauración está previsto para dieciocho meses y se divide en cuatro grandes facetas. Primero, la restauración de valores morales y principios bíblico con el propósito de que asimilen que no han llegado a la institución “por casualidad sino que Dios los ama, que aquí hay un Dios maravilloso que no los quiere ver destruidos... Aquí reciben ayuda cristiana basada y fundamentada en la Biblia para la restauración ciudadana”, sentenció.

Lo segundo es la aceptación, que consiste en que las personas asuman que tienen un problema, que requieren ayuda y que, por lo tanto, necesitan someterse al proceso de restauración que se les ofrece. El tercer nivel es el de la capacitación laboral, es decir, la preparación para la cuarta etapa: la reinserción

Dentro del proceso de capacitación, el Centro Cristiano Nosotros Unidos ofrece a sus “hermanos” proyectos y cooperativas de herrería, remodelación, albañilería, electricidad, música. Ante algunos que entraban y salían por la puerta surgió una inquietud.

- Normalmente, los que entran y salen son personas que están laborando. Hay una organización muy tremenda en la parte de los que ya están capacitados para salir. Están en el 7-3, y algunos están dirigiendo en el 1-A y 1-B...

- ¿Entonces ellos salen, laboran y regresan??

- No, señor. Cuando te digo que están laborando es porque lo hacen dentro de las instalaciones, o sea que pueden salir a hacer compras, buscar los presupuestos porque se está arreglando algo, cosas internas. Hay una persona que se encarga de recoger a aquellas personas que no pueden salir y hacen una lista de las personas que van a comprar, “mira cómprame una canilla”, “cómprame un helado”, “cómprame esto”, “cómprame aquello”. Se hace una lista para que una sola persona salga, dos o tres veces al día. Teneos una cantina interna, pero hay cosas que no vende la cantina, tenemos una panadería.

- ¿Entonces hay 200 personas que pueden salir?

- No, no, no...

- Pero la capacidad de la 7-3 es de 200 personas...

- Sí, y una de 100, otra de 50 y otra de 10, y otra de 50. La de 10 es el dormitorio 6, y está el área de los ancianos y discapacitados que no pueden salir a ningún lado. Los que salen son, por ejemplo, cocineros que necesitan comprar algunas cosas, labor, labor, esto es como un ferrocarril en marcha, en proceso. Los de la habitación 6 están laborando, pero no han culminado el proceso. Dentro de las instalaciones hay mucho trabajo, como es el mantenimiento del hogar, la parte técnica, de electricidad, de seguridad. Los directores, los subdirectores, los capitanes, los líderes se encargan de los dormitorios, de montar las guardias en las entradas, como esos que ves ahí –dijo señalando a los porteros-. Otros salen porque van al médico, y así sucesivamente...

Rodríguez resaltó el valor de la capacitación para la reinserción social en términos de una “preparación para enfrentar a la sociedad como un verdadero ciudadano que ha recuperado los principios y valores establecidos por Dios”, quien es la base de toda la labor. Según el ministro, cuando las persona están totalmente capacitadas y restauradas, son insertadas nuevamente a la sociedad, a través de recomendaciones a empresas, aunque algunos se quedan trabajando dentro de la misma institución. Señaló

la existencia de una cooperativa de limpieza de la ciudad integrada por sus ciudadanos reinsertados.

¿Y hay los que se reinsertan y no vuelven?

- Sí, algunos no vuelven más, o vienen solamente los días de servicio, que son los miércoles a las seis de la tarde y los domingos a la escuela dominical, de diez de la mañana a una de la tarde. Hay unos que no vienen porque son de otros estados.

En torno al papel de la ideología y la moral cristiana en el proceso, José Luis Rodríguez destacó que son elementos fundamentales para la restauración y que, aunque algunos “hermanos” son renuentes, en líneas generales escuchan las charlas y aceptan los preceptos bíblicos que se les enseñan.

- La parte espiritual del hombre es algo que la ciencia y la sociedad desconocen porque es lo que no se ve... Siempre vemos lo deteriorado de la persona, que es la parte física, pero no vemos el alma y el espíritu... Cuerpo, alma y espíritu... Nuestra naturaleza es divina de Dios. Nosotros venimos de Dios, pero a muchas personas se les hace difícil creer. Recuerda que lo interior también se deteriora ¿Por qué una persona cae tan profundamente en la indigencia, hasta comer en la basura? ¿Por qué? Muchas personas no entienden por qué. La gente piensa que es porque es un vago, un sucio, es un inservible, “vamos a matarlo” o a meterlo en la cárcel. Eso es lo que piensa al sociedad. Pero ¿de dónde proviene esa decaída? Es un sentimiento no atendido, puede ser una depresión, un fracaso matrimonial, laboral, fue violado, una serie de argumentos que pueden deteriorar física y espiritualmente a una persona, aun hasta llevarla a la muerte. Nosotros trabajamos con los principios bíblicos y establecidos por Dios para atacar el problema desde dónde nace. O sea que nosotros vamos mucho más allá de lo que estamos mirando físicamente.

- ¿Cómo es esa atención espiritual?

- Bueno, a través de personas capacitadas. Hay un equipo buenísimo en este departamento de Consejería Espiritual. No te hablo de brujería ni hechicería, sino que buscamos el principio de Dios.

- ¿Quiénes componen el equipo?

- Una serie de personas capacitadas, profesionales.

- ¿Tienen psicólogos?

- Ehhh... bueno... sí tenemos, pero mayormente... ehh, la parte principal... la psico... la psicología... la... sí tenemos, sí tenemos... pero yo... eh... no manejo la parte de psicología... claro, sí trabajo un poco la parte de psicología –dijo reponiéndose

del balbuceo- porque esos son cosas que nos obligan acá... por lo menos cuando yo atiendo a una persona sé cuándo está mintiendo, sé cuando no está mintiendo...

En ese momento, visiblemente conmovido, Rodríguez reveló que él estuvo en situación de drogadicción y delincuencia desde la adolescencia y allí se “restauró”, gracias al “fuego de Dios”. Desde el año 2000 ha trabajado en el Centro Cristiano, hasta llegar a ser uno de sus ministros, y por ello percibe una “colaboración”.

En términos paganos, José Luis Rodríguez se rehabilitó, se destacó, se ganó el respeto y reconocimiento que había perdido y, desde entonces, decidió continuar en la institución, a través del trabajo. Se capacitó en el manejo de la computación y redacción de textos. Fue Secretario y ahora tiene un cargo en la Fundación Nosotros Unidos por el cual devenga sueldo mínimo.

La Fundación, orientada a disminuir la indigencia de Caracas, es una asociación sin fines de lucro, que “vive verdaderamente de Dios, que es quien mueve hasta al gato para bendecir esta obra...”.

Grano de Arena

En el seno de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UCV nació la Red Comunidad-Universidad, orientada a atender las problemáticas y necesidades de la población de la parroquia San Pedro, dentro de la cual se inscribe la Ciudad Universitaria de Caracas. Una de las problemáticas referidas por los habitantes de la parroquia ha sido, precisamente, la proliferación de personas sin hogar que deambulan por zonas aledañas a Los Chaguaramos, La Bandera, Los Ilustres, Santa Mónica. Por esa razón, la Red Comunidad-Universidad y la Junta Parroquial diseñaron en octubre del 2005, un proyecto denominado *Un espacio para convivir*.

Los objetivos del proyecto eran “construirán en conjunto la transformación de las condiciones materiales y el desarrollo de la salud social de los seres humanos que se encuentran en situación de calle en la parroquia San Pedro”, así como procurar la reinserción, crear espacios para el aseo, pernocta y recreación de los indigentes de la parroquia, sensibilizar a la comunidad sobre el tema, así como vincular a instituciones, públicas y privadas que contribuyeran con la labor.

El proyecto contemplaba tres fases: preparatoria, de transición y de vuelo. La primera es la base del proyecto y consistía en la difusión de información, la sensibilización de la comunidad a través de jornadas informativas vecinales y, en definitiva, la creación de espacios adecuados para la atención integral a la población en

situación de calle, es decir, una sede. La solicitud implicaba una casa para la pernocta, baños de campaña y un centro de acopio de vestido y alimentos no perecederos, así como la activación de puentes con el módulo parroquial de Barrio Adentro, la casa de alimentación El Progreso, ubicada en el barrio Los Chaguaramos y otras instituciones de apoyo.

Los miembros de la red desarrollaron un censo en la parroquia que determinó que la afluencia de personas en situación de calle se concentraba para el momento en la plaza Tiuna, el Terminal La Bandera, salida de la autopista Valle-Coche, parque Santa Mónica, Paseo Los Ilustres, plaza Las Tres Gracias, avenida La Facultad, adyacencias del río Valle y alrededores de la parroquia universitaria.

Aunque el proyecto no fue ejecutado completamente, Argentina Morúa señaló que los jóvenes estudiantes de psicología, arquitectura y algunos estudiantes la Unidad Educativa Agustín Codazzi, a la cabeza de la Red, abordaron a varias personas en situación de calle y lograron trasladar a algunos al Manantial de los Sueños.

- Ese proyecto fue presentado en el Foro Social Mundial en el 2006. Y como la idea de era trabajar con los sujetos del proyecto, entonces invitamos a estas personas en situación de calle para que asistieran al foro, y dos de estas personas asistieron y expresaron sus puntos de vista y cómo se sienten en su situación.. Uno de ellos es un señor con increíbles destrezas de mecánico. Encontramos unas potencialidades dentro de estas personas. En la parroquia quien necesite una ayuda mecánica lo busca a él... Además habla portugués. Uno de los muchachos del Foro le hizo una entrevista, era brasileño, y pensaba que necesitaría traductor, y él le contestó en su mismo idioma –relató Morúa, educadora y parte de la Red.

Con respecto al panorama actual, Encarnación Del Blanco, integrante de la Red, sostuvo que lo quiere la comunidad es que esas personas sean trasladadas “a un sitio donde se les trate como humanos”. Señaló que la situación se ha mantenido igual en la parroquia, y que se ha corregido un poco la existencia de niños sin hogar, aunque hay un menor de edad actualmente en la plaza Las Tres Gracias. Asimismo manifestó su preocupación sobre la aparición de nuevas personas en situación de calle, ajenas a la parroquia y, según le han contado, posiblemente vinculados a tráfico de drogas.

- Es una situación que, como red, nos ha preocupado –expresó Morúa-, porque cuando hablamos de rescate de los espacios públicos no sólo queremos abarcar la parte física, el paisajismo o la iluminación. Nosotros vemos la problemática como una cuestión de conjunto y desde esa visión de conjunto rescatamos las cosas, ¡y las

personas! Eso está dentro de nuestra preocupación y de nuestra ocupación porque ellos son partes del espacio.

Desde el año 2003, la Red se reúne semanalmente para discutir sobre los problemas de la parroquia y sus planes de acción. Asimismo planifican actividades de recreación y participación comunitaria en diferentes plazas de la parroquia, donde involucran a los “nómadas” de la comunidad.

- La intención que hemos tenido al abordar esta situación es prender la mecha – apuntó Morúa-, llamar la atención sobre la situación que tenemos en la comunidad, y estar siempre atentos con los órganos competentes porque escapa de nuestras manos darles una atención a esa gente. Una vez al mes tenemos una actividad en la plaza Las Tres Gracias, en el marco del restablecimiento del hábitat comunitario y los espacios públicos, ese es nuestro objeto inicial. Nuestra meta es recuperar todo lo que haga falta para que sea un espacio digno para su disfrute. Ahí como sabes viven algunas y no hemos pedido que se los lleven para que nos dejen ese espacio libre de ellos, pero ¿qué hacemos con ellos? Los involucramos con la limpieza.

- Les damos algo de dinero y ellos ayudan a limpiar la plaza –resumió Del Blanco.

- Sí, y ese contacto humano de hablarles es un grano de arena, pero nuestra capacidad de respuesta no es realmente... Pero tenemos fotos del niño que vive en la plaza, sentado apreciando las actividades culturales que desarrollamos, y eso es una ganancia porque es una manera de incluirlos a ellos, y de eso nos sentimos satisfechos... Es un grano de arena –insistió Morúa-, pero hay cosas que no están en nuestras manos sino en las autoridades...

- ¿Y han trabajado bien con el Estado?

- A nuestras reuniones han venido promotores sociales de Negra Hipólita y de Atención al Soberano, pero comunidad siempre tendremos que quejarnos porque no vemos los resultados que quisiéramos tener, que es el desalojo de esta gente de nuestros espacios y eso no ha sido posible. Pero sabemos que, al parecer, no es posible ni en esta parroquia ni en ninguna...-respondió con franqueza Encarnación Del Blanco

Sobre la participación comunitaria, Morúa afirmó que la gente siempre está interesada en apoyar sus actividades porque reconocen los potenciales beneficios que buscan. Y en el caso específico de la recuperación de Las Tres Gracias (iluminación, módulo policial y atención a indigentes) es una cuestión que atañe a toda la parroquia,

porque es muy transitada. Al respecto, Morúa informó que próximamente será dotada de nuevos dispositivos de iluminación.

- La inauguración de las luminarias en la Plaza Las Tres Gracias ya es un paso grande... Tú sabes que a la gente que está en situación de calle no le gusta mucho la iluminación. Entonces le van a poner luminarias altas, que van a ser más difíciles para que ellos roben cables o los apaguen y, bueno, aspiramos que se muden para otros lares... No podemos hacer otra cosa –expresó Del Blanco.

¿La situación de calle es un problema para las personas en situación de calle o para la comunidad?

- Nosotros no llamamos a la persona-problema, sino que viven un problema que es la exclusión. Ellos son los excluidos de los excluidos. Es una situación a la que se llega por diversas razones, pero no consideramos que ellos son un problema, el problema es la exclusión.

- Pero ¿cuando es un problema para la sociedad? –se autpreguntó Del Blanco-, claro, cuando la mayoría de las veces estas personas, debido a su situación, para mantenerse, llegan al robo, a los arrebates, a entrar a las casas, aparte de su propio aspecto que la gente rechaza, los malos olores y lo que acumulan para hacer su nido. Claro, para mí el problema principal es de ellos porque la sociedad con ellos se aparta, pero ellos tienen un problema que si no lo resuelven ellos mismo entonces ¿quien? Es un círculo lo que hay ahí.

Desde la Red, se concibe el fenómeno en distintas dimensiones, por lo cual creen que las soluciones tienen que ser particulares y, en ese mismo sentido, multidimensionales. Para lo cual, debe existir –según Del Blanco y Morúa- un abordaje especializado hecho por profesionales, porque no cualquiera está preparado para enfrentar el problema sin temor ni prejuicios. En ese sentido, la comunidad debe ser sensibilizada y, aún así, sus acciones son limitadas.

- Hay que pensar en una salida que se adapte a esa vida, porque son unas personas acostumbradas a vivir de esa manera, y cuando los encierran en un sitio no se sienten a gusto porque están acostumbrados a un espacio ilimitado. Se necesita una atención especial, que no cualquier persona puede hacer. Lo demás es llamar la atención –concluyó Morúa.

Labor de vértigo

En el año 2001, el grupo Acción Ciudadana Contra el Sida, en su *Informe sobre Derechos Humanos y VIH/SIDA* para la Comunidad Andina de Naciones, ya alertaba sobre el problema de personas seropositivas sin hogar en Venezuela, y señalaba que ninguna institución estatal se encargaba de la situación, sólo una organización no gubernamental llamada Ases de Venezuela.

Llegar a la sede del grupo de Asesorías de Salud y Educación de Venezuela es una aventura vertiginosa. Hasta la mitad de las torres más altas de Caracas, se elevan los edificios del conjunto residencial Parque Central, cuyos modernos penthouses se entrelazan a través de largos y desafiantes pasillos, incompatibles con la acrofobia. En el piso más alto se encuentra la sede de Ases de Venezuela, desde la cual uno de sus directivos, Lowing González, expuso sus consideraciones sobre la situación de personas que, además de no tener techo, tienen VIH.

Hay que advertir que el tema es suficientemente complejo para el abordaje de un reportaje especial. Como este no es el caso, sólo se tomará en consideración, superficialmente, como una de las variantes fenomenológicas de la indigencia en el área metropolitana.

Los miembros de Acción Ciudadana Contra el Sida señalaban que las únicas estadísticas disponibles de indigentes seropositivos atendidos eran sólo de diez pacientes en el Centro “Luis Ordaz”, adscrito a la Alcaldía Mayor, y exclusivamente varones. En el informe, alegan que el personal de la Alcaldía de Libertador no quiso colaborar con el informe, por lo que no pudieron saber si en el Centro de Atención Psicosocial –antiguo “Hermano Lucas Pérez”- tenían pacientes con VIH. En este reportaje, pudo comprobarse que actualmente sí albergan personas en esa situación.

Por otro lado, si bien es cierto que la cantidad de mujeres en la calle es bastante menor que la cifra de hombres, no deja de ser alarmante la situación de las mujeres indigentes con VIH. Los responsables del informe sólo pudieron confirmar la asistencia de casos femeninos en el Hogar Santa Clara, un centro no gubernamental, de corte religioso, que les ofrece alojamiento temporal, por pocos días, debido a la ausencia de recursos y camas.

Lowing González, directivo y coordinador administrativo de Ases de Venezuela, explicó que la existencia de personas con VIH en situación de calle es un grave problema de salud pública en el que la mala alimentación y las condiciones higiénicas favorecen la existencia de un “caldo de cultivo”.

- Los reportes de indigentes seropositivos nos llegan por tres vías principales: desde los hospitales, de la propia gente que los ve y nos llama, y los provenientes de los centros de atención –explicó.

González relató que en 1999, la Alcaldía Mayor, a través del Centro de Atención Luis Ordaz, luego de realizar una prueba masiva a los indigentes, en la que detectaron cinco casos de VIH, dentro de una muestra aproximadamente cien personas, resolvió expulsar indirectamente a los cinco contagiados.

De ahí que las estrategias de Ases apunten hacia la promoción de que los hospitales reciban a esos pacientes a cambio de medicamentos, la recolección de comida en las escuelas a cambio de charlas, así como la sensibilización.

Puede ser que la persona con el virus haya quedado en la calle por esa razón, pero tampoco es descartable el caso de indigentes que contraigan el virus por medio de relaciones sexuales consumadas en las calles. González señaló, incluso, la existencia de indigentes transexuales altamente susceptibles. La situación se problematiza más aún, precisamente, con las disfuncionalidad de las estructuras de atención en esos casos.

- Algunos indigentes con VIH dicen que tienen el virus para generar lástima o miedo –expuso-. Y muchos tienen problemas psiquiátricos y los centros psiquiátricos no hospitalizan indigentes VIH, así como tampoco los refugios privados; sólo los públicos.

González explicó que, comúnmente, el indigente con VIH es excluido y segregado por los ya excluidos y segregados. Por lo que es urgente la atención a estas personas que, al portar el virus, requieren de una alimentación adecuada, balanceada y de calidad para garantizar el mantenimiento del sistema inmunológico, tan expuesto en la calle.

El directivo de Ases se lamentó porque en 2006 no pudieron comprar un terreno en Paracotos, sobre el que iban a construir una casa para estas personas. Sin embargo, el proyecto sigue en pie. Por los momentos, Ases se encarga de entregar medicamentos, antiretrovirales, así como dictar charlas y talleres de capacitación en los centros de atención.

Hasta ahora, en la organización tienen conocimiento del fallecimiento de una persona seropositiva sin hogar ni familia. En Ases sienten la necesidad de un cambio de políticas.

- Yo conozco el caso de Luis Narváez, que era un indigente con episodios psicóticos y muy beligerante. Trataron de culparlo de abuso sexual porque era un foco de perturbación. Él no podía estar encerrado. Pero es que yo pienso que las instituciones

no pueden aplicar medidas estandarizadas, se tienen que adaptar a las realidades, no al revés. Todos los directores trataron de sacarlo. Él ahora vive en un sitio invadido en Quinta Crespo y se dedica a la economía informal –relató González para proseguir-. La situación sigue siendo muy dura. Todavía no hay una articulación social para hacer frente al VIH, que es mucho más que un problema de salud. Todos los entes del Estado tienen que involucrarse, pero el sistema sigue siendo tubular.

Capítulo VI

Callejón con poca luz

Meta-crítica

La socióloga Thais Maingon, en un artículo sobre las estrategias de lucha contra la pobreza del gobierno de Hugo Chávez, de 1999 hasta el 2005, publicado por la revista *Fermentum* (2006, No. 45) sostiene que las estrategias han sido practicadas desde la “para-institucionalidad” y con especial direccionamiento militar, a través de las misiones, “que emprenden partiendo de esquemas operativos cerrados con marcado carácter asistencialista” (pág.94) y señala que han tenido ciertos desaciertos en cuanto a *consistencia* (entre discurso y praxis), *coherencia* (propósitos explícitos y propósitos implícitos) y *viabilidad* (aspiraciones emergentes e institucionalización de la política).

Hay que considerar que existe una voluntad por *hacer algo* y no quedarse de brazos cruzados frente a al indigencia en Venezuela, y en Caracas. La cuestión estriba en que hace falta más que voluntad. Tiene que haber estructuras, recursos, orientación y un sin fin de cosas más que evidencia fallas todavía. Además de tácticas, hacen falta estrategias.

En el sentido estructural del fenómeno de la indigencia –cuyas políticas se enmarcan en la lucha contra la pobreza y la miseria-, el psicólogo social Moisés Soto la concibe como una problemática sociopolítica, en tanto coadyuvada por la indiferencia del Estado en relación con la seguridad social de aquellas personas que no son contribuyentes. Para Soto, las políticas públicas han sido espasmódicas y, sin embargo ve que pueden desarrollarse estrategias que procuren solucionar el problema, desde tres vías:

- La primera es una vía que involucra al Estado que debe desarrollar políticas acordes a la situación particular, que no sean importadas, ni solo a nivel teórico, sino que sean desarrolladas conjuntamente con las personas en estado de indigencia. Ese acercamiento preliminar tiene que existir –subrayó el psicólogo- Por otro lado, el individuo debe dejar ignorar el fenómeno, de hacerse la vista gorda, cerrar los ojos y caminar rápido. Tiene que reconocer, de alguna forma, que existen estas personas que están pasando por eso, y que cualquier persona es susceptible de llegar al estado de indigencia. Cualquier persona por apuestas o por deudas, o hipotecas podría terminar en estado de indigencia. Ese reconocimiento no existe. Se entiende como un problema

individual, de falta de espíritu de superación, de disposición para el trabajo, o falta de voluntad para dejar de beber o de consumir algún tipo de droga. El tercer elemento es la matriz de opinión ¿Qué se está diciendo sobre la indigencia?, ¿que es un problema individual?, ¿que es resultado de la mala administración de la cosa pública? Si el discurso fuese otro, el discurso del ciudadano común podría ser otro también. Podría haber todo un tema de solidaridad, y participación comunitaria en la solución del problema.

Para Soto, la solución es posible, siempre y cuando se involucren a la mayor cantidad de actores posibles, y siempre y cuando, sobre todo, se involucren a los propios indigentes, quienes, tras varios intentos fallidos, tienen opiniones formadas en contra de cualquier solución estatal. En todo caso, de acuerdo con Soto, las soluciones tienen que ser “personalizadas” porque los indigentes no son todos iguales, por lo tanto se tendría que trabajar en el plano local.

- La idea no es irse a la abstracción societal y dejar al individuo a un lado, ni irse a la abstracción individual. Hay que buscar un punto medio. Y que las políticas públicas no estén fundamentadas en la noción de caridad, sino en la responsabilidad del Estado.

Para Tomás Palacios, jefe del departamento de Psicología Social de la UCV, es mejor que existan las misiones a que no existan, pero la salida al problema tiene que estar orientada en el plano de las causas y no en el de los efectos. Los problemas sociales, como se ha mostrado a lo largo del reportaje, no son puntuales.

- Las políticas ahora pueden eventualmente tener éxito en el plano de los efectos, pero desgraciadamente no están evitando que otras personas engrosen la condición de indigencia –lamentó el jefe del departamento de Psicología social-. Por un lado se están sacando a unos, pero se dejan las puertas abiertas para que otros se conviertan en indigentes, porque están los problemas de vivienda, desempleo, desasistencia médica.

Asimismo, Palacios señaló que el sector privado y las empresas que operen en el país, bien podrían contribuir con soluciones bajo la figura de la responsabilidad social empresarial. A este respecto, Moisés Soto soñó con que, a través de esa figura, a algún banco se le ocurriera la posibilidad de ofrecer a las personas en situación de calle, formas de ahorro que protejan su capital que les permita, a posteriori, realizar pequeñas inversiones, en lugar de gastar todo en consumo por temor.

Desde la perspectiva de la socióloga Thais Maingon, no se había tomado en cuenta, seriamente, a los indigentes en materia de programas sociales, porque están al

margen de todo, no están dentro del censo, ni son considerados ciudadanos, entre otras cosas porque no son electores, de manera que ninguna promesa para ellos vale la pena.

- El tratamiento clásico es que los indigentes decidieron ser indigentes. Por eso les ha tocado gozar sólo de la filantropía, de iglesias y casas privadas. Se requieren pues, políticas sociales más universales y diversas, así como sociedades más estructuradas –indicó la socióloga.

Admitió que el problema es muy difícil de erradicar porque comporta individualidades difíciles de generalizar. “Mientras las sociedades sean poco integradas y cohesionadas –hipotetizó Maingon-, mientras no haya empleos productivos y persista el mercado informal, esto va a seguir”.

Moraima Rondón, trabajadora social, sostiene que el gobierno debe dejar de concentrarse sólo en ayudas socioeconómicas, y enfocarse en el apoyo y fortalecimiento psicosocial de las familias –sin descuidar las políticas de empleo, alimentación y vivienda-, para generar, a mediano y largo plazo, ciudadanos capaces de contribuir con el desarrollo del país. Asimismo señaló que las políticas actuales tienen un componente partidista que no es necesario, a diferencia del ideológico, mediante el cual puede entenderse y hacerse entender la humanidad como un conjunto de seres que tienen derechos.

- Si Estado, sociedad y familia buscan recuperar al indigente sí hay posibilidades de reinserción, pero con una política coherente, un tratamiento coherente a través del cual se haga seguimiento, se evalúe en cada uno de sus momentos, cómo va el proceso, y que se introduzcan elementos correctivos a la hora de recaídas. Si el vínculo con la familia está roto es muy difícil de recuperar. De hecho, si el indigente tiene familia, tiene un 50% de probabilidades de recuperarse. Luego queda un 25% de parte del sujeto y otro 25% de parte de las políticas del Estado. Pero la familia es fundamental para la restitución de los derechos de esos ciudadanos para que sean verdaderos ciudadanos –manifestó la trabajadora social, quien agregó que el problema no es la falta de programas, sino el grado de compromiso y honestidad de sus recursos humanos.

Por su parte, el antropólogo Samuel Hurtado señaló la ineficacia y el manejo “politiquero” de los planes de gobierno destinados a la resolución de la indigencia. Sin mayores sutilezas, los calificó de “parapetos que sólo existen y se ocupan para desocuparse, es decir, consienten para abandonar” .

- En Venezuela puede ser mitigado pero a nivel coyuntural como en todo populismo, porque está mediado por la coyuntura política y no por la económica. Es

posible si se implementan medidas estructurales, organizando instituciones serias. Pero en Venezuela no hay instituciones serias –indicó Hurtado-. Algunas son privadas pero muy particulares, pero no inciden en el colectivo y sí inciden es al nivel de regalo y de recolección. Si se tiene mucho, se reparte.

Desde los estudios urbanísticos, Izáscun Landa planteó que la indigencia está muy asociada a la precariedad de las políticas estatales de vivienda y a la falta de continuidad de esas políticas –incluso dentro de un mismo gobierno-, que han sido decisivas en las dificultades que enfrenta un venezolano de clase baja a la hora de conseguir un techo.

Para Landa, el Estado debe implementar políticas continuas en la resolución del problema habitacional de las clases bajas, orientar sus instituciones al servicio de los más necesitados y retomar las iniciativas de los profesores Josefina Baldó y Federico Villanueva, en la creación de planes de desarrollo urbano para barrios de ranchos del área metropolitana.

La antropóloga Yelitza Mendoza considera que el Estado tiene una voluntad política de tratar de resolver la situación, pero que todo sería inútil si no hay el apoyo de una familia o una comunidad que coopere. Al igual que Landa, también señala que la falta de continuidad es un gran obstáculo.

- La única forma es tener un trabajo conjunto para solventar la situación –apuntó Mendoza-. Hay cosas que se solucionan en un año o dos, pero hay otras que no. Entonces es necesario el trabajo en conjunto, la continuidad, y la autorrevisión.

Verónica Zubillaga, socióloga, reconoce que no está familiarizada con las nuevas misiones, pero considera que es un buen síntoma que existan, porque pueden ser espacios de apoyo y acogida.

- La salida a este fenómeno es la creación de instituciones que constituyan redes de solidaridad, y no en el sentido romántico del amor, sino como redes de sostén para que la gente pueda ayudarse y tener una vida digna

Carlos Luis Rivero apunta que ha disminuido la proliferación de niños en las calles de Caracas, pero no lo atribuye a una estrategia específica de atención a la problemática, sino como una consecuencia indirecta del aumento de la escolaridad en Venezuela, lo cual influye. Para el sociólogo, una medida ideal y más económica sería la de concentrar los esfuerzos en fortalecer la típica familia que puede generar niños de la calle o población de la calle en Venezuela, que es esa familia desarticulada y desarraigada.

- Las políticas públicas han estado centradas, sobre todo, en pretender que los pobladores de la calle son delincuentes y en encerrarlos en sitios donde ellos no quieren estar. Y, por otro lado en políticas asistencialistas, donde los recogen de la calle, los bañan, les cortan el pelo, los visten, les hacen un examen de sangre y después la persona vuelve a la calle. Para poder atender los problemas tenemos que atender las causas estructurales que hacen que la persona esté en la calle, y las causas estructurales deben estar vinculadas a la familia, y ésta no se está atendiendo como se debe.

Ante la dificultad de hacer estudios cuantitativos, Luis Pedro España, experto en pobreza, considera que es muy importante desarrollar metodologías cualitativas que ayuden a precisar las razones que motivan a esas personas a vivir en la calle, los espacios geográficos que utilizan, las actividades económicas que desarrollan. Paralelamente, España propone que se ejecuten catastros con un “ejército de personas especializadas”. Así, dentro de una posición bastante original, España sostiene que cabe la interrogante ¿para qué queremos saber las causas de la indigencia?

- Bueno, para tratar de prevenir –se contestó el sociólogo-. Porque lo que sí parece estar claro es que una vez que la persona llega a las calles, es sumamente difícil que regrese a un lugar distinto a la calle. Es muy difícil que el indigente se reinserte en algún hogar – expresó-. O hay posibilidades de reinsertarlo si está reciente en la calle, pero una persona que pase en la calle más de tres meses, ya es muy difícil (...) Entonces, hay que estudiar las causas de este fenómeno para tratar de evitar...

Con respecto a los que ya están en la calle, España insiste en que se pierde energía en intentar devolverlos a algún sitio. Aunque reconoció el trabajo de las comunidades y granjas terapéuticas, cuestionó la eficacia de sus resultados.

- Lo que yo aportaría es la idea de tratar de que el indigente tenga una vida digna en la calle, porque esa persona decidió vivir en la calle, y además es muy difícil, sobre todo cuando ya tienen mucho tiempo, que regresen a alguna granja o a algún sitio. Hay una cierta experiencia de libertad, de desahogo, de conformidad, de decisión de vivir en la calle. O sea, como cuando usted decide casarse, decide tener hijos, eso es una decisión racional aunque al común de los mortales nos parezca imposible. Entonces, o por decisión personal, llevado por las circunstancias, evidentemente, o porque no tiene otra cosa que hacer que vivir en la calle. Yo lo que creo es que hay que hacerle la vida mucho mejor a la persona que vive en la calle.

Según España, se podría buscar la manera de organizar los trabajos que realizan los indigentes, mediante el fortalecimiento de sus rutinas desde un punto de vista

constructivo. “Tienes indigentes que arman kioscos de buhoneros, que ayudan a que los pasajeros hagan las colas en las paradas de los autobuses, que dirigen el tránsito, y la gente les da propina por eso. Entonces hay que reforzar lo que el indigente haga desde el punto de vista productivo, así sea muy sencillo”, aportó.

Asimismo, tomando en cuenta la cantidad de indigentes en la ciudad de Caracas, -el IIES-UCAB maneja un estimado de 5.000-, España propone la creación de albergues nocturnos muy sencillos, que no impliquen comida, ni psicólogo, ni médico.

- Tiene que ser una cosa definitivamente mucho más sencilla, mucho más modesta, que se parezca un poco a ellos, pero que estén muy bien. Un lugar donde el indigente pueda descansar, hacer sus necesidades básicas, pero que no se convierta en un baño público permanente, sino que tenga una hora de apertura y una hora de cierre. Tendría que tener normas como que no se acepten personas bajo los efectos de droga o alcohol –especuló.

Para Luis Pedro España, no hay otro camino.

Luz y crucigrama

Queda manifiesto que la indigencia es un problema complejo en el que no caben cómodamente las vaguedades y generalizaciones. Al contrario, tiene causas concretas, específicas y particulares. Como planteaba la hipótesis del reportaje, la indigencia, en efecto, arroja una gran cantidad de realidades heterogéneas y diversas, en la medida en que engloba, precariamente, un conjunto de seres humanos con vidas distintas y particulares que, aunque comparten un mismo espacio y una situación similar, tienen diferentes historias y, por tanto, diferentes maneras de verse a sí mismos y de ver el mundo y la gente que los rodea. No todos viven en las mismas condiciones. De hecho, sus vidas no pueden petrificarse en un concepto, sino que lo superan, por sus matices de dinamismo y movilidad. Los patrones conceptuales hasta ahora resultan incompletos, porque no abarcan todo lo que implica la indigencia y el hecho mismo de ser indigente en una ciudad como Caracas, debido a que tienen comportamientos y situaciones disímiles.

No están en la misma situación el que duerme en las riberas del río Guaire y el que duerme en una arepera del este de la ciudad. Ambos duermen escondidos, pero no con los mismos niveles de temor ni los mismos niveles de exposición. Tampoco están en la misma situación dos personas que viven en la plaza Miranda: una mujer con más

de veinte años en la plaza, acreedora de cierta respetabilidad –en los términos en que es posible la respetabilidad de un indigente-, caracterizada por ser conversadora y barrendera compulsiva; y un hombre con poco más de un año en la plaza, discapacitado, alcohólico, mendigo, reconocido como agresivo y grosero. Sin duda, hay grandes diferencias y palpables contrastes dentro de la propia indigencia, por lo que casi cualquier generalización es un error absoluto.

No todo indigente es mendigo, ni recogelatas, ni al revés. Tienen diferentes maneras de relacionarse con la sociedad, bien a través del trabajo informal, o bien mediante la simpatía y la dádiva. Así como pueden verse tipologías mixtas en casos de indigentes que regularmente piden limosna y en ciertas ocasiones cobran por algún servicio.

La indigencia no es una enfermedad. No es la condición patológica de un individuo que vive en la calle por disfunciones orgánicas. En ese sentido, este reportaje ha confirmado que no todo indigente es psicótico, drogadicto o alcohólico, como los casos de Miguel Castillo, Catalina de Miranda y César Martínez. Sin embargo esta investigación periodística también confirma que algunos sí pueden ser farmacodependientes, como Manuel Patiño; alcohólicos, como Juan Gómez y Raúl Cárdenas; o haber estado en la calle por trastornos psiquiátricos, como el caso de Olga Durán que deambulaba en La Florida por esquizofrenia.

Desde el punto de vista socioeconómico, se ha visto que tampoco hay una relación automática entre pobreza e indigencia, aunque la indigencia, en sí misma, expresa un profundo estado de pobreza extrema. De modo que no puede vincularse el tema de la indigencia a la pobreza sino como marco contextual y, a sabiendas de la condicionalidad de esa relación. No todo indigente procede de una familia pobre, así como no todo pobre –aun no todo pobre extremo- se encuentra en estado de indigencia.

La indigencia es expresión de un abandono que está en el germen del suelo cultural que sostiene a todos los venezolanos, indigentes y no indigentes. Se ha comprobado que el papel mítico de la madre dentro de la cultura nacional determina, en cierto sentido, la existencia de individuos consentidos-abandonados con pocas capacidades productivas, por lo que influye en el plano social y económico. Por eso, la indigencia no es una cuestión ajena a la sociedad ni a la cultura, sino que es un índice de todo eso y, por consiguiente, un reflejo fiel y cercano de las formas de comportamiento y funcionamiento de las estructuras culturales. En todos los casos acá revisados, la figura de la madre tiene una importancia capital, cuestión que se hace más dramática en

el caso de varones que, al morir la madre, se sienten perdidos, desamparados, indigentes.

Dado que la indigencia es causada y afectada por tantos factores, parece conducir a un callejón sin salida, en el que su solución total sería poco menos que una ficción idílica. Sin embargo, a partir de los criterios de algunos funcionarios y expertos, da la impresión de que queda mucho por hacer, puesto que la mitigación del problema sí es posible.

Habría, entonces que plantearse otras alternativas. Es evidente, por ejemplo, que la reclusión por sí sola no genera ninguna solución, menos todavía la sola atención primaria. Aun cuando todos los indigentes fueran trasladados a centros de atención mediante el uso de la fuerza –suponiendo que hubiera la infraestructura para ello–, no se evitaría que más personas quedaran en la calle. El Estado cuenta con catorce centros de atención laicos en el país, de los cuales ocho están emplazados en el área metropolitana y un próximo noveno: Cuatro que pertenecen al Ejecutivo Nacional, dos de la Alcaldía Mayor, dos más de los poderes municipales de Chacao y Libertador, y otro en construcción de esta última Alcaldía. Pero la mayor cantidad de centros están en manos de instituciones religiosas y, como se ha visto, la indigencia no es un problema que deba ser resuelto a través de la caridad, la compasión, la lástima y la fe, que no son recursos negativos en sí mismos, pero tampoco los más pertinentes. Según opiniones de funcionarios públicos, la atención en la mayoría de los centros religiosos es un obstáculo, porque persigue la “restauración moral” de los individuos, sin intermediación de profesionales de la psicología, la medicina y el trabajo social, ni métodos terapéuticos, sino únicamente mediante la intervención espiritual y la palabra de Dios.

Además de la estructura física adecuada, el Estado, en conjunto con las organizaciones no gubernamentales preocupadas por el problema, requiere la participación de un recurso humano capacitado y dispuesto a brindar ayuda profesional. Pero antes, son los mismos indigentes quienes deben participar en el diseño de políticas de mitigación. En vista de las particularidades y la heterogeneidad de la situación, las instituciones tienen que acercarse al indigente, no desde la posición del que lo sabe todo y viene a ayudar, sino desde la posición -mucho más sincera- del que sabe muy poco, tiene muchos prejuicios y no sabe cómo ayudar.

Algunas instancias están trabajando en la prevención, lo cual es vital para la construcción colectiva de una política coherente que evite que otras personas lleguen a la calle. Mas esa política sería ingenua si no se consideran las múltiples causas que

subyacen en el fenómeno de la indigencia. Prevenir pasa por sensibilizar a las comunidades y, muy especialmente, a los organismos policiales, con el fin minimizar la vulnerabilidad de los que viven en la calle, pero también consiste en resolver las debilidades sociales, económicas, psicosociales y, si es posible, culturales que tiene una ciudad, y que tiene un país. Los recursos de las comunidades son limitados, pero sin la cooperación no hay salida posible. En ese sentido es imperativo el apoyo psicosocial de la familia para afrontar los problemas y al mismo tiempo procurar una mejoría de sus condiciones socioeconómicas, procurar que no vivan en la urgencia.

Una política efectiva podría ayudar a contestar la pregunta de ¿quiénes somos?, no desde la abstracción patriótica, sino desde la configuración profunda de nuestras bases y mitos reales: la matrisocialidad, el machismo, la cultura del abandono, de la urgencia, de la pobreza, de la recolección, del peaje, la marginalidad. No para modificar esas cosas porque son patrones de tradición con comportamiento histórico, sino para tomarlos en cuenta al momento de diseñar estrategias.

La indigencia es un problema complejo y heterogéneo, a la vez que lleno de estigmas que dificultan su abordaje. Se ha confirmado que no es una enfermedad, ni siquiera una rareza. Que la indigencia no está exactamente al margen de todo, más bien nos refleja como sociedad. Entonces, mientras no se comprenda que en Venezuela todos tenemos de abandonados e indigentes, ninguna solución sería realmente efectiva.

Para ello, la sociedad en pleno (escuela, iglesia, medios de comunicación, familia, Estado), tal vez, habría de asumir que la indigencia no es una cuestión homogénea, una patología, ni un problema moral, y que los indigentes no son siempre locos, alcohólicos, o toxicómanos que decidieron andar por el camino del mal y que deben ser restaurados, cuando no eliminados. Sino que son seres humanos, errantes y abandonados, tan o más sensibles, tan o más inteligentes, cuya condición es, también, el resultado de las propias fallas de la ciudad, del colectivo, del país.

* * *

7, vertical. Dios solar. Dos letras. Fácil: Ra.

Catalina empuña el bolígrafo, cortesía de la librería “6 de abril”, y lo deja destilar en el correcto océano de cuadros blancos y negros. Apenas con esas dos letras, y con ayuda del supremo dios egipcio, fuente de la vida, las cosas empiezan a fluir. Con la *erre* termina un verbo en infinitivo -2, horizontal. Rezar, inv. Cuatro letras-, y la *a*

queda en el medio de un sustantivo -3, horizontal. Loco, demente. Cinco Letras- Así, Catalina va armándolo todo, cruzando una cosa con otra, recogiendo fragmentos para empalmarlos y ponerlos a funcionar. Lo mismo que hace con las letras lo hace con los pocos recursos de que dispone y, no obstante, completa los crucigramas y sobrevive a su propio crucigrama vital.

- Catalina los llena. Yo nunca he llenado uno. Sopa de letras sí, pero ¿crucigramas? Nunca –admitió Johanna Aguilera, recostada a uno de los pilares, frente a su puesto de trabajo en la plaza Miranda.

El rompecabezas se va armando a medida que las letras se van tejiendo, configurando palabras que se tocan, se acarician, se abrazan y, prácticamente, se aparean para dar vida a otras. Desde arriba, Catalina dirige la (pro)creación de palabras con su bolígrafo *kilométrico*.

- Bueno, los crucigramas son buenos aunque no se me grabe todo. Las mitologías no las domino bien –confesó Catalina de Miranda-. Y aunque no domino todo, considero que hacer crucigramas es bueno, educacional y beneficia la mente. Si hay cosas que uno no las pudo aprender, uno va sabiendo más o menos cómo es el mundo, o cómo fue.

A través de esos cuadriláteros, al final de periódico, ella, sola en su plaza, se conecta con el universo y con su historia. Se aproxima, inquietamente, a lo que no pudo conocer. No pone en práctica sus conocimientos, sino que conoce, se entera, gracias a su habilidad y experiencia propia para tejer letras y palabras, habladas y escritas. Y con eso, además, desvía su mente de las memorias íntimas e irrevelables que la asechan.

- A la vez enseña y entretiene, porque la mente está entretenida en algo. La mente siempre hay que procurar tenerla en las cosas buenas –sugirió para hablar inmediatamente de los tópicos de los crucigramas de *Últimas Noticias*-. Pero es difícil también que a veces ponen cosas de la era cristiana. Por ejemplo, a veces yo molesto a un señor que siempre está por aquí que es testigo de Jehová, y lo molesto a él porque él retiene las cosas de la biblia. Yo le pregunto por el primer rey de Israel, o el segundo, el tercero. En el crucigrama preguntan, por ejemplo, “la que se casó con un rey impía”. Hay una que es Jetzabé y otra que es Betzabé. La que se casó con el rey malo es con jota. El rey malo se llamaba Acab. Y Betsabé se casó con Urías –explicó.

Aunque advierte que no domina todas las mitologías y que le cuestan los símbolos químicos, muchas veces Catalina acaba completando los crucigramas, a fuerza de sabiduría, maña, buenos consejos. Doña Catalina puede estar sola, pero no vive

aislada. Todo lo contrario, busca las formas de conectarse con el mundo, no sólo a través del conocimiento de historia o geografía universal, sino a través del acontecimiento nacional e internacional. Se preocupa por los desastres naturales que azotan el Caribe, tanto como por las noticias de la ciudad.

- Leo *La Noticia*, leo *El Mundo*. Pero yo no escojo ni pongo mucho “pero”, sino el (periódico) que me venga. Yo leo por leer. Y los domingos, me gusta la revista *Estampas de El Universal*, esa sí es fija –reconoció, riéndose- esa me la guardan. Ya en los quioscos saben lo que me gusta. También leo *Todo en Domingo*.

Cierto es que afirma que lee para distraerse, pero parece haber algo más parecido a cierto placer de lectura y cierta visión constructiva de la lectura.

- La lectura a uno no le hace daño. Antes la gente decía que el que leía la biblia se ponía loco... Los curas estarían locos ¿no? –inquirió con picardía-. Lo que pasa con la lectura de la biblia es lo siguiente: que la letra es pequeña, entonces tú lees y sigues leyendo, no reposas, no comes, y sigues, entonces estás forzando la vista, y si te gusta fumar, entonces fumas y lees, y cuando te pones a ver inconscientemente ya te volviste loco por desgaste mental y te pones a decir cosas.

- ¿Usted tiene una biblia?

- No. Antes, pequeña sí tenía una. Eso es bonito. Yo no te domino los versículos. Pero pienso que aunque a veces la vida lo trate mal a uno, uno tiene que tratar de oír los consejos de los demás. Hay cosas que vemos hoy en día, que están escritas en la biblia. Por ejemplo, en la biblia dice que llegarán tiempos difíciles en los que no habrá gobierno que pueda manejar el mundo. Y sí es verdad.

Caía la tarde sobre la plaza Miranda y a esas alturas, Catalina hablaba con la mirada posada intermitentemente en la tienda donde guarda sus cosas todos los días. No puede llevar sus bolsas al establecimiento donde duerme sin permiso de los dueños. Tiene que estar atenta para guardarlo todo antes de que bajen la santamaría.

- Hay una parte, creo que en el Antiguo Testamento –continuó, apurándose un poco-, en el segundo o tercer libro de la biblia. Ahí está el significado de las siete vacas, las siete vacas flacas y las siete vacas gordas. Léelo en la biblia, no recuerdo en qué párrafo de la biblia. Las siete vacas flacas son siete años de pobreza y las gordas son siete años de riqueza... La vida en la calle es de muchas vacas flacas –resumió, para luego perderse, a lo lejos, con su silueta, sus cartones, sus retazos y crucigramas en el horizonte, detrás del precursor de la independencia.

REFERENCIAS

Fuentes Documentales

Bibliográficas:

Barroso, M. (1991). *Autoestima del venezolano. Democracia o marginalidad*. Caracas: Editorial Galac.

Briceño-León, R. y Zubillaga, V. (2001). "Dimensiones y construcciones de la violencia en América latina". *Acta científica venezolana*. Caracas, 52, (2) 170-177.

Chamberlain, C.; y Jhonson G. (2001). "The debate about homelessness". *Australian Journal of Social Issues*, 36 (1).

Chamberlain, C., Mac Kenzie, D. (2006). Counting the Homeless. Australia: Australian Census Analytic Program & Australian Bureau of Statistics. Disponible en: <http://www.ausstats.abs.gov.au/>

Goffman E. (1995). *Estigma. La identidad deteriorada*: Buenos Aires: Amorrortu.

Goffman, E. (1961). *Internados. Ensayo sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.

Hurtado, S (2001). "Felices pero pobres. La cultura del abandono en Venezuela". *Revista venezolana de análisis de coyuntura*, 1, 95-122.

Kalina, E. y Kovadloff, S (1989). *La droga: máscara del miedo*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Fleury, S. (1998). "Política social, exclusión y equidad en América Latina". *Nueva sociedad*.156, 72-93.

Lewis, O. (1961). *Los hijos de Sánchez*. México: Editorial Grijalbo.

Llorens, M. y co. (2005). *Niños con experiencia de vida en la calle. Una aproximación psicológica*. Buenos Aires: Paidós.

Maingon, T. (2006). “Caracterización de las estrategias de la lucha contra la pobreza. Venezuela 1999-2005”. *Fermentum*. 16, (45), 57-99.

Mendicoa, G. y Veneranda, L (1999). *Exclusión y marginación social*. Buenos Aires: Espacio editorial

Moreno, A. (1993) “Superar la exclusión, conquistar la equidad: reformas, políticas y capacidades en el ámbito social”. En Lander, E. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Nava, J. y Pellegrino W. (2001). *Indigencia e institución: desde la concepción del propio indigente*. Tesis de Licenciatura, Universidad Central de Venezuela, Caracas, Venezuela

Pedrazzini, Y., Sánchez, M (1992). *Malandros, bandas y niños de la calle*. Caracas: Vadell Hermanos

Rossi, P. (1990). “The Old Homelessness and the New Homelessness in Historical Perspective”. *American Psychologist*, 45 (8).

Soto, M. (2006). *La indigencia en Caracas: Un estudio etnográfico desde e construcciónismo social*. Tesis de Licenciatura, Universidad Central de Venezuela, Caracas, Venezuela.

Uslar, A. (1992). *De una a otra Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores, 7ª edición.

Jurídicas:

Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (1999). Caracas: Ediciones Dabosan.

Ley Orgánica del Sistema de Seguridad Social. (2002) Disponible en: <http://www.leyesvenezolanas.com/losss.htm>

Ordenanza Municipal de Atención al Indigente. Cabildo Metropolitano (2002). Caracas: Ediciones Dabosan.

Inconstitucionalidad de la Ley de Vagos y maleantes (1997) Disponible en: <http://www.zur2.com/objetivos/senvenez/vagos.html>

Hemerográficas:

Asesinados dos indigentes durante la noche del viernes (2000, agosto 6). *El Universal*.

Asesinados seis indigentes en las últimas tres semanas (2004, junio 26). *El Universal*.

Ya son 10 los mendigos asesinados en caracas (2004, julio 9). *El Universal*.

Imputarán a ex recluso por crímenes de mendigos (2004, julio 13). *El Universal*

Vidas sin domicilio. (2006, septiembre 10). *Últimas Noticias*, pp 36-37

Carpas de la Cota Mil no son de Minpades. (2006, octubre 6). *Últimas Noticias*, p 2.

Desertores de Negra Hipólita viven en la cota mil. (2006, octubre 7). *Últimas Noticias*, p 3.

Se reproducen como arroz los indigentes en Caracas. (2007, mayo 28) *Últimas Noticias*, p 3.

Bernal construye centro para atender a tres mil indigentes. (2007, julio 7). *Últimas Noticias*, p 4.

Matan a indigente de balazo en la pierna. (2007, noviembre 15). *Últimas Noticias*, p 53.

Las burladas promesas del año 2007: ¿Lo que no fue, nunca será? (2007, diciembre 31). *El Nacional*.

Vecinos y municipalidad activan plan de recuperación de la Plaza Tiuna (2008, febrero 29). *El Nacional*

Mataron a 3 indigentes en Caracas (2008, mayo 28). *El Nacional*, p 14, Sucesos.

No hay quien gerencia la Cota Mil (2008, agosto 5). *El Universal*.

“Sacamos del río 263 indigentes”. Entrevista a Alexander Salas (2008, agosto 3). *El Universal*.

Institucionales:

La indigencia y el Programa Techo. (2004) Francis Añazco. Fundación Techo.

Programa Techo. Resumen de Resultados.

Un espacio para convivir (2005). Red Comunidad-Universidad-

Operativos 2006-2007. Oficina de Apoyo Técnico de la Misión Negra Hipólita. Alcaldía de Libertador.

Resultado de situación de calle hasta mayo del 2008. Oficina de Apoyo Técnico de la Misión Negra Hipólita. Alcaldía de Libertador.

Datos actualizados al 25 de agosto de 2008 de Fundación Misión Negra Hipólita. Puesto de Mando Nacional

Fuentes vivas

Académicas:

1. **Tomás Palacios.** Jefe del Dpto de Psicología Social UCV
Fecha de la entrevista: 14-11-06
2. **Thais Maingon.** Socióloga e investigadora del CENDES-UCV
Fecha de la entrevista: 16-11-08
3. **Moisés Soto.** Psicólogo social, especialista en Indigencia
Fecha de la entrevista: 18-05-08
4. **Moraima Rondón.** Trabajadora social, especialista en Familia
Fecha de la entrevista: 03-07-08
5. **Samuel Hurtado.** Antropólogo, especialista en Familia y Matrisocialidad. Fecha de la entrevista: 04-07-08
6. **Ana Salcedo.** Especialista en Seguridad Social
Fecha de la entrevista: 17-07-08
7. **Izáscun Landa.** Urbanista, especialista en Estudios Urbanos
Fecha de la entrevista: 23-07-08
8. **César Gallo.** Economista, especialista en Desigualdad
Fecha de la entrevista: 23-07-08
9. **Yelitza Mendoza.** Antropóloga, especialista Estudios Urbanos
Fecha de la entrevista: 25-07-08
10. **Mauricio Phelan.** Sociólogo, especialista en sociología comunitaria
Fecha de la entrevista: 28-07-08
11. **Carlos Luis Rivero.** Sociólogo, especialista en niñez abandonada
Fecha de la entrevista: 12-08-08
12. **Luis Pedro España.** Sociólogo, especialista en Pobreza

Fecha de la entrevista: 18-09-08

13. **Verónica Zubillaga.** Sociólogo, especialista en Discriminación y Violencia. Fecha de la entrevista: 19-09-08

Estatales:

14. **Lennys Lurúa.** Ex Directora de Programas de la Fundación Acción Social. Fecha de la entrevista: 16-11-06

15. **Luis Reyes.** Coordinador Metropolitano de Misión Negra Hipólita
Fecha de la entrevista: 13-08-08

16. **Elier González.** Coordinador del Puesto de Mando de MNH
Fecha de la entrevista: 14-08-08

17. **Algevis Hernández.** Coordinador de Atención al Soberano en Situación de calle. Fecha de la entrevista: 14-08-08

18. **Félix Cova.** Empleado de Salud de la Oficina de Atención al Soberano
Fecha de la entrevista: 14-08-08

19. **Francisco Matos.** Trabajador Social. Centro de Atención Primarai Carpa “Los Caobos”. Fecha de la entrevista: 19-08-08

20. **Mariangela Conde.** Gerente del Proyecto “Brumas del Mar”
Fecha de la entrevista: 20-08-08

21. **Alba Bolívar.** Directora de Programas de la Fundación Acción Social.
Fecha de la entrevista: 25-08-08

22. **Daniel Silva.** Coordinador Psicológico del Programa Techo
Fecha de la entrevista: 26-08-08

23. **Rafael Guilarte.** Coordinador General del Programa Techo
Fecha de la entrevista: 27-08-08

24. **Juana González.** Asesora Legal del Programa Techo

Fecha de la entrevista: 27-08-08

25. **Nubia Campos.** Chef de Cocina del Programa Techo

Fecha de la entrevista: 28-08-08

26. **Alexander Salas.** Director de la Oficina de Apoyo Técnico de MNH en la Alcaldía de Libertador. Fecha de la entrevista: 05-09-08

27. **Asdrúbal Gago.** Psicólogo del Centro de Atención Psicosocial. FAS

Fecha de la entrevista: 16-09-08

28. **Pablo Quintana.** Presidente de Fundación Misión Negra Hipólita

Fecha de la entrevista: 18-09-08

No gubernamentales:

29. **Lowing González.** Coordinador Ases de Venezuela

Fecha de la entrevista: 13-11-06

30. **José Luis Rodríguez.** Ministro del Centro Cristiano Nosotros Unidos

Fecha de la entrevista: 03-09-08

31. **Argentina Morúa.** Red Comunidad-Universidad

Fecha de la entrevista: 19-09-08

32. **Encarnación Del Blanco.** Red Comunidad-Universidad

Fecha de la entrevista: 19-09-08

Indigentes:

33. **Martín Álvarez** (en Manantial de los Sueños)

Fecha de la entrevista: 14-08-08

34. **Claudio Hernández** (en Manantial de los Sueños)

Fecha de la entrevista: 14-08-08

35. **Manuel Patiño** (en Programa Techo)

Fecha de la entrevista: 28-08-08

36. **Raúl Cárdenas** (en Programa Techo)

Fecha de la entrevista: 28-08-08

37. **Juan Hernán Gómez** (en plaza Miranda)

Fecha de la entrevista: 29-08-08

38. **Catalina de Miranda** (en plaza Miranda)

Fecha de la entrevista 1: 03-09-08

Fecha de la entrevista 2: 11-09-08

39. **Olga Durán** (en Centro Psicosocial)

Fecha de la entrevista: 16-09-08

40. **César Martínez** (en Centro Psicosocial)

Fecha de la entrevista: 16-09-08

41. **Miguel Castillo** (en Las Mercedes)

Fecha de la entrevista: 23-09-08

Otros:

42. **Eucaris Soliz** (vendedora de “Tuty”)

Fecha de la entrevista: 29-08-08

43. **Diosemir Pino** (encargado “Electrosonido Aventura”)

Fecha de la entrevista: 29-08-08

44. **Dueña** de “Electrosonido Aventura”

Fecha de la entrevista: 29-08-08

45. **Miladys Dávila** (vendedora de “Tuty”)

Fecha de la entrevista: 29-08-08

46. **Joel Rojas** (vendedor de “Riocar”)

Fecha de la entrevista: 02-09-08

47. **William Zambrano** (encargado de “Riocar”)

Fecha de la entrevista: 02-09-08

48. **Mayra Jiménez** (vendedora de Librería “6 de abril”)

Fecha de la entrevista: 11-09-08

49. **Elda García** (dueña de quiosco en Las Mercedes)

Fecha de la entrevista: 22-09-08

50. **Johanna Aguilera** (vendedora de Riocar)

Fecha de la entrevista: 02-09-08

Glosario

Cultura de la pobreza: Concepto antropológico propuesto y desarrollado por Oscar Lewis, mediante el cual agrupa a ciertas personas que, bajo una condición de insuficiencia económica, presentan características comunes: marginalidad, abandono, sensación de impotencia y desasistencia, desvalorización personal, sentimiento de inferioridad, poca preocupación por lo que no es local e inmediato. En este concepto entran algunos pobres, pero no todos.

Cultura de la urgencia: Condición estructural que determina los pensamientos y las acciones de personas que viven en emergencia continua, para quienes es urgente resolver sus necesidades básicas de cualquier manera, incluso a contracorriente de la norma social. Esta cultura está enraizada característicamente en las metrópolis desestructuradas de los países latinoamericanos.

Desigualdad: Condición socioeconómica de disparidad presente en una comunidad compuesta por dos o más individuos. Brecha cuantitativa en términos de ingresos en relación con los recursos disponibles.

Disposición ultrasuspicious: Categoría epistemológica propuesta por el psicólogo social Moisés Soto para designar la actitud de extrema desconfianza de los individuos que, por razones de supervivencia, se ven obligados a desconfiar y dudar de todo. Esta disposición no es patológica como la paranoia, sino que actúa como mecanismo de adaptación al entorno.

Exclusión: Ruptura total o parcial con los lazos que unen al individuo con el sistema del que forma parte. Apartamiento de un individuo o grupo con respecto al aparato productivo de un país. Negación de derechos fundamentales.

Indigencia: Ausencia de bienes económicos y de medios para la subsistencia (salud, vivienda, trabajo, educación, seguridad). Carestía total. Situación de necesidad. En el caso venezolano, es un fenómeno urbano multicausal, de alta complejidad, manifiesto en la situación de quienes viven en las calles de la ciudad —o reclusos en

centros-, tienen poco o nulo contacto con sus familias y tienen que depender de trabajos esporádicos o de la caridad para cubrir sus necesidades más básicas.

Matrisocialidad: Concepto propuesto y desarrollado por el antropólogo venezolano Samuel Hurtado a propósito de los sistemas socioculturales organizados alrededor de la figura simbólica de la madre. Es la manera en que se construye una sociedad a partir de las relaciones de sobreprotección y permisividad establecidas con el seno materno.

Miseria: Pobreza extremada y absoluta. Precariedad en los bienes y servicios, condicionante de una muy baja calidad de vida.

Pobreza: Escasez de bienes económicos y medios para la subsistencia. Fenómeno social, económico y político materializado en el bajo poder adquisitivo de la ciudadanía y sus pocas garantías de acceder a los beneficios de la producción nacional.

Reinserción: Reincorporación al ámbito social, familiar y laboral. Recuperación total del status de ciudadano perdido en la vida en la calle. Restitución económica y social del individuo.

Triaje: Atención primaria en materia de salud a la población vulnerable.